



AZUL INFINITO

ENRIQUE PANAO

Índice

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CUARTA PARTE](#)

[QUINTA PARTE](#)

[SEXTA PARTE](#)

[EPÍLOGO](#)

Azul infinito
Enrique Panao Guarino

PRÓLOGO

Creo que soy la única persona en el mundo que conoce el día de su muerte. Y aun a riesgo de que me tomen por un lunático, debo decir que mi muerte aconteció el 15 de febrero de 1990. Aquel día, este que escribe todavía no había cumplido los treinta y dos años. Hoy, a poco menos de cuatro meses para llegar a los sesenta, mi corazón sigue bombeando sangre y todo mi cuerpo responde a los impulsos cerebrales. Pero mi alma ya no existe, se perdió aquel fatídico 15 de febrero. En estos últimos veintiocho años solo he sido una sombra sin sentimientos ni padecimientos. Mis ojos, que se han posado en miles de atardeceres, tienen la sensación de que ya no les queda mucho por ver. Y es precisamente en este momento cuando más convencido estoy de que la historia de mi exvida merece ser contada y escuchada. Por eso, mientras aún tengo control sobre mis músculos, me propongo hacer balance de mis días y de mis noches, de mis sueños y de mis pesadillas, de mis oportunidades y de mis fracasos. Si así lo desea, de mi puño y letra podrá leer cómo se alcanza el cielo y cómo se desciende a los infiernos. Le contaré qué aspecto tiene la muerte, sabrá de qué ingredientes está hecha la felicidad. Para ello, solo le pido, lector, paciencia para su curiosidad y credibilidad para mis palabras.

Si he de ser sincero, llevo la pena incrustada en el pecho desde hace demasiado tiempo, y es menester que temple mi espíritu antes de poner por escrito los terribles sucesos que destruyeron mi existencia. Antes de comenzar a escribir pensaba que no había nada mejor para conseguir este propósito que dirigir las palabras hacia los tiempos de la infancia y de la primera juventud, aquellos en los que sobra la energía en la misma medida en que escasea la experiencia de la vida. Sin embargo, mientras deslizo la pluma sobre el papel dibujando estas primeras líneas, siento la imperiosa necesidad de empezar por aquella bendita mirada que lo cambió todo. Me dispongo a ello con lágrimas en los ojos, necesitado de alivio para mis tormentos y confiando en poder recordar sucesos cada vez más extraviados entre las brumas que envuelven mi pasado.

PRIMERA PARTE
Los ingredientes de la felicidad

1.

—¿Qué viste en ellos? —me preguntó.

Era viernes 12 de abril, y la noche anterior ambos habíamos vuelto nuestras cartas sobre el tapete. Éramos dos jugadores noveles temblando ante la inminente resolución de una apuesta arriesgada, de esas de todo o nada en donde la gloria suprema y el fracaso más absoluto están separados tan solo por una caprichosa combinación de naipes. Ninguno poseía comodín tras el que escudarse, hecho que aceleraba aún más nuestras pulsaciones. En la partida que nos traíamos entre manos, todo o nada significaba literalmente eso. La jugada, preparada con paciencia durante semanas, llegaba a su fin. Sabíamos de sobra que, al mostrarnos las cartas, nada volvería a ser igual entre nosotros y todo debería cambiar necesariamente.

Y entonces ocurrió. Sus cartas dibujaban el amor que sentía y que hasta ese momento había guardado por temor a no ser correspondida. Mis naipes también eran los de un enamorado. Y cuando al fin supimos del otro, el todo ya nos aguardaba con los brazos abiertos.

—Demasiado —respondí—. El azul que los inunda me hizo temblar y hasta me vi obligado a retroceder en un primer instante. Luego quedé atrapado en ellos y en el azul infinito que irradia tu mirada.

Por aquel entonces, hacía apenas unos meses que yo estaba viviendo en Madrid y, aunque poco tiempo, había sido suficiente para que se gestara el que fue sin duda el amor de mi vida.

—¿Infinito? —lo dijo deshaciéndose despacio de mi abrazo para mirarme extrañada, sin comprender muy bien el calificativo con el que acababa de describir el azul de sus ojos.

—Sí, infinito. Quizás no lo sepas, o tal vez nunca te lo hayan dicho, pero tus ojos parecen no tener fin. El universo entero tiene cabida en ellos. Me recuerdan al mar de Cádiz. Azules, intensos, poderosos, insondables, tanto como las aguas atlánticas que bañan mi ciudad.

Permítame que le cuente cosas que pertenecen a otros tiempos, a otro mundo, diría, incluso. Yo nací en la ciudad llamada Gadir por los fenicios, Gadeira por los griegos, Gades por los romanos y Qādis por los musulmanes el día más largo del año de 1958. Mi infancia y mi adolescencia respiraron brisa marina mientras mi cuerpo se empapaba de salitre y sol. En aquellos inocentes años de mi existencia, la felicidad más pura olía a arena mojada. El mar siempre ha estado presente en mis días, aun cuando yo me encontraba

lejos de él. Contemplar su horizonte infinito me ha reconfortado durante los amargos momentos que inevitablemente azotan a todo ser humano a lo largo de la vida; contemplarlo abre mi mente y acelera mi imaginación, al tiempo que mis dotes creativas se agrandan. A veces, incluso, los anhelos más acuciantes se zambullen en sus aguas antes de venir a darme el encuentro.

—Háblame de ti, Diego. Háblame de Cádiz y háblame del mar, te lo ruego. Nunca he tenido oportunidad de asomarme a él. Dime qué se siente cuando lo contemplas desde la orilla mientras las olas acarician tus pies.

Y así fue como pasamos las siguientes horas, hablando del mar de Cádiz y de mis más tiernos recuerdos; ella preguntando y yo respondiendo con entusiasmo creciente. En todos ellos, al menos en los más importantes, el mar desempeñó siempre un papel destacado. Mi ciudad vive mirando al mar y, como la de cualquier gaditano, mi juventud transcurrió frente a él. Mirando al mar me enamoré, mirando al mar derramé amargas lágrimas, mirando al mar dibujé los sueños más bonitos que nadie pueda imaginar. Ante la inmensidad del Atlántico, con dieciséis o diecisiete años, yo tampoco tenía límites. Contemplando sus aguas siempre tuve la sensación de que lo imposible estaba al alcance de mi mano, y en más de una ocasión me vi embriagado de poder, tanto como un emperador romano el día de su triunfo, obligándome a mirar atrás y a recordar que, como ellos, yo también era mortal.

Incluso le conté cuán hechizado andaba yo de sus playas. La Caleta, Santa María, Victoria y Cortadura. Todas de rubia y fina arena, cada una con su encanto particular, ninguna igual a las demás. «No hay pena que arraigue en un día de playa», le decía, porque arena, sol y mar son antídotos eficaces contra la tristeza, créame. Ningún mal pensamiento anida en la cabeza de quien se sumerge en las aguas atlánticas o se broncea tumbado sobre una toalla mirando hacia poniente. Dese un baño en el mar mientras el sol se oculta en el horizonte y experimentará la libertad más absoluta. Pasee una mañana otoñal por la orilla y siéntase afortunado de respirar aire puro y de poder evadir su mente de aquello que le preocupa. Y, por supuesto, iníciase sobre la arena en los arcanos más secretos del arte amatorio durante las cálidas noches veraniegas. Esto y mucho más es lo que me ofrecieron las playas y el mar de Cádiz, regalándome momentos inolvidables de alegría, amistad y pasión.

Todas estas cosas las compartía con Lucía, aunque muchas veces yo la llamaba simplemente Azul. Después le hablaré de ella, pero antes, si quiero que estas memorias que pretendo escribir sean comprensibles para usted que las lee, es necesario que le cuente cómo la conocí, lo que me obliga a ponerme

de nuevo el delantal y regresar a los fogones de Vendetta. Venga conmigo, le llevo a un lugar mágico donde todos mis sueños un día se hicieron realidad.

2.

Hasta que empecé a trabajar con Massimo pensaba que la cocina italiana era cuestión de macarrones o *spaghetti*, de salsa boloñesa o de salsa carbonara, de pizza margarita o de pizza con todos los ingredientes que pudiera encontrar en el frigorífico y que fueran susceptibles de ponerse en una de esas masas precocinadas que vendían en el congelado del barrio. Massimo no dejaba de reírse y de llevarse las manos a la cabeza cada vez que le explicaba cómo preparaba yo mis macarrones con atún, plato del que me sentía orgulloso. Gracias a su paciencia ilimitada, descubrí con asombro la extraordinaria multiplicidad de formas, variedades, colores y denominaciones de pasta que existen, tantas que, si alguien se pusiera a catalogarlas y describirlas todas, desde las más habituales hasta las más desconocidas, tendría material más que suficiente para publicar una tesis doctoral de envergadura.

Para empezar, el italiano me hizo saber que existían dos clases de pasta: aquellas que se preparaban con agua y harina y aquellas hechas con harina y huevos. Para las primeras utilizábamos un tipo de harina de trigo muy duro (semolina se llamaba), mientras que para las segundas usábamos una harina de trigo blando. Me encantaba observarlo cuando amasaba hábilmente las masas y las estiraba hasta más no poder con la máquina de manija manual que tenía anclada a la mesa principal de trabajo. Posteriormente, haciendo uso de la misma máquina, de un cortador, de un simple tenedor o de algún otro objeto, modelaba las formas más variopintas de pastas.

Elaborábamos en primer lugar aquellas denominadas genéricamente *fetucce*, es decir, cintas, como las *tagliatelle*, las *parpadelle*, *fettuccine*, *tonnarelli* o *tagliolini*, cuya única diferencia aparente, desde mi ignorancia más absoluta, era su grosor. Una vez más, haciendo alarde de una paciencia que envidiaría el mismísimo santo Job, Massimo me ilustraba enseñándome que los finos *taglioni*, aunque en ocasiones se servían con salsa, lo más habitual era hacerlo con caldo; o que los *fettuccine* combinaban estupendamente con salsas cremosas. Además, me aseguró que el hecho de no combinar las *tagliatelle* con salsa boloñesa se consideraba una aberración en

Bolonia, de donde eran originarios.

A continuación, mientras dejábamos secar las cintas, pasábamos a las denominadas pastas de relleno. Entre estas, mis favoritos eran los *tortellini*, un tipo de pasta con forma de anillo servida en muchos hogares boloñeses en Nochevieja. También trabajábamos las *lasagne*, los *raviolini* con forma de media luna, los *pansoti* triangulares, los *tortelloni* cuadrados y los *canelloni* rectangulares, todos con gran éxito entre los asiduos comensales de Vendetta. Y es que Massimo se esmeraba sobremanera en sus exquisitos rellenos, los cuales, según me contó, aprendió a elaborar mientras cocinaba codo a codo con su abuela allá en Nápoles. Por mis manos desfilaban diariamente la ricotta, el parmesano y el gorgonzola, las espinacas, el tomate dulce, el salmón, la trufa negra, las nueces, la carne de vacuno y otros productos concienzudamente adquiridos en los mejores mercados de la zona. Sabiamente combinados, aquellos ingredientes se transformaban en exquisiteces que poco tenían que envidiar a los modernos platos de alta cocina.

Después de las cintas y los rellenos nos dedicábamos a las pastas largas: *spaghetti* y *spaghettoni*, este último similar al primero, pero más pequeño y delgado; *linguine*, de forma plana (de hecho, su nombre significa «lengua»); *bucatini*, especie de pajita para beber, y los *fusilli lunghi*, semejantes a los cables de teléfono. ¡Qué maestría demostraba Massimo haciendo cada una de ellas!

Recordar todos aquellos nombres y asociarlos a sus formas me resultó más complejo que aprobar una asignatura de la facultad. Además, si no es usted italiano o poco conoce de su gastronomía, sepa que no todas las pastas ligan con todas las salsas. Cada forma de pasta, con su textura peculiar, exige un tipo de salsa concreta que la potencie y la convierta en un plato fabuloso. Por todo ello, habituarme al ritmo con el que se trabajaba en la cocina de Vendetta fue una tarea agotadora. Eso sí, siempre estuvo dulcificada por la cercana presencia de Lucía.

Como buen gaditano, no podía evitar algún comentario chistoso cuando entraba una comanda de *penne* con algún tipo de salsa de carne o cuando Lucía nos gritaba a pleno pulmón: «¡Unos *spaghetti* a la putanesca!» (los cuales, por cierto, eran una de las especialidades de la casa). Más de una merecida reprimenda me llevé por expresar en voz demasiado alta algún que otro comentario jocoso sobre el gusto culinario de los clientes que se decantaban por aquellos platos.

—Deja de fregar esos cacharros. Ponte a mi lado y escúchame con

atención —me dijo una tarde Massimo—. Hoy vas a aprender a cocer la pasta.

Aquello suponía subir mi categoría en Vendetta, pues era sin duda la tarea más sagrada que se hacía en la *trattoria*.

—La olla debe ser grande, ya que la pasta necesita espacio para moverse. Llénala siempre con suficiente agua en proporción uno a diez como mínimo.

—O sea, un litro por cada cien gramos de pasta, ¿no?

—Eso es. Debes saber que la pasta, al cocerse, pierde almidón, y si el agua fuese escasa se formaría una especie de cola que impediría que la pasta se hidratase bien y se pegaría con más facilidad, y eso es un *peccato mortale* para un italiano. Lleva el agua a ebullición y, después de que comience a hervir, nunca antes, añade una cucharada sopera de sal y, seguidamente, la pasta. Solo queda encontrar ese punto de cocción en el que la pasta muestra cierta resistencia a ser mordida y que en Italia llamamos *al dente*.

—¿Y cómo sé cuándo ha llegado la pasta a ese punto? ¿Existe alguna referencia que pueda orientarme en ese sentido? —pregunté ingenuamente.

Massimo me respondió con toda la ternura que fue capaz en ese momento.

—Eso que me pides, querido Diego, no sabemos explicarlo los italianos; simplemente lo sentimos.

Un día, mientras preparábamos unos *fettuccine* con queso gorgonzola, se me ocurrió preguntarle a Massimo si él conocía cuál era el origen de la pasta, pues en mis años de facultad había leído que fue introducida en Europa en el siglo XIII por Marco Polo y que, por tanto, era originaria de China. El jefe dejó por unos momentos de amasar, se giró hacia mí y me respondió, con visible indignación, que la pasta no solo era originaria de Italia, sino que además apareció por primera vez en su Nápoles natal y, para dar credibilidad a sus palabras, comenzó a contarme la historia de un mago napolitano llamado Chico, que pasaba largas horas frente a un burbujeante caldero y algunos manuscritos antiguos mezclando ingredientes en un denodado esfuerzo por descubrir una comida exquisita que hiciese feliz a todas las personas de su reino. Después de muchos años, consiguió formar una masa combinando harina, agua y huevos, la cual estiró todo lo que pudo hasta dejarla tan fina como un pergamino, cocinándola posteriormente en su caldero de agua hirviendo. No sospechaba Chico que una vecina cuyo marido trabajaba en las cocinas reales, había estado espiándolo todo ese tiempo, robándole el secreto de su descubrimiento. La astuta vecina consiguió convertirse, gracias a la influencia de su marido, en la nueva cocinera real, prometiéndole a su

majestad la comida más exquisita que jamás este hubiera probado.

Mientras lo escuchaba, giré distraídamente la cabeza hacia la derecha y lo que vi me dejó petrificado. Allí estaba Lucía, apoyada en el marco de la puerta con su pelo graciosamente recogido con el bolígrafo que usaba para apuntar las comandas. Tenía una de sus mejillas ligeramente manchada de harina y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero; sentía que me acariciaba con su dulce mirada. Instintivamente, bajé los ojos y un rubor infantil se apoderó súbitamente de mi rostro. No llegué a enterarme del desenlace de la historia de Massimo e ignoro todavía qué ocurrió con el mago Chico y la malévola vecina. Cuando mi jefe por fin se calló y se quedó mirándome en espera de algún comentario por mi parte, volví a sentirme como cuando el maestro decía mi nombre en el aula para que continuara la lectura que estábamos haciendo en voz alta y yo, totalmente perdido, no tenía la más mínima idea de por dónde íbamos. Avergonzado por la situación, no tuve más remedio que murmurar algunas palabras sin mucho sentido y decir que muy bonita la historia, que estaba totalmente convencido de que la pasta era originaria de Italia, o, mejor dicho, de Nápoles, más concretamente del barrio donde se había criado Massimo, y que, si me apuraba, hasta pudiese ser que la vecina fuese antecesora suya.

Aquella jornada estuve muy descentrado en mi trabajo. Rompí algunos platos, tiré al suelo varias salseras, me hice algún que otro corte (afortunadamente poco profundo), confundí parmesano con grana padano y fui incapaz de seguir el trepidante ritmo que nos exigía el servicio nocturno. Mis manos se volvieron torpes, las piernas lentas. Las órdenes de Massimo me llegaban con retardo y por mi cabeza fluían pensamientos que distraían mi atención constantemente. Fue un caos absoluto. Una mirada de Lucía había bastado para desmontarme, provocándome una tormenta de sentimientos para la cual no tenía ni paraguas ni impermeable con los que protegerme. Y lo peor de todo era que no estaba en condiciones de saber qué intenciones encerraba aquella bendita mirada, si simplemente se trataba de un episodio inocente y casual entre compañeros de trabajo o si formaba parte de un sutil coqueteo por su parte.

Esa misma noche, al cierre, Massimo había salido a tirar la basura y yo estaba terminando de barrer la cocina cuando Lucía se acercó y me preguntó sin preámbulo alguno que cuándo iba a perder mis miedos y me iba a atrever a pedirle una cita. Sin dejarme tiempo para asimilar lo que acababa de suceder, se dio media vuelta y fue alejándose lentamente hasta retomar sus quehaceres

entre las mesas del salón. Antes de que pudiera ofrecer una respuesta honrosa llegó Massimo con un humor de perros, enumerándome con un tono de voz bastante elevado todos los errores que había cometido durante aquella desastrosa jornada. Me advirtió, mientras gesticulaba sin parar paseándose arriba y abajo por la cocina, que le importaba un pimiento aquello que me estuviese descentrando de esa manera, pero que no iba a tolerar esa conducta mía por mucho tiempo y que, por tanto, más me valía aplicarme en mis tareas o tendría que verse obligado a tomar cartas en el asunto. Quedaba demostrado con aquella retahíla que para él la profesionalidad era lo primero de todo. Fue una bronca en toda regla de jefe a empleado, sin consideraciones amistosas que la mitigasen. Supe así que, llegado el caso, el napolitano no tendría impedimento alguno en ponerme de patitas en la calle, como se suele decir. Si la escena hubiese tenido lugar en cualquier otro momento, hubiera supuesto una humillación, un duro golpe a mi amor propio. Pero las cálidas palabras derramadas por Lucía en mis oídos momentos antes me habían elevado a las nubes y todo mi ser rebosaba felicidad. Así que me quité el delantal, dediqué unos segundos a disculparme ante el jefe mientras le besaba la frente y acto seguido salí corriendo en busca de Lucía. De fondo me llegó el eco de las últimas palabras de Massimo: «Tú estás loco, Diego, pero que muy loco». Y efectivamente estaba loco, pero loco de amor.

Sin embargo, no la vi por ningún lado. Lucía, al percatarse del rapapolvo que me estaba cayendo, había decidido escabullirse para evitar verse salpicada por la tormenta que se había desatado en la cocina. Instintivamente, salí a la calle justo a tiempo para ver cómo enfilaba con paso presuroso el camino de regreso a casa. Empecé a correr y conseguí alcanzarla tres calles más abajo. Me situé frente a ella y las palabras comenzaron a salir de mi boca como agua de una cascada. Le dije que la amaba desde el primer minuto que la vi, que desde entonces no había habido noche en la que no soñara con ella y que nunca me había atrevido a mostrarle mis sentimientos por considerarme indigno de su compañía. Le confesé, con el corazón ya desbocado, que anhelaba robar su mirada para hacerla únicamente mía. Lucía, que durante todo ese tiempo me había estado mirando como si no hubiese nadie más en el mundo, llevó su dedo índice a mis labios invitándome a callar y me besó hasta hacerme creer morir.

Cuando alguien comienza un puzle, lo primero con lo que se encuentra al abrir la caja es un revoltijo de piezas, un caos informe que deberá ir organizando pacientemente durante las siguientes semanas, meses o incluso años. Lo lógico es llevar a cabo un primer rastreo en busca de las piezas que carecen de entrantes o salientes en alguno de sus lados, es decir, aquellas que determinan los límites del puzle. Cuando terminan de encajarse estas, aparece ante nosotros un vacío perfectamente enmarcado. En esa primera fase, la construcción del puzle es muy placentera e ilusionante, pues los fragmentos han aparecido sin excesiva dificultad y su ensamblaje no ha sido nada problemático. Por momentos te invade el optimismo y piensas que aquello va a ser cosa de coser y cantar. Sin embargo, se trata simplemente de un dulce preámbulo.

El verdadero puzle comienza a formarse a partir del momento en que está completado el marco externo. Es entonces cuando uno debe demostrar que es capaz de ir construyendo con esmerada dedicación aquello que con tanto entusiasmo se inició. Pero ¡ay! Son pocas las personas que consiguen ir más allá de estas primeras piezas. Muchas veces el motivo es la falta de paciencia; otras se debe a la incapacidad para superar los momentos de agobio, desazón, desesperación y estancamiento que inevitablemente aparecen cuando alguna parte del puzle se muestra especialmente ardua en su confección. Lentamente, las dudas comienzan a esparcir sus semillas sobre la idoneidad de dedicar tanto tiempo y esfuerzo a un proyecto de tal magnitud, y es en ese preciso momento cuando muchos se rinden. Deshacen aquello, poco o mucho, que ya tenían encajado, las piezas quedan nuevamente revueltas en su caja y esta es condenada al olvido en algún altillo de la casa.

Las relaciones de pareja son, a su manera, como un puzle. En sus comienzos, todas son hermosas, todas se inician como un idilio de amor y de pasión y nada perturba a los recién enamorados; pero cuando se agota esta fase inicial, a veces todo desaparece y nada queda.

Con el beso que me dio Lucía se abrió la caja del puzle más bonito que jamás tuve entre mis manos. Era un puzle de un millón de millones de piezas, pues su construcción debía ocuparnos una vida entera. Aquella noche, en su casa, iniciamos la apasionada búsqueda de las primeras piezas que, al unirse, comenzaron a enmarcar nuestra vida en común, un espacio que deberíamos ir rellenando fragmento a fragmento en los años venideros. Como ocurre tantas veces, la formación de nuestro puzle también se complicó en numerosas

ocasiones. En esos momentos fallamos, pero perdonamos; nos equivocamos, pero comprendimos; impusimos, pero también cedimos, y las piezas siguieron encajando poco a poco mientras la felicidad colmaba nuestros días y nuestras noches.

Llegó un momento en el que fue necesario dar un salto adelante para que pudiésemos seguir construyendo nuestro hermoso puzle. Tocaba despedirse de la habitación de El Tercio viejo que me había estado dando cobijo desde mi llegada a Madrid, así que hice la maleta y me trasladé con mis aún escasas pertenencias a casa de Lucía. Era un piso de alquiler de modestas dimensiones, pero bastante céntrico. Fue nuestro primer hogar, humilde y sencillo como correspondía a dos jóvenes que estaban comenzando a ganarse la vida, pero rebotante de amor. Allí diseñamos juntos una rutina para aprovechar nuestros días lo máximo posible. Amanecíamos abrazados, compartíamos mañanas de tareas domésticas y confidencias con las que íbamos desvelando a la otra persona nuestros secretos mejor guardados. Llenábamos las horas de la tarde y de la noche trabajando en Vendetta entre cómplices miradas, disimuladas caricias y besos escondidos, convirtiendo aquel bendito lugar que nos había unido en una prolongación de nuestro romance. Cuando regresábamos a casa, ya casi de madrugada, nos buscábamos con apasionado desenfreno entre sábanas y almohadas. Abrazados, el sueño nos rendía y nos despertaba nuevamente la mañana.

Planificábamos con esmero los días de descanso semanal en el trabajo, pues estábamos anhelosos de hacer muchas cosas juntos, intentando encajar nuestros diferentes gustos y aficiones. A ella le encantaba el teatro, y a mí su espectacular puesta en escena; me fascinaba encontrar románticos restaurantes para invitarla a cenar, y ella siempre tenía hambre de mí. Íbamos a menudo al Bernabéu, ella deseosa de ver ganar al Real Madrid, yo rezando porque perdiera. Lucía era mucho del cine Capitol mientras que yo prefería la sala Doré, y algún que otro estreno provocó absurdas discusiones de noviazgo. Dábamos largos paseos por el Retiro cogidos de la mano mientras nos contábamos nuestro pasado. A ella le chiflaba perderse por el barrio de las Letras y a mí hacer alarde de mis conocimientos de arte mientras la conducía por las salas del Museo del Prado en busca de un Velázquez, un Zurbarán o un Rubens, mis pintores preferidos. Nos escapábamos a Toledo y Segovia siempre que podíamos, al palacio del Pardo, a la regia villa de Aranjuez, a la monástica localidad de San Lorenzo del Escorial o a la universitaria y cervantina Alcalá de Henares, todos ellos lugares con mucha historia en los

que yo disfrutaba como un niño y que Lucía descubría con entusiasmo creciente.

Me gusta recordar esos meses como la época del descubrimiento mutuo, un tiempo dichoso durante el que fui conociéndola y en el que me di a conocer como nunca había hecho con ningún otro ser humano. Era consciente de que cuanto más sabía de Lucía, más me enamoraba de ella. Me encantaban sus ocurrencias, el punto optimista que siempre le ponía a la vida y la forma tan especial que tenía de cuidarme. Yo, por mi parte, me desvivía por hacerla feliz y por demostrarle cuánto la amaba, cuánto la necesitaba y cuánto me importaba. Vivimos momentos mágicos que han quedado estampados en mi memoria con tinta indeleble de color azul.

Hace mucho que la vida me enseñó que cada persona que habita este planeta experimenta venturas e infortunios, y esto es norma general hasta para el más común de todos los mortales. Ahora bien, está comprobado que, en algunos, las primeras prevalecen sobre los segundos y, por eso (y con toda la razón del mundo), estos se consideran dichosos, ya que la vida se ha mostrado benévola con ellos. También existen quienes reciben más sinsabores que satisfacciones, y para referirnos a ellos hacemos uso del término *desdichado*.

Pues bien, siempre he querido pensar que existe el mismo porcentaje de fortuna que de miserias humanas sobre la faz de la tierra y que si una persona es muy dichosa, otra necesariamente debe ser muy infeliz, compensándose así la desigual distribución. Creo en ello basándome en la naturaleza, que es sabia y que siempre tiende al equilibrio, por injusto que este pueda parecernos. Mi abuela, mucho más experta que yo, era de la misma opinión, aunque ella la expresaba simplemente afirmando que hay algunos que nacen con estrella y otros estrellados.

Pronto descubrí que Lucía pertenecía a la categoría de los dichosos, es decir, de la gente con estrella. Había crecido al calor de un hogar modesto, tan lejos de la escasez como de la opulencia, entre achuchones maternos y mimos del padre, compartidos con otras dos hermanas más pequeñas de las que nunca he llegado a saber nada. Educada para ser excelente madre y mejor esposa, con dieciocho años recién cumplidos logró escabullirse de las imposiciones sociales que la acechaban para abandonar su casa rural y trasladarse a la capital. Allí se empapó de una nueva mentalidad, transgresora con los principios del régimen que acababa de derrumbarse. Corría el año 1978, aquel que engendró una Constitución por entonces tan necesaria como hoy cuestionada. Quiso la fortuna que estuviera en el lugar adecuado en el

momento oportuno, y pudo organizar su vida libre de las ataduras y los convencionalismos de otra época. Tuvo también el acierto de rodearse de gente de distinta condición. Esta pluralidad le mostró caminos divergentes entre los que tuvo que elegir, y eligió bien. Si se equivocó, el error fue solo suyo y, como tal, no debe considerarse más que como un mecanismo de aprendizaje que la vida nos brinda. Y es que, después de seis décadas acumulando experiencias de vida, no puedo dejar de considerar dichosa a la persona que puede elegir, aun equivocándose, su propio destino. Pero a lo que iba. Tras algunos escauceos por ambientes poco recomendables —de los que nunca quiso darme mucha información—, Lucía decidió iniciar unos estudios universitarios de Derecho que no llegó a finalizar, pero que le ofrecieron la oportunidad de abrirse camino en el mercado laboral madrileño en un momento en el que la economía no atravesaba una etapa boyante precisamente. Después de dar varios bandazos, terminó con bolígrafo y libreta en mano anotando comandas en Vendetta, iluminando con su sonrisa aquella *trattoria* sita en el barrio de La Latina. Verla moviéndose entre las mesas era comprender la grandeza que encerraba. Toda ella irradiaba felicidad, ilusión y entusiasmo; su ser desprendía unas ganas locas por vivir. Disfrutaba hasta de los detalles más insignificantes y, cuando miraba a la vida de frente, sus ojos siempre eran primerizos; tenían intactos esa capacidad de sorprenderse con la que toda persona nace y que se va perdiendo con el pasar de los años, pero que en Azul permanecía, porque nada se volvía rutinario alrededor de ella. Así era Lucía: auténtica energía, puro nervio, incansable, entretenida y dinámica. El combustible que quemaba para impulsarse era, nada más y nada menos, que el intenso deseo de sentirse viva. Esta y no otra era su esencia, lo que había detrás de esos ojos azules de mirada profunda, tan profunda que a mí se me antojaba infinita.

El tiempo que pasaba con ella me distanció de Massimo, quien antes de jefe había sido amigo. Massimo también era de los dichosos, a pesar de algunos duros reveses que había tenido que superar. Era un tipo enérgico, tan solo tres años mayor que yo, con mucha iniciativa y de espíritu emprendedor. Había abandonado su Nápoles natal y se había afincado en Madrid para regentar un negocio familiar con su padre. La jugada le había salido redonda, pues Vendetta, aunque no figuraba ni mucho menos en ninguna lista de restaurantes recomendados para turistas, tampoco podía quejarse de su fiel y amigable clientela. Era un pulcro profesional en la cocina, divertido y dicharachero cuando nos tomábamos unas copas tras la jornada de trabajo, con

don de gentes, respetado y querido por sus empleados y, sobre todo, con las ideas muy claras. Sabía quién era, de dónde venía y hacia dónde se encaminaba. Nunca lo vi dudar. En su mente todo estaba organizado desde tiempo inmemorial, como si cada paso que diera ya hubiese sido sopesado hasta la saciedad. Sin embargo, en ocasiones asomaba a sus ojos una mirada fría, tan fría que te helaba el cuerpo, aunque no estuviese dirigida a ti. En esos momentos, Massimo se ausentaba; su mente escapaba del lugar donde se encontraba e iniciaba un viaje que nunca supe hacia dónde le conducía. Esos días se mostraba taciturno. Parecía como si su energía hubiese sido secuestrada por un diabólico hechicero: apenas contaba nada y respondía con monosílabos, cumpliendo con sus quehaceres en un tenso silencio. Pero, completado el tránsito, a la jornada siguiente volvía a ser el mismo de siempre. Massimo estaba de vuelta de su enigmático viaje y todo volvía a la normalidad. Afortunadamente, aquellos episodios no eran habituales y, las más de las veces, el napolitano era una de esas personas bajo cuya sombra gusta a cualquiera cobijarse. Siempre sabía arrancarte una sonrisa y era casi imposible enfadarse con él.

De su rostro destacaba la nariz, completamente plana, recta y estrecha, como si hubiese sido moldeada por un escultor griego. Pero ningún otro aspecto de su cuerpo compartía la perfección de aquella nariz porque, siendo sinceros, Massimo no era muy agraciado físicamente. Su aspecto era el propio de un joven amante de la buena comida y poco interesado en la práctica del deporte. Todo su exceso de grasa se acumulaba en una barriga no demasiado exagerada todavía, pero a la que el paso de los años auguraba un espectacular desarrollo. Eso sí, aquel resalte que le circundaba, como un flotador hace con un bañista, y sus escasos ciento sesenta y cinco centímetros le conferían un aspecto totalmente alejado de cualquier canon de belleza habido y por haber. Además, recuerdo cómo le gustaba dejarse crecer el pelo hasta que este le cubría por entero las orejas y su maniática tendencia a despoblarse la espesura de las cejas una vez por semana.

Decía que nuestra relación fue perdiendo la espontaneidad y la frescura que había tenido desde un principio. Tardé bastante tiempo en ser consciente de ello, y cuando me di cuenta me sentí culpable. La verdad es que no encajó bien eso de que Lucía y yo estuviésemos saliendo juntos. No es que dijese nada al respecto o que se comportara de una forma distinta, pero había algo en él que denotaba... no sé el qué exactamente, pero diría que cierto malestar. Y aunque es cierto que nada cambió entre nosotros tres allí en Vendetta, si lo

pienso detenidamente creo que la complicidad entre Lucía y yo no terminaba de gustarle. Supuse, aunque Lucía siempre me lo negó, que Massimo estaría colado por ella, o que por lo menos se sentiría atraído como yo por el azul de su mirada. ¿Cómo no iba a estarlo si esa mirada era irresistible? Pero, independientemente del motivo, la verdad es que me invadió un sentimiento de desazón cuando fui consciente de la distancia que me separaba del napolitano. Sentía remordimientos por no haber valorado en su justa medida nuestra amistad, la primera que tuve en Madrid y que había significado tanto para mí. No había sabido cuidarla. Había dedicado todo mi tiempo y atención a Lucía sin comprender que estaba dejando atrás a un amigo al que debía todo cuanto había conseguido hasta ese momento. Tenía una deuda pendiente y estaba deseando tener la oportunidad de saldarla, demostrándole que podía contar conmigo para lo que necesitara.

Siempre he escuchado decir que a la ocasión la pintan calva, y no quise dejar pasar la primera oportunidad que se me presentó para mostrarle a Massimo mi gratitud. Una noche, al acabar el servicio, mientras Lucía y yo estábamos ordenando las mesas del salón y doblando la mantelería, mi jefe se acercó y nos comunicó con tristeza que debía ausentarse unos días de Madrid, pues tenía que viajar a Nápoles por unos asuntos familiares que no nos quiso aclarar. Por tanto, nos daba vacaciones hasta su vuelta, ya que no le quedaba más remedio que cerrar Vendetta hasta la semana siguiente. Nada más cruzar nuestras miradas, Lucía y yo supimos inmediatamente lo que teníamos que hacer. Ella fue la que tomó la palabra proponiéndole que nos dejara abrir la *trattoria* durante aquellos días. Era lo mínimo que podíamos hacer por él. Yo me sentía plenamente capacitado para hacerme cargo de las riendas de la cocina, siempre y cuando tuviera a Lucía a mi lado. Las enseñanzas y consejos que Massimo me había transmitido para preparar la pasta me habían convertido en un decente cocinero y tenía controlados muchos de los principales platos de la carta. Tan solo teníamos que convencer a alguna de las amigas de Lucía para que trabajara de camarera y Vendetta podría mantener sus puertas abiertas durante los días de ausencia del jefe. Agradecido por nuestra propuesta, Massimo dudó unos instantes. Era evidente que no terminaba de confiar plenamente en mi capacidad para asumir la sagrada responsabilidad de elaborar los diferentes platos con la exquisitez que él requería, pero, finalmente, accedió complacido, no sin antes santiguarse tres veces y murmurar alguna oración italiana invocando al Altísimo.

Siete fueron exactamente los días que Massimo estuvo en Nápoles. Fue

una semana agotadora, de locura, pero maravillosa. Estábamos al frente de un negocio y la responsabilidad era máxima. No queríamos defraudar a nuestro amigo y pusimos todo el empeño del mundo para que los clientes no notaran su ausencia. Eran tantas y tan complejas las tareas que tuve que realizar esos días que aún no sé muy bien cómo pude salir airoso de aquel brutal desafío. Cada día debíamos combinar en su justa medida harina y huevos, removiendo y amasando la mezcla resultante hasta conseguir la textura óptima que tantas veces Massimo me había mostrado. Una vez reposada, estirábamos la masa y nos afanábamos todo lo que podíamos para obtener el grosor adecuado que cada tipo de pasta requería. Finalmente, había que cortarla y darle la forma precisa, encontrar el punto exacto de cocción y preparar la diversidad de salsas y rellenos que necesitábamos. Cada uno de estos pasos era un pequeño reto que fuimos superando con creciente destreza. Teníamos también que lograr la cremosidad justa del risotto, recordar las hierbas aromáticas que acompañaban a cada uno de los platos, seguir escrupulosamente el orden de entrada de las comandas, calcular los tiempos de preparación para priorizar aquellos pedidos de más lenta elaboración, evitando así que se produjeran indeseadas esperas entre los comensales.

Yo había sido testigo de cómo cada noche mi jefe realizaba todas estas tareas sin dificultad aparente. Sus movimientos eran precisos, estudiados matemáticamente para llevarlos a cabo con la máxima eficacia posible. Para mí, sin embargo, cada una de las siete jornadas de ausencia de Massimo supuso un esfuerzo titánico que me agotó física y mentalmente. Pero fue grande la satisfacción de sabernos capaces de llevar las riendas de un restaurante, por modesto que este fuera. Toda una lección para el futuro que no quisimos dejar pasar inadvertida; antes bien, tanto Lucía como yo tomamos buena cuenta de ella.

4.

El autobús que debía llevarme a Madrid partió de Cádiz en la madrugada del 24 de octubre de 1984. El día anterior, la BBC News emitió diversos reportajes mostrando al mundo cómo la hambruna azotaba Etiopía, matando de inanición a miles de personas. En España, la prensa del corazón seguía repleta de fotos, reportajes y testimonios de la mortal cogida que había sufrido el diestro Francisco Rivera, Paquirri, a los 37 años en la plaza de toros de Pozoblanco el mes anterior. A nivel deportivo, el FC Barcelona continuaba su

tiranía al frente de la primera división, posición que nunca abandonaría el resto de aquella temporada.

Sin embargo, la actualidad informativa quedaba muy alejada del centro de todo aquello que me interesaba entonces. Mis energías se concentraban en hacer cábalas para poner orden en el caos organizativo en el que me encontraba inmerso en esa madrugada. Y es que todo lo que de resolutivo y resuelto tuve a la hora de tomar la decisión de mi partida, lo tuve también de despreocupado cuando hube de preparar mi desembarco en tierras madrileñas.

De este modo, únicamente tenía claro que me hospedaría temporalmente en el hostel El Tercio viejo de la céntrica calle Fuencarral mientras dejaba tiempo para que se fuesen despejando todas las dudas que en ese momento se cernían sobre mí. El futuro más inmediato se desplegaba ante mí como un libro en blanco. Mis actos deberían ir escribiendo en él con esmerada caligrafía si no quería reencontrarme con el amargo sabor del fracaso.

Madrid me recibió al amanecer con sus ropajes de otoño, con árboles que se iban desnudando lentamente mientras las horas de oscuridad avanzaban con paso firme y decidido, restándole luz a los días.

Me instalé, siguiendo el plan preconcebido, en una pequeña habitación de El Tercio viejo con vistas a la transitada calle. Deshice mi escueto equipaje, coloqué la ropa en un armario que, cuanto menos, debía de llevar ahí desde la época de Alfonso XIII y me desparramé en la cama. Me alcanzó inmediatamente un sueño reparador, ya que la excitación había impedido que encontrara un momento de descanso durante las nueve horas que duró el viaje en autobús.

Cuando desperté el sol descendía buscando anhelante el horizonte y las sombras se alargaban cubriendo con su espeso manto las transitadas avenidas de la ciudad. Embozado en mi chaquetón —ya que no quería arriesgarme a pillar un tonto resfriado nada más llegar—, bajé las escaleras y dirigí mis pasos a la cercana Gran Vía. He de reconocer que el intenso trasiego de esta me dejó confuso en un primer instante. La marea humana me arrastró calle abajo en dirección a la Plaza España mientras mis ojos se detenían brevemente en los carteles del cine Callao y en muchos de los distintos teatros que se suceden a lo largo de aquella popular avenida. Quedé entusiasmado ante tanta oferta cultural concentrada en apenas un kilómetro. En Plaza España pregunté a una señora por dónde quedaba el templo de Debod, pues desde que supe de su existencia deseaba poder visitarlo. Siguiendo sus indicaciones llegué hasta el bellísimo parque del Oeste, en uno de cuyos altos se alza este

templo egipcio. Observándolo, no pude resistirme a rememorar las palabras que el victorioso general Napoleón Bonaparte dedicó a sus tropas al pie de las pirámides de Gizeh. Y es que me encontraba ante una edificación desde la que me contemplaban siglos de historia, nada más y nada menos que veintidós.

Satisfecha la egipcia curiosidad, comencé a sentir el cosquilleo del hambre en mi estómago, ya que apenas había comido nada desde el desayuno. Inicié nuevamente mi camino y esta vez me puse a callejear en busca de algún lugar donde pudiera reponer fuerzas. Me fui adentrando sin saberlo en uno de los barrios más históricos y sin duda más carismáticos de todo Madrid: el barrio de La Latina. Queda este limitado por la calle Segovia, las Vistillas, el Rastro, la puerta de Toledo y la plaza de la Cebada. Debe su nombre a Beatriz Galindo, preceptora de humanista formación que ejerció su labor en la corte de Isabel la Católica. De la reina fue también amiga, consejera y confidente, pero si por algo ha pasado a la historia esta mujer es por el hecho de que, desde edad muy temprana, Beatriz mostró grandes dotes para el aprendizaje del latín y comenzó a ser conocida como La Latina, apodo con el que los madrileños de hoy conocen al barrio. Conserva el lugar el mismo trazado y estructura que tuviera allá por los siglos de época moderna y, como entonces, dos son las arterias principales del barrio, las históricas Cava Alta y Cava Baja. Esta última estuvo antaño repleta de fondas y tabernas que ofrecían sus servicios a los mercaderes que acudían a la ciudad a vender sus productos en los cercanos mercados de la Cebada o San Miguel. Hoy el lugar sigue rebosante del mismo ajetreo que desde siempre llenó sus calles y plazas y que a mí me cautivó desde el principio.

Mientras mis pies curioseaban el lugar, topé por casualidad con Vendetta, una *trattoria* regentada por un señor de avanzada edad. Pude comprobar más tarde que su labor se limitaba exclusivamente a acomodar a los clientes que iban llegando en alguna de las numerosas mesas que disponía el local. Lo curioso es que lo hacía con unas formas que dejaban mucho que desear, la verdad. De hecho, tras el hosco recibimiento que me dispensó aquel viejo cascarrabias, estuve tentado de pedirle disculpas por haber osado entrar a cenar en su restaurante. Tenía un marcado acento italiano del que imaginé que nunca había querido desprenderse, conservando así en tierra extranjera un vínculo con su país natal. Lo observé concienzudamente en su andar cansino murmurando en la lengua de Petrarca solo Dios sabe qué palabras mientras cumplía con desgana no disimulada su cometido de anfitrión. A los clientes que llegaron después de mí, y que también fueron recibidos por un rostro seco,

agrijo y malhumorado, no pareció incomodarles la huraña bienvenida. Intrigado por tales reacciones resolví que muy buena debía de estar la comida que servían en aquella *trattoria* para que los clientes aguantaran con dicha entereza la grosera bienvenida del dueño. Reconfortado por la conclusión a la que había llegado, sentado en una mesa ataviada con el típico mantel de cuadros rojos, verdes y blancos, eché un rápido vistazo a la decoración de las paredes, donde colgaban algunas fotografías de los monumentos y lugares más reconocibles y turísticos del país italiano. Me estoy refiriendo a la torre de Pisa, al Coliseo romano, al puente de los Suspiros de Venecia, a la escena de la creación del hombre o a la boca de la verdad, decoración demasiado típica y previsible en la que, sin embargo, se habían incorporado dos grabados poco conocidos y que, colgados próximos a mi mesa, captaron poderosamente mi atención. Como supe después, se trataba de dos ilustraciones de la versión inglesa de La Divina Comedia realizadas por el artista francés Paul Gustave Doré en el siglo XIX. En el de la derecha podía reconocerse a un Caronte de musculatura miguelangelesca luchando contra las embravecidas aguas del Aqueronte, en un esfuerzo titánico por mantener enderezada su barca. En el grabado de la izquierda, el barquero, ya en la orilla, se mostraba decidido a embarcar, apretujando los cuerpos desnudos de los infelices que debían cruzar a la otra orilla. Amenazaba con su remo a quien se resistía a ocupar su lugar en la embarcación que debía transportarlos al inframundo previo pago de un simple óbolo. Tan sobrecogedoras eran las dos escenas y tan absorto me encontraba en su contemplación que no oí la llegada de la camarera que, con libreta en mano, me preguntaba qué iba a tomar para cenar.

—Una cerveza Moretti y una pizza cuatro estaciones, por favor —logré balbucear antes de que mis pulmones se quedaran sin aire y mi tensión arterial subiera hasta las nubes. Tuve que pestañear varias veces para cerciorarme de que no estaba siendo víctima de un engaño o ilusión, sino que la persona que tenía ante mí era de carne y hueso. Tardé varios días en averiguar su nombre, pero me bastó un solo segundo para comprender que me hallaba frente al amor de mi vida. Meses más tarde descubrí entre sus brazos que lo que antes de conocerla yo había creído amor no era tal.

De modo que, sentado frente a los infernales grabados, Afrodita llenó de cosquilleos de mariposa el vacío que sentía desde hacía mucho tiempo en mi interior. Era Lucía, claro está, la bellísima camarera, y cuando me sonrió mi escasez fue tornándose en abundancia, mi soledad en compañía y mi caos en orden, al tiempo que su mirada azul se convertía en mi mundo entero. De

hecho, ni siquiera el trato otra vez arisco que me dispensó el grosero italiano cuando pedí la cuenta pudo liberarme del hechizo que aquellos ojos empezaban a ejercer sobre mí.

Después de aquella primera vez, me acostumbré a cenar en Vendetta cuatro o cinco veces por semana, intentando reunir el arrojo necesario para invitar a Lucía a tomar un café, a ir al cine, a pasear por el Retiro o a lo que fuese. Habitado ya al hosco recibimiento que me dispensaba noche tras noche el siempre malhumorado italiano, ocupaba mi lugar en la misma mesa donde me senté por primera vez. Ojeando la carta, anhelaba ver aparecer el rostro de Lucía en cualquier momento, y aunque intentaba cenar cada día algo distinto, mi menú apenas variaba, pues me alimentaba la mayoría de las veces con sus miradas y saciaba mi sed bebiéndome hasta el más mínimo de sus movimientos. Su voz fue el postre más dulce que hube probado jamás.

Sin embargo, la seguridad de la que hacía alarde frente al espejo de mi habitación mientras repetía las palabras mil veces ensayadas se evaporaba nada más poner un pie en aquella *trattoria*. Yo, que por aquel entonces vendía muchísimas enciclopedias valiéndome únicamente de mi oratoria, era incapaz de articular tres palabras seguidas cuando Lucía estaba delante de mí. Nunca fui capaz de ir más allá de preguntarle qué ingredientes llevaba tal o cual salsa, de comentar lo deliciosa que estaba la pizza que me había recomendado tomar, de hablar del frío que hacía o de las lluvias anunciadas para los días venideros y cosas por el estilo que no me conducían a nada. Sus ojos ejercían un poder hipnótico sobre mi persona y casi siempre terminaba haciendo el ridículo delante de ella, comportándome como un adolescente. Sin duda, el amor es fuerza poderosa, capaz de hacer frágil al poderoso y asustadizo al valiente, tanto como para enmudecer al predicador y empequeñecer al que se muestra grandioso. Conmigo al menos así se manifestaba en aquellos días últimos de 1984.

Tuve que hacer un esfuerzo extraordinario para alejar de mis pensamientos a Lucía y poder centrarme así en el verdadero objetivo que me había llevado a Madrid. Este no era otro que encontrar un trabajo con el que poder ganarme la vida. De este modo, comencé a explorar la ciudad en profundidad, analizando las posibilidades que se me ofrecían, sopesando los pros y los contras de las decisiones que podía tomar, modificando mis usos y costumbres e intentando adaptarme a las nuevas circunstancias. Conocer a fondo el suelo que pisaba se convirtió así en algo prioritario para evitar dar pasos en falso que no me conducirían a ningún lugar. Porque estaba claro que

allí en Madrid las reglas del juego eran diferentes. Mi mente, tanto tiempo sometida a las estrecheces de Cádiz, tenía que comenzar a pensar siguiendo otros códigos. La capital tenía mucho potencial, allí las oportunidades eran infinitas, pero yo me sentía sobrepasado. De hecho, una de las cosas que pronto me llamó la atención fue la cantidad de sitios en los que un cartel anunciaba la necesidad de personal para trabajar, algo insólito en Cádiz, donde la tasa de paro siempre ha estado muy por encima de la media nacional.

Pese a ser licenciado, no quería cerrarme ninguna puerta y estuve dispuesto a aceptar cualquier empleo que se me pusiera al alcance de la mano. Pensaba que ya tendría tiempo para ir mejorando mis condiciones laborales y para encontrar una ocupación más acorde con mi formación universitaria. Convencido de la idoneidad de esta decisión, y teniendo claro que cuando la necesidad aprieta no está uno en condiciones de exigir nada, ofrecí mis servicios en todos los lugares donde intuí que había un resquicio de oportunidad: academias de estudio y empresas de gestión de eventos culturales, bares de copas, restaurantes, cafeterías, almacenes, tiendas de todo tipo, hoteles... Incluso llegué a colocar anuncios en los semáforos donde me ofrecía a dar clases particulares a domicilio tres veces por semana por un módico precio.

Y así no tardé demasiado en encontrar un empleo que, aun siendo apropiado para una persona acostumbrada a las letras como yo, llegué a odiar profundamente: me convertí en vendedor ambulante de enciclopedias. Y aunque era cierto que al fin podía decir que tenía un trabajo, no lo era menos el hecho de que en el mes de noviembre de 1984 me encontraba en las antípodas del estilo de vida que había imaginado tantas veces mientras contemplaba el mar de Cádiz. Me dedicaba a una labor engorrosa a la que tenía que dedicar gran parte del día para poder obtener un sueldo que me permitiera sufragar mis gastos más básicos. Se trataba realmente de un empleo desagradecido, que no compensaba el esfuerzo que uno le dedicaba. Recuerdo que pasaba horas y horas cargando con un pesado maletín en el que llevaba algunos tomos de muestra recorriendo las calles y llamando a centenares de puertas que en ocasiones no se abrían y las más de las veces se cerraban a la primera de cambio. Para colmo, era también un trabajo solitario, donde uno carecía del consuelo que puede ofrecerte un compañero en los ratos de bajón. Además, yo, que estaba solo en Madrid, vi cómo se esfumaba la esperanza que tenía de encontrar en el trabajo un grupo de gente con el que poder intimar e ir abriéndome camino. Sin embargo, como ya bien sabía, en tiempos de guerra

cualquier agujero es trinchera. Así que fui apartando poco a poco todos los inconvenientes que la venta ambulante me iba mostrando, hice de tripas corazón y me esforcé al máximo en mi nueva ocupación. Tenía claro que vender muchas enciclopedias era el camino que debía seguir si quería tener alguna oportunidad de futuro en Madrid.

Afortunadamente, el ritmo de venta enciclopédica superó mis expectativas iniciales más optimistas. En aquel tiempo abundaban los compradores potenciales, quedando muy lejos aún el momento en el que la Wikipedia exiliara para siempre los voluminosos tomos de las estanterías españolas. En pocas semanas me convertí en uno de los mejores vendedores de la empresa, ya que el incentivo del 7 % por cada enciclopedia vendida hizo afilar mis dotes persuasivas hasta tal punto que era capaz de venderle una bolsa de hielo a un siberiano en pleno invierno. Poco a poco la confianza se fue apoderando de mí. Las cosas comenzaban a marchar bien y cada día que pasaba sentía la fuerza del aire impulsándome hacia delante.

5.

Una noche, después de una agotadora jornada intentando vender enciclopedias sin que la suerte me hubiese acompañado lo más mínimo, fui a cenar a Vendetta. Llevaba más de una semana sin dejarme ver por allí, pues otros asuntos me lo habían impedido. Al llegar al restaurante, casi se me para el corazón. Vi un cartel en la puerta que decía: «Cerrado por defunción». La simple idea de que la causante de dicho mensaje fuese Lucía hizo que me fallaran las piernas y que a punto estuviera de caerme redondo al suelo. En ese momento, casualmente, me reconoció uno de los trabajadores de la *trattoria*, al cual, sinceramente, yo no había prestado ninguna atención en las ocasiones anteriores en las que estuve cenando allí. Se presentó como Massimo, italiano de nacimiento, napolitano para más señas, jefe de cocina e hijo del reciente fallecido dueño del local, es decir, del perennemente malhumorado señor que me había dado la bienvenida el primer día que fui a cenar allí y que, como supe en ese momento, se llamaba Stefano. Estrechando su mano le di el pésame y me presenté igualmente. Sin el valor necesario para preguntarle por Lucía, pues entendía que no era el momento apropiado para ello, me despedí hasta otra ocasión y di media vuelta con intención de marcharme. Sin embargo, el napolitano me sorprendió preguntándome si querría tomarme una cerveza

con él. En su rostro noté que necesitaba compartir el dolor con alguien, aunque ese alguien fuese un completo desconocido. Y no pude negarme.

Así fue como comenzó mi amistad con Massimo, una amistad que fue creciendo con el paso de las semanas, de los meses y de los años. Con lágrimas en los ojos, me narró el fallecimiento de su padre. Según me contó, le habían detectado un cáncer de colon el año anterior y el avance de la enfermedad había sido fulminante. Stefano se negó a recibir quimioterapia y decidió vivir su vida lo más dignamente posible los pocos meses que, según le comunicaron los doctores, aún tenía por delante. El fatídico día que conoció la cruel noticia, su carácter se volvió más irascible y arisco, desapareciendo para siempre la alegría y el buen talante con el que Stefano había afrontado la vida. Aquella revelación me hizo comprender al instante el motivo del recibimiento grosero que me había dispensado siempre que fui a Vendetta. Entendí que sus susurros no iban en contra de nadie en concreto, sino que maldecían la crueldad del destino, ese que hace y deshace a su antojo, dueño de la vida y señor del tiempo. Qué razón tienen aquellos que dicen que no somos nadie para juzgar a los demás, puesto que cada persona libra en su interior batallas que desconocemos por completo.

La conversación se alargó más de lo esperado, y con cada cerveza que nos tomábamos la charla se iba convirtiendo en confidencia. En un momento dado dejamos de hablar únicamente de la muerte de su padre y de lo traumático que habían resultado sus últimos meses. Me pidió que le pusiera al corriente de mi pasado y de los motivos que me habían traído a Madrid. Era la primera vez desde que salí de Cádiz que compartía con alguien mis fracasos, mis temores y mis ambiciones, y agradecí sobremanera sentirme escuchado y comprendido. Sin embargo, me guardé muy bien de mencionarle mis sentimientos por Lucía, incluso sentí una punzada de celos, pues existía la posibilidad, nada descabellada, de que ambos fuesen algo más que compañeros de trabajo. Me esforcé cuanto pude para alejar de mí ese pensamiento y para evitar ver en Massimo a un adversario amoroso. Esa noche solo quería quedarme con la primera impresión que la improvisada velada me había proporcionado. Todo parecía indicar, si así lo creía conveniente, que estaba asistiendo al inicio de una bella y duradera amistad.

Y no me equivoqué. El invierno de 1985 estaba llegando a su fin. Había sido un invierno más o menos suave, si exceptuamos la tremenda ola de frío que azotó prácticamente a toda Europa a mediados de enero. A mí me dejó congelada la escasa motivación que encontraba en el trabajo de vendedor,

hecho que repercutió de forma negativa en mi rendimiento comercial. El volumen de ventas descendió tanto que en febrero no conseguí ni siquiera acercarme al objetivo mínimo mensual que marcaba mi contrato. La realidad es que había perdido la ilusión, estaba cansado de andar todo el día arriba y abajo enfrentándome al frío y a la lluvia, me encontraba asqueado de repetir siempre las mismas palabras y los mismos gestos y poses teatrales. Mi discurso había perdido la fuerza e intensidad que tantas enciclopedias me habían hecho vender solo unos meses atrás. Definitivamente, mis horas como vendedor de enciclopedias estaban contadas y estaba claro que debía comenzar a buscar alguna alternativa laboral.

La oportunidad vino a mi encuentro una noche cuando me disponía a cenar otra vez en Vendetta. Al acercarme a la puerta, llamó mi atención un cartel en la ventana en el que podía leerse: «Se precisa personal». No lo dudé un instante. Entré en Vendetta, pero no me senté en ninguna de sus mesas, sino que me dirigí a la cocina, donde me puse un delantal de los que había por allí colgado. Massimo me miró extrañado y me preguntó que qué demonios estaba haciendo. Con una de mis mejores sonrisas, rompí delante de él el cartel que hacía unos instantes estaba colgado en la ventana y le dije: «Jefe, acaba de encontrar al personal que precisaba».

Tras la muerte de su padre, Massimo había visto cómo, una tras otra, todas las personas contratadas para ocupar el puesto de Stefano habían tenido que ser puestas de patitas en la calle. Ninguna había sabido estar a la altura de lo demandado y, cuando ya Massimo comenzaba a darse por vencido, aparecí yo.

Fue una decisión que tomé a la ligera, sin meditarla siquiera un segundo; pero, a pesar de ello, mientras Massimo me miraba de arriba abajo aún con cara de estupefacción, quedé convencido de que había acertado plenamente. De hecho, gracias a aquella alocada decisión Lucía, Massimo y Vendetta se convirtieron en los pilares de mi nueva vida.

Es de precisar, no obstante, que desde un punto de vista laboral aquello era una auténtica estupidez. Con el cambio perdería la agradable sensación de trabajar a mi ritmo, casi el único aspecto que me reconfortaba mientras estuve vendiendo enciclopedias. Además, mis ingresos se reducirían notablemente, pues muy mal se me tenían que dar las ventas un mes para no superar los honorarios que me podía ofrecer Massimo como simple freganchín y pinche de cocina. Sin embargo, mi nuevo empleo tenía una ventaja con la que ningún trabajo del mundo podía competir: podía pasar muchísimo tiempo cerca de

Lucía. Quizá así podría reunir el valor necesario para despojarme de la armadura con la que me protegía y confesarle todo aquello que sentía por ella desde el mismo día en que la conocí. Y así fue como comencé a desempeñar la labor de relaciones públicas en Vendetta, recibiendo a los comensales y ubicándolos en las mesas, haciendo alarde de mi simpatía y genio gaditanos. Estaba convencidísimo de que tarde o temprano conseguiría captar la atención de Lucía, pero, contrariamente a mis intereses, el napolitano no tardó en reestructurar su equipo de trabajo, ubicándome a su lado entre los fogones y ordenando a su segundo de cocina que se hiciera cargo del recibimiento de los comensales.

6.

Creo que ha llegado el momento de que le cuente por qué abandoné Cádiz y me instalé en Madrid. Se hace necesario recuperar de la memoria a un joven y ambicioso Diego del que, por desgracia, hoy apenas queda nada. Después de mis años de instituto, decidí matricularme en la carrera de Historia, y la Facultad de Filosofía y Letras se convirtió en el centro de mi pequeño universo durante los cinco años siguientes. En ese periodo fui madurando poco a poco. El ambiente universitario me hizo cambiar de aires; abandoné algunas viejas amistades y me rodeé de otras con las que compartí momentos irrepetibles, de esos que te marcan para toda la vida. El conocer a gente tan diversa me hizo comprender lo limitado que había sido mi mundo hasta entonces. Yo provenía de una familia humilde, obrera, como se dice. La escasez de oportunidades fue, por tanto, una constante en mis días. Casi nunca salí del barrio y mis amigos eran de esas personas que nacen con poca o ninguna aspiración más allá de perpetuarse en el mismo ambiente en el que se habían criado. Comparado con ellos, muchos compañeros de facultad provenían de familias acomodadas para quienes unas vacaciones en el extranjero eran norma habitual. Con una mezcla de rabia y admiración era testigo de numerosas conversaciones donde se hablaba de lugares inalcanzables para mí, tanto que me parecían de otro planeta. Quien más y quien menos había tenido la oportunidad de perderse por los canales venecianos, visitar la National Gallery londinense, hacerse unas fotos en el Coliseo romano e incluso los más afortunados habían pasado alguna temporada en París perfeccionando su francés. Yo, que solo podía hablar de una visita que había hecho con el instituto a Sevilla, en tales conversaciones

prefería callar y mantenerme en segunda fila. Sin embargo, algo en mi interior hacía que me sintiera en expansión; ningún complejo me desanimó a querer descubrir siempre cosas nuevas. Sentía una seguridad en mí mismo que se reforzaba día a día; miraba la vida con ilusión, sin dudas ni temores, disfrutando y aprendiendo con cada nueva situación a la que me enfrentaba. Y aunque no faltaron rencillas entre amigos ni desilusiones amorosas ni periodos en los que odiosos exámenes me mantuvieron encerrado en la biblioteca universitaria, tenía motivos de sobra para sonreír cada vez que me miraba al espejo. Estaba convencido de que el destino, que fue cruel cuando me tocó nacer, me reservaba sorpresas fabulosas, y yo tenía prisa por descubrirlas.

Es increíble la capacidad que tienen muchos seres humanos para enterrar en lo más profundo de su memoria las malas experiencias de la vida y recordar únicamente lo bueno, desechando sinsabores y penalidades. Yo había desarrollado a las mil maravillas esa capacidad y, a pesar de mi infancia marcada por la ausencia materna y la presencia de un padre alcohólico, me aproximaba a la veintena lleno de optimismo y sin que la amargura hiciese mella en mi ánimo.

Terminada la carrera, licenciado ya en Geografía e Historia y con una idea muy clara de lo que quería obtener del futuro, comencé a buscar aquella ocupación que me ofreciera el tiempo, el desahogo económico y la flexibilidad necesaria para llevar a cabo mi proyecto de vida, una vida que yo quería construir de forma radicalmente distinta a la que me había tocado vivir hasta esos momentos. Ya he dicho que mientras los años me curtían me iba convirtiendo en un joven ambicioso. Pero no entienda mal, la ambición a la que me refiero poco tenía que ver con la riqueza o el poder. No ansiaba vivir rodeado de grandes lujos ni poseer demasiados bienes materiales, y no pretendía tampoco codearme con los estirados y elitistas miembros de la *jet set*. Lo que yo ambicionaba era vivir plenamente, disfrutando al máximo cada momento que Dios me regalara en este mundo. Necesitaba saborear todo lo que me ocurría, sintiéndome dueño de mi propio destino. Tenía, pues, ansias de libertad. Cuando meditaba sobre el futuro siempre me veía ocupando un puesto de trabajo que me hiciera rico en tiempo —no tanto en dinero— y que me liberara de la cruel sensación de estar viviendo para trabajar de la que siempre oí quejarse a muchos mayores. Me imaginaba viajando, conociendo mundo, atesorando experiencias inolvidables. Soñaba con un hogar más que con una casa. Quería disfrutar de una familia como la que nunca tuve y volcar en unos hijos todo el amor que a mí me faltó. Creo que se trataba de una

necesidad vital, necesidad de ser al mismo tiempo el padre que nunca tuve y el hijo que nunca fui. Ansiaba desprenderme de todas las miserias que había vivido por culpa de mi padre, y pensaba que entregándome en cuerpo y alma al amor lo lograría.

Esta y no otra era la ambición que fue apoderándose de mi voluntad a la edad de veintitrés años, cuando uno tiene todo su futuro por construir y piensa que la vida te pone siempre las cosas en bandeja.

Por desgracia, las salidas laborales relacionadas con mi formación universitaria y que al mismo tiempo cumplieran con estos requisitos eran bastante limitadas. Siendo realista, presentarme a unas oposiciones de profesor de enseñanzas medias era la mejor opción que tenía. Nunca me había planteado dedicarme a la enseñanza. A mí lo que realmente me atraía era la investigación, la idea de trabajar en un archivo histórico entre legajos y más legajos que contaran parte del día a día de la gente de siglos pasados. Contratos de compra y venta, testamentos, partidas de bautismo, libros de defunciones, etc., ofrecen datos muy interesantes para aquel que sepa confrontarlos e interpretarlos debidamente. Con una buena crítica documental, aquellos datos pueden hacernos comprender cómo se pensaba y cómo se vivía en épocas pasadas, y para mí esa labor era apasionante. El problema era que nunca quise convertirme en un «ratón» de archivo, pues la investigación histórica requiere de pacientes e interminables horas de esfuerzo y dedicación. Esa idea me horrorizaba. Por contra, el trabajo docente es complejo, requiere de mucha vocación y de grandes dotes organizativas, ya que una cosa es saber y otra muy distinta es saber enseñar lo que se sabe. Encima, acceder a él por vía de un proceso selectivo es extremadamente duro. Piense que no solo se deben aprobar los distintos exámenes a los que uno se presenta, entre ellos la temida encerrona, sino demostrar que se está entre los mejores en cada uno de ellos. Eso sí, una vez alcanzada la meta se encuentra uno con un horario relativamente flexible que te obliga todas las mañanas pero que te deja libertad para organizar tu trabajo de tarde. Y cuenta con unos periodos vacacionales que eran, y siguen siendo, la envidia de todo aquel que se dedica a otros menesteres. Además, el hecho de ser funcionario te dota de una estabilidad y de una seguridad laboral que te acompañan hasta el momento de tu jubilación. Con estas expectativas, y convencido también de que yo podía ser un buen docente, decidí sacrificar mis sueños de investigación para encontrar en la enseñanza el tiempo, la flexibilidad y la estabilidad que me permitieran llevar el estilo de vida que siempre había soñado.

Así las cosas, con apenas veintitrés años comenzaba a enfrentarme a un desafío de máxima exigencia. Tendría que dar lo mejor de mí si quería salir airoso del envite. Poco a poco me fui haciendo con unos cuantos manuales de obligada consulta y obras de referencia para preparar parte de los temas que conformaban el temario de oposición, nada más y nada menos que noventa y dos. Recuerdo los libros de historia medieval amontonados en mi escritorio, mezclados los de contemporánea con el manual de geografía y con el diccionario de términos artísticos. En el preciso instante en el que acometí la elaboración de uno de esos temas me di cuenta del faraónico esfuerzo que requería la tarea a la que me estaba dedicando. Supe que sería incapaz de preparar la totalidad de los temas con el rigor que una oposición requería. Decidí, por consiguiente, olvidarme de algunos de ellos y centrar mis fuerzas en el resto.

En dos ocasiones me presenté a dichas oposiciones. Es cierto que mi primera intentona solo se podía calificar de ensayo, de una simple prueba que me debía permitir conocer de primera mano a qué demonios me enfrentaba.

En la segunda ocasión, todo había sido diferente. Hipotequé casi quince meses de mi vida para obtener un trabajo que me facilitara llevar a cabo mis sueños. Fueron 443 largos días en los que me despertaba haciendo esquemas y me acostaba repasando aquellos odiosos temas que había trabajado durante horas entre termos de café, galletas de chocolate y un lápiz subrayador con una punta roja y otra azul.

Carezco de las palabras apropiadas para expresar cómo me sentí al comprobar tras meses de intenso trabajo que era incapaz de recordar nada que no hubiera estudiado el día anterior. Todo lo aprendido en los días y semanas precedentes pertenecía al mundo de las sombras; era como si mi cerebro se hubiera desconectado y al reiniciarse solo hubiera recuperado lo guardado justo antes del apagón. En esos momentos, cuando la impotencia y las dudas comenzaban a desgastar la confianza en mis posibilidades de éxito, cuando ni el más radiante sol disipaba las nubes que envolvían mi mente, en esos momentos, decía, mis pies me llevaban otra vez frente al mar. Allí, sentado en la arena y con los ojos fijos en el horizonte, me volvía a sentir omnipotente y recuperaba las fuerzas necesarias para levantarme al día siguiente y volver a machacar aquellos malditos temas, prometiéndome por lo más sagrado que jamás volvería a dudar de mí ni del exitoso final de mi proyecto.

Las hojas del calendario pasaron muy lentamente durante aquellos meses. Llevaba una vida de clausura, apartado de todo mundano placer, atado a una

severa disciplina que casi nunca me saltaba. Gastaba toda mi energía en aquel empeño que tanto me absorbía. De hecho, las semanas se consumían y había días en los que, tras pasar varias horas seguidas estudiando, mi habitación se convertía de manera extraña en el mar Mediterráneo y el escritorio adoptaba la forma de una galera turca del siglo xvi mientras que yo, encadenado a mi silla, no era más que un vulgar y triste galeote condenado a remar hasta el fin de sus días.

A medida que se acercaba la fecha del examen, la presión, el estrés, los nervios, el mal humor y la ansiedad supuraban por cada uno de los poros de mi piel. Y aunque no faltaron momentos en los que me veía triunfante obteniendo una plaza de funcionario, he de reconocer que en los últimos días ya todo me daba igual. El éxito y el fracaso me eran indiferentes; yo lo único que anhelaba era acabar de una vez por todas con aquella tortura psicológica que me estaba consumiendo por dentro. Deseaba recuperar mi libertad y mis relaciones sociales, maltratadas durante tantos días de cautiverio. Pero siempre encontraba la motivación suficiente para sobreponerme a esos deseos y seguir trabajando por aquello que debía solucionar me la vida.

Recuerdo con todo detalle la última noche antes del examen. Era sábado 30 de junio de 1984. Había dejado de mirar mis apuntes sobre las diez, justo antes de cenar. No quiero hacer creer al lector que había apurado mi estudio hasta esos límites, nada más lejos de la realidad. Llevaba días bloqueado mentalmente y, aunque seguía pasando las horas sentado en mi escritorio permaneciendo fiel a mi autoimpuesta rutina, miraba los temas sin ver, leía sin que mi cerebro descodificara mensaje alguno. Mi mente divagaba ante cualquier pensamiento; cuanto más absurdo y vacío, más sugerente se me presentaba. Si aquel día estuve hasta una hora tan tardía rodeado de libros y papeles no fue por creer que ese último esfuerzo pudiera servirme de algo. Antes bien, comprendía perfectamente su inutilidad. Era plenamente consciente de que más beneficio hubiera encontrado dedicando esa tarde a ir al cine y recrearme con el reciente estreno de Indiana Jones y el templo maldito, un largometraje de acción protagonizado por un jovencísimo Harrison Ford que estaba recibiendo muy buenas críticas en aquel final de la primavera de 1984. Si no lo hice, si troqué los planes de cine por el de alargar mi agonía opositora, fue simple y llanamente por calmar la conciencia y evitar remordimientos al día siguiente.

Después de una cena frugal, ya que los nervios me habían cerrado el estómago, me metí en el baño y me di una ducha fría. Durante casi diez

minutos dejé que el agua mojara mi piel y me empapara de buenas vibraciones para enfrentarme al momento decisivo que se aproximaba. El reloj de pared marcaba las 23:23 de la noche, estaba a punto de cruzar mi Rubicón particular y me fui a la cama confiando en que al amanecer la suerte me sonreiría como lo había hecho otras tantas veces en el pasado. Porque, aunque nací sin fortuna, la suerte siempre me había ido ofreciendo pequeñas dosis de su compañía en los momentos cruciales de la vida, haciendo crecer en mi interior el convencimiento de que algo bueno, muy bueno, me estaba reservado en el futuro.

7.

Llovía. Acababa de terminar junio, pero llovía. Ese año —quizás porque la primavera se resistió a abandonarnos, quizás porque el verano decidió ser impuntual a su cita— los paraguas no se cerraron hasta los primeros días de julio, algo absolutamente extraordinario en las latitudes gaditanas. Aquella mañana, las gotas de agua se mezclaron con mis lágrimas. Y es que lloré al comprender que el futuro soñado pacientemente se me había escurrido de las manos en menos de un minuto. Para mí, aquello fue un durísimo revés. Una bofetada de esas que te da la vida cuando menos te lo esperas. La pesadilla duró tan solo unos segundos, pero a mí se me hicieron eternos. La voz del presidente del tribunal aún sigue resonando en mis oídos: «Necesito una mano inocente para sortear los dos temas que conformarán el examen. Como es sabido por todos, los aspirantes únicamente tendrán que desarrollar uno de ellos en las próximas tres horas».

Quizás el aspecto más desesperante de un proceso selectivo de este tipo sea el hecho de que al final del camino todo depende de un simple sorteo. De nada importa que hayas machacado uno, diez o cincuenta temas; al final todo se reduce a tener buena suerte o, por lo menos, a esquivar la mala. Con los dedos cruzados, con el corazón a punto de salirse por la boca y con un sudor frío que me recorría de arriba abajo toda la espalda, observé anhelante cómo una joven se acercaba al presidente del tribunal, metía la temblorosa mano en una bolsa y sacaba un papel con el número diecisiete. En ese momento, mis posibilidades de éxito se habían reducido un 50 %. Yo, que no era precisamente creyente, me encomendé inmediatamente a la Virgen del Rosario, patrona de Cádiz, y a San Judas Tadeo, patrón de los imposibles, al que prometí una novena de esas que hacía mi abuela de vez en cuando. Con

aquella ayuda celestial y siendo fiel a mi tradicional optimismo, confiaba yo en que en la segunda tentativa la suerte se apiadaría de mí y haría salir de aquella bolsa un papel con un número comprendido entre el uno y el doce, o entre el veinte y el cuarenta y siete o entre el cincuenta y tres y el setenta y cinco, ya que aquellos eran los temas que yo me había preparado con tanto ahínco. Eran un total de sesenta y tres temas, lo que significaba que llevaba estudiado casi el 70 % del temario. De esta manera, la probabilidad de que uno de los dos temas sorteados coincidiera con alguno de los que me había estudiado era muy alta. Sin embargo, pronto comprendería que eso de probabilidad alta no era sinónimo de infalibilidad.

Como creo que ya he dicho, transcurrió poco tiempo entre la primera y la segunda extracción. En aquel corto intervalo, tuve la sensación de empezar el ascenso a una montaña rusa. Subido en un vagón, iniciaba el trayecto con un lento traqueteo para remontar sin prisas la primera cuesta que habría de llevarte al punto más alto de la atracción. De repente, tomas consciencia de que ya no hay vuelta atrás, de que en unos segundos el plácido ascenso terminará y todo se precipitará sin previo aviso en una frenética caída. Pues bien, yo observé, con el corazón queriendo salirse por la boca, cómo la mano inocente se introducía de nuevo en la bolsa, sacaba un segundo papel, lo desdoblaba y unos labios pronunciaban el número cincuenta y uno. En ese preciso instante, el vagón de mi montaña rusa particular iniciaba su desplome mortal con una brusca sacudida que hizo temblar todo mi cuerpo.

Rehíce andando el camino de regreso a casa, pues necesitaba tiempo para asimilar lo que me acababa de ocurrir, dejando que las finas gotas de lluvia fueran limpiando la sensación de fracaso que se había apoderado de mi persona. Nunca, desde que tenía uso de razón, había fallado en ningún reto en el que hubiera puesto todo mi empeño y, sin embargo, me sentía en ese momento el ser más desdichado del planeta. Había fracasado estrepitosamente.

Las siguientes semanas fueron muy duras. Nada podía consolarme. Las bienintencionadas palabras de mis amigos no conseguían sacarme del letargo en el que me encontraba. Estaba sin rumbo, perdido, sin saber hacia dónde debía dirigir mis pasos. ¿Debía presentarme al cabo de dos años a la siguiente convocatoria? Ni hablar. No me encontraba con fuerzas para volver a pasar por otro trance como aquel. Habían sido meses de mucho sacrificio, de demasiadas renunciaciones y de excesiva presión. No, definitivamente aquella opción no la podía contemplar, al menos en aquellos momentos. ¿Renunciar a

la función pública y buscar otra salida laboral? Era una posibilidad factible, quizás el camino más sencillo, pero suponía renunciar a mis sueños de estabilidad y flexibilidad, y todavía no estaba dispuesto a rendirme. ¿Iniciar una aventura empresarial con algún compañero? Empezar requería de inversión inicial y yo carecía de los medios para obtenerla, así que ninguna opción me convencía plenamente. Me encontraba en una encrucijada y mi mente no era capaz de discernir con claridad qué camino debía seguir.

La brújula de mi destino encontró de nuevo el norte cuando menos lo esperaba. Una templada tarde otoñal me citó con mi prima María para tomarnos un café en una de las terracitas de la plaza de las Flores. En mi opinión, esta plaza es el corazón de Cádiz. Siempre concurrida, por la mañana es un mercado de flores, de ahí el sobrenombre por el que es conocida, pues su verdadera denominación es plaza Topete. La estatua de Columela, escritor agrónomo nacido en Gades en el siglo I d. C., domina el centro de la plaza y recuerda humildemente al viandante un pedacito del pasado romano de la ciudad.

Una serie de edificios, algunos de bella factura, la cierran prácticamente en su totalidad por el lado sur, siendo la calle Libertad su única salida por dicho costado. En el lado norte, se entra en la plaza por Columela, calle peatonal y uno de los principales ejes comerciales del centro histórico. Quien desde levante acceda a ella, habrá tenido que recorrer forzosamente la calle Compañía, y seguramente habrá pasado previamente por la plaza de la Catedral. Y quien, sentado en unos de sus bancos, dirija sus ojos hacia poniente, se encontrará primero con el bellissimo edificio de Correos, de estilo regionalista —pero con ciertos toques modernistas—, y más al fondo con la pintoresca plaza de Abastos, donde sobresale el mercado central, una joya neoclásica de planta rectangular cuyo interior se asemeja a un peristilo de columnas dóricas.

Pero no solo de flores vive la plaza, ni mucho menos. *Pescado* frito y churros con chocolate también son protagonistas de este singular espacio gaditano.

Saboreando mi café en dicha plaza, en un momento dado, mientras mi prima María me hacía conoedor con todo lujo de detalles de la enésima pelea que había tenido con su novio Luis, la casualidad hizo que llegara a mis oídos parte de la conversación que estaban manteniendo dos hombres de avanzada edad sentados en la mesa de al lado. Hablaban de su pasado, contándose batallitas de juventud, de cuán difíciles se pusieron las cosas tras el

alzamiento del 36 y especialmente en la posguerra, de cómo se las tuvieron que ingeniar para calentarse el estómago cuando apenas había comida para llevarse a la boca. Creo incluso recordar que hablaron de una receta de tortilla de patatas sin huevos ni patatas, aunque para mí, más que una receta de cocina, aquello se asemejaba a un truco de magia o a un chiste de la época. Logré escuchar a uno de ellos contar, mientras María seguía con su interminable traca de improperios contra el pobre Luis, cómo logró escapar de la miseria emigrando a no sé qué ciudad industrial del norte de España, supongo que se referiría a Bilbao.

Aquella conversación, escuchada de forma entrecortada, me había abierto los ojos. La historia estaba repleta de ejemplos en los que abandonar la seguridad y comodidad del hogar y embarcarse en una aventura hacia lo desconocido se había convertido en una salida para el laberinto en el que a veces nos encierra la vida, y en Cádiz sabíamos mucho de eso. No en vano, mi ciudad había sido fundada tres mil años atrás por intrépidos fenicios que llegaron después de dejar atrás su vida en Tiro y en Sidón. Apurando el último sorbo de café y con una sonrisa que me iluminaba el rostro (cosa que molestó sobremanera a mi prima María que, indignadísima, me hizo saber que no podía comprender cómo su pelea con Luis me podía parecer tan divertida), tomé una decisión que marcaría profunda pero dramáticamente mi futuro. Convencido por completo, decidí que iba a poner tierra de por medio y marcharía a Madrid en busca de un nuevo comienzo. No podía sospechar por entonces que, con aquella determinación, había comenzado a cavar mi propia tumba, tal y como demostrarían los acontecimientos venideros.

Pero eso que desvelo aún quedaba lejos. Me faltaban aun por vivir los mejores años de mi vida, y en septiembre de 1985, casi un año después de mi llegada a Madrid, tenía razones de sobra para sentirme dichoso. Era cierto que después de presentarme dos veces a las oposiciones la vida me había dado un primer revolcón. Lo hizo cuando la ilusión de convertirme en profesor de bachillerato se había esfumado de forma tan repentina. Aquel suceso dejó demostrado qué distante podía estar lo que uno planificaba de aquello que el destino le tenía reservado. Nunca me imaginé lejos de mi Cádiz natal, y mucho menos trabajando con un delantal siempre sucio de harina. Sin embargo, había encontrado el amor más puro que un hombre pudiera desear. Lucía era mi vida entera y a su lado nada temía, todo era maravilloso. Descubrir Vendetta y conocer a Massimo me había permitido explorar nuevos mundos. Gracias a ellos había aprendido a amar la pasta; descubrir sus secretos me fascinaba.

Me sentía más que realizado en un trabajo en el que como jefe tenía al mejor de los amigos posibles. Y como colofón, Madrid me ofrecía todo lo que necesitaba: diversión, historia, arte, cultura, movida. Sin duda, mi destino se tejía con hilos de seda y oro, aquellos que las Moiras reservaban para las personas agraciadas con una vida gozosa y feliz. Aun así, cuando más pleno me sentía y más convencido estaba de que la felicidad no precisaba de más ingredientes, resultó que aún faltaba por añadir el más importante de todos.

8.

Una mañana mientras desayunaba vi una nota de Lucía donde ponía «Te quiero» al lado de lo que me pareció en un primer momento un extraño bolígrafo. Al cogerlo comprendí de inmediato lo equivocada que había sido mi impresión inicial, ya que lo que tenía entre las manos era nada más y nada menos que un test de embarazo. Bajé corriendo a la calle en busca de Lucía, que a aquellas horas debía de estar haciendo la compra. Por la escalera tropecé con algún vecino al que pedí disculpas sin detenerme mientras deshacía los escalones de dos en dos a todo correr. De la frutería de Juan pasé a la carnicería de Rafael, y de allí a la panadería de Marcelino, hasta que por fin di con ella en la tienda de ultramarinos de Manolo. Me detuve un instante fuera, observándola sin ser visto por la cristalera del escaparate. Lucía estaba preciosa, con ese jersey de cuello alto celeste y blanco que tanto le resaltaba el sonrosado de sus mejillas y el azul de sus ojos. Cuando entré en el ultramarinos y me puse a su lado, no necesitamos palabras para entendernos; simplemente la cubrí de besos y le prometí amor eterno delante de todas las clientas habituales de la tienda de Manolo que en ese momento se hallaban presentes. Recuerdo cada detalle de aquella mañana con nitidez absoluta. Lucía estaba especialmente hermosa. Su mirada estaba revestida de un brillo especial que solo las embarazadas poseen, y el tiempo parecía haberse detenido en torno a su cara angelical.

Treinta y cuatro semanas más tarde, comenzaba a explorar el mundo nuestra pequeña Valeria mientras nuestras vidas se transformaban radicalmente. Su nacimiento, después de catorce horas de parto, fue el momento más feliz de mi vida. Nuestro mundo, como no podía ser de otra

forma, cambió por completo. Lucía abandonó el trabajo de camarera en Vendetta y se volcó en su papel de madre. Las prioridades cambiaron y aparecían nuevas preocupaciones, como la que me obligaba a levantarme cada madrugada para comprobar que no me había olvidado de echar la llave y poner la cadena en el portón de casa. Los días se hicieron más intensos y las noches más cansadas. Biberones y chupetes se adueñaron de los lugares más improbables de nuestro hogar, y los pañales llenaban estantes donde antes solo había libros, discos y cintas de vídeo. Por supuesto, dejamos de frecuentar teatros, salas de cine, pubs y locales de la movida madrileña. Había cruzado el umbral hacia la vida adulta y empezaba a mirar las locuras de juventud por el retrovisor de los recuerdos.

Bautizamos a nuestra pequeña en la parroquia del barrio el día de Pentecostés del año 1986. Ese día se incorporaron a la Iglesia católica, apostólica y romana otros tres recién nacidos. El padre Fernando accedió a utilizar con Valeria la misma vela que le fue entregada a mi madre el día que me bautizaron y que yo, a pesar de los años transcurridos, aún conservaba. Lo hacía porque era lo único que en cierta forma me seguía uniendo a ella, a mi madre, la misma que solo dos días después de que yo recibiera las aguas bautismales dejó este mundo. Nunca supe, porque nunca me contaron, la causa de su muerte.

Lo que sí que me contó mi abuela infinidad de veces fue que me bauticé en la iglesia del Rosario, en la misma pila donde lo hiciera más de un siglo y medio antes Juan Álvarez de Mendizábal, ilustre gaditano que aún recuerdan los libros de historia por impulsar una desamortización eclesiástica en plena regencia de María Cristina, la que fuera esposa de Fernando VII y madre de Isabel II. Al parecer, el párroco de entonces gustaba de regalar a los padres de los neófitos una vela grabada con la fecha de la recepción del sacramento y con el nombre del nuevo integrante de la cristiandad católica. Mi abuela no dudó en guardar esa vela en un cajón tras la muerte de mamá, entregándomela el día en el que cumplí quince años. Fue el regalo más bonito que jamás me han hecho en la vida. Desde entonces, siempre que la he tenido en las manos he sentido la presencia de mi madre. Sus dedos también agarraron el día de mi bautismo esa cera, la misma que ardió en el bautizo de Valeria y que, así por lo menos quise pensar, ese Pentecostés de 1986 nos unió bajo su llama a mi madre, a mi hija y a mí.

Por otro lado, mi estrenada paternidad provocó que de repente volvieran al presente los años de mi infancia, como si el destino quisiese recordarme

quién era yo, de dónde venía, cómo había sido educado, cuánto cariño recibí y cuánto se me negó. Recordarme lo importantes que son los besos y las caricias de los mayores cuando eres tan vulnerable y todo necesitas; recordarme que la criatura que tenía en los brazos necesitaba de toda mi atención y de mi compañía constante, haciéndome entender que con el paso de los años me convertiría en su referente y que por nada en el mundo me perdonaría que algún día se avergonzara de su padre, tal y como me había sucedido tantas veces con el mío.

Digo esto porque creo haber revelado ya que la fortuna me fue esquiva a la hora de asignarme una familia. Se me negó la oportunidad de conocer el amor de una madre, y el poco que me dio mi padre llegó demasiado tarde. Tampoco tuve hermanos con los que compartir el camino de la vida. Tan solo supe de besos y abrazos por mi abuela materna, la única que pudo y quiso darme calor cuando más lo necesitaba. Mi padre fue un borracho toda su vida y de su casa casi nada le interesó, solo comer un par de veces al día y ver su ropa lavada, planchada y doblada como Dios manda. El sueldo que ganaba lo repartía en dos mitades: una se la quedaba mi sufrida abuela, que se las veía y se las deseaba para llegar a final de mes sin que faltase un plato de comida caliente todos los días en la mesa. La otra mitad, que llenaba el bolsillo de mi padre, se transformaba en vino con el paso de los días. Sucedió esto a tal velocidad que era raro el mes que mi abuela no tenía que esconder su mitad del dinero para que mi padre no se lo robase al haber gastado antes de tiempo su parte.

Lo peor de todo no era esto, ni mucho menos. Lo peor era verlo llegar a casa tambaleándose casi sin poder mantenerse en pie por sí mismo, esforzándose para hablar sin que se le trabara la lengua mientras su aliento desprendía un fuerte y nauseabundo olor a vino rancio. Cuando tan solo tenía seis o siete años temía el momento en el que las llaves sonaban al otro lado de la puerta. Lo hacían torpemente, pues andaban en las manos de un borracho que únicamente atinaba con la cerradura después de muchos intentos. Yo aprovechaba para salir despavorido y esconderme en mi habitación. Me tumbaba en la cama, me tapaba con la colcha y ponía sobre mi cabeza la almohada. Daba igual si eran las once de la noche o las tres de la tarde, siempre deshacía la cama y allí me ocultaba. Lo hacía boca abajo, mientras rezaba para que mi padre pasara de largo y se olvidara de mí. No quería verlo, me daba pánico sentir su presencia acercarse, y cuanto más se aproximaba, más me encogía yo. Lo que venía luego apenas variaba de un día

a otro. Vociferaba mi nombre: «¡Diego! ¿Dónde está mi campeón? —decía el muy sinvergüenza—. Ven para acá, enséñale la cara a tu padre y dale un beso». Él pedía un beso, pero era una puñalada lo que yo recibía cuando su aliento se me metía en la nariz y su barba de dos días entraba en contacto con mi cara. Si me negaba o si me resistía a dárselo, el golpe era seco; me cogía siempre de improviso por mucho que lo esperara. Casi siempre en la espalda, en ocasiones en la cabeza. Con la palma abierta, con el puño cerrado y, a veces, con el cinturón en su mano. Mi abuela no podía detenerlo, lloraba y gritaba para que me dejara.

—¡Solo es un crío, por el amor de Dios!

—¡Pues así aprenderá a respetar a su padre! —sentenciaba con los ojos inyectados de ira.

Lo que para él era respeto, para mí se convirtió en odio perpetuo y en vergüenza de ser su hijo. Tal fue la familia a la que la cigüeña me entregó. Por el contrario, no me faltaron amistades que me abrieron las puertas de sus hogares, suplantando en la medida de lo posible aquello que todo ser humano merece por nacimiento. Curiosamente, recuerdo tan solo de forma borrosa los rostros de estas amistades, aunque nunca olvidaré ni sus nombres ni los apodos con los que eran conocidos en la pandilla: Juanito Morales *Moquitos*, Pepe García *el Chino*, Luis Martín *el Cabeza* y muchos otros. Con ellos me metí en muchos líos cuando era pequeño, realizando las típicas pillerías y travesuras de niños que, como nosotros, se criaban en calles y plazas.

A medida que crecía, el destino siguió compensando pacientemente su crueldad inicial, y nunca me faltó, allí donde me llevó la marea de la vida, una persona a la que pudiera llamar amigo con mayúsculas. Por culpa de uno de ellos hice la primera comunión por casualidad, un año antes de lo que me correspondía por edad. En una templada mañana de domingo, mi compañero de clase Juanito Morales me convenció a mí y a algunos amigos más para ir a escuchar misa en la parroquia del barrio donde vivía su primo. Juraba que había llegado un párroco nuevo que tenía la habilidad de despachar el sacramento dominical en menos de treinta minutos. La cuestión no era baladí para mis intereses, puesto que, si al año siguiente iba a recibir la primera comunión y quedaba obligado a repetir todos los domingos y fiestas de guardar, según había escuchado a mi abuela en más de una ocasión, lo lógico era encontrar a un Emerson Fittipaldi, el Fernando Alonso de la época, en esto de decir misa. Ya se sabe que para un niño de ocho años los minutos se vuelven horas cuando, en vez de jugando, está obligado a permanecer quieto y

callado mientras escucha cosas sobre las que no tiene entendimiento.

Según nos aseguraba Juanito Morales, aquel nuevo párroco apuntaba maneras. De esta forma, picados por la curiosidad, nos personamos en la parroquia con nuestro traje de los domingos y nos sentamos en el banco de la última fila. Cuando llegó el sagrado momento de comulgar, el primo de nuestro amigo, que había hecho la comunión el año anterior, se levantó y se dirigió a la cola que se estaba formando para recibir el cuerpo de Cristo, seguido por el propio Juanito Morales, que siempre gustó de apuntarse a un bombardeo. El resto de amigos nos miramos sin mediar palabra y, sin comprender muy bien para qué, nos agregamos también a la cola. Al llegar nuestro turno, el nuevo párroco nos puso en la boca la sagrada forma sin darnos tiempo (así de rápido oficiaba) de advertirle que todavía no habíamos completado nuestra preparación catequética.

Salimos de la iglesia tras veintiocho minutos de oficio litúrgico con la hostia pegada aún al paladar y regocijándonos ante el descubrimiento de aquel nuevo cura de veloz oratoria, siendo desconocedores del pecado que, de forma totalmente involuntaria, acabábamos de cometer.

Cuando inocentemente conté lo ocurrido en casa, mi abuela, tras santiguarse tres o cuatro veces seguidas, me cogió por una oreja y de esa guisa me arrastró hasta el padre Antonio, el cura de toda la vida de nuestra parroquia. Mi confesión lo dejó más pálido que un mimo asustado. Como penitencia, las tardes de todos los martes y jueves del siguiente año las pasé rezando el rosario con mi abuela, con el padre Antonio y con otras cuatro señoras de la edad de Matusalén.

9.

Tras el nacimiento de Valeria tuvimos que abandonar el que había sido nuestro primer hogar. El espacio que hasta ese momento nos había bastado y sobrado para vivir en pareja nos pareció ridículamente pequeño cuando nos convertimos en tres. Las ventajas anteriores se trocaron en inconvenientes: nos fue imposible encajar la cuna en la única habitación que teníamos, faltaban armarios, la estrechez del ascensor nos obligaba a subir el carro por unas empinadas y estrechas escaleras varias veces al día... Muchas cosas se nos hicieron bastante engorrosas, hasta que finalmente no nos quedó más remedio que decir adiós al céntrico piso en el que vivíamos y trasladarnos a un barrio

periférico de cuyo nombre, como ya le sucediera al ingenioso hidalgo siglos atrás, yo tampoco quiero acordarme.

El hecho de tener que mudarnos alejándonos del centro me convirtió en un usuario habitual del metro madrileño, acabándose la situación de privilegio de la que había estado disfrutando desde mi llegada a la capital. Se me hizo muy cuesta arriba sustituir los agradables paseos que a primera hora de la tarde nos conducían a mí y a Lucía hasta Vendetta por la soledad y desasosiego que me invadía cada vez que bajaba las escaleras de la boca de metro y me introducía en ese mundo subterráneo. Acostumbrado a Cádiz, una ciudad en donde la vida se desarrollaba en un pequeño espacio de seis kilómetros de largo por apenas dos de ancho, el adentrarme en aquellos laberínticos túneles suponía un auténtico descenso a los infiernos. Me costaba respirar con normalidad aquel aire viciado. Allí abajo la suciedad impregnaba todos y cada uno de los rincones. La ausencia de ventanas y los largos pasillos atestados de gente me resultaban claustrofóbicos y me forzaban a respirar más rápido mientras el sudor se apoderaba de mi frente y de mis manos.

Para mí, aquel trepidante ir y venir de personas y trenes entre ruidos ensordecedores, olor a rancia humanidad y corrientes de aire que emanaban de ocultos lugares representaba una dosis de estrés diario a la que, por desgracia, me fui acostumbrando con el paso de las semanas. Y aunque logré superar esa especie de ansiedad, nunca he llegado a sentirme cómodo del todo allí donde las prisas eran norma aceptada y la parsimonia conducta reprochable. Porque casi todas las personas salen corriendo por los pasillos al escuchar el ruido de los frenos en la parada cercana. Son frecuentes los adelantamientos y los empujones mientras subes o bajas alguna de las escaleras que existen. Muchos son los que ponen mala cara y comienzan a maldecir por lo bajo cuando queda brevemente bloqueado su camino o es entorpecida su marcha. Ya dentro de algún vagón, las prisas se convierten en calma. La gente lee o escucha música allí dentro, a veces en incómodas e inverosímiles posiciones. Otros se quedan simplemente de pie o sentados pensando en sus cosas, pues raramente se entablan conversaciones en aquellos trayectos. Es una calma tensa la que se concentra en el vagón, interrumpida constantemente por el subir y el bajar de usuarios en las distintas paradas. Sin embargo, al que está acostumbrado a ese ritmo, todo esto le es indiferente. Su lectura, su música, su pensamiento son inmunes al trasiego humano del vagón. Son como autómatas aislados del mundo exterior, centrados únicamente en sus tareas programadas. Eso sí, sus cerebros están perfectamente sincronizados con la parada en la que tienen que

hacer el transbordo que necesitan o por la que deben emerger de nuevo a la superficie al encontrarse ya próximos a su lugar de destino.

Por lo que a mí respecta, analizaba aquel ecosistema con bastante interés, intentando inútilmente mantenerme en un ritmo más pausado que me alejara de toda aquella vorágine, pero nunca me fue posible conseguirlo. Allí abajo las voluntades son secuestradas y las prisas se te impregnan sin que tú les hayas dado permiso. Entonces, intoxicado por el ambiente, tus pasos se aceleran, el nervio te come, todo pasa a cámara rápida ante tus ojos y te conviertes en un usuario más del metro, con las mismas prisas y con idéntico mal humor de todos los que te rodean.

Sin embargo, todo hay que decirlo, debía rendirme ante el ingenio creador de tal infraestructura que recorría los fondos madrileños llenándolos de vida, como si las distintas vías fueran las arterias de la ciudad y las personas los glóbulos rojos que transportan el oxígeno necesario para su funcionamiento vital. El metro, da igual si de Madrid, París, Londres o Moscú, es, ante todo, movimiento, el palpito de una ciudad que lo encierra en sus entrañas y para la que es imprescindible. ¿Qué sería de estas megalópolis que cuentan sus habitantes por millones sin este flujo subterráneo de trabajadores, estudiantes y turistas? De hecho, gracias a su existencia podía llegar cada día hasta Vendetta de una forma razonablemente rápida y barata.

Iniciaba yo el recorrido en una estación que no solía estar muy concurrida, pero después de tres paradas debía abandonar mi cómodo vagón y esperar en el andén no más de dos minutos la llegada del nuevo metro que debía conducirme, tras doce paradas más, a la estación de La Latina, donde concluía mi periplo subterráneo. Parada a parada se sumaban más y más viajeros a medida que nos aproximábamos al centro de la ciudad. Era tal la marea humana que llegaba a concentrarse a veces en un vagón que uno no podía dejar de sentirse como una gallina cruelmente hacinada en un corral sin espacio alguno para moverse. Esa aglomeración hacía proliferar ladrones de guante blanco de todo tipo y condición, expertos en sustraer relojes, pulseras y carteras a la mínima ocasión en que uno se despistara un segundo, tal y como me ocurrió el segundo día que hice uso del metropolitano, cuando al llegar al trabajo me di cuenta de que me habían robado la cartera donde llevaba, entre otras cosas, un billete de dos mil pesetas, más de lo que iba a ganar esa jornada en la *trattoria*. No es de extrañar, pues, el desencanto por saberme una víctima de aquel ruin mundo subterráneo.

Ya en la superficie llenaba mis pulmones de aire puro y me encaminaba a

Vendetta con cierta añoranza de los días (no tan lejanos) en los que trabajar era un verdadero placer, pues al mismo tiempo que iba descubriendo los secretos de la cocina italiana, en la *trattoria* también encontraba amor y auténtica amistad.

Pero aquello formaba parte del pasado. Allí ya no estaba Lucía y Massimo no volvió a ser el mismo desde la marcha de ella, muy especialmente desde que nació Valeria. Lo sentía distante, desconfiado y cada vez me resultaba más complicado relacionarme con él. De hecho, ni siquiera quiso conocer a mi hija. Es cierto que me preguntaba de vez en cuando por ella, pero lo hacía por obligación. Su interés no era real, sino forzado. Era una pregunta de cortesía, de esas que se formulan sin esperar a cambio una respuesta elaborada, sino tan solo un breve comentario genérico del tipo «Muy bien, creciendo muy rápido». Preguntaba simplemente para cumplir, pero quedaba claro que no le interesaba lo más mínimo aquello que me hacía el hombre más feliz de la tierra. Y cuando le animaba a visitarnos a casa siempre respondía que tenía muchas ganas de hacerlo («Un día de estos me pasaré por allí», decía), pero esa visita no tenía fecha concreta y nunca llegaba a materializarse.

Todo esto provocaba que yo estuviese cada vez más convencido de que lo que realmente le pasaba a Massimo era que estaba enamorado de Lucía y que su marcha, nuestra relación y, sobre todo, el nacimiento de Valeria lo habían dejado hundido. Siempre que me sentía molesto con su racanería a la hora de entablar conversación sobre mi familia hacía un esfuerzo de empatía e intentaba comprenderlo. Desde luego, si era cierto que Massimo amaba a Lucía, demasiado hacía el napolitano con no ponerme de patitas en la calle. Yo en su lugar no sé si hubiese podido resistir la tentación de librarme de la persona que había conquistado el amor por el que suspiraba. Además, es justo reconocer que mi jefe nunca tuvo una mala palabra conmigo ni me hizo una leve insinuación sobre el tema. Nuestra relación, aunque enfriada, siempre fue cordial y profesional. En mi fuero interno, yo le agradecía que aguantara los sinsabores de ver rechazado su amor con estoica resignación. Por mi parte, nunca me atreví a coger el toro por los cuernos y tener una conversación con él al respecto; simplemente me limité a dejar correr el asunto. Eso sí, en un momento dado me resigné a lo evidente y tomé la decisión de separar las dos esferas en las que desarrollaba mi día a día sin intentar ya tender ningún puente entre Massimo y Vendetta, por un lado, y Lucía y Valeria, por el otro. Cuando me ponía el delantal, madre e hija eran tan solo pensamientos que no

se convertían en palabras. Al llegar a casa, todo lo ocurrido entre los fogones quedaba apagado, como estos tras cerrar las puertas de Vendetta.

No sabía cómo, solo intuía el por qué, pero tenía bastante claro cuándo había empezado a perder a mi amigo. Sin duda, fueron momentos de sentimientos contradictorios. Mi felicidad se había partido en dos. Toda la alegría que sentía cuando tenía a Valeria en brazos y reía con Lucía se transformaba en pena cuando sabía que era imposible compartirla con Massimo, aquel napolitano al que tanto debía.

Fue más o menos por aquel entonces cuando Madrid se sumaba a las masivas huelgas de estudiantes que en el invierno de 1986-1987 se reprodujeron en toda España. La chispa había saltado en París a finales de 1986, cuando medio millón de estudiantes se manifestaron contra un proyecto de reforma universitaria. Rápidamente, el incendio llegó a nuestro país, donde, todo hay que decirlo, llovía sobre mojado, pues apenas unas semanas antes había tenido lugar una contundente huelga general contra la política económica del gobierno socialista y su Plan de Empleo Juvenil. Desgraciadamente, hoy somos víctimas de una brutal crisis del sistema capitalista. La explosión de la burbuja inmobiliaria ha teñido el futuro de los jóvenes españoles de un color gris oscuro casi negro. Pero no es novedad lo que hoy amenaza y hace temblar los cimientos de la economía. Los de mi generación ya sabemos de qué va esto, pues, salvando las diferencias, también nos tocó vivir tiempos difíciles. Nuestra reciente entrada en el mercado común necesitó un proceso de terciarización de la economía y de una reconversión industrial que dejó en la calle a decenas de miles de trabajadores de la siderurgia, de la minería y de la construcción naval. «¡Astilleros no se cierra!», terminaba diciéndome mi abuela cada vez que hablábamos por teléfono, especialmente indignada con la situación de los astilleros de la bahía gaditana.

A principios de diciembre, el Sindicato de Estudiantes y la recién creada Coordinadora de Estudiantes de Enseñanzas Medias y Universidad habían convocado la primera jornada de huelga estudiantil. Sus protagonistas fueron los alumnos de los centros públicos de enseñanzas medias que se habían sumado a algunos grupos de universitarios que también tenían por aquel entonces motivos de protesta. Día a día fue creciendo un movimiento espontáneo de carácter asambleario que terminó por desbordar a los convocantes oficiales de aquella tumultuosa acción reivindicativa. Yo seguía por prensa, radio y televisión la evolución de todos estos acontecimientos con sumo interés. Los diferentes medios se esforzaban por diferenciar dos grandes

grupos de manifestantes estudiantiles. Por un lado, estaban aquellos que se avenían a negociar con el Ministerio de Educación y Ciencia, encabezado en aquel entonces por Josep María Maravall y que contaba entre sus miembros con Alfredo Pérez Rubalcaba. Por otro lado, aprovechando la oportunidad, se había acoplado una amalgama de provocadores, alborotadores y ultras que estaban haciendo la guerra por su cuenta, y nunca mejor dicho.

Al cambiar el año, las aguas siguieron bajando revueltas. El Sindicato de Estudiantes intentó, con escaso éxito, buscar el apoyo obrero para la causa repartiendo panfletos por zonas comerciales, mercados y fábricas. Obreros y estudiantes unidos en la misma lucha. Una pretensión demasiado ambiciosa que no llegó a fructificar a pesar del empeño de muchos. Recuerdo que una tarde cuando me dirigía al trabajo observé cómo tres jóvenes escribían con grandes letras «El hijo del obrero a la universidad», en un muro próximo a nuestro restaurante. El mensaje no podía ser más claro y, de alguna manera, terminó calando en la sociedad española, pues muchas fueron las familias obreras que hicieron verdaderos esfuerzos años después para que sus vástagos iniciaran carreras universitarias, sintiéndose más que orgullosas de sus éxitos académicos.

El día 23 de enero de 1987 salí de casa después de haber tomado una decisión de la que no quise hacer partícipe a Lucía, pues sabía de sobra que si lo hacía ella habría intentado disuadirme. Y es que me había despertado dispuesto a unirme a la manifestación que ese día recorrería las calles de Madrid desde la plaza de Tena hasta el Ministerio de Educación. Y claro, ante el cariz que estaba tomando la protesta estudiantil, mi atrevimiento podía tener su miga, ya que distintos grupos ultraderechistas habían mostrado su interés por inmiscuirse en una protesta donde no se les había perdido nada. Además, el Gobierno venía haciendo uso de la represión, y los enfrentamientos con la policía se estaban convirtiendo en algo habitual en las últimas semanas.

En un momento dado, sin percatarme cómo, me vi rodeado de manifestantes de esos a los que los medios catalogaban de alborotadores, y que comenzaron a enfrentarse a los antidisturbios con palos, botellas y adoquines allá por donde se cruzan Gran Vía y Alcalá. Aquello se convirtió en una auténtica batalla campal. De hecho, se cortó la calle Alcalá con decenas de semáforos caídos, cabinas telefónicas, jardineras e incluso dos automóviles volcados. Desde esta improvisada barricada comenzaron a llover cócteles Molotov sobre las fuerzas del orden, así como cascotes de piedra y cemento arrancados de las aceras. Yo, por mi parte, que tan involuntariamente me

encontraba en el lugar, recogí del suelo un casquillo de bala que, según supe después, era del calibre reglamentario usado por la Policía. Y en aquel preciso instante, comencé a preocuparme seriamente, pero no de lo que me pudiera suceder allí, sino de la bronca que me iba a echar Lucía cuando llegara a casa y se enterase de mi atrevida ocurrencia. Mientras ponía pies en polvorosa para alejarme de aquel despropósito, pasé por el lado de un joven de estética punk que, a pesar de andar apoyado en dos muletas, ya que le faltaba una de las piernas, participaba con entusiasmo de los disturbios. Me quedé de piedra cuando lo vi haciendo uso de una de sus muletas para hacer añicos el letrero de la estación de metro del Banco de España. No contento con el destrozo, acto seguido hizo lo propio con una de esas pantallas que anuncian alternativamente la hora y la temperatura. La casualidad quiso —o quizás fuese obra de algún duendencillo burlón— que fuese fotografiado en plena faena por algún periodista y que la instantánea se convirtiera en el símbolo de aquella jornada de protesta, pues, utilizando la terminología actual, se hizo viral al aparecer en muchas portadas de periódicos nacionales y extranjeros. Ironías de la vida, un joven al que nunca le había interesado formar parte de la comunidad educativa se convirtió en el icono de toda la manifestación estudiantil de 1987. Sin salir de mi asombro, vi cómo después de aquellos dos actos vandálicos el joven, haciendo uso de las muletas, salió corriendo con exagerada velocidad para evitar las cargas policiales que por su lado se aproximaban. Boquiabierto, impactado por lo que mis ojos acababan de presenciar, alejé mis pasos del lugar y dejé que la tempestad siguiera su curso sin mi presencia.

De regreso a casa no pude dejar de acordarme de mis años de instituto y reflexionar sobre cuánto habían cambiado las enseñanzas medias desde la implantación de la Ley General de Educación del ministro José Luis Villar Palasí.

Con dicha ley, la educación primaria pasó a llamarse Educación General Básica, una escalera de ocho peldaños que había que subir para acceder al primer curso del Bachillerato Único Polivalente o comenzar una Formación Profesional. De esta manera, quedaba establecida la educación obligatoria hasta los catorce años. Yo, sin embargo, a los diez años, tras pasar la prueba de ingreso, había cerrado mi etapa de primaria y comencé el primero de los cuatro cursos en los que se dividía el por aquel entonces llamado bachillerato elemental. Había sido este una creación del ministro Joaquín Ruiz Giménez, gestada en la Ley de Ordenación de Enseñanza Media del año 53. Mi abuela

fue la que se empeñó en que yo accediera a ese bachillerato, contradiciendo el punto de vista de mi padre, partidario de que yo iniciara el bachillerato laboral y cursara unos estudios de carácter profesional. Hubo más tensión en casa que en la crisis de los misiles cubanos ocurrida algunos años atrás. Finalmente, mi padre hizo de Kruschev y cedió en su empeño. Mi abuela adoptó el papel de Kennedy y no hizo alarde ni propaganda alguna de su victoria; antes bien, se doblegó en otros asuntos a la voluntad de mi progenitor. Y con este acuerdo tácito, la tensa paz en la que nos habíamos acostumbrado a vivir siguió reinando en casa.

Con mi ingreso en el bachillerato elemental estuve cuatro años llenando mi cabeza de conocimientos de todo tipo. Aprendí algo de francés, estudié mucho de Lengua y Literatura, de Matemáticas, de Ciencias Naturales, de Geografía y de Historia. Me formaron concienzudamente en el espíritu nacional y en los dogmas de la religión católica, la única y verdadera. Salté el plinto y el potro en no sé cuántas ocasiones y nunca olvidé eso de *rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa / rosae, rosae, rosas, rosarum, rosis, rosis*. Demostré los conocimientos adquiridos en la reválida elemental y accedí al segundo grado de bachillerato por la rama de letras. Estos dos años de bachillerato superior fueron una etapa de gran felicidad para mí y para los míos. Mi padre, casi siempre necesitado de una copa de coñac para mantenerse en pie y calmar su pulso, inició un programa de desintoxicación ética que de nada serviría en el futuro, pero que, al menos, suavizó por una temporada aquellas dramáticas escenas domésticas sobre las que ya he dicho suficiente.

Con estos recuerdos tan lejanos llegué a la puerta de mi casa. Cuando la abrí, Valeria sesteaba plácidamente, pero Lucía estaba sentada en el sofá con el semblante serio. No me devolvió el saludo y comprendí al instante que estaba al tanto de mis andanzas como manifestante. La reprimenda llegó después de la cena y, por cierto, fue de envergadura, tras una tarde llena de tensión donde el silencio fue la tónica dominante. Cuánto deseé entonces tener a mano las muletas de aquel punk marrullero que había visto por la mañana para hacer como él y escaparme del chaparrón que me estaba cayendo encima.

10.

Mi pequeña Valeria crecía casi sin que nos diéramos cuenta. Tan solo

medio año llevaba con nosotros, pero se había convertido en el epicentro de nuestras vidas. Recuerdo que, por las noches, al volver del trabajo, entraba en su habitación para besarle sus sonrojadas mejillas mientras ella dormía como una bendita, y allí me quedaba un rato mirándola, vigilando su sueño y rezando para poder estar siempre a su lado.

Su cuna fue empequeñeciéndose a medida que ella iba creciendo. Con el correr de los meses, la leche materna dio paso a las papillas de cereales, a las que paulatinamente se unieron las frutas, las verduras, la carne y el pescado. Los temibles despertares nocturnos se fueron dilatando en el tiempo y, mientras los balbuceos se le escapaban de la garganta, los primeros pasitos, llenos de titubeos, fueron dejando sus huellas en lo más profundo de mi alma.

Aunque la musa Calíope volcara en mí toda su poética inspiración, sería yo incapaz de transmitir al lector una milésima parte siquiera de la intensa felicidad con la que saboreamos cada instante de aquellos años finales de la década de los ochenta. Mi familia iba creciendo y se fortalecía nutriéndose de momentos compartidos, de acontecimientos disfrutados unidos los tres, de experiencias maravillosas donde éramos los únicos protagonistas. Sin duda, éramos dueños del presente y de un futuro que lentamente acudía a darnos el encuentro. De aquellos años conservo muchas imágenes entrañables, pero una especialmente acude siempre presta a mi memoria. Fue tomada el día del segundo cumpleaños de Valeria. Mi pequeña está de pie en una silla, echada un poco hacia delante, apoyando sus manos en la mesa redonda del salón. Lucía, sentada a su lado, la sujeta por la cintura para que no se caiga. En primer plano, dos velas encendidas coronan una tarta de chocolate y nata. Valeria mira fijamente a la cámara, sus hoyuelos y su cara llena de entusiasmo lo dicen todo. Lucía también está de frente, vestida con un mono vaquero y con el pelo algo alborotado. Aunque no se me ve, en los ojos de ambas debo de estar yo reflejado cámara en mano tomando aquella foto. Un instante en un papel convertido en un recuerdo para toda una vida. Una fotografía muy representativa de la felicidad que nos inundaba.

Una de las cosas con las que más disfruté a medida que Valeria se hacía mayor fue desenterrando del olvido aquellos cuentos, juegos y canciones con los que crecí en mi tierna infancia. Todos los había aprendido de mi abuela y, como ella hiciera conmigo, hice yo con mi hija, transmitiéndole el mejor legado que atesoraba desde niño. No hubo un día que no le contase un cuento. Sus favoritos eran *Caperucita roja*, *Los tres cerditos* y *El lobo y los siete cabritillos*. Después de comer, se sentaba en mis rodillas y escuchaba esas

historias de siempre con infantil interés. Se asustaba cuando el lobo feroz derribaba soplando las casitas de los cerditos o cuando vestido de abuelita esperaba la llegada de Caperucita. Auténtico terror sentía cuando los cabritillos abrían la puerta de su casa engañados por el lobo que le enseñaba su patita emblanquecida tras haberla metido previamente en un saco de harina.

A menudo, si se cansaba de escuchar aquellos cuentos, me pedía que le contara historietas de cuando yo era pequeño. Era entonces cuando le hablaba de Cádiz, de cómo en carnavales las calles se llenaban de gente disfrazada, serpentinas y papelillos.

A su edad, Valeria entendía el carnaval simplemente como una fiesta de disfraces, ajena como era a los entresijos políticos que lo habían ido modificando para adaptarse y sobrevivir a los tiempos más aciagos de nuestra historia reciente. Y es que poca gente sabrá que la denominación de *fiestas típicas gaditanas* fue el nombre con el que los gaditanos tuvieron que disfrazar el Carnaval durante la dictadura franquista. Recuerdo que se celebraban en mayo, desvinculando así las autoridades esta fiesta de la Cuaresma. Por entonces, los disfraces solo les estaban permitidos a los miembros de las agrupaciones y la censura vigilaba celosamente los repertorios de chirigotas, coros y comparsas. Se elegía una reina de las fiestas y una cabalgata salía de las puertas de Tierra hasta el parque Genovés, donde concluía. Estas fiestas típicas dejaron su sitio otra vez al verdadero carnaval en el año 1976 y fueron oficialmente enterradas en febrero de 1978. Ese carnaval democrático sí que se convirtió en una verdadera fiesta del pueblo. Una fiesta que sigue viviéndose en plazas, calles y callejones y que, de forma oficial, se inicia con el pregón y termina con la quema de la bruja Piti. Entre ambos acontecimientos median diez días, durante los cuales cualquier escalinata se convierte en escenario improvisado para que charangas y romanceros regalen su repertorio cargado de ingenio a la multitud que, apretujada, los rodea para escucharlos. Son diez días mágicos llenos de sarcasmo, ironía y disfraces originales en los que las calles se llenan de confeti y todo se dice cantando al compás del tres por cuatro.

Era un placer ver cómo los ojos de Valeria copiaban la alegría de los míos cuando le hablaba del carrusel de coros en la plaza de Abastos, de los pasacalles que te atrapan mientras paseas por el barrio de la Viña o de lo que disfruta uno con la Cabalgata Magna y con la conocida como Cabalgata del Humor. Todo esto, adornado con alguna que otra mentira piadosa por mi parte para darle algo de emoción, lo escuchaba Valeria con una mirada de asombro

que no podré olvidar jamás.

Igualmente le contaba mis peripecias en el colegio. Sepa el lector que, a principios de los años sesenta, cuando comenzaba yo a tener cierto uso de razón, en los colegios solo había niños o niñas; los crucifijos, el catolicismo y el espíritu nacional presidían las aulas; existía entonces un solo libro para todas las asignaturas; la tabla de multiplicar la aprendíamos cantando y, a golpe de regla, memorizábamos una interminable lista de reyes godos que empezaba con Ataúlfo y terminaba con Rodrigo. En esos años todo era muy diferente a cómo son las cosas actualmente, y lo que hoy en día nos parece extraordinario e inadmisibles en esa época podía ser perfectamente posible.

Una de esas anécdotas impropias hoy día chiflaba sobremanera a Valeria, y cuando le daba por ella se la tenía que contar varias veces para que me dejase tranquilo.

La anécdota en cuestión era que, al terminar los dos años de párvulos reglamentarios, me hicieron repetir curso. No se debió aquella extraña circunstancia a ningún tipo de deficiencia cognitiva ni a problema de aprendizaje alguno. Sencillamente, cuando el último día de clase mi abuela fue a recogerme, el maestro, en vez de estrecharnos la mano y desearnos unas felices vacaciones como estaba haciendo con el resto de mis compañeros, nos hizo esperar unos instantes, pues quería hablar seriamente con ella. Cuando todos los niños hubieron salido del aula, el maestro cerró la puerta y, sin demasiados rodeos, le dijo a mi abuela que yo tendría que continuar un año más en el nivel de parvularios porque no daba la talla; esto es, porque era muy bajito para mi edad. En este momento de la historia, Valeria siempre se moría de la risa. Decía que me imaginaba como David el gnomo. Yo, haciéndome el enfadado, le seguía diciendo que a mi abuela, al escuchar aquello, casi le dio un soponcio, o, mejor dicho, que le dio un soponcio. El maestro tuvo que sujetarla para evitar que cayera al suelo y la sentó en una silla. De nuevo otra vez, más y más risas salían disparadas de la boca de mi pequeña, que hacía verdaderos esfuerzos para controlarse y poder escuchar el final de la historia. Recompuesta de su ataque de hilaridad, Valeria no volvía a interrumpirme mientras le terminaba de contar cómo solo después de abanicarla un buen rato, mi sufrida abuela recuperaba el sonrosado color de sus mejillas. La pobre, sorprendidísima ante lo que acababa de escuchar, repetía una y otra vez a media voz: «¡Qué disgusto más grande! ¡Qué disgusto más grande!». Como buenamente pudo, buscó un remedio que evitara una humillación de la que se harían eco todas las vecinas del barrio. Así que alegó que podía darse la

posibilidad de que yo diera un estirón durante el periodo estival. Aquel argumento hizo dudar al maestro, y convinieron ambos en dejar aplazada la decisión final al mes de septiembre. A pesar de haber salvado un *match ball*, recuerdo a mi abuela hacer todo el camino de regreso a casa murmurando eso de «¡Qué disgusto más grande!». Para colmo, como transcurrido el verano mi estatura siguió estando bastante por debajo de la media, finalmente tuve que repetir párvulos.

Y, por cierto, aquello fue una auténtica tragedia familiar, así de exagerados éramos en Cádiz. Pero, afortunadamente, aquella anomalía encontró solución tan solo un año después, ya que cuando comencé a cursar primero mis conocimientos eran muy avanzados y la desenvoltura con la que hacía todas las cosas que nos mandaban era muy superior a la del resto de mis compañeros, todos ellos un año menores que yo. Aquello no pasó desapercibido para el nuevo maestro y, ante la evidencia, solicitó que me pasaran a segundo curso a las pocas semanas de haber iniciado primero. Así que, a punto de concluir el mes de septiembre de 1962, trasladé mi pupitre al aula de enfrente, allí donde estaban mis antiguos compañeros, y recuperé el escalafón estudiantil que me correspondía por edad.

Siempre he imaginado que los recuerdos deben estar hechos de un material muy especial, porque acostumbra a pasar que suelen acudir a nuestro encuentro cuando más los necesitamos. Así, por ejemplo, muchos años después de contarle estas cosas a mi pequeña, cuando estaba viviendo en Nápoles o en Roma y sentía añoranza de mi tierra, era capaz, al cerrar los ojos, de volver a sentarme en aquel gastado pupitre y contemplar a mi maestro don Tomás, en pie al lado de la pizarra y con una tiza entre los dedos. Sobre su mesa siempre había un globo terráqueo en el que podían encontrarse países como Yugoslavia, Checoslovaquia o la URSS, además de dos Alemanias, una democrática, aunque según ponía en nuestro libro en ella no se conocía la democracia, y otra federal que, en cambio, sí que era democrática.

Valeria también me insistía en que le contara cómo a primera hora de la mañana todos los chicos del colegio nos congregábamos en el amplio patio y cada curso formaba una fila en la que los escolares nos ordenábamos rigurosamente por altura, desde los más bajitos hasta los más altos. Volvía a desternillarse de risa cuando le decía que yo, durante los primeros cursos, ocupé siempre la primera posición en la fila de mi clase, siendo el blanco de numerosas bromas de mis compañeros, pero que, al llegar a tercero, había ganado altura suficiente para poder ubicarme aproximadamente en la mitad de

la fila y pude desprenderme así del sambenito de ser el chiquitín del grupo. Lo que no llegaba a comprender era por qué teníamos que permanecer así ordenados en absoluto silencio mientras escuchábamos el sermón preceptivo ni tampoco por qué rezábamos un padrenuestro cuyo amén final daba inicio a un desfile castrense de todos los escolares, encabezados por los maestros. Así, muy ordenaditos, nos dirigíamos a nuestras respectivas aulas, donde daba comienzo la jornada escolar propiamente dicha.

Otra de las cosas que hacía a Valeria reír a carcajadas era cuando le recreaba los enfados que cogía el vecino cada vez que llamábamos a su timbre y salíamos corriendo para que no pudiera agarrarnos. Literalmente, se tronchaba. También me escuchaba embelesada cada vez que le hablaba de mis veranos en la playa, de los castillos de arena y, sobre todo, del mar. Me miraba muy pensativa cuando le decía que el agua estaba salada y, al final, su inocente razonamiento le llevaba a concluir que si el mar era tan grande como yo le había explicado, se habrían necesitado muchísimos paquetes de sal para conseguir aquello. También le suponía un auténtico misterio eso de la marea alta y la marea baja. No paraba de repetirse cómo era posible que unas veces el mar tuviese mucha agua y otras veces tan poca. Yo aprovechaba su ingenuidad y le contaba que el sol, cuando se acercaba la noche, se sumergía en el fondo del mar para dormir, apagándose en esos momentos, y que, al despertar, volvía a la superficie, encendiéndose nuevamente sus rayos. Maravillada con todo aquello me preguntaba cuándo íbamos a ir a ver el mar. Desgraciadamente, nunca pude cumplir la promesa que un día le hice de llevarla pronto.

Pero déjeme que le siga contando, no me permita caer todavía en el desánimo; la historia que le quiero contar así lo exige. Le estaba diciendo todas las cosas que le contaba a mi pequeña y que tanto le fascinaban. A veces, le hablaba también de la pesca, una de mis grandes aficiones cuando yo era adolescente. Una y otra vez insistía, haciendo uso de un vocabulario apropiado para su edad, en que no precisa de mucho aquel que quiere salir de pesca una mañana, una tarde o una noche. Basta con tener una gran dosis de paciencia, conocer el coeficiente de mareas, evitar el temido viento de levante y disponer de buena caña y buenos aparejos. Además, es importantísimo elegir adecuadamente el tipo de carnada, debido a que el paladar de los peces no gusta siempre de los mismos sabores y hay especies marinas que prefieren el cangrejo, otras acuden al muergo, otras buscan la tira de choco y algunas se conforman con la simple masilla de pan. Y, por supuesto, es vital saber dónde

están los mejores sitios para lanzar la caña, pues puede darse el caso de que un pescador se pase toda la tarde sin obtener una sola captura y a cien metros otro tenga su cubo rebosante de plateadas escamas.

Casi siempre le dibujaba en el papel una caña del país, el tipo de caña más popular en el litoral gaditano. Consistía esta en una simple caña extraída de algún cañaveral que se remataba con un carrizo macho. El resultado era una caña muy ligera, muy manejable y muy barata. Al carrizo se le acoplaba una anilla en la que se anudaba un sedal con una corchuela y un pequeño plomo. De este plomo salía un segundo sedal más fino que el anterior en el que se ataba (empataba se dice en Cádiz) el anzuelo. El diferente grosor de estos dos sedales respondía a una lógica aplastante: si por casualidad el anzuelo lanzado al agua quedaba enganchado en alguna roca y era menester romper el aparejo para liberarlo, solo se perdía la parte del sedal más fino, conservándose corchuela y plomo.

Le decía también a mi hija que esta caña de confección casera era ideal para pescar en zona de roquedo, como el espigón de la playa Santa María, donde, sentado en una roca recibiendo la brisa marina, pasé yo horas infinitas con la mirada puesta en la corchuela que flotaba distraídamente en el mar. Cuando esta se hundía de forma repentina, uno debía estar presto a darle un tirón hacia arriba a la caña, pues aquello significaba que algún inocente pez había picado el anzuelo. De la presteza de este tirón dependía el éxito de la pesca, marcando la diferencia entre el pescador avezado y el principiante. «¿Y tú eras de los torpecitos o de los buenos, papi?», solía preguntarme Valeria. Yo era de los buenos, y cada vez que iba a pescar, solo o con algún amigo, acostumbraba a capturar mojarritas y sargos que hacían las delicias de mi abuela, deseosa siempre de freírlos para la hora de la cena.

Tampoco nos perdíamos ni una sola de las películas de Marisol o Rocío Dúrcal que echaban por la televisión. Entre canción y canción, le explicaba a mi pequeña lo que estaba sucediendo, ya que con tres años difícilmente seguía el hilo argumental de aquellos largometrajes, por muy infantiles que fueran. Eso sí, cuando aquellas niñas comenzaban a cantar, ella enloquecía de felicidad imitándolas con pasión. «¡Esta niña va a ser artista!», exclamaba Lucía en aquellas ocasiones.

Otras veces, cuando el día acompañaba, nos gustaba irnos al Retiro para tumbarnos en alguno de sus jardines y contemplar el lento discurrir de las nubes, buscando parecidos razonables entre sus caprichosas formas. La imaginación le llevaba a descubrir nubes que se asemejaban a todo tipo de

animales, payasos, barcos piratas, castillos de princesas y, en ocasiones, hasta a la temida bruja Avería.

De vez en cuando, la llevaba a visitar algún museo. Fue esta iniciativa un deseo mío, porque quise inculcarle desde pequeña una parte de mi fascinación por la historia, el arte y la cultura en general. Yo, que sentía predilección por la pintura, casi siempre terminaba llevándola al Museo del Prado. Allí disfrutaba de lo lindo perdiéndome con ella por las distintas salas, en las que solía inventar alocadas historias cuyos protagonistas eran los personajes que aparecían en los cuadros.

Jamás olvidaré la primera vez que vi a Valeria en medio de una de las salas del museo girándose poco a poco mientras contemplaba con ojos de niña de tres años aquellos cuadros de gran formato que estaban por todas partes. Estábamos en la sala doce, aquella donde se encuentran distintos retratos que de la familia real hiciera allá por el siglo xvii el genial pintor sevillano Diego Velázquez. Algunos posaban montados a caballo, otros ataviados con las prendas típicas de los cazadores. Ese día centré la atención de Valeria en la infanta Margarita con sus meninas. Curiosa como era, mi hija me preguntó quién era esa niña que vestía tan raro. Le conté que no era más que una niña muy traviesa que nunca le hacía caso ni a su mamá ni a su papá.

—Un día, Margarita había ido como nosotros a ver el museo con sus padres y con sus dos inseparables amigas: María Agustina e Isabel. Escucha, Valeria, si prestas atención y miras allí en el espejo del fondo verás reflejados a la mamá y al papá de Margarita. ¿Los ves?

—Sí, papá. Son esos de ahí, ¿verdad? —me decía señalando con su dedo alguna parte del cuadro.

—Esos, esos son, Valeria. Ese día, Margarita decidió alejarse de sus padres y darse una vuelta por el museo sin ellos.

—¿Sin sus papás? Vaya. Eso no *ta* bien, *Mararita*, no *ta* bien.

Aquello lo repitió una y otra vez en voz alta arrancándoles sonrisas a muchas de las personas que, como nosotros, estaban admirando el cuadro.

—Sus preocupadas amigas le decían que, si no se daban prisa y volvían con sus padres, se podían perder. ¿Ves cómo habla María Agustina con Margarita? ¿Te das cuenta?

A esa altura de la historia, tenía totalmente engatusada a mi pequeña, tanto que comenzaba a mostrar ciertos signos de preocupación por el destino de aquellas tres amigas.

—¿Y quiénes son los niños que *tan* jugando con el *guagua*, papá?

—Son Maribárbola, que es la dueña del perro, y Nicolás.

—¿Eran también amigos de *Mararita*?

—Sí, sí. Y juntos vivieron muchas aventuras explorando las salas de este museo.

En ese momento, agarrándole su manita, dejamos de contemplar aquella obra de arte y, al ritmo de sus cortitos pasos, abandonamos la sala. Mientras andábamos le seguía narrando la historia.

—Una compañera del colegio de Margarita le había dicho que, aunque nadie los había visto, los tres Reyes Magos vivían en este museo, y que aquel niño o niña que los encontrara tendría muchísimos regalos.

Se paró entonces un momento, me miró y me preguntó que si ella era capaz de encontrar a los reyes por allí entonces conseguiría muchos regalos en las siguientes navidades.

—¿Verdad que sí, papi?

—Claro que sí, Valeria. Por eso tienes que estar muy pendiente y mirar los cuadros con mucha atención. Quién sabe si a lo mejor eres tú la afortunada que encuentre a los Reyes Magos. ¿Te imaginas?

Después de pasar por varias salas, nos detuvimos justo enfrente del Saturno de Goya. Instintivamente, Valeria me hizo signos evidentes de que quería que la cogiera en brazos. Contemplando la repugnante escena en la que el titán devoraba a uno de sus hijos, Valeria me abrazó el cuello con todas sus fuerzas mientras yo le seguí contando cómo ese monstruo que devoraba a los niños que iban solos había salido corriendo detrás de los cinco intrépidos amigos.

—Si no llega a ser porque el perro mastín de Maribárbola se puso a ladrar y se interpuso en su camino, seguramente los pequeños hubieran terminado dentro de la barriga de Saturno, tal y como le ocurrió a la abuela de Caperucita con el lobo feroz. ¿Te acuerdas?

—Sí, papi.

—Pero no te vayas a creer que aquel susto de muerte detuvo a Margarita y a sus amigos. Ellos decidieron seguir buscando a Melchor, Gaspar y Baltasar.

—¿Y qué más pasó, papá?

—Mira ese cuadro, Valeria. El caballero que tiene la mano en el pecho les dijo que, si querían encontrar a los Reyes Magos, debían buscar a tres hadas madrinas para que los ayudaran.

—¿Y las buscaron, papi?

—Por supuesto que sí, Valeria. ¡Mira! Están en esta otra sala.

—¡Pero si no tienen ropa y a una hasta se le ve el culote! Además, están muy gorditas, ¿no?

—Sí, es verdad, qué graciosas. Estas hadas les revelaron a los niños dónde podían encontrar a los Reyes Magos, pero a cambio tuvieron que dejar que uno de los pintores del museo le hiciera un retrato a Margarita.

—¿Y qué dijo *Mararita*, papá?

—Pues imagínate, estuvo encantada con la idea. Mira, allí delante está el retrato que le hizo el pintor Velázquez, el mejor pintor de todo el museo. ¿Ves qué bonito es el vestido rojo de Margarita? Cuando seas un poco más grande te voy a comprar un vestido igual. ¿Quieres?

—Claro que sí —me respondió claramente emocionada—. Oye papi, ¿entonces *Mararita* y sus amigos vieron a los *Leyes* Magos?

—Eso es, aunque desde ese día ningún otro niño ha sido capaz de volver a encontrarlos.

Hice coincidir el final de la historia con nuestra llegada a la sala donde se expone la *Adoración de los magos* de Rubens, situándonos de espaldas al mismo. Puedo asegurar que escuché cómo se aceleraba el corazoncito de mi pequeña cuando al girarse su mirada se clavó en aquel cuadro de enormes dimensiones. Cualquiera que visitando el museo decida detenerse frente a aquellos tres sabios de Oriente podrá quedar igualmente fascinado si contempla pacientemente y con ojos previamente aleccionados al numeroso séquito que los acompaña.

Le aconsejo, lector, que, si ha sido aguijoneado por la curiosidad, teclee en su buscador de internet «Adoración reyes Rubens» y, para asegurarse de que no es dirigido a otra de las versiones que del mismo tema realizó el afamado pintor flamenco, añada a su búsqueda «Museo del Prado». Con extraordinaria rapidez dispondrá usted de aquello de lo que hablamos, ya que vivimos en un mundo donde casi todo, y especialmente la información, es instantáneo. Le sugiero que siga estos pasos antes de continuar la lectura, pues estoy convencido de que le facilitará la comprensión de esto que comienzo ahora a contarle.

Cuando tenga todo dispuesto lleve sus ojos a la parte izquierda del cuadro. Allí, respaldado por San José y la Virgen María, el niño Jesús irradia una luz que inunda toda la escena que el capricho de Rubens quiso hacer nocturna. Arrodillado frente a él, aparece uno de los tres sabios, si se tiene en cuenta que el bueno de Mateo, único evangelista que tuvo a bien narrarnos la

Epifanía del Señor, nunca habló de reyes, sino de sabios provenientes de Oriente. Este primer sabio, que debe identificarse como Gaspar, hace entrega al niño de un recipiente lleno de monedas de oro. Viste el personaje, a pesar de la ya comentada categoría que le asigna Mateo, de un modo parecido al del rey de copas de la baraja española, aunque, eso sí, sin objeto alguno que lo corone. El pequeño Jesús, en una inaudita muestra de precoz curiosidad, introduce su mano en el áureo recipiente que se le ofrece y coge una de las monedas.

Pestañee solo unos instantes antes de desplazar ahora sus pupilas un poco hacia la derecha. Hágalo solo lo justo para centrarse en el barbudo anciano que, ataviado con una túnica de seda escarlata, apoya su mano derecha en un cofre dorado que porta uno de los sirvientes de su séquito. Dicho baúl, si damos credibilidad al evangelista Mateo, debe contener mirra. Si desvía nuevamente la mirada, aunque esta vez un poco hacia la izquierda, podrá contemplar a un personaje de negra faz tocado con un exótico plumón. Es Baltasar, sin ningún género de dudas, aquel que sujeta entre sus manos un incensario, el tercero de los presentes que recibió el niño Jesús en su pesebre. Si no tuviese claro que lo que porta el negro sabio es un quemador de incienso, solo tiene que comprobar cómo el esmerado soplo de un pequeño sirviente con idéntico color de piel se encarga de mantener vivas las brasas del incienso presentado.

Reconocidos los tres sabios orientales, el arrodillado Gaspar, el negro Baltasar y el identificado, pero aún no nombrado, Melchor, es de justicia aplaudir la genialidad demostrada por Rubens para plasmar en esta pintura todo lo aprendido en un viaje a Italia que había realizado por aquellas fechas. Así, cualquier versado en pintura identificará la influencia de Caravaggio en la negruzca planta del pie de uno de los dos esclavos que portan los cofres, llenos, a tenor de su titánico esfuerzo, de pesadas ofrendas. Ha de saberse que dicha suciedad, comprensible en todo pie que se aventure a pisar caminos sin calzado alguno que lo cobije, ya fue retratada previamente por Caravaggio en uno de los personajes que pintó en la *Crucifixión de San Pedro* y que se halla hoy en la capilla Cerasi de la iglesia romana de Santa María del Popolo. Tampoco le será novedoso el tratamiento anatómico de esos dos mismos esclavos que, sin duda, tan gratos le resultarían a Miguel Ángel Buonarroti, creador de figuras con musculaturas tan grandes como poderosas. Quizás algo más sutil sea el guiño que Rubens quiso hacer a Rafael cuando pintó en la parte derecha dos sirvientes con torso desnudo. Aparecen ambos en idéntica

postura a la de aquellos que prestan ayuda para escalar el muro que los salvará del incendio que estaba devorando al Borgo, tema con el que el pintor italiano decoró al fresco una de las estancias del Vaticano.

Claro está que casi ninguno de estos detalles fue percibido y entendido por mi pequeña Valeria, pero tuvieron que ser suficientes para que su infantil intelecto comprendiera que se hallaba ante los Reyes Magos. Inmediatamente, una sonrisa se dibujó en su rostro, y el ritmo de su corazón se aceleró tal y como ya he dejado dicho. Quizás, si en un primer momento tuvo dudas de lo que estaba viendo, estas se despejaron cuando identificó las cabezas de los tres camellos que sobresalen al fondo de la escena. Con voz un poco temblorosa me dijo que allí estaban los *Leyes* Magos, que ella los había encontrado y que estaba deseando llegar a casa para contárselo a mamá. Y con esta borrachera de ilusión y felicidad nos marchamos del museo. Durante la cena, Valeria no dejaba de contarle a Lucía las peripecias de *Mararita*, del vestido rojo que yo le había prometido comprar y, por supuesto, de la cantidad de regalos que le esperaban en las siguientes navidades. Cuando se quedó dormida, la contemplé unos instantes convencido de que en sus sueños de aquella noche los tres sabios de Oriente, Margarita, Maribárbola y demás amigos serían los protagonistas.

SEGUNDA PARTE

In cerca del tesoro

1.

Un día, mientras estaba entre los fogones de Vendetta, vi por casualidad un panfleto publicitario escrito en italiano que me llamó mucho la atención. Se encontraba junto a la mochila de Massimo, que me pilló infraganti esforzándome para descifrar su contenido. Muchos dicen que el italiano es un idioma fácilmente comprensible para un español, pero a mí me costó la misma vida entender qué se anunciaba en aquel folleto. Massimo se acercó; sus ojos fríos desde el nacimiento de mi hija recuperaron la calidez que tenían cuando lo conocí y comenzó a explicarme de qué iba todo aquello. Era otra vez Massimo en estado puro. Me contó que se trataba de un concurso televisivo muy popular en Italia, *In cerca del tesoro*, algo así como *En busca del tesoro*. La edición de esa temporada se iba a grabar en Madrid y los organizadores querían que contara con concursantes italianos y españoles, pues pretendían exportar el formato del concurso a otros países europeos y comprobar qué tal salía la experiencia fuera de Italia. Massimo se iba a presentar al *casting* que se estaba anunciando y que no tenía otro cometido que el de seleccionar a los participantes de esa edición. Me miro, dudó unos instantes y finalmente me animó a que yo hiciera lo mismo.

—Sería fabuloso, Diego. Tú y yo compitiendo en un concurso televisivo. ¿No crees que sería genial?

—Primero cuéntame de qué va esto y después tomaré una decisión con conocimiento de causa, ¿te parece? No me fío ni un pelo de vosotros los italianos.

Massimo volvió a ser el de siempre, y con entusiasta oratoria fue desgranando una a una las bases del concurso. Por lo visto, el objetivo era encontrar un «tesoro» escondido por la organización en alguna parte de la ciudad. Para lograrlo, cada uno de los doce concursantes recibía una primera pista bastante enigmática con la que debían comenzar la búsqueda. Cada semana se les hacía entrega de una nueva pista, hasta que alguno de ellos fuese capaz de descifrar dónde se hallaba oculto el tesoro. Este era un cheque valorado en cien millones de liras italianas, el equivalente a ocho millones y medio de las pesetas de entonces, un premio bastante importante en aquellos años. Imagínese, nada más y nada menos que unos cincuenta mil euros. A finales de la década de los ochenta, con ese dineral se podían cumplir muchos pero que muchos sueños.

Decidí que aquello tenía buena pinta, que podía resultar una experiencia

gratificante, así que le pregunté a Massimo qué día era el castin.

De este modo, *In cerca del tesoro* se presentó como la llave que daba cerrojo definitivo a una puerta abierta desde hacía demasiado. Por aquel entonces, parecía que una nueva etapa se iniciaba en mi vida y que quizás pudiese restablecer los puentes que un día habían unido a Vendetta y Massimo con Lucía. Porque el solo hecho de saber que la productora italiana quería grabar en Madrid había bastado para sacar a Massimo del ostracismo en el que se hallaba desde hacía ya bastante tiempo. Volvía a ser dicharachero, bromista y entusiasta. Lucía aparecía de nuevo en nuestras conversaciones y Valeria por fin se convertía en tema principal de muchas de ellas.

Y, por cierto, Lucía no dudó en ofrecerme su ayuda para todo lo que necesitara si finalmente salía elegido concursante. Sus ojos brillaron como hacía tiempo no lo hacían. Aún no he dicho nada al respecto, después me referiré a ello lo mejor que recuerde, pero le adelanto, lector, que antes de que ocurriera esto que cuento, se habían producido algunos cambios en la forma de actuar de Lucía. Sin embargo, tras anunciarle mi decisión de participar en aquel programa televisivo, otra vez su azul fue infinito y su sonrisa volvió a inundarlo todo. Algo mutó en ella ese día, no sé exactamente el qué, pero una nueva Lucía, más alegre y más viva que la de los meses anteriores, durmió aquella noche entre mis brazos. Los motivos de este cambio de actitud se escapan a mi entendimiento; solo sé lo que mis ojos vieron en su momento y que, como ya he dejado escrito, explicaré más tarde con todo el detalle que sea capaz.

El día que fuimos a hacer el *casting* me había levantado imaginando una gran multitud de aspirantes deseosos de ser elegidos, pero cuando llegamos al edificio donde se iban a realizar las pruebas comprendí que aquel concurso televisivo tendría mucho éxito en Italia, pero que allí en Madrid había pasado prácticamente inadvertido. Nada de colas de personas abarrotando la calle. En una antesala estábamos esperando apenas una veintena de personas, todas españolas salvo Massimo, pues la selección de concursantes italianos se estaba llevando a cabo en Milán. Todos, tras rellenar el típico formulario de datos personales, habíamos sido identificados con nuestro nombre y apellidos escritos en una pegatina que lucíamos en el pecho. Pasamos la espera charlando sobre cómo habíamos conocido el programa y mostrando nuestra extrañeza ante el escaso interés que había despertado un concurso tan ilusionante como ese. En un momento dado, decidí evadirme un poco y, con los nervios mordiéndome el estómago, estuve un rato preparando mentalmente

la presentación que debía hacer de mí mismo, de las razones que me habían llevado a presentarme al *casting* y de lo que esperaba obtener de mi paso por el concurso.

El poco éxito de la convocatoria hizo que el proceso de selección durara apenas una mañana. Aquel mismo día a primera hora de la tarde dieron los nombres de los seis aspirantes que habían sido seleccionados para participar en la que iba a ser la tercera edición de *In cerca del tesoro*. Yo me encontraba entre la media docena de elegidos. Regresé a casa en compañía de un decepcionado Massimo, quien vio truncado su sueño de participar en el programa más exitoso de la televisión italiana.

Nos citaron una semana más tarde para firmar el contrato que nos vinculaba durante mes y medio con la productora. Si llego a saber la cantidad de cláusulas recogidas en aquel contrato, hubiera ido acompañado por un abogado, pues, sinceramente, firmé todo lo que me ponían por delante sin comprender muy bien a qué me estaba comprometiendo. Pero la ilusión del momento me hizo estampar mi firma en aquel documento, autorizando a la empresa organizadora a utilizar y difundir mi imagen tal y como estimase oportuno.

Días más tarde de la firma del contrato, los seis participantes españoles seleccionados tuvimos una reunión con el director del programa, un tal Giuseppe. Vestía este un elegante traje de chaqueta negro con camisa blanca, sin corbata. Su rostro, rasurado a la perfección, no podía considerarse agraciado. Una incipiente calvicie torpemente disimulada, unos ojos muy próximos entre sí, unas cejas demasiado pobladas y una nariz prominente nos dieron la bienvenida aquella tarde. Quiso Giuseppe ponernos al corriente de cómo se iba a desarrollar el concurso. El pistoletazo de salida sería una entrevista inicial con la que se presentaría a la audiencia a cada uno de los concursantes. El director nos aconsejó que en ellas intentásemos ser ingeniosos, atrevidos y descarados, tal y como demandaban los espectadores de aquel programa televisivo. Al finalizar dicha entrevista, la presentadora nos entregaría un sobre con la primera pista. A partir de ese momento, podíamos iniciar nuestra búsqueda del tesoro.

Todo esto era lo que yo ya sabía más o menos por boca de Massimo, que no dejaba pasar oportunidad en el trabajo para hablar del concurso y de los ganadores de ediciones anteriores.

Giuseppe nos siguió contando que, después de este primer encuentro, la organización del programa enviaría cada semana una nueva pista al buzón del

domicilio de cada concursante. Quedábamos obligados a registrar audiovisualmente el momento en el que recogíamos las pistas y a dejar también constancia de nuestras primeras impresiones nada más leerlas. Para ello, nos equiparon con una cámara de vídeo, porque la parte divertida del programa debía salir precisamente de esas grabaciones caseras realizadas por nosotros mismos. Y es que, además de grabar la recogida de pistas, teníamos que exponer delante de la cámara todas las hipótesis que se nos fueran ocurriendo a lo largo de la semana y contar los avances o retrocesos que experimentaba nuestra búsqueda. Giuseppe insistió en la importancia de compartir con el público las sensaciones que se fueran apoderando de nosotros con el paso de los días: agobios, ilusiones, nerviosismos, esperanzas, desmotivaciones, presentimientos, dudas... Incluso teníamos que hacer un balance semanal de las pesquisas que habíamos llevado a cabo.

Con el material aportado por cada uno de los concursantes, la dirección iría montando los distintos episodios, un mínimo de cinco y un máximo de ocho incluida la gala final, que se retransmitiría en directo desde Milán y que contaría con la presencia los doce buscadores del tesoro.

Cuando terminó de darnos la información, y tras haberse asegurado de que no teníamos ninguna duda, Giuseppe cambió de tercio y comenzó a explicarnos qué debíamos hacer cuando tuviésemos algún tipo de certeza sobre el paradero del tesoro. Nos facilitó un número de teléfono y nos dijo que teníamos que ponernos en contacto inmediatamente con la organización del concurso para que esta confirmara o desmintiera la conclusión a la que habíamos llegado. Quedamos advertidos, eso sí, que, si a alguno se le ocurría coger el tesoro sin avisar antes a la productora, sería eliminado de forma automática. Además, cada concursante disponía tan solo de dos oportunidades para resolver el misterioso escondite del tesoro, así que debíamos estar muy seguros de nuestras conclusiones antes de comunicarle nada a la organización, puesto que, si errábamos dos veces, quedábamos igualmente eliminados.

Finalmente, se nos informó de que, cuando alguien averiguase el paradero del tesoro, se planificaría concienzudamente con él la puesta en escena del momento preciso en el que el concursante descubriría el escondite, siempre con el propósito de que el público no se perdiera el más mínimo detalle.

Para concluir, nos advirtieron de que no nos extrañásemos si veíamos en alguna ocasión a un equipo de cámara siguiendo nuestros pasos, pues querían grabarnos en plena acción. Lo harían de la forma más disimulada posible, sin llamar mucho la atención y evitando así a los típicos espontáneos que suelen

aparecer saludando y gesticulando cuando se cruzan con una cámara y que tan flaco favor hacen a cualquier retransmisión televisiva.

A mí el formato de aquel concurso me parecía bastante cutre, la verdad, así como los medios desplegados para su grabación. Se lo comenté a Massimo un día mientras trabajábamos. Ridiculicé el concurso tanto como mi ingenio gaditano dio de sí. Mi amigo aguantó el chaparrón como buenamente pudo y después comenzó a contarme cómo había evolucionado la televisión italiana desde la entrada en escena de Silvio Berlusconi, que antes de ser el presidente del exitoso AC Milán había fundado Canale 5, un canal de ámbito nacional con el que había conseguido poner fin al monopolio de la RAI, la televisión pública italiana. La nueva cadena de *Il Cavaliere* había conseguido superar en audiencia a la hasta entonces imbatible televisión pública con programas y concursos de entretenimiento puro y duro, donde la estética estaba por encima del contenido.

En ese momento, no podía imaginar que tan solo unos meses después de aquella conversación con mi jefe italiano comenzaría a emitir en nuestro país un canal privado primo hermano de aquel Canale 5, llenando los hogares españoles de programas de humor, concursos y variedades entre los que no faltaron las sugerentes y atrevidas coreografías de grupos de *vedettes* como las Mamá Chicho o las Cacao Maravillao.

Pero en aquel enero de 1990, nuestra Televisión Española seguía monopolizando la parrilla televisiva. A los canales privados aún les quedaban algunos meses para iniciar sus retransmisiones y las televisiones autonómicas estaban dando sus primeros pasos.

Después del trabajo, continuamos defendiendo cada uno nuestros gustos televisivos con algunos botellines de cerveza como testigos. Mientras él hablaba, yo no podía dejar de pensar con gran alegría que, definitivamente, había recuperado mi amistad con Massimo. Mi jefe seguía mostrándose partidario de aquel modelo de televisión italiano poco elaborado, mientras que yo era auténtico fan del *Un, dos, tres... responda otra vez*, una genialidad de Narciso Ibáñez Serrador. Era el concurso por excelencia, nunca superado, ni siquiera igualado, en todas las televisiones conocidas. Un programa lleno de ingenio, humor y suspense en el que el público era un protagonista más y los concursantes sudaban la gota gorda para llevarse un premio que podía oscilar desde un fabuloso apartamento en primera línea de playa en Torre Vieja hasta la calabaza Ruperta. Massimo terminó claudicando ante aquel formato televisivo *made in Spain*. Yo, por mi parte, tuve que rendirme ante la

explosiva Raffaella Carrá, una de las presentadoras estrella de la televisión italiana de aquellos años.

2.

—Tu boca suena a algarabía de amaneceres.

Me lo dijo así, de sopetón, una tarde mientras estábamos sentados en un banco del Retiro. Valeria andaba para arriba y para abajo inventándose no sé qué historias de princesas, dragones, brujas y hadas.

—¿Qué dices, Azul?

—Lo que has escuchado, nada más y nada menos. —La luz del sol reverberaba en sus ojos, intensificando hasta el infinito la belleza que en ellos se encerraba—. Lo sé desde hace mucho tiempo, pero hasta ahora no he encontrado la palabra apropiada para poder decírtelo.

—Pues no lo entiendo, la verdad. Prueba con otra palabra menos exacta, a ver qué tal.

—No puedo. Debe ser esa, no hay otra. No existe otra fórmula. Quizás si te explico qué sucede en el campo cuando amanece me entiendas. ¿Cuántas veces has estado en el campo y te has despertado antes de que el sol salga por el horizonte?

—¿Yo? Me temo que ninguna.

—En ese caso, es lógico que no lo comprendas. Los chicos de ciudad solo estáis acostumbrados a los ruidos urbanos, demasiado molestos y artificiales. Pero en el campo, en plena naturaleza, todo es diferente.

Lucía se había criado en un pequeño pueblecito de la sierra de Madrid, en Rascafría, para más señas. Sus padres eran los administradores de una finca rústica y, por ese motivo, Azul creció en el campo hasta que se marchó a la capital para iniciar sus estudios universitarios.

—De pequeña, mi padre siempre se levantaba muy temprano, cuando era aún noche cerrada. Iba al cuarto de baño, se enjabonaba bien la cara, la aclaraba con el agua fresca que tenía en una palangana y se dirigía a la cocina para prepararse el primer café del día. El sonido de la cafetera a veces me despertaba y, entonces, no dudaba en saltar de la cama para ir a darle el encuentro, sentarme en sus rodillas y mojar alguna galleta en su café recién hecho. «Como nos vea tu madre me va a matar, Lucita», me decía siempre. Para mí era un momento mágico. Me encantaba aspirar el olor que el jabón

dejaba en su cara y observar sus manos callosas removiendo el café mientras me contaba cosas del campo. «Mira, aún no ha amanecido. Queda poco, pero los animales ya están despiertos. Calla un momento y presta mucha atención. ¿Escuchas eso?». Se refería a los múltiples sonidos que, aunque tímidos aún, ya comenzaban a apoderarse del entorno: el gorjeo de los mirlos y el trinar de los herrerillos, el castañeteo de las perdices, el resoplido del burro y el cacareo de las gallinas que teníamos. Incluso el gruñido lejano de algún jabalí llegaba hasta nosotros. «Pues verás. Cuando el sol aparezca por el horizonte, notarás una explosión de vitalidad en todos ellos, comenzarán a removerse inquietos al tiempo que sus sonidos se enriquecerán y se intensificarán. Parecerá como si estuvieran festejando la llegada del nuevo día». Y, efectivamente, así sucedía. Era comenzar a despuntar el sol y todo el campo se inundaba de una bellísima algarabía vital. La vida emergía con fuerza de nuevo después de la noche. ¿Me sigues?

—Creo que sí, pero no comprendo qué tiene que ver todo eso conmigo.

—Tiene que ver, y mucho, además. Tu boca, Diego, me transporta precisamente a ese instante mágico. Cuando me hablas, me llenas de alegría; tu voz es poderosa, me estremezco de emoción al escucharla. La musicalidad de tus palabras me recuerda a esa algarabía de amaneceres que tantas veces escuché de pequeña en compañía de mi padre. ¿Comprendes ahora?

Claro que la comprendía. Comprendía que el amor que me profesaba no tenía fin, y eso me hacía sentir inmensamente afortunado. Estaba enamorado de ella; haberla encontrado compensaba todas mis penas pasadas. Lo que no podía era de dejar de sentirme abrumado por su capacidad para convertir mi voz en poesía. ¡Mi voz en poesía! ¿Se da cuenta? Siempre había más Lucía de la que yo conocía. Era, sencillamente, infinita.

Sin embargo, una pequeña nube vino a posarse en el cielo azul que siempre me cobijaba desde que la conocí. Esto que cuento ocurrió mucho antes de que se iniciara el concurso. Discúlpeme, pero a veces me cuesta situar los acontecimientos en el orden temporal que les corresponde. Debí ocurrir a los pocos meses del nacimiento de Valeria. Una noche, llegué a casa después del cierre de Vendetta. Dejé —como de costumbre— las llaves y la cartera encima del mueble del salón antes de acercarme a la puerta entornada de la habitación donde nuestra pequeña dormía plácidamente en su cuna. Esa noche Azul no se había acostado todavía, a pesar de lo avanzado que corría el reloj. Una luz se filtraba por la rendija de la puerta de la otra habitación de la casa y me dirigí allí sigilosamente. Quería darle una sorpresa a Lucía que, por

lo visto, no se había percatado de mi llegada. Así que me quité los zapatos y me quedé únicamente con los calcetines, confiando en que, de esa manera, mis pasos quedaran amortiguados y ningún ruido pudiese delatarme. Al acercarme me pareció escuchar como si Lucía estuviese llorando, un hecho totalmente insólito. Antes de entrar, pegué el oído a la puerta y mi impresión inicial se confirmó: Lucía estaba sollozando y los suspiros delataban su sufrimiento. Entré inmediatamente y fui directamente a ella dispuesto a abrazarla. Sin embargo, algo descolocada por mi llegada, comenzó a secarse las lágrimas mientras me dedicaba una forzada sonrisa. «¿Qué te sucede?», le pregunté. Su respuesta fue vaga y no me convenció. Estaba claro que algo importante le había ocurrido, pero que no quería hablar de ello. Yo, que tanto la amaba y tanto confiaba en ella, lo dejé pasar. No quise insistir, pues pensé que lo mejor sería guardar silencio y que fuese ella misma quien eligiera el momento para compartir conmigo aquello que tanto le afligía. Sabía que, más tarde o más temprano, Lucía así lo haría. Entre nosotros no había secretos, esa fue una de las primeras promesas que nos hicimos cuando comenzamos nuestro puzzle.

Pero pasaron las semanas y Lucía no volvió a hacer mención de aquel episodio. Era como si lo hubiese borrado de su mente. Y yo, que nuevamente la veía feliz, también comencé a olvidarme y a no preocuparme demasiado. Y así hubiese sido si no llega a ser porque otro día (un mes después, más o menos) sorprendí a Lucía leyendo una nota, y cuando me acerqué a ella la guardó con demasiada ligereza. Inocentemente, le pregunté qué estaba leyendo y, tal como ocurriera cuando la vi llorando, su respuesta no me convenció. Aunque le insistí, ella no dio su brazo a torcer, e incluso llegó a ponerse a la defensiva cuando insinué que me estaba ocultando algo. No tuve más remedio que claudicar ante su firme actitud, pero en esta ocasión me mantuve en guardia. Debo reconocer que una pequeña fisura comenzó a resquebrajar los sólidos pilares de la confianza que tenía en ella. Durante los días siguientes, no paré de hacer elucubraciones sobre los motivos que llevaban a Lucía a comportarse de aquella extraña manera. Se mostraba descentrada, apesadumbrada e, incluso, algo temerosa. Y eso sí que no era normal en ella. Naturalmente, los celos se apoderaron de mí y mi preocupación fue en aumento. Cuanto más pensaba en la posibilidad de que Lucía tuviese una aventura, más grande se hacía la brecha que me separaba de ella. Estaba muy intranquilo, tanto que hasta estuve tentado de contratar los servicios de un detective privado para que la siguiera y me pusiese al corriente de lo que escondía. Pero en un momento de lucidez consideré que se trataba de una idea

desmesurada y absurda que terminaría por romper para siempre lo más sagrado que debe unir a una pareja: la confianza. Así que opté por compartir con Massimo todas mis inquietudes, rompiendo el muro con el que había decidido separar las dos esferas de mi vida: trabajo y hogar. Con aquella decisión, implícitamente, quise poner a prueba a mi jefe. Sería una buena oportunidad para valorar su reacción cuando le hablase de mis celos y de mis sospechas. Creía que, a lo mejor, podía descubrir de paso si entre Massimo y Lucía había una relación. En él descargué todas mis sospechas y Massimo, que siempre era bálsamo para las heridas, disipó los nubarrones grises que habían terminado de apoderarse de mi cielo. Se mostró comprensivo con mis preocupaciones (qué enamorado no las habría tenido en mi situación, me dijo), pero fue rotundo a la hora de hacerme ver cuán infundados eran mis temores.

—Es imposible que Lucía haga una cosa semejante. Ella está locamente enamorada de ti, créeme. La conozco desde hace mucho tiempo y no es una mujer infiel. Si te está ocultando algo, será una niñería sin importancia. Déjale un poco de espacio, dale unos días y ya verás cómo las aguas vuelven a su cauce. Si no ocurriera así, volvemos a hablar y nos planteamos qué puñetas podemos hacer. Pero no te preocupes, amigo, Lucía no te está engañando con nadie.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. No le des más vueltas. A veces es complicado que los hombres podamos entender a las mujeres. En nada, todo esto no será más que un mal recuerdo.

Su voz fue profecía y, a los dos o tres días de mi conversación con Massimo, Azul volvió a mostrarse infinita conmigo. Con un apasionado beso, Lucía quiso enterrar aquel extraño episodio.

3.

Por camino silencioso fue acercándose el gran día del estreno del concurso. Volví al mismo edificio al que acudí con Massimo para hacer el *casting* tan solo unas semanas atrás. Me reencontré con los otros cinco madrileños que también habían sido seleccionados para participar en aquel *show* televisivo. Me fijé disimuladamente en una joven de pelo moreno cuyos ojos negros se cruzaron con los míos tan solo unas décimas de segundo antes de saludarnos con un par de besos. Era bastante atractiva, y su mirada

denotaba inteligencia y seguridad en sí misma. Lo observaba todo y a todos con sumo interés, como si le fuese la vida en ello. Compartimos nuestras impresiones y nervios ante la inminente entrega del sobre con la primera pista. Se llamaba María, era enfermera de profesión y había estado viviendo una temporada en Padua. Según me dijo, el concurso gozaba de una gran popularidad en toda Italia y el resultado final, después de los arreglos y componendas hechas por el equipo de realización, era muy espectacular. En su opinión, lo normal sería que las pistas, al principio, fueran muy poco precisas y que hasta la cuarta o la quinta semana ninguno de nosotros estaría en disposición de tener una idea más o menos clara de dónde podía esconderse el tesoro. Fue curioso, pero María compartía el mismo entusiasmo que Massimo por el concurso. Estaba claro que *In cerca del tesoro* era un fenómeno televisivo en Italia que enganchaba a todo aquel que lo veía.

La conversación fue interrumpida cuando una señorita con carpeta en mano entró en la sala donde estábamos esperando y nos informó de que en breve procederían a llamarnos uno por uno para grabar tanto la entrevista como la entrega del primer sobre.

Yo fui el cuarto en entrar. Después de mí, solo quedaban María y un hombre de unos cincuenta años que no había dicho ni una sola palabra en todo el tiempo que llevábamos allí. María me despidió deseándome suerte y yo correspondí al cumplido. Entré en una amplia sala que pretendía hacer las veces de plató televisivo. Una vez dentro, me maquillaron un poco, me peinaron y me ajustaron un micrófono mientras uno de los técnicos me recordaba sucintamente cómo se iba a llevar a cabo aquella primera grabación. Mientras estaba ocupado en estos menesteres, hizo su aparición en el plató una bellísima joven vestida con traje de chaqueta blanco y zapatos negros de tacón que se acercó a mí presentándose con un alegre acento italiano. Me dijo que se llamaba Laura. A una voz del director Giuseppe, todos ocupamos nuestra posición. Laura comenzó dando la bienvenida a los espectadores a una nueva edición de *Buscando el tesoro*, o mejor dicho, *In cerca del tesoro*, pues ese era su nombre original. Recordaba la presentadora a los telespectadores dos importantes novedades de la nueva entrega del concurso: por primera vez, la búsqueda se haría en una ciudad fuera de Italia y seis de los doce concursantes no serían italianos. Centró a continuación el interés en mi persona. Quiso presentarme ante la audiencia haciéndome una serie de preguntas rápidas y directas relacionadas con mi nombre, edad, profesión, estado civil, lugar de nacimiento y de residencia, aficiones, gustos

musicales, etc. Después, la entrevista giró en torno a qué expectativas, intereses y motivaciones me habían llevado a participar en un *show* televisivo como aquel. Terminó sus preguntas deseándome mucha suerte, «*Buona fortuna*», repitió en italiano. Y para concluir aquella primera toma de contacto, se me hizo entrega de un sobre con el logotipo del concurso (un cofre de madera semiabierto y rebosante de monedas de oro) en cuyo interior había un papel blanco perfectamente doblado en cuatro partes. Lo cogí con toda la parsimonia que fui capaz, lo desdoblé con manos temblorosas y mostré a cámara su contenido:

1-4-9-7

Aquellos cuatro dígitos debían inspirarme para comenzar a buscar el tesoro. Laura volvió a desearme suerte antes de girar teatralmente su cabeza en busca de una segunda cámara para recordar a la audiencia que las siguientes pistas llegarían semanalmente al buzón de mi domicilio. Con su amplia sonrisa de dientes blancos y perfectos, concluyó la grabación.

Giuseppe se acercó y nos estrechamos la mano. Intentó ser amable interesándose por mí y repitiéndome una y otra vez que todo había salido perfecto y que ya podía irme a casa si así lo deseaba, recordándome que ante cualquier duda solo tenía que ponerme en contacto con ellos a través del teléfono que me habían facilitado días atrás. Cuando salía por la puerta me crucé con María, que entraba por la misma. Era su turno. Yo me marché inmediatamente a casa con muchísimas ganas de compartir con Lucía todo lo acontecido y comenzar a estrujarme el cerebro para encontrar algún significado a los cuatro dígitos.

—¿Cuatro dígitos? ¿Solo cuatro números? ¿Y con eso únicamente pretenden que encuentres un tesoro que puede estar escondido en cualquier parte de Madrid?

Azul no salía de su asombro cuando llegué a casa y le conté cómo había transcurrido la entrevista y la entrega de la primera pista.

—Bueno, recuerda que el concurso debe durar varias semanas. Es normal que ahora todo sea impreciso y confuso. Indudablemente, nadie va a localizar el tesoro con una única pista.

—Por tanto, hagas lo que hagas esta semana será una pérdida de tiempo, ¿no?

—Admitir tu punto de vista es comenzar derrotado. Más que hacernos

perder el tiempo creo que están interesados en ver cómo comenzamos a estrujarnos el cerebro y en que vayamos formulando algunas teorías de aproximación para demostrar que somos gente imaginativa y con recursos.

—¿Y puedo saber, querido Indiana Jones, si se te ha ocurrido ya alguna hipótesis para relacionar esos números con el tesoro?

—Pues la verdad es que te mentiría si te dijese que no. En realidad, he pensado en alguna que otra posibilidad, pero todas son necesariamente vagas y, si me apuras, absurdas. Con tan pocos datos, y puestos a imaginar, podría tratarse de cualquier cosa. Por ejemplo, tal vez la clave estuviera en sumar aquellos cuatro dígitos, lo que nos da como resultado un insulso número 21 que nada aporta al enigma, a no ser que forme parte de una dirección y que en el número 21 de tal o cual calle estuviera el escondite secreto.

Pero aquel planteamiento estaba tan cogido con alfileres que ni yo mismo era capaz de darle credibilidad. Lucía sonrió afablemente, me abrazó y me dijo:

—Tranquilo, cariño, intenta ordenar un poco todas esas ideas absurdas que se te vayan ocurriendo, por enrevesadas que sean. Seguro que cuando te entreguen la segunda pista podrás ir desechando muchas de ellas y plantear otras nuevas más verosímiles. Ya verás cómo, al final, consigues establecer una sólida línea de investigación. Y ahora te dejo y me voy a la cama aprovechando que Valeria duerme desde hace un buen rato. En la cocina te he dejado un trozo de tortilla para cenar.

Sentí su cálido beso en mis labios y oí los pasos que me dejaban solo en el salón de casa. Hasta ese momento no me di cuenta de lo hambriento que estaba, pues con la grabación, los nervios y la ilusión de aquella tarde no había probado bocado desde la hora del almuerzo. Por otro lado, aunque estaba bastante cansado, mi mente iba a mil por hora, y era consciente de que todo intento por dormir sería inútil en aquellos momentos. Así que fui a la cocina, di buena cuenta del trozo de tortilla y me puse a garabatear en un cuaderno todas las cosas que se me ocurrían que podían estar relacionadas con 1-4-9- 7. Dando otra vuelta de tuerca a mi planteamiento, imaginé que a lo mejor los cuatro números hacían referencia a la página de algún libro y, puestos a aventurar, que también indicaran la posición de una palabra de la página en cuestión. También podría formar parte de algún código postal o, por qué no, de algún número de teléfono.

Una dirección, la posición de una palabra en un libro, parte de un código postal o de un número de teléfono. Eran tan solo cuatro posibilidades entre mil

millones, pero, por los menos, puede irme a la cama con el estómago lleno y con la mente repleta de ideas con las que poder soñar.

La noche es mala consejera y casi siempre engaña a nuestro raciocinio, haciendo parecer fabuloso aquello que a la luz de la mañana se muestra, sin embargo, mediocre. Son muchísimas las magníficas ideas paridas en plena noche que, repensadas por nuestro subconsciente mientras el cuerpo es preso de una inquieta somnolencia, amanecen, sin embargo, desposeídas de toda cualidad. De forma contraria, aquellos planteamientos que logran pasar el exigente juicio matinal adquieren un poso de credibilidad y sensatez que les da consistencia y validez.

Siguiendo esta máxima, desperté revolucionado y apenas descansado, pero aprovechando que estaba solo en casa —ya que Lucía había llevado a Valeria al colegio— lo primero que hice fue replantearme de nuevo todas las ideas que había tenido la noche anterior, analizando tanto sus flaquezas como sus puntos fuertes. Lo hice delante de la cámara que el programa me había facilitado, cumpliendo así con mi obligación semanal para con ellos. Mientras lo hacía, eso de sumar los dígitos y pensar que el 21 fuese el número de alguna calle me pareció algo de ciencia ficción, y desterré aquella opción de mis pensamientos. Eliminada esa opción, hice lo propio, y por idéntico motivo, con el tema del código postal y del número de teléfono. Ninguna de aquellas tres hipótesis era digna para seguirle la pista, al menos a falta de tener otras pruebas que pudieran dotarlas de algún sentido. Por el momento, todas conducían rápidamente a un callejón sin salida, bloqueando de buenas a primeras cualquier tipo de investigación. Convencido de lo acertado de mi decisión, centré todos mis esfuerzos en valorar la posibilidad de que los dígitos encerraran la clave para conocer la posición de una palabra en un libro determinado. Sin duda, era la opción más plausible de todas las que se me habían ocurrido. Pasé así gran parte de la mañana, dedicado en cuerpo y alma a intentar encontrar alguna lógica que relacionara la sucesión de cuatro dígitos que me habían dado con un mensaje oculto en algún libro. Y aunque empecé a estrujarme el cerebro con ahínco, el discurrir de las horas me fue disuadiendo de la idea de éxito que tan ingenuamente se había ido fraguando en mi interior en un primer momento.

Estando en la ducha se me ocurrió una idea que quizás pudiera darle sentido a todo aquello. ¿Y si el 1 indicará el primer libro de la Biblia (esto es, el Génesis), el 4 fuese el número del capítulo, el 9 fuese el versículo y el 7 hiciera referencia a la séptima palabra de aquel versículo? Era una

posibilidad bastante remota, desde luego, pero debía considerarla como una opción. No tenía nada que perder comprobando si andaba yo en lo cierto. Así que salí apresuradamente de la ducha; enjabonado todavía en parte, me sequé como buenamente pude, me puse por encima lo primero que encontré en el armario y salí como un rayo a casa de mi vecino para pedirle prestada una Biblia. Mientras me dirigía con paso presuroso a su domicilio cruzando los dedos para que estuviera allí, no dejaba de repetirme para mis adentros: «1, primer libro de la Biblia; 4, capítulo cuarto; 9, versículo noveno; 7, séptima palabra». Llamé a la puerta y mi vecino José, un jubilado madrileño de pura cepa sin más compañía que dos canarios encerrados en sus respectivas jaulas, abrió la puerta no sin antes comprobar por la mirilla que al otro lado de la puerta había un rostro conocido. Oí con impaciencia cómo José descerrajaba con cierta torpeza dos pestillos y giraba la llave antes de abrir el portón y preguntarme alegremente qué era lo que deseaba a una hora tan temprana.

—Buenos días, José. ¿Me puede prestar una Biblia, si es que tiene?

—Por supuesto que tengo, joven. Desde que se fue mi pobre Manuela, que Dios la tenga en su gloria, no hay noche que no busque consuelo entre sus páginas llenas de sabiduría. No se puede usted imaginar la de horas que le dedico a su lectura.

Con un gesto me invitó a sentarme en el sofá mientras él iba al dormitorio a buscar el libro solicitado. Mientras revolvía uno de los cajones de su mesilla de noche, José me preguntó qué tal estaba Valeria. Yo le respondí que muy bien, que ya había hecho sus primeros amiguitos en el colegio. No tardó el bueno de mi vecino en regresar con la Biblia y ponerla entre mis manos. Agradecí el préstamo y salí volando hacia mi casa, prometiéndole que se la devolvería a tiempo para que aquella noche su alma también pudiese encontrar el alivio y la paz que le permitieran conciliar el sueño.

Con el corazón a doscientas pulsaciones por minuto, ya en mi casa busqué el capítulo 4, versículo 9 del libro del Génesis. Deslicé mi mirada por sus palabras iniciales: «Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano?» y me detuve en la séptima de ellas: «está». Vaya chasco me llevé. «Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano?». Ni la séptima ni ninguna de las palabras. Ni siquiera la frase entera tenía relación posible alguna con un tesoro escondido en Madrid. Cerré la Biblia riéndome de lo iluso que había sido al creer que había descubierto el misterio a las primeras de cambio. Debía tranquilizarme y no obsesionarme con la investigación —como había decidido llamar a mi búsqueda particular del tesoro— si no quería volverme

loco de remate. El concurso era una carrera de fondo, donde la paciencia, el autocontrol y la perseverancia serían los mejores aliados para salir victorioso. De nada servía esprintar y quedarse sin aire a los pocos metros. Y ese había sido precisamente mi error. Había convertido la investigación en una obsesión que no me había dejado respirar ni siquiera mientras estaba durmiendo. Con ese convencimiento, y mucho más relajado, salí de casa con la Biblia en la mano para devolvérsela a mi vecino José.

Mediada la semana, tuve una nueva intuición. Aunque la idea de buscar en la Biblia había resultado un fiasco en toda regla, me resistí a abandonar del todo la creencia de que los cuatro dígitos encerraban una clave oculta en algún libro. Eso sí, de ser cierto mi planteamiento, dicho libro tenía que ser uno conocido por el público en general, ya que en caso contrario la búsqueda resultaría extremadamente compleja. Así que opté por hacer un listado de los títulos más populares de literatura española e italiana y, con tal propósito, fui anotando en mi libreta todos aquellos que don Mateo, el profesor de literatura, me había obligado a leerme en mis años de instituto. Afortunadamente, Lucía tenía en casa una colección de obras cumbre de la literatura española y universal y ojeándola pude rellenar las lagunas que tenía al respecto. Con una ilusión que crecía por momentos, inspeccioné cada uno de los veinticinco milagros de la Virgen que narró Gonzalo de Berceo y las cincuenta y una historias que Patronio le cuenta a su señor. Busqué con ahínco la palabra noventa y siete del capítulo cuarto de la primera parte del *Quijote* y quedé desengañado al leer simplemente «pobre». Tampoco saqué nada en claro al leer la primera narración que en su cuarta jornada de retiro en Fiesole escucharon los protagonistas del *Decamerón*, ni tampoco al hacerlo con la cuarta del primer día, con la séptima del noveno ni con la novena de la séptima jornada. Me adentré en el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso* descritos por Dante, haciendo caprichosas búsquedas entre sus cantos y relacionando al derecho y al revés el 1, el 4, el 9 y el 7.

Ni que decir tiene que todas esas combinaciones ridículas solo sirvieron para hacerme perder el tiempo y terminaron por desquiciarme. No quiero alargarme más en este aspecto y aburrirle describiéndole uno por uno los pormenores de mi infructuosa búsqueda por más de veinte obras literarias. Confío en que con este breve muestrario habrá entendido a la perfección el frenesí en el que me vi envuelto durante un par de días aproximadamente.

4.

Pocas novedades hubo en los días siguientes. Mi vida siguió su curso habitual, desarrollándose dentro de aquel perfecto triángulo equilátero cuyos vértices eran Lucía, Valeria y Vendetta.

Lucía era mi amor con mayúsculas, lo tenía clarísimo. Amiga, compañera, amante y confidente. Insuperable en todas esas facetas. Mujer exigente con ella y con los demás, con ideas muy claras, adelantada a su tiempo y para nada dispuesta a aceptar un rol de mujer florero, sumisa al marido, a la casa y a los hijos. De hecho, llevaba tiempo preparándose unas oposiciones de administrativa, pues quería ser económicamente independiente y tener posibilidades de cumplir sus expectativas y ambiciones laborales. Y para ello contaba, como no podía ser de otra forma, con todo mi apoyo y respaldo. Había días que, al llegar a casa del trabajo, ya de madrugada, me la encontraba enfrascada en sus libros y en sus apuntes, alumbrada apenas por un flexo, entregando las pocas fuerzas que aún le quedaban después de un duro día cuidando de nuestra pequeña. ¡Qué empeño ponía en conseguir todo lo que se proponía! Era incansable. Su fuerza de voluntad y su capacidad de sacrificio estaban fuera de toda duda. En esas ocasiones, yo siempre me acercaba por detrás, la rodeaba con mis brazos y besaba lentamente su cuello, provocándole un cosquilleo que hacía estremecer todo su cuerpo. «¡No me desconcentres! —me decía—. ¡Ya tuviste que llegar, con lo tranquila que estaba yo!», añadía al tiempo que una sonrisa picarona se le dibujaba en la boca. Esa sonrisa era la llave que abría el cofre donde guardábamos nuestros más ardientes deseos, aquellos que nos hacían enloquecer y perder el control de nuestros cuerpos.

Por aquel entonces había superado ya mi ataque de celos, mientras que su extraño comportamiento, del que nunca supe la causa, había desaparecido también sin dejar rastro. Así, recompuestos los dos, seguimos construyendo nuestro futuro con la misma ilusión que los primeros días de noviazgo.

Valeria, mi pequeña, lo era todo para mí. Ya dije que de joven, contemplando el mar, soñé muchas veces que era inmortal. Con veintiocho años, cuando la naturaleza me bendijo con la oportunidad de ser padre, hice realidad aquel sueño. Mis genes y mi esencia vital formaban parte ya de Valeria, y esta, a su vez, los transmitiría a su descendencia, mis futuros nietos, y así sucesivamente. ¿Acaso no suponía aquel ejercicio constante de ingeniería biológica la más deliciosa de las maneras de hacerse inmortal?

Pasito a pasito se iba haciendo mayor, rompiéndose, en consonancia con el inevitable proceso de maduración, los lazos que unen a los bebés con sus progenitores en los primeros años de vida. Sus palabras, sus miradas, sus gestos, sus sonrisas, su entusiasmo y sus rabietas eran el combustible que me ponía en marcha cada día.

Mi hija sentía auténtica devoción por su madre. Mamitis es el término que mejor define la relación de Valeria con Lucía. Eran inseparables, y llegó un momento en el que no se entendía la una sin la otra y la otra sin la una. La complicidad que las unía era insuperable. Formábamos la familia que siempre soñé y no cabía en mí de gozo.

El último vértice que completaba y cerraba el triángulo era Vendetta, sobre todo desde que mi elección como concursante de *In cerca del tesoro* había vuelto a recomponer la relación con Massimo. El cambio se había producido como por arte de magia, como si mi participación en aquel concurso hubiese sido capaz de hacer borrón y cuenta nueva entre nosotros. Y claro, compartiendo fogones con un Massimo pletórico, Vendetta era más Vendetta. Allí, durante mis quehaceres diarios, entre salsas, pastas, masas de pizza y suculentos postres, había encontrado la tranquilidad de espíritu que perdiera en Cádiz años atrás al fracasar mi proyecto de obtener una plaza de profesor de instituto. Ciertamente era que me dedicaba a algo que nada tenía que ver con mi formación académica, pero el sueldo daba lo suficiente como para vivir sin sobresaltos (aunque sin lujos, todo hay que decirlo). Massimo era además un jefe comprensivo y nada abusivo, y el horario de tarde-noche me permitía llevar y recoger a Valeria del colegio, compartir las mañanas con Lucía, comer los tres juntos todos los días y jugar un buen rato con mi pequeña antes de marcharme. No necesitaba absolutamente nada más para sentirme el ser más afortunado del mundo. Si mi teoría del equilibrio era cierta, había pasado a engrosar la lista de personas dichosas y, por tanto, alguien en el planeta debía estar siendo víctima de los sinsabores de los que yo me estaba librando.

5.

La semana pasó, como dije, sin apenas novedades. El lunes siguiente, cuando bajé al buzón, me encontré un sobre con el logotipo del programa. Lo abrí mientras subía las escaleras y antes de entrar en casa ya había leído el

escueto mensaje escrito en su interior:

«AL LADO DEL ESTRECHO, MIRANDO HACIA CASTILLA».

De forma contraria a lo que hice con la primera pista, en esta ocasión puse tiempo de por medio antes de sentarme a intentar comprender lo que aquello significaba. Así que le dije a Lucía que, aunque yo llevaría a Valeria al colegio, debía recogerla ella, y que no me esperasen para comer, porque algo me decía que iba a estar muy ocupado todo el día hasta la hora del trabajo. Le puse el abrigo y la bufanda a Valeria y de la mano salimos los dos de casa, ella hablándome de su maestra Carmen y yo intentando comprender cómo se podía mirar a Castilla desde el Estrecho.

Estuve toda la mañana paseando. Aburrido de dar vueltas por el barrio, cogí el metro y me fui hasta el parque del Capricho. Por su ubicación, algo alejada del centro de Madrid, es este un rincón poco conocido por turistas e incluso por muchos de los propios madrileños, pero le aseguro que se trata con diferencia del parque más bello de la ciudad. Fue diseñado con esmero para ofrecer, al mismo tiempo, la más refrescante sombra en la estación estival y un soleado espacio en las anticiclónicas mañanas invernales. Debe su existencia a la duquesa consorte de Osuna, doña María Josefa de la Soledad Alonso Pimentel, mecenas de artistas decimonónicos, y a su deseo de contar entre sus propiedades con un pedazo del Edén. Su «capricho», como ella lo denominó. El camino principal nace en el mismo acceso al parque y desemboca en un neoclásico palacete propiedad de los duques de Osuna con un peristilo de diez columnas corintias peraltadas y una escalera central de doble ramal. Ambos, camino y arquitectura, sirven de frontera improvisada entre dos espacios radicalmente opuestos en su concepción, pero que se ofrecen igualmente hermosos a quien decide perderse en ellos. A uno de los lados, el menos amplio de los dos, se extiende el jardín francés, cuyas exquisitas formas geométricamente diseñadas me recordaban tanto a mi gaditano parque Genovés. No le faltan a este jardín amplios parterres y magníficas fuentes, haciendo alarde a la vez de un laberinto que hemos de entender como escenario de amorosos y románticos juegos del pasado. En el lado más extenso se despliega un jardín de inspiración inglesa, esto es, un frondoso bosque salpicado de bellísimas construcciones, auténticos «caprichos» de la duquesa, que evocan el Madrid más ilustrado y neoclasicista. Hay incluso quien ha pretendido ver en algunos de ellos

símbolos y mensajes masónicos que pasan totalmente desapercibidos para el ojo no iniciado en tales misterios. De esta manera, quien pasea por sus senderos puede encontrarse sin previo aviso con una ermita bizantina, un estanque con embarcadero, un casino, un curioso abejero pensado para observar desde dentro el laborioso ir y venir de las abejas en sus colmenas e incluso un fortín para los juegos militares de los más pequeños, siguiendo la más pura tradición napoleónica de la época.

Paseando por el camino principal, me detuve ante una zona donde se pretende recordar un acontecimiento tan histórico como absurdo que ocurrió allá por 1870. No hacía ni dos años que una gloriosa revolución había expulsado del trono a la reina Isabel II (borbónica para más señas), y los hombres que tomaron provisionalmente las riendas del poder se afanaban en buscar todavía un nuevo rey para nuestra nación. No faltaron candidatos para el puesto, aunque para ser elegidos debían convencer antes a importantes personalidades de la política nacional y de la diplomacia europea. Uno de los mejores colocados en la subasta de la corona era don Antonio de Orleans, duque de Montpensier e hijo menor del exrey de Francia, Luis Felipe I. Se daba, además, la coincidencia de que este don Antonio era cuñado de la desterrada Isabel II, pues se casó con su hermana pequeña y, según dicen las malas lenguas, fue uno de los que puso el dinero para financiar la caída regia. Otro de los candidatos que ansiaba la corona era el infante Enrique de Borbón, familiar de los Osuna, duque de Sevilla, izquierdista y revolucionario que también era cuñado de Isabel (ya que tenía por hermano al afeminado marido de la reina) y que, al parecer, también puso de su parte para que esta tuviese que hacer precipitadamente las maletas rumbo a París.

Si bien nada de lo dicho hasta ahora explica el por qué ambos personajes han merecido un lugar en el Capricho, era necesario presentar a los protagonistas del acontecimiento que casi un siglo y medio después sigue recordándose en aquel rincón. Según se cuenta, el bravo de Enrique llevaba algún tiempo ridiculizando en panfletos diversos al duque de Montpensier que, dicho sea de paso y para colmo de los colmos, era su primo. Este, muy en consonancia con la etiqueta caballeresca de aquel entonces, decidió lavar su honor retándole a un duelo a pistola. El absurdo tuvo lugar la mañana del 12 de marzo de 1870 en la denominada Dehesa de Carabanchel cuando, separados ambos por apenas diez metros y hechas todas las comprobaciones oportunas, disparó primero el de Montpensier, errando el tiro. A continuación, hizo lo propio el infante Enrique con idéntico resultado. Con estas dos balas

fallidas, la muerte debió haberse ido con las manos vacías aquella mañana, pero los duelistas habían pactado no parar hasta que se hiciera sangre. Y la sangre brotó de la cabeza de Enrique de Borbón al tercer disparo, el segundo que salió de la pistola de su contrincante. En ese momento, Enrique perdió la vida y el duque de Montpensier, al derramar sangre real, enterró cualquier posibilidad de ser rey de España. Así las cosas, tan solo la muerte se vio complacida y satisfecha esa mañana.

A modo de recordatorio, una columna coronada con el busto del duque se halla enclavada en esa zona del parque, y allí pasé un buen rato reflexionando sobre la estupidez humana. Separada de ella unos diez metros, otra columna, rematada con un busto del desafortunado infante, se cobija entre cipreses, mudos testigos del fatal desenlace.

Alejándome de aquel escenario, decidí adentrarme en el jardín inglés. Tras dar varias vueltas sin rumbo establecido busqué la tranquilidad que me ofrecía una pradera levemente ondulada sobre la que se erige majestuoso el Templete de Baco. Es un capricho de planta elíptica con doce columnas jónicas que soportan, sin embargo, un entablamento dórico. Estas columnas se suceden con un ritmo alternante, agrupadas de tres en tres y con un amplio intercolumnio separando cada uno de los grupos.

Yo me senté en la despejada pradera frente a uno de aquellos anchos intercolumnios, contemplando la estatua de Baco que se encuentra en su interior. Allí, apartado del mundanal ruido, saqué del bolsillo la pequeña libreta en la que iba apuntando todo lo que se me iba ocurriendo sobre la investigación y comencé a pensar en las dos pistas que tenía ya en mi poder: «Al lado del Estrecho mirando hacia Castilla» y «1-4-9-7». Mi mente daba vueltas continuamente en torno a estos dos enigmáticos mensajes. La primera conclusión a la que llegué fue bastante evidente: necesitaba un mapa. Si el significado de la pista que me acababan de enviar aquella mañana era literal, era menester coger un mapa lo más detallado posible de la península ibérica y situarme en el sur de la provincia de Cádiz o, quizás, en el norte de Marruecos. Y 1-4-9-7 tal vez fuese algún tipo de coordenada codificada con la que se estuviera indicando la localización exacta de un lugar. De ser así, ese lugar, de alguna u otra forma, debía estar relacionado con la ubicación del tesoro escondido en Madrid. Después de repensarlo varias veces, decidí convertir este planteamiento en la hipótesis número uno de aquella semana. Satisfecho con la conclusión a la que había llegado, recogí mis cosas y abandoné el parque del Capricho apresuradamente, pues, como suele pasar en

las ocasiones en las que la mente anda ajetreada, el reloj había corrido con extraordinaria rapidez y yo tenía el tiempo justo para picar algo de comer antes de llegar hasta Vendetta y cumplir con mis obligaciones laborales. Eso sí, antes de salir por su puerta, eché una última mirada a aquel mágico y misterioso lugar, dando las gracias a la duquesa de Osuna por su genial legado y prometiéndome a mí mismo que no debía tardar demasiado en llevar allí a Lucía y Valeria. Cada uno de sus rincones, cada uno de sus caprichos era una ilimitada fuente de inspiración de la que podía yo beber para inventarme mil y una aventuras con las que dejar alucinada a mi pequeña.

Me monté en el metro con un palpito en el corazón, pues algo me decía que estaba en el camino correcto. Tenía por delante una semana entera para realizar un trabajo de investigación del que debía sacar algo en claro antes de recibir la tercera pista. Pasé gran parte del trayecto pensando cómo les iría a los otros concursantes, deseando conocer las conclusiones que habían obtenido tras las dos primeras pistas y si alguna de ellas coincidiría con la mía. Por unos instantes, llegué a temer que alguno de ellos hubiera avanzado mucho en sus averiguaciones y que en esos momentos estuviera a punto de encontrar el tesoro. Pero alejé rápido de mi pensamiento aquella posibilidad frente a la cual nada podía hacer.

En un momento dado, tuve la impresión de que me estaban siguiendo. Sentados en la otra punta del vagón de metro vi a dos hombres, una imagen nada extraña si no fuese por el hecho de que aquellos dos mismos individuos habían estado en el Capricho, donde me los había cruzado en no pocas ocasiones, y que también los había visto merodeando por la tienda donde me detuve a comprar el mapa que necesitaba para la investigación. Pero entonces recordé la advertencia que nos hicieron en el programa sobre grabaciones disimuladas mientras estás en plena acción. Así que me olvidé de mis supuestos perseguidores y continué enfrascado en mis pensamientos como si nada hubiera ocurrido.

6.

Es curioso lo que pueden cambiar las cosas cuando las situaciones se abordan de frente y sin tapujos. Quien deja encerrado en su interior demasiados sentimientos y preocupaciones corre el riesgo de que las personas que le rodean no entiendan su modo de comportarse, algunas de las decisiones

que toma o los cambios de humor que padece. Y es lógico y entendible que muchas de esas personas se aparten y busquen relaciones más confortables. Solo los verdaderos amigos permanecen fieles en tales situaciones, sabedores de que algo extraño pasa y de que solo el discurrir del tiempo podrá dejar aflorar lo que se halla oculto.

Yo estaba convencido de que algo de esto le tenía que estar ocurriendo a Massimo y, o mucho me equivocaba, o estaba relacionado con Lucía. Y como amigo suyo que me consideraba permanecí paciente a su lado, por si en algún momento requería de mí, dejando que la batalla interior que estaba librando llegara a su fin definitivamente. Después de que nuestra relación volviera a normalizarse gracias al concurso, Massimo, al fin, se había dignado visitar nuestra casa y a conocer a Valeria. Con Lucía se había mostrado muy natural, como si acabaran de verse el día anterior. Noté incluso cierta complicidad entre ambos, pero deseché como ridícula esa idea. Lo que no podía negarse era que tanto él como Lucía estaban felices, y que la distancia que los había separado no había dejado ninguna huella en ellos. Todo volvía a ser como antes y, aunque los celos volvieron a aguijonearme, hice un esfuerzo y disfruté del celebrado reencuentro.

El día de mi visita al Capricho, cuando llegué por la tarde a Vendetta, Massimo estuvo extraordinariamente alegre y charlatán toda la jornada laboral. Como era ya costumbre, me preguntó por mis progresos detectivescos. Solía dirigirse a mí como Sherlock, insistiéndome en que si en algún momento precisaba de la colaboración de un Watson, no dudara en contar con él. Atribuí su cambio de humor a un interés personal, pues seguramente quería hacer méritos para ser mi acompañante en la gala final del programa, la cual, como creo que ya he dicho, debía grabarse en Milán. Fuese lo que fuese aquello que estuviera provocando su cambio de actitud, yo lo aceptaba. No me importaba si era por conveniencia e interés, lo único que me importaba era recuperarlo, y parecía que *In cerca del tesoro* estaba siendo la tablazón que nos volvería a unir definitivamente de nuevo.

Cuando los últimos clientes abandonaron Vendetta, cuando cocina y mesas quedaron debidamente recogidas y preparadas para el día siguiente, ayudé a Massimo a cerrar la baraja y le pregunté si le apetecía alargar la velada en algún garito de la zona, como otras tantas veces habíamos hecho en el pasado. Aproveché la ocasión para hablar de los motivos de su alejamiento, tanto de mí como de Lucía, pero muy especialmente de Valeria, de la que no había querido saber prácticamente nada desde el día de su nacimiento. Sus

disculpas me parecieron sinceras y me conmovieron, pues me contó entre lágrimas la razón que había provocado su radical transformación. Todo había tenido que ver con una terrible enfermedad que le habían diagnosticado a su hermana pequeña, la única que tenía, hacía unos cuatro años, coincidiendo prácticamente en el tiempo con el inicio de mi relación con Lucía. Me preguntó si recordaba el viaje que había tenido que realizar a su ciudad natal por aquel entonces, cuando tan gentilmente Lucía y yo nos ofrecimos a hacernos cargo de Vendetta durante su ausencia. Por supuesto que lo recordaba, pues, aunque no era oportuno decirlo en ese momento, habían sido algunos de los días más felices de mi vida. Pues bien, el motivo que le había hecho viajar a Nápoles había sido nada más y nada menos que el entierro de su queridísima hermana. El cáncer había consumido su vida en pocos meses y Massimo, aún con el recuerdo reciente del fallecimiento de su padre, había perdido el último lazo familiar que le quedaba en este mundo. Si no nos había contado nada en aquellos dolorosos momentos fue porque no pudo; la tragedia le hizo enmudecer y mutar su carácter, encerrándose en su tristeza y rompiendo cualquier relación con las personas que tenía a su lado.

Su revelación me dejó sin palabras, aunque no eran palabras lo que se precisaban en ese instante. Sin dudar, lo abracé. Aquel simple gesto bastó para poner fin a la frialdad con la que nos habíamos tratado desde hacía demasiado tiempo. Mientras lo hacía, me sentí una persona miserable. Había sido un estúpido y los malditos celos me habían cegado. Cuánto tiempo perdido pensando que Massimo andaba enamorado de Lucía. Me había equivocado por completo juzgándolo erróneamente, y me prometí a mí mismo no volver a dudar de él.

Al regresar a casa, Valeria llevaba ya varias horas descansando en los brazos de Morfeo, pero Lucía luchaba contra el sueño sentada en la mesa del salón con su libro de oposiciones entre las manos. Aquella noche, aunque la abracé, me guardé los besos que solía darle en el cuello. Tocaba hacerla conocedora de mi conversación con Massimo. Su reacción cuando se enteró del sufrimiento y tormento que había padecido nuestro jefe y amigo fue parecida a la mía, aflorando un sentimiento de culpabilidad por toda la dureza con la que habíamos criticado en privado su actitud. Los dos estuvimos de acuerdo en que teníamos que hacer algo para recompensar nuestra ceguera, aquella que, en pleno idilio de amor, no nos permitió ver la desdicha que abrumaba a nuestro querido amigo. Tan afligidos estábamos con todo aquello que no me acordé siquiera de contarle mis últimos planteamientos sobre la

investigación, y nos marchamos a dormir con todo el cansancio que habíamos acumulado durante la jornada, ella dedicándose en cuerpo y alma a Valeria; yo preparando succulentos platos de comida italiana para una clientela cada vez más exigente.

7.

Los rayos del amanecer me despertaron pronto, como era habitual, ya que nunca fui persona que gustase de remolonear en la cama y, además, estaba totalmente convencido de la verdad que encerraba aquello de que a quien madruga Dios le ayuda. Así que me levanté con presteza y preparé el desayuno para mí y para mis dos amores: tostadas con aceite, tomate recién triturado y un poquitín de sal, zumo de naranja y una taza de café para mí, pues Lucía no era amante de la cafeína. Como todavía quedaban algunos minutos para que madre e hija despertasen, aproveché para desplegar encima de la mesa del salón el mapa de Andalucía que había comprado el día anterior. Se trataba de un mapa de escala 1/50 000, lo bastante grande como para que se representaran en el mismo comarcas, ciudades y pueblos. Además, tuve la precaución de hacerme con otro mapa en el que se señalizaban las principales poblaciones marroquíes. De esa manera, tenía controladas las dos orillas del Estrecho. Pero la segunda pista seguía descolocándose por completo. ¿Qué regiones debía considerar parte del Estrecho? Sin duda, del lado español los municipios del Campo de Gibraltar, especialmente Tarifa, Algeciras, La Línea de la Concepción y San Roque, y quizás algún municipio de La Janda, como Barbate, porque, más allá del cabo Trafalgar, la costa gaditana vuelve sus ojos hacia poniente, alejándose por tanto del Estrecho propiamente dicho. De parte marroquí, las dos regiones que rigurosamente formaban parte de aquel enclave eran Tánger y Tetuán. Eso sin olvidarme, claro está, ni de Gibraltar ni de Ceuta, territorios británico y español de ambas orillas. Pero ¿qué significaba eso de «Al lado del Estrecho mirando hacia Castilla»? ¿Debía centrarme pues en la costa española o africana? ¿Y hacia qué punto cardinal dirigir mi mirada, hacia el este o hacia el oeste? ¿Y cómo diablos debía interpretar eso de 1-4-9-7? Estaba absorto en estos pensamientos cuando Valeria se abalanzó sobre mí llenándome de besos, como hacía todas las mañanas cuando se levantaba. En la mesa dejé mapas e interrogantes para dar buena cuenta del desayuno mientras mi pequeña me cantaba la última canción que había aprendido en el

colegio.

Dediqué parte de la mañana a grabar con la videocámara los avances realizados en la investigación a partir de la segunda pista, tal y como nos había pedido la dirección del programa. De esta forma, expliqué lo mejor que pude la nueva línea de trabajo que estaba llevando a cabo: encontrar una población o elemento geográfico cercano al Estrecho cuya ubicación exacta debía estar cifrada en los números 1-4-9-7. Filmé también los mapas adquiridos y todas las anotaciones que iba realizando en mi cuaderno. Cumplido por el momento con lo pactado con la organización del concurso, apagué la videocámara y me enfrasqué de nuevo en la tarea que tenía por delante. Pero pasaban las horas y yo seguía en punto muerto, incapaz de encontrar la fórmula para deshacer aquel nudo gordiano. Viéndome totalmente bloqueado, Lucía se acercó, rodeó mi cuello con uno de sus brazos y, sentada en mis piernas, empezó a echarle un vistazo a todas las anotaciones que aparecían apuntadas en mi libreta. Sentí sus pies descalzándose y sus piernas enredarse con las mías. Sus manos acariciaron suavemente mi cuerpo mientras sus carnosos labios entreabiertos buscaron los míos con pasión desenfrenada. Con un movimiento preciso, se deshizo de su jersey sin dejar casi de besarme, y nuestros cuerpos siguieron sus impulsos sin precisar de mandato alguno, pues se conocían a la perfección y sabían cómo debían tratarse para obtener uno del otro el máximo placer posible.

Salí de casa con el ánimo renovado. Saludé a mi vecino José, que me acorraló un buen rato en la escalera mientras me soltaba una de sus temidas peroratas sobre Agustín Rodríguez Sahagún, el por entonces alcalde de Madrid, que había llegado a la alcaldía tras la moción de censura presentada por el Partido Popular unos meses antes contra el socialista Juan Barranco. Sinceramente, en aquellos momentos yo estaba bastante desconectado de la actualidad política y no tenía opinión propia sobre los sucesos que habían conmocionado al consistorio madrileño en los últimos tiempos. Así que aguanté estoicamente su monserga, articulando de vez en cuando un «Claro, claro» que le diera a entender que compartía con él su punto de vista de principio a fin en un intento desesperado por evitar el más mínimo debate que alargara aquella encerrona en la que me veía atrapado. A pesar de todo, solo la llegada de otro vecino, este con un punto de vista opuesto al de José sobre la actualidad política, me dio la oportunidad de escapar de allí y salí por fin a pasear en busca de un poco de inspiración.

Pero la inspiración tardó en aparecer, y cuantas más vueltas le daba a

aquella sucesión de números, menos convencido estaba de que fuese capaz de hallar la clave que descifrara el significado que escondían. Así pues, llegué a la conclusión de que solo tenía dos posibilidades: o me resignaba a esperar la tercera pista por si encontraba en ella algún detalle que guiara mis pasos o bien debía replantearme desde cero el significado de las que ya tenía en mi poder. Y como no quería cruzarme de brazos mientras que los otros concursantes se estrujaban el cerebro, opté por la segunda opción. Efectivamente, era más que posible que 1-4-9-7 no fuese ningún tipo de información cifrada y que significase algo totalmente diferente. Pero ¿de qué podía tratarse? Quizás mi error fuese que me estaba complicando demasiado. Quizás todo fuese más simple y... ¿Y si 1-4-9-7 fuese en realidad 1497? Sin los guiones que separaban aquellos cuatro dígitos podían referirse al número 1497, y mi mente históricamente trabajada durante años vio en él una fecha, la fecha de algún acontecimiento relevante de finales del siglo xv. Además, el Estrecho y Castilla estuvieron históricamente muy vinculados siempre, muy especialmente a partir de esa época. Bajo estas premisas establecí mi hipótesis número dos de la semana, relacionando todo aquello con la política norteafricana de los Reyes Católicos, muy interesados, como se sabe, en hacerse con el control de una zona de seguridad en la costa africana que alejara el peligro de una nueva invasión musulmana tras la conquista del reino de Granada. Y de eso sabía yo bastante, ya que en mis años de universitario Isabel y Fernando habían pasado a formar parte de mi familia de tanto que los tuve que estudiar. Y la verdad es que aquella hipótesis tenía sentido, claro que tenía sentido. Solo debía encontrar algún lugar, personaje o acontecimiento relacionado con dicha política norteafricana que estuviera conectado de alguna forma con el Madrid de finales del siglo XX. En ese ámbito, las posibilidades eran muchas y diversas; sin embargo, aquel era un terreno en el que yo me desenvolvía a las mil maravillas. La pena era que no podía contar con los libros y miles de apuntes de Historia que fui acumulando durante la carrera y la preparación de mis oposiciones. Todos quedaron en Cádiz, acumulando polvo en las estanterías y cajones donde se apilaban, desmontando la máxima falaz de que el saber no ocupa lugar.

Aquello suponía un contratiempo importante al reducir considerablemente las fuentes a las que podía acudir para encontrar el dato que necesitaba. Realmente, solo disponía de dos opciones: la enciclopedia que con tanto éxito vendí en el pasado y de la que conservaba un ejemplar completo o acudir a alguna biblioteca pública confiando en que la sección de

historia estuviese bien nutrida. Ha de tenerse en cuenta que en 1990 no existía Internet y que, por consiguiente, el acceso a la información era muchísimo más lento, más limitado y menos eficaz de lo que es hoy en día, donde el mundo entero cabe en una pantalla y todo el conocimiento humano está a un clic de distancia.

La enciclopedia no fue de mucha ayuda, ya que apenas dedicaba unas líneas a la política mediterránea de la Corona de Castilla. No me quedó más remedio que convertir la biblioteca pública que me quedaba más cerca en mi cuartel general. Tuve que pasar bastantes horas encerrado en ella antes de encontrar un nombre que me acercara razonablemente a la resolución final del enigma.

Sin embargo, he de reconocer que, a pesar de que la búsqueda se alargó más de lo deseado, fue un encierro muy emotivo. Volver a verme dentro de una biblioteca rodeado de estanterías repletas de libros organizados con rigurosa precisión y ver mesas llenas de sufridos estudiantes devorando folios y folios de apuntes subrayados de mil formas diferentes y con todo tipo de anotaciones en los márgenes me transportó a mis años de estudiante y rescató de algún escondido rincón de mi memoria aquella frase mítica que el bueno de don Leandro siempre nos recordaba en clase de filosofía: «Apunte *manchao*, examen *aprobaao*».

El sistema con el que nuestras bibliotecas públicas ordenan sus fondos, asignando a cada libro un lugar propio y exclusivo, es la Clasificación Decimal Universal. La CDU divide el saber humano en diez grandes grupos, subdivididos a su vez en diferentes categorías, correspondiéndole a la Historia en este reparto el número nueve, grupo que comparte con la Geografía y la Biografía. Sabiendo esto, busqué acomodo entre las estanterías marcadas con el nueve, las cuales, afortunadamente, eran numerosas, detalle que hizo crecer mi esperanza de poder encontrar allí respuestas a mis interrogantes históricos. Solté abrigo y bufanda en una de las sillas de la sala y dejé la libreta y el bolígrafo en la mesa antes de recorrer parsimoniosamente cada uno de los pasillos, deslizado mis manos por los centenares de tomos que se apilaban en los estantes, acariciándolos, literalmente. A medida que avanzaba, detenía la mirada al azar en alguno de los centenares de títulos que se sucedían ante mis ojos. Muchos me tildarán de cursi cuando lean estas líneas, y a estos les he de decir que, para quienes hemos alimentado el espíritu con letras, las páginas de cualquier libro encierran una irresistible atracción que nos empuja a tomarlo entre las manos y a poner en contacto piel y papel mientras

aspiramos el olor que desprenden sus hojas.

Y permítame también el lector aprovechar la oportunidad para hacer patria chica y recordar que la palabra *cursi* fue parida en el Cádiz del XIX. Al parecer, en algún momento de aquel siglo se había afincado en la ciudad una familia francesa llamada Si Cour, nombre que la lengua gala quiere que se pronuncie *Si Cur*. Las hijas de esta distinguida familia se mostraban en sociedad pretenciosamente vestidas en un alarde de esnobismo. El ángel gaditano, para evitar que las susodichas se dieran por aludidas, comenzó a referirse a aquella forma de vestir con una palabra que resultaba de cambiar el orden de las sílabas de su apellido familiar, surgiendo así el término *cursi* como sinónimo de ridículo, presuntuoso y remilgado. La realidad es que no se tiene constancia documental de la familia Si Cour en Cádiz, pero, conociendo a los gaditanos, no me extrañaría que la anécdota fuese tan real como divertida.

Volviendo de nuevo a mi quehacer en la biblioteca, no tardé en ponerme manos a la obra siguiendo un plan de trabajo preestablecido. Contaba con un material muy extenso en el que debía encontrar algo que realmente no sabía lo que era; únicamente tenía claro que debía haber ocurrido en 1497 y que tenía que estar relacionado con Castilla y con el Estrecho. Con estos presupuestos iniciales, elaboré una posible lista de autores que hubieran analizado aquella época histórica, verdadero tránsito entre dos mundos, el medieval y el moderno. Luis Suárez, Miguel Ángel Ladero Quesada y Jaume Vicens Vives eran historiadores versados en estas lides y, por consiguiente, sus libros y manuales fueron las primeras obras en las que centré mis esfuerzos. Pronto comprendí que estaba buscando una aguja en un pajar. Me bebía páginas y páginas de historia, pero nada encontraba que pudiera servir a mi propósito. El cansancio, la desazón y el pesimismo comenzaron a extenderse por la mesa de aquella biblioteca donde tantas horas estaba pasando. Afortunadamente, mi ángel de la guarda me ayudó a terminar con mis pesquisas tres días más tarde de haberlas comenzado. Fue el viernes de aquella semana, minutos antes de que la biblioteca cerrara sus puertas hasta el lunes siguiente. Estaba ojeando el resumen de una de las ponencias que se habían impartido el año anterior en la Universidad de Alcalá de Henares en el seno de una conferencia titulada «Isabel y Fernando entre el Mediterráneo y el Nuevo Mundo». Muchos habrán oído hablar de un tratado firmado en 1494 en la localidad vallisoletana de Tordesillas por las dos grandes potencias marítimas del momento: Portugal y la Monarquía Hispánica. Ambas, deseosas de explorar y expandir su

influencia más allá de las Columnas de Hércules, acordaron en aquel tratado repartirse las zonas de exploración del mar Océano, estableciendo una línea a trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Para los portugueses, quedaba el Atlántico situado al este de aquella línea; para los castellanos, la parte occidental de este, donde se acababan de hallar nuevas tierras. Como decía, es este un acontecimiento conocido por cualquiera que haya tenido un mínimo de curiosidad histórica. Sin embargo, pocos sabrán que el mismo día en el que se firmó dicho tratado, los representantes de ambas coronas firmaron otro donde delimitaban sus áreas de influencia en el Mediterráneo. Según sus distintas cláusulas, portugués sería el reino de Fez hasta Melilla y castellana la tierra que desde ese enclave corre hacia Levante.

Pues bien, la casualidad quiso que mis cansados ojos se fijaran en uno de los párrafos que desgranaban con todo lujo de detalle el proceso de conquista de diferentes plazas fuertes llevado a cabo por los castellanos a lo largo de la costa norteafricana que en Tordesillas se les había asignado. El objetivo de aquella actuación era hacerse solamente con el control de una serie de enclaves estratégicos costeros en la zona, prevaleciendo en este sentido el parecer de Fernando el Católico contrario al del Cardenal Cisneros, partidario de realizar una conquista total del territorio del Magreb desde la costa hasta las mismas puertas del desierto del Sahara. Fruto de aquella política exterior, los castellanos hicieron suyas o establecieron su protectorado sobre numerosas plazas del norte africano durante los años finales del siglo XV y los primeros del XVI. Y mientras leía las vicisitudes padecidas por los heroicos aventureros que de una u otra forma fueron protagonistas de aquellos acontecimientos, tres datos íntimamente vinculados se abalanzaron sobre mí: una fecha, 1497; una localidad, Melilla, y un nombre propio, Pedro de Estopiñán.

Tardé solo un instante en darme cuenta de que acababa de clavarme la aguja que andaba buscando en el pajar.

8.

Llegué a casa con la moral por las nubes. No cabía en mí de gozo. Tenía tantas cosas que contarle a Lucía que no sabía ni por dónde empezar. Sin embargo, nada más verla supe que había pasado algo importante; su rostro era una mezcla de tristeza y de preocupación. Su cuerpo transmitía un nerviosismo

inusual en ella, y cuando le pregunté qué pasaba su respuesta me dejó helado. Tras unos segundos de interminable espera se atrevió a decirme con toda la calidez que su garganta fue capaz de reunir:

—Han llamado de Cádiz. Se trata de tu padre.

—¿Mi padre? —respondí algo extrañado.

—Sí. Se encuentra en estado crítico.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Diego —me dijo algo apesadumbrada—. La persona con la que hablé, al no conocerme, no quiso darme demasiados detalles. Solo insistió en una cosa.

—¿En cuál? —quise saber.

—En que debes darte prisa.

Esa tarde cogí el mismo autobús en el que hacía algo más de cinco años había venido a Madrid, pero en esta ocasión hacía el camino inverso. Volvía a Cádiz, volvía a mi barrio, volvía a mi casa. No llegué a tiempo. Con mi padre, enterré lo último que me quedaba de familia, pues escrito está que no tuve hermanos y que mi madre murió demasiado pronto, y mi abuela hacía ya años que había decidido buscar reposo para su fatigado cuerpo.

Mi padre murió de cirrosis, causada por su prolongado idilio con el alcohol. Casi nunca lo vi sobrio, por eso, desde la muerte de mi madre, fue mi abuela quien se hizo cargo de mí. Solo diré, para hacerle justicia, que durante la agonía última de mi madre pasó más tiempo entre botellines que en la habitación del hospital. Murió con sesenta y tres años, de los cuales cuarenta y uno estuvo bebiendo sin medida ni miramientos por su familia. Así que no lloré, no derramé una lágrima ni en su velatorio ni en el cementerio. Ni él las merecía ni yo las tenía. Si Dios era misericordioso, que lo acogiera en su gloria. Por mi parte, enterrado estaba y enterrado quedaba. Bajo tierra quedaban con él los crueles golpes, las cambaladas que tanta vergüenza me hicieron pasar en las raras ocasiones en las que me recogía del colegio, los insultos dichos con lengua trastabillada, los furiosos gritos con los que nos despertaba cuando llegaba de madrugada y las miserias que siempre le acompañaron.

Poco más pude hacer en aquel viaje relámpago. No tuve un día libre de compromisos antes de tomar de nuevo el autobús hacia Madrid. Lo aproveché para saludar a viejos amigos. Les hablé de mis peripecias como vendedor de enciclopedias, de mi dedicación a la cocina italiana, del concurso en el que estaba participando y, claro está, de los dos amores de mi vida. Casi todos

coincidieron en señalar cuánto había cambiado desde que me marché a los madriles. Y no les faltaba razón, ni mucho menos. Los años en la capital me habían curtido y ayudado a madurar. Ya no era el joven intrépido que abandonó Cádiz con la maleta llena de fantasías. La paternidad había trastocado mi visión de la vida y, lo que antes de mi partida eran prioridades inamovibles, ahora se me antojaban caprichos sin especial importancia. Cuando me despedí de ellos, apenas me quedaba tiempo, pero me negué a marchar de Cádiz sin antes acercarme a la playa y volver a llenar mis ojos de mar, de esa inmensidad que tanto me atraía y que tanto añoraba en Madrid. Y allí, con el azul infinito como testigo, juré que Valeria jamás tendría un motivo para avergonzarse de su padre, un padre que le acompañaría en todos los momentos de su vida, en los dulces y, especialmente, en los amargos. En ese instante, mis lágrimas sí que brotaron, pero lo hicieron de pura felicidad, porque lloré sintiéndome dichoso. Cada ola que llegaba a la orilla traía hasta mis pies descalzos retazos del futuro, de un futuro apasionante y feliz compartido con Lucía y Valeria.

Durante el viaje de vuelta retomé mis cavilaciones sobre la investigación. Había cumplido con mi deber de hijo, y nadie me podría recriminar jamás lo contrario. Había velado y enterrado a mi padre, había publicado su esquila en el Diario de Cádiz y había arreglado todo el papeleo que una defunción lleva consigo. Si no lo acompañé en sus últimos días, no fue por falta de voluntad, sino por el hecho de que su muerte fue tan repentina que no hubo tiempo para prácticamente nada. El fallo hepático lo fulminó en cuestión de horas. Así pues, volvía a casa con la conciencia tranquila, con ganas de retomar aquello que la muerte me había obligado a dejar en dique seco, un aplazamiento inevitable. Mientras el autobús hacía camino, fui poniendo nuevamente en orden los recientes datos descubiertos. En 1497, Melilla había sido rendida por una expedición castellana y pasó a formar parte de la monarquía de los Reyes Católicos, surgida, como se sabe, de la unión de las coronas de Castilla y Aragón. Por consiguiente, dejó de pertenecer al sultanato de Fez, rompió los amarres que la ataban a África y se orientó hacia Castilla, verdadera impulsora de la expansión territorial por aquellos espacios de credo islámico. Con este planteamiento creía haber encontrado un vínculo bastante sólido entre las dos primeras pistas: «1497» y «Al lado del Estrecho mirando hacia Castilla». 1497, como ya he dicho, era el año de la conquista de Melilla, una plaza situada al lado del Estrecho, y desde entonces —en sentido figurado, claro estaba— dejaba África a sus espaldas y dirigía su mirada

hacia Castilla, a la cual pertenecía. Cuanto más lo pensaba, más confiado estaba en que me hallaba en el camino correcto. Solo tenía que encontrar una relación entre todo aquello y Madrid. Si era capaz de establecerla, quizás hubiese resuelto el enigma. Y lo mejor de todo era que entre mi equipaje quizás estuviese la llave que me abriera aquella puerta. La razón de mi optimismo se debía a que mientras estuve en Cádiz, aunque solo dediqué unos pocos minutos a todo aquello, tuve el tiempo justo y necesario para rebuscar entre mis empolvados libros de universidad y hacerme con una carpeta en la que guardaba mis apuntes de historia medieval y moderna de España.

El autobús que me devolvía a Madrid hizo una parada de descanso en una estación de servicios perdida en algún punto de la Vía de la Plata, uno de los dos pasos, junto al del Despeñaperros, que comunica Andalucía con la meseta castellana. Según las indicaciones del conductor, teníamos treinta minutos para vaciar vejigas e intestinos, tomar algún aperitivo y estirar piernas y espaldas. A mí el receso me vino de maravilla, ya que pude encontrar (entre unos folios de apuntes que intentaban condensar aproximadamente mil trescientos años de historia) la información que necesitaba. Era tal el estado de nerviosismo y excitación en el que yo andaba inmerso que me aferré a las escasas tres páginas en las que se recogían los principales acontecimientos que jalieron la expansión castellana por las tierras ribereñas del Mediterráneo, dejando olvidada la carpeta en la mesa donde me había tomado un café y un *croissant* mientras buscaba con anhelo aquello que necesitaba. Fui consciente del olvido demasiado tarde como para ponerle remedio, y pérdidas quedaron para siempre horas y horas de apuntes tomados en mil y una clases magistrales.

De acuerdo con mis apuntes, la toma de Melilla fue la primera de las muchas intervenciones que las huestes castellanas llevaron a cabo en la zona norteafricana que le había sido asignada allá por 1494 en Tordesillas. Desde ese momento, y en poco más de una década, toda una serie de plazas fuertes cristianas salpicaron la costa magrebí, asegurando a las majestades católicas el dominio estratégico del Mediterráneo occidental. Dicho control se vería reforzado, además, por la presencia de las tropas hispánicas en Nápoles y Sicilia, lugares de donde los invasores franceses fueron expulsados gracias al genio militar de Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán*. Después de Melilla pasaron a manos castellanas los enclaves de Mazalquivir, el peñón de Vélez de la Gomera, Orán, Bujía y Trípoli. A estos se sumó el vasallaje que nos prestaron los señores de Tremecén, Túnez y Argel. Este último tuvo incluso que aceptar una guarnición española en el peñón de Argel, escenario

improvisado en los años siguientes de legendarios combates entre la soldadesca cristiana y las tropas corsarias de Barbarroja, aunque estos son harina de otro costal. Las crónicas oficiales guardaron para la posteridad algunos de los nombres de aquellos que se dejaron la piel en escaramuzas, asedios, golpes de mano y asaltos luchando ferozmente por cada palmo de terreno. Eran hombres hechos de otra pasta, cuyas hazañas son desconocidas por muchos, quizás por demasiados. Si fuesen ingleses, serían considerados hoy héroes nacionales y sus gestas estarían grabadas con letras de oro en los libros de historia. Pero fueron extremeños y andaluces, tal vez también murcianos y castellanos, y protagonizaron episodios con los que se podría escribir multitud de libros de aventuras. Queda así demostrado, una vez más, que nuestra historia la escribieron otros, y que nosotros, los españoles, nos hemos creído y hemos conocido solamente aquello que nos quisieron contar. Si tiene tiempo y curiosidad, acoja el consejo de este que le habla y preocúpese por saber de la vida vivida por Pedro Navarro o Diego García de Paredes, el *Sansón de Extremadura*, por citar tan solo dos ejemplos de la época que nos ocupa. Porque he de decir también que, si ampliamos el marco temporal, la tónica es similar. Pocos habrán oído hablar de la Contraarmada inglesa, y pocos conocerán a Blas de Lezo y lo que ocurrió en Cartagena de Indias, aunque todos habrán estudiado la Armada Invencible y muchos sabrán de la heroica gesta del almirante Nelson en Trafalgar. Pobre España, que ni su propia historia ha sabido contar.

Pero volviendo a Melilla y al año 1497, teníamos a Pedro de Estopiñán como argumento principal de mi planteamiento. Jerezano de nacimiento, fue contable de la casa de Medina Sidonia, y para la misma conquistó el enclave melillense, aunque, si hemos de creer a las crónicas, no existió conquista como tal, pues a su llegada las murallas estaban derruidas y la plaza abandonada. Poco más conocía yo de él, aparte de que fue requerido poco antes de su muerte por los Reyes Católicos para suplantar al mismísimo Cristóbal Colón y a su hermano Bartolomé como adelantado y gobernador general de las Indias. Pero algo me decía que debía existir en la vida de este personaje algún acontecimiento que lo relacionara con Madrid, y estaba deseando llegar a casa para dedicarme en cuerpo y alma a averiguarlo.

El día siguiente de mi regreso de Cádiz era lunes, así que, cuando desperté, lo primero que hice fue bajar en busca de la tercera pista. Sin embargo, al abrir el buzón solo encontré correo comercial y la factura de la luz. Extrañado, llamé al número de teléfono que me facilitaron el primer día para encontrar alguna respuesta que me explicara lo que había ocurrido. Una voz masculina con marcado acento italiano me dijo que se había producido un contratiempo que estaban intentando solucionar en aquel preciso instante y que a primera hora del día siguiente tendría en mi buzón lo que hoy estaba buscando. Me quedé algo decepcionado. No sabía muy bien qué podía hacer ni adónde podía acudir para encontrar nueva información sobre la vida de Pedro de Estopiñán. Así que opté por hacerle una proposición políticamente incorrecta a mi hija.

—Valeria, ¿qué te parece si hoy tú y yo en vez de ir al colegio nos vamos al zoológico?

—¿Al zoológico? ¿Al sitio donde están todos los animales? —preguntó con un tonillo de voz que demostraba que mi ocurrencia le había hecho muchísima ilusión.

—Eso es. ¿Te gustaría?

Antes de que mi hija respondiera ya estaba Lucía mirándome con cara de pocos amigos, una mirada terrible que me garantizaba una reprimenda cuando la ocasión lo permitiese. Valeria aceptó encantada la propuesta y, lo más rápido que pude, preparé todo lo necesario para marchar, ya que estaba temeroso de que Lucía abortara nuestra salida.

Al ser lunes, el zoológico estaba muy tranquilo. Nada que ver con la multitud que lo abarrotaba los fines de semana. El día también acompañaba y un radiante sol calentaba la mañana invernal. Cogidos de la mano, paseamos hasta cansarnos por todo el recinto, viendo infinidad de mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces. Hicimos un alto para tomarnos un zumo y un paquete de patatas. Valeria alucinó cuando le expliqué que estaba haciendo pellas en el colegio. Yo creía que se iba a preocupar por lo que su maestra le pudiera decir al día siguiente, pero, tras pensárselo un rato, me miró poniendo cara de pilla y me dijo: «¿Sabes, papá? Deberíamos hacer pellas de estas más veces».

Volvimos a casa poco antes de la hora del almuerzo, y para mi disgusto Lucía tenía cara de «tenemos una conversación pendiente esta noche». Ni siquiera el peluche de osito panda que le llevé de regalo suavizó su semblante. Así las cosas, nada más terminar la comida, me marché rápidamente al trabajo mientras Lucía se afanaba en que Valeria durmiese un poco de siesta.

Cuando llegué a Vendetta, encontré a Massimo rodeado por dos hombres de aspecto pendenciero con los que estaba manteniendo una conversación algo acalorada. Instintivamente me hice a un lado, ocultándome como buenamente pude. Allí, escondido como un vulgar ladrón, pude observar detenidamente a los dos individuos sin que me vieran. Uno de los tipos estaba situado al lado de Massimo. Vestía gabardina negra y su pelo estaba completamente lleno de canas. Sin embargo, su rostro no se veía marcado todavía por surcos y arrugas, huellas que el inexorable paso del tiempo deja en la piel de toda persona que ya haya vivido algo más de la mitad de sus días. Decidí que debía tener algo menos de cuarenta años. El segundo individuo se encontraba justo enfrente de Massimo y le decía en italiano cosas que no supe comprender, gesticulando ostensiblemente y dándole con su dedo índice repetidos golpes en el pecho. El fino y ceñido jersey que vestía dejaba claro que era un hombre de atlética musculatura. Tenía una cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda de arriba abajo y, aunque intentaba disimularla con una espesa barba, confería a su rostro un aspecto bastante desagradable. Su pose era rígida, como de tensión contenida, y aunque no sabría decir con exactitud qué edad tenía, puedo asegurar que, al igual que el anterior, tampoco pasaba de los cuarenta. Así escondido estuve observando un buen rato aquella extraña escena en la que mi amigo no parecía estar nada cómodo. En un momento dado, mi amigo giró la cabeza y pude ver su rostro. En él vi reflejado el miedo y el horror antes de que sus ojos se percataran de mi presencia. Con un leve movimiento de cabeza hizo señas al hombre que con tanta insistencia le estaba martilleando el pecho y todo cesó al instante. Los dos hombres se marcharon, aunque antes hicieron un último comentario en el oído de mi amigo. Para salir de Vendetta tuvieron que pasar por mi lado. Apenas nos rozamos, pero un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Cuando, ya solos, me acerqué a Massimo y le pregunté de qué iba todo eso y qué demonios hacían allí esos dos tipejos con maneras de matones, él me respondió con evasivas. Me dijo que se trataba de un asunto personal relacionado con algunos problemas que habían surgido con el testamento de su padre tras la prematura muerte de su hermana. Compartí con él mi preocupación ante lo que mis ojos acababan de presenciar, le insistí en la malísima impresión que me había causado aquella visita y le ofrecí mi ayuda para todo lo que pudiese necesitar, especialmente mi compañía si quería poner el asunto en conocimiento de la policía. Sonrió ladeando la cabeza, puso una mano en mi hombro y me dejó claro que estaba exagerando, que no tenía nada

por lo que preocuparme, ya que en ocasiones a los italianos les perdían las formas, pero que estaba todo bajo control.

—No hay problema alguno, Diego. Confía en mí y despreocúpate. Son de la familia. Y ahora a trabajar, que se nos ha hecho un poco tarde con tanta cháchara.

Con estas palabras se puso en modo jefe y me dio a entender que daba por terminada la conversación.

A la mañana siguiente volví a mi buzón para recoger el nuevo sobre que debía contener la siguiente pista del concurso. En esta ocasión grabé el momento, ya que quería dejar constancia de la tensión y nerviosismo con que vivía yo la recogida de la documentación que semanalmente me entregaba la organización del programa. Además de la pista de rigor, la tercera entrega incluía un breve comunicado de la dirección disculpándose por el retraso de esa semana y por los contratiempos que hubiese podido ocasionar en la planificación de los concursantes. Leída y aceptada la disculpa, pues no tenía otro remedio, me apresuré a leer la nueva pista. ¿Confirmaría esta la hipótesis sobre la que llevaba trabajando varios días? ¿Anularía por completo la posibilidad de que el tesoro estuviera relacionado con Pedro de Estopiñán? O lo peor de todo, ¿sería totalmente intrascendente para tomar una decisión en una u otra dirección? El visor de la cámara tardó unos segundos en enfocar las dos únicas palabras escritas en la octavilla de papel que mi mano iba sacando del sobre:

«BAJO TIERRA»

¡Bingo! No podía haber imaginado una pista mejor. Estaba entusiasmado, fuera de mí. Esas dos palabras solo podían significar una cosa, y yo creía saber perfectamente a qué se referían. Desde que relacioné 1497 con la conquista de Melilla y esta con el nombre de Pedro Estopiñán, empecé a sospechar que el vínculo que debía relacionar todo con Madrid podía ser la tumba del conquistador jerezano. Es decir, que este personaje al servicio de la casa de Medina Sidonia y que en los últimos momentos de su vida fue reclamado por los Reyes Católicos para desempeñar el más alto puesto en el entonces poco conocido Nuevo Mundo estuviese enterrado en algún lugar de la ciudad. Si esto fuese cierto, las tres pistas casaban a la perfección y yo habría ganado el concurso al descubrir el paradero del ansiado tesoro, embolsándome nada más y nada menos que ocho millones y medio de pesetas.

Comenté mi planteamiento con Lucía, rogándole que fuese crítica con el mismo y que no dejara pasar por alto el más mínimo detalle, porque necesitaba su opinión objetiva. Y es que a esas alturas era consciente de que mi visión podía estar desvirtuada, viciada por supuestos previos que había dado por buenos y que quizás estuviesen totalmente equivocados. De ahí que una mirada nueva, libre de todo prejuicio, era lo único que me faltaba para terminar de autoconvencerme de que me hallaba muy cerca de resolver el enigma.

Azul tardó un buen rato en responderme. Después de escucharme con toda su atención, se centró en leer los datos que yo había ido acumulando en mi libreta, observando las distintas interpretaciones que había hecho de los mismos, valorando los callejones sin salida con los que me había tropezado antes de concluir que las pistas desembocaban en la tumba del jerezano Pedro de Estopiñán. Devoré con mis ojos cada uno de sus gestos, intentando descifrar qué hacía que su ceño se frunciera, por qué ladeaba la cabeza o qué significaba ese ruidito que emitía una y otra vez. Cuando terminó de leer, Lucía cerró la libreta y se quedó mirándome sin decirme absolutamente nada.

—¿Y bien? —pregunté tras unos segundos que se me hicieron eternos.

—Cariño, eres un genio. Tenemos que encontrar esa tumba como sea.

La abracé con todas mis fuerzas. A la tercera llamada nos percatamos de que el teléfono estaba sonando. El comentario de Lucía, su opinión, compartiendo y reforzando la credibilidad de mi hipótesis, había impregnado la sala de una atmósfera de ilusión y optimismo que nos envileció los sentidos, tanto que tardamos ambos en reaccionar al insistente timbre telefónico. Fue Lucía la que acudió a responder la llamada, y yo me senté nuevamente ante la mesa donde tenía desparramados la libreta, los mapas que había comprado la semana anterior, los sobres con las pistas del programa, mis apuntes de historia, la videocámara y un sinfín de anotaciones que había ido acumulando desde que comenzara el concurso. Cuando Lucía entró otra vez en la habitación, me dijo bastante preocupada:

—Era la directora del colegio de Valeria.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que ha tenido un pequeño accidente en el recreo. No me ha querido dar más detalles. Simplemente nos pide que vayamos a recogerla.

Así que nos marchamos a todo correr en busca de nuestra pequeña, rezando para que no se tratara de nada grave. Llegamos casi media hora después con el corazón en un puño, algo alterados y bastante preocupados. Fue

la propia directora la que nos recibió, conduciéndonos inmediatamente a su despacho. Allí, sentada en una silla y con su tobillo derecho vendado, estaba Valeria, aún sollozando y con los ojos muy enrojecidos. Por lo visto, se había caído en el patio del recreo mientras saltaba de uno de los bancos jugando con unas compañeras. La mala suerte había hecho que su tobillo se doblara y que otra niña que pasaba corriendo le pisara su maltrecha articulación. El grito de dolor fue atroz, y mucho se temían que el tobillo de Valeria estuviese roto. Lo único que habían podido hacer era vendarlo. Y así nos encontramos a nuestra hija, dolorida, asustada y haciendo un enorme esfuerzo por contener sus lágrimas.

No nos demoramos ni un solo instante e inmediatamente la llevamos al hospital. Allí las pruebas que le hicieron confirmaron los peores pronósticos: tenía roto el tobillo, y la recuperación exigiría una rehabilitación bastante delicada. Nos aconsejaron una clínica especializada en este tipo de roturas y, aunque nos cogía bastante a desmano de casa, pues estaba en la otra punta de Madrid, no dudamos en acudir a ella al día siguiente. Nos atendió el doctor Santos, quien realizó una exploración a fondo para evaluar el daño ocasionado en el tobillo de Valeria. Después de un buen rato valorando la situación, el doctor nos tranquilizó asegurándonos que, al tratarse de una niña pequeña, sus articulaciones tenían una gran facilidad para la regeneración, y que en poco más de dos semanas la recuperación sería totalmente satisfactoria. Eso sí, era fundamental iniciar la rehabilitación lo antes posible. Informados y agradecidos, salimos de la clínica dispuestos a volver al otro día por la mañana.

De esta forma, tuvimos que modificar nuestra rutina mañanera. Valeria dejó de asistir al colegio para ir a la clínica con Lucía. Para mi pequeña suponía toda una aventura coger el metro y hacer cada día los diversos transbordos necesarios para llegar a la clínica de rehabilitación, y hacía todos los ejercicios que le mandaba el fisioterapeuta a las mil maravillas. Santos bromeaba diciendo que era la mejor paciente que nunca había tenido. Y como premio por su esfuerzo diario, llegaba a casa con una pegatina en la mano y una piruleta con la que el doctor siempre la recompensaba.

Yo, por mi parte, durante aquellos días de la última semana de enero de 1990, mientras madre e hija acudían puntualmente a su cita con el doctor Santos y con el fisioterapeuta, me hacía cargo de las tareas domésticas, intentando encontrar el máximo tiempo posible para dedicarlo a seguir buscando el lugar donde estuviese enterrado Pedro de Estopiñán.

10.

Estuve torpe. Cometí un error de principiante al pensar en algunos de los actuales cementerios madrileños como el lugar que debía albergar dicha tumba. Basándome en este planteamiento equivocado, inicié mis pesquisas por el cementerio de la Almudena. Es este un camposanto de gigantescas proporciones donde se encuentran descansando eternamente en sus nichos unos cinco millones de restos óseos. Cuando llegué a su puerta supe que había perdido parte de mi valioso tiempo. Una placa de mármol recordaba que dicho cementerio, al igual que el también madrileño Cementerio Civil, comenzó a ser depositario de cadáveres en 1884, inaugurándose de forma provisional debido a una epidemia de cólera que azotó a la ciudad en aquel año. Por consiguiente, era imposible encontrar allí una tumba de los primeros años del siglo XVI como la que andaba yo buscando desde que supe que Estopiñán había entregado su alma en septiembre de 1505. Contrariado por aquel pueril error, volví a casa dispuesto a documentarme a conciencia para evitar dar otro paso en falso que retrasara mi búsqueda.

Afortunadamente, la biblioteca que había convertido en mi cuartel general guardaba algunas publicaciones del Ayuntamiento de Madrid de las que pude obtener una información bastante precisa de los distintos cementerios de la ciudad y de las tipologías que se habían sucedido a lo largo de la historia.

Al parecer, desde finales de la Edad Media fue deseo extendido entre todas las gentes enterrarse dentro de las iglesias, alimentada sin duda la creencia de que, cuanto más próximo al cuerpo de Cristo reposaran sus restos, mejor posicionadas estarían sus almas en el más allá. Ni que decir tiene que los lugares de privilegio fueron ocupados por las personalidades más notorias, aquellas pertenecientes a los estamentos eclesiástico y nobiliar. Riqueza, poder y honor determinaban los entierros en criptas, capillas privadas o bóvedas abiertas en muros y suelos. Relegados quedaron los miembros del estado llano, que se tuvieron que conformar con los espacios sobrantes en el templo o con un pequeño pedazo de tierra en el exterior de dichas iglesias. Este fue el origen de los denominados cementerios parroquiales, situados en el interior de la ciudad. Extraña moda fue aquella de recibir sepultura sin féretro que cobijara al cadáver, cubriéndolo con un simple sudario de tela. También fue práctica normal aprovechar una misma sepultura para los diversos miembros de una familia, compartiendo sueño eterno esposo y esposa,

progenitores y vástagos. Hedor y enfermedad acompañaron durante siglos a estos cementerios parroquiales. Quiso el ilustrado monarca Carlos III poner fin a aquella costumbre y, por Real Cédula de 1787, ordenó sepultar en cementerios situados fuera de las poblaciones y en lugares bien ventilados. Velaba con ello por la salud pública de sus súbditos, pues fueron muchísimas las epidemias que tuvieron su fatal causa en el hacinamiento de los enterramientos parroquiales y en la íntima vinculación entre la vida y la muerte existente en aquellas iglesias, a la vez espacios litúrgicos para los vivos y morada eterna para los fallecidos. Sin embargo, no fue sencillo acabar con la costumbre ancestral y, pese a las reales órdenes, muchos siguieron buscando descanso allí donde el cuerpo y la sangre de Cristo tomaban forma de pan y vino cada domingo. En un intento de poner fin a todo aquello, bajo el auspicio de Carlos IV, Juan de Villanueva diseñó en Madrid el Cementerio General del Norte, aunque el temor a perder ciertos favores espirituales hizo igualmente que muy pocos dieran allí con sus huesos. Tuvo que ser el hermano de Bonaparte quien terminara imponiendo en el pueblo madrileño la obligatoriedad de tener sepultura extramuros, abandonándose definitivamente el uso parroquial. Ahora, eso sí, no debe entender el lector que el francés tuviera más dotes persuasivas que los borbones españoles. Si se aceptó en aquella ocasión la voluntad regia fue porque la muerte se había adueñado de la situación y cuerpos sin vida se amontonaban durante la lucha contra el invasor francés, tanto que las iglesias se quedaron sin espacio. Pronto, hasta el Cementerio del Norte se quedó pequeño para las víctimas de la guerra de la Independencia, y en 1810 se tuvo que construir el Cementerio General del Sur para recibir a los difuntos de siete parroquias madrileñas.

Dejé de leer aquellas publicaciones municipales y me reocriminé de nuevo mi torpeza inicial. Como no quería que una cuarta pista pudiese ser decisiva para alguno de mis oponentes, me puse inmediatamente manos a la obra para intentar dejar zanjada mi búsqueda antes del lunes. Los nervios y las prisas comenzaron a hacer su aparición. Para conseguir mi objetivo solo tenía cuatro días por delante, teniendo en cuenta que poco más podía esperar de aquel miércoles siendo como era la hora de marchar a Vendetta. Pero, por lo menos, ya sabía qué dirección debía tomar. Estaba claro que debía centrar mis esfuerzos en las parroquias más antiguas de la ciudad, dándole prioridad a aquellas en las que hubiera sobrevivido algún indicio de su pasado uso sepulcral. Ojeando las publicaciones que tenía por delante, encontré tres de ellas.

Al día siguiente, jueves, me dirigí a la iglesia de San Andrés, la primera de las tres iglesias a las que acabo de referirme. Está situada en la plaza del mismo nombre y que pertenece al barrio de La Latina que tan bien yo conocía. Es una de las parroquias más antiguas de Madrid, puesto que tiene su origen en el siglo xii. Sin embargo, como suele ocurrir con muchísimas edificaciones antiguas, su aspecto actual poco tiene que ver con la construcción primitiva. Muchos fueron los avatares con los que se tuvo que enfrentar a lo largo de sus ocho siglos de existencia: fue reformada en tiempos de los Reyes Católicos y enriquecida posteriormente con la construcción de la denominada Capilla del Obispo; sufrió un desplome en 1656, y fue víctima de un incendio allá por el año 36, cuando se estaba iniciando la guerra civil. Según pude saber por boca del capellán (que tan gentilmente quiso responder a mis preguntas), unos recientes trabajos de rehabilitación habían devuelto a la luz importantes restos de la primitiva parroquia y de su cementerio. Ante mi insistencia, accedió a dejarme hurgar en los registros parroquiales, aquellos en los que se anotaban rigurosamente los nacimientos, matrimonios y defunciones habidos en ella a lo largo de los siglos. Pasé un buen rato en una pequeña sala curioseando diversos libros parroquiales, siempre bajo la atenta supervisión del capellán, quien no me quitó ojo de encima en ningún momento. Para mi desesperación, no encontré entre aquellos legajos anotación alguna en la que apareciera el nombre de Pedro de Estopiñán. Tras agradecerle al capellán su bondad y paciencia, salí de nuevo a la plaza. Allí quedé durante unos segundos parcialmente deslumbrado por el sol del mediodía, pero creí reconocer entre el gentío que llenaba la plaza las dos figuras masculinas que el día anterior se habían cruzado conmigo en Vendetta. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. El brusco ruido que hizo una motocicleta al pasar levantó el vuelo de varias decenas de palomas que andaban picoteando las migas de pan que una anciana había arrojado en el suelo de la plaza, lo que me hizo perder momentáneamente la visión de aquellas dos figuras. Cuando dirigí mis ojos entrecerrados otra vez hacia donde habían estado mirando hacía tan solo un instante, ambas personas habían desaparecido de buenas a primeras, como si de repente se las hubiera tragado la tierra. ¿Me estaban siguiendo realmente aquellos tipos o todo había sido producto de mi imaginación? Resolví no preocuparme demasiado por el momento, aunque lo que estaba ocurriendo me daba muy mala espina. Eso sí, debía estar alerta y empezar a moverme con cautela si no quería tener una sorpresa desagradable en el futuro.

La segunda parroquia que debía visitar también se encontraba

afortunadamente en La Latina. Dirigí mis pasos en esta ocasión a la iglesia de San Ginés de Arlés, la cual hace esquina en la confluencia de las calles del Arenal y Bordadores. Aparte de en la cripta, hay en su suelo enterradas multitud de personas. Además, el patio que da entrada al atrio se convirtió en cementerio donde fueron enterrados aquellos que eran ahorcados en la entonces llamada plaza del Arrabal y hoy plaza Mayor. No encontré en el morador de este templo la disposición necesaria para que me permitiese llevar a cabo averiguación alguna, viéndome obligado a hacer uso del poderoso caballero para lograr mis fines. Claro está que no quiso el sacerdote manchar sus sagradas manos recibiendo billete alguno, así que tuve que realizar una graciosa donación de tres mil pesetas al bueno de San Ginés. Infructuoso fue otra vez el tiempo que dediqué entre los antiquísimos libros parroquiales, pues ni por Pedro ni por Estopiñán encontré referencia alguna sobre su sepultura. Cuando abandoné las húmedas y frías estancias eclesiales, era ya demasiado tarde para continuar con la investigación. Me dolía la espalda, tenía el cuerpo agarrotado y la vista cansada de forzarla para intentar descifrar tanta letra manuscrita, además de tres mil pesetas menos en mi cartera. Necesitado de un descanso que me alejara mentalmente de aquella locura, pospuse mis averiguaciones para el día siguiente, el viernes 9 de febrero.

La tarde fue un remanso de tranquilidad. El trabajo entre fogones, amasando aquella combinación perfectamente calculada de huevo y harina, estirándola después con delicadeza hasta conseguir el grosor justo para que la revisión del chef diese su visto bueno, me alivió de las decepciones mañaneras. Con *La traviata* sonando en el tocadiscos, Massimo descorchó una de las mejores botellas de vino blanco que teníamos en nuestra modesta bodega, llenó dos copas con la dionisiaca bebida y, brindando, me animó a esforzarme como nunca en mis quehaceres.

—Hoy no podemos permitirnos ningún desliz, querido Diego. Hoy cenar en Vendetta invitados muy importantes. Hoy vamos a cocinar la pasta más deliciosa de todo Madrid. Todo ha de salir perfecto, Diego. Todo perfecto.

Justo en el momento en el que las dos copas chocaron, llegaban hasta nuestros oídos las primeras notas del *Libiamo ne'lieti calici* seguidas de la poderosa voz de Luciano Pavarotti. Iniciaba el tenor italiano el famosísimo brindis del primer acto, quizás el fragmento operístico más conocido de la historia. Con este brindis cantado, Alfredo, interpretado por Pavarotti, y Violetta, con voz de Joan Sutherland, animaban a beber a los invitados de una fiesta nocturna de la que los dos eran partícipes. Quiso así el azar hacernos

convidados improvisados del festejo con el que Verdi iniciaba su inmortal ópera. Tenor y soprano endulzaron aquel mágico momento mientras nuestras copas se vaciaban, se volvían a llenar y quedaban nuevamente vacías. Aquella tarde del 8 de febrero me sentía inmensamente feliz sin sospechar que mi dicha estaba a punto de desaparecer para siempre. Para siempre.

Poco se hicieron de rogar los invitados especiales merecedores de la perfección de mi trabajo. Para ser exactos, no fueron invitados, sino invitadas, las que ocuparon la mejor mesa de la *trattoria*. Y Massimo no había exagerado ni un ápice cuando había requerido lo mejor de mí para aquella jornada. Bellísimas y radiantes entraron de la mano madre e hija, Lucía y Valeria, los dos amores de mi vida. Había pasado muchísimo tiempo desde que Lucía había cruzado por última vez aquella puerta. Para Valeria, era la primera. Fue una velada inolvidable, en la que toda mi alegría estaba recogida entre aquellas cuatro paredes de Vendetta. Valeria alucinó cuando vio la cantidad y variedad de comida que preparábamos en la cocina. De repente quiso ser cocinera, y me pidió que le enseñase a hacer pasta. ¡Qué niño no disfruta manchándose de harina hasta la coronilla mientras manosea un buen pedazo de masa! Me lo pidió con una vocecita y con una mirada que me desmontaron de arriba abajo al instante y terminé prometiéndole:

—La semana siguiente, cuando papá termine una cosa súper importante que tiene que hacer, comenzamos con la pasta, ¿vale, mi amor?

Asintió efusivamente y acto seguido me dijo:

—A lo mejor, cuando me ponga buena de la pierna, me puedes llevar otra vez al museo, papá, que hace tiempo que no vamos y no sé cómo estarán *Mararita* y sus amigos.

—Por supuesto que sí, Valeria —le respondí mientras le pellizcaba la mejilla—. En cuanto estés bien volveremos al Prado, que tengo que contarte nuevas historias.

—Y, si quiere, puede venir este amigo tuyo —me dijo señalando a Massimo, que estaba algo más atrás ocupado con unas salsas—. Así le podremos contar la historia de *Mararita*.

—Como quieras. Cuando vayamos a ir le preguntaré si le apetece acompañarnos.

Mi jefe me permitió salir esa noche antes del trabajo.

—Anda, Diego, quítate el mandil y acompaña a estas dos bendiciones a casa —me dijo guiñándome un ojo.

Antes de irnos, nos hicimos los cuatro una fotografía. Valeria, de pie en

una de las sillas, posaba enseñando todos sus dientes; Lucía ofrecía su mejor sonrisa, y Massimo, situado a nuestra espalda, intentaba abrazarnos a los tres. Era una instantánea que resumía a la perfección toda mi felicidad.

Aquella noche volvimos a casa los tres juntos. Lucía iba con su mano metida en el bolsillo trasero de mis vaqueros y a Valeria la llevaba en brazos mientras apoyaba su cabecita dormida en mi hombro.

11.

Pasé inquieto gran parte de la madrugada sin poder conciliar el sueño más de dos horas seguidas. Mi mente no dejó de divagar, imaginando una y otra vez cómo sería el momento final, aquel en el que, con las cámaras de la televisión italiana como testigos, accedería al secreto lugar en el que se hallaba el tesoro. Nada ni nadie me podía asegurar que mis suposiciones fuesen correctas, pero de serlas me encontraba a muy pocas horas de convertirme en el nuevo ganador del concurso *In cerca del tesoro*. Con la excitación propia que se adueña del cuerpo cuando se halla ante un acontecimiento crucial, me levanté el viernes bien temprano para aprovechar al máximo la mañana. No debe olvidar el que con paciencia ha leído todo lo que hasta el momento he contado que aún me quedaba por visitar la última de las parroquias en la que presuntamente podía hallarse la tumba de Estopiñán. De no encontrarla allí, habría fracasado, todos mis esfuerzos habrían sido inútiles y me hallaría de nuevo al inicio del laberinto.

Salí de casa todo lo silenciosamente que pude, evitando despertar tanto a Lucía como a Valeria, que tan profundamente aún dormían. El metro, que a hora tan temprana circulaba con vagones casi vacíos, ajenos todavía al bullicio que en poco más de una hora se apoderaría de ellos, me dejó en la parada de Antón Martín, en la misma calle de Atocha donde a tan solo unos cuantos minutos de paseo se encontraba la iglesia de San Sebastián. Me hallaba dentro ya de los límites del barrio de las Letras, barrio en el que vivieron, coincidiendo no pocas veces en sus calles, plazas y corrales de comedias, algunos de los más grandes representantes de nuestro Siglo de Oro.

Antes de ser de las Letras, el barrio fue conocido como el de las Musas, ya que inspiración habían encontrado en él genios de talla universal. Si quiere, es fácil imaginarnos en una cálida mañana otoñal paseando entre las gentes y encontrándonos a Lope de Vega puesto en aprieto por Violante al mandarle

hacer un soneto que, al final y casi sin querer, se ha ido haciendo solo. Imaginemos también a su rival, Miguel de Cervantes, saludándole desde el otro lado de la calle con el único brazo que aún le es útil: le llama *monstruo de la naturaleza*. Sigamos al Fénix de los Ingenios que, orgulloso por el desenlace de su soneto, entra en una taberna a compartir mesa y mantel con sus amigos Juan Ruiz de Alarcón y Francisco de Quevedo. El vino corre y, achispados, festejan entre carcajadas los mordaces versos quevedescos sobre la nariz de Góngora, también vecino del ilustre barrio. Imagine también, en una mesa cercana, a Calderón de la Barca, ajeno a las risas de los tres que tan alegremente calientan sus gañotes, absorto en sus cavilaciones, atrapado en la reflexión sobre la vida y llegando a la conclusión de que esta no es más que un sueño, una ilusión, una sombra, una ficción, que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son.

Si así ha estado imaginando, quizás comience a mirar con otros ojos aquel barrio de inagotable ingenio la próxima vez que sus pies hasta allí le lleven.

Por lo que a mí respecta, mis pies llegaron al barrio demasiado temprano, cuando el amanecer comenzaba a colorear edificios y caminos. La parroquia aún tenía cerrada sus puertas, así que hice tiempo entrando en una cafetería. Me senté en la barra, pedí un café con leche y me puse a mirar distraídamente la televisión que colgaba en una de las esquinas. Recuerdo que estaban echando el avance de programación de la primera cadena cuando un hombre entró con la prensa del día bajo el brazo, pidió un americano y se sentó en una de las mesas del fondo. Desde el principio sentí su mirada clavada en mi nuca, pero cada vez que disimuladamente me giraba hacia él, sus ojos estaban puestos en el periódico o en el café que humeaba todavía. Sin duda, el fugaz encuentro del día anterior con los dos tipejos que había conocido en Vendetta me estaba jugando una mala pasada. Me olvidé de mis recelos y, con el cuerpo templado por el café, salí otra vez a la calle confiando encontrar esta vez abiertas las puertas parroquiales. Justo cuando me separaban unos escasos cincuenta metros para llegar a la iglesia, un anciano sacerdote ataviado con clériman empujaba un pesado portón dejando liberado el acceso a la parroquia de San Sebastián.

—Buenos días, padre. Estoy participando en un concurso de la televisión italiana, *Buscando un tesoro* se llama.

Comenzaba así un discurso, ensayado en dos ocasiones anteriores con desigual fortuna. Con él pretendía obtener la bendición de aquel anciano para

trastear en el archivo histórico parroquial. Le hablé de Melilla, de su conquista y de Pedro de Estopiñán, le narré mis intentos fallidos de búsqueda en las iglesias de San Andrés y de San Gil y le expliqué que el archivo que él custodiaba se había convertido en la última esperanza que me quedaba para encontrar el paradero de los restos mortales de Estopiñán.

—Puede ojear todo lo que le plazca nuestros libros parroquiales, ya que si, como me ha dicho, es usted historiador, confío en que sabrá tratar los legajos con el cuidado que su antigüedad exige. No obstante, ya le advierto, joven, que poco encontrará aquí de enterramientos anteriores a 1541, año en el que abrió sus puertas esta parroquia.

Aquel comentario suyo me dejó fuera de juego unos instantes. 1541 era una fecha demasiado tardía para que la iglesia albergara la sepultura de alguien fallecido en 1505. Cabía, eso sí, la remota posibilidad de que se hubiese producido un traslado de los restos del jerezano años después de su muerte y que encontrarán sepultura definitiva en esa iglesia. Pero era consciente de que considerar dicha posibilidad era aferrarse a un clavo ardiendo. Apesadumbrado, con el corazón latiendo pesimismo, fui guiado por el anciano cura hasta una pequeña sala que hacía las veces de despacho parroquial. El sacerdote me invitó a tomar asiento, rogándome que lo esperara allí mientras iba al archivo en busca de los legajos pertenecientes al siglo xvi, aquel en el que decidí centrar mi búsqueda. La espera fue demasiado larga y cada minuto que se alargaba más tensa se me hacía. Harto ya de escudriñar la imagen de un San Sebastián asaeteado que presidía la mesa que tenía delante, oí pasos que se acercaban cansinamente, como si estuviesen arrastrando una pesada carga. Eran los pasos del sacerdote, quien cargaba con varias cajas apiladas unas sobre otras. Las depositó ya con poco aliento allí donde yo estaba, liberando sus gastados músculos del titánico esfuerzo.

—Aquí tiene, joven. Creo que estará ocupado más de media mañana. Si no le importa, le dejo solo, pues tengo que atender mis deberes sacerdotales. En caso de que necesite cualquier cosa, búsqume en la sacristía, allí me encontrará.

—Le estaré agradecido eternamente, padre. No sabe usted lo que todo esto significa para mí.

Extendió su mano sobre mi cabeza rozando apenas mis cabellos con sus dedos en un gesto que entendí y acepté como de bendición. Y cuando ya estaba a punto de marcharse, una pregunta mía le hizo detenerse y volver su mirada hacia mí.

—Una última cosa, padre. ¿Cómo se llama usted?

—Cuando uno se acerca al ocaso de la vida, un simple nombre poco significa. Pero, si lo desea, llámeme Gabriel.

Y salió finalmente de la sala, dejándome con horas de trabajo por delante. Fue una tarea agotadora. Tuve que leer centenares de partidas de fallecimientos (o de finados, como es común que se denominen en los libros parroquiales) escritas con un tipo de letra que los especialistas en paleografía llaman *humanística cursiva*. No es caligrafía tan terrible como la temida procesal encadenada propia del XVII, la cual se escribía sin apenas levantar la pluma del papel, ligándose los trazos de todas las letras y dando como resultado una escritura tremendamente compleja de leer. La humanística cursiva, no obstante, también tenía su miga, sobre todo para alguien que no es experto en la materia, como era mi caso. Además, debe tenerse en cuenta la pericia del amanuense de turno, quien podía ejecutarla de forma más cursiva o más sentada, dificultando o facilitando respectivamente su lectura.

Por lo demás, debe saberse que cada partida que estaba yo examinando había sido redactada en forma de acta, comenzando su redacción con una fecha seguida siempre de la palabra «falleció». A continuación, aparece la identificación del difunto, es decir, su nombre y otros datos que puedan concretarlo, tales como profesión, filiación, edad y, en ocasiones, incluso apodo. Concluye la misma, la mayoría de las veces, con información referente a su lugar de enterramiento, al hecho de si había o no recibido los santos sacramentos o si dejó testamento. Ironías de la vida: cada una de esas partidas que de muerte tratan representan un pedacito único e irrepetible de historia viva, convirtiéndose en una fuente documental de primera magnitud para el conocimiento histórico. Bien es verdad que fue con el Concilio de Trento, allá por 1543, cuando se convirtió en obligatorio el registro de todos los bautismos, matrimonios y defunciones que en cada parroquia se produjeran. Ahora bien, dichos registros ya venían haciéndose desde tiempo atrás y son muchas las parroquias que disponen de partidas anteriores a las disposiciones trentinas. Con todo lo dicho, se entenderá la obsesión por hallar entre los legados que ante mí tenía una partida en la que pudiera leerse algo así como:

En tres días del mes de septiembre del año mil quinientos y cinco falleció Pedro de Estopiñán Virués, contable de la muy noble casa ducal de Medina Sidonia. Rescibió lo santos sacramentos. Enterrose dentro desta yglesia después de ser trasladado aquí desde su sepultura

primera. Hizo y otorgó testamento.

Pero las horas de insistente búsqueda fueron infructuosas. Partida a partida, legajo a legajo, mis esperanzas e ilusiones fueron convirtiéndose en desaliento, en rabia y en frustración. Volvía a ser la misma persona fracasada de mi época de opositor. Había vuelto a creer en mí y me había vuelto a equivocar. Había vuelto a soñar con el éxito y me había despertado el amargo sabor de la derrota. Devolví todo a su posición inicial y, tras dejar la sala tan recogida como me la había encontrado al principio de la mañana, fui a la sacristía en busca del padre Gabriel, no sin antes despedirme del San Sebastián que me había acompañado en todo momento. No hallé allí al sacerdote, sino que se encontraba en el templo, de pie frente a la imagen de la Virgen que preside la capilla de Nuestra Señora de la Misericordia. Estaba murmurando algo (una oración, supongo), quizás preparando su alma al ser consciente de que la hora de abandonar este mundo se hallaba próxima. Respeté aquel íntimo momento, lo observé mientras encendía el cirio que estaba a los pies de la imagen y solo cuando hubo concluido aquel sagrado ritual me atreví a dirigirme a él.

—Padre, me temo que tenía usted razón. No he encontrado rastro alguno de Pedro Estopiñán. Mi búsqueda ha fracasado. Me voy eternamente agradecido por su gentileza y por su bondad. Sepa que me ha sido de gran ayuda.

—Ya le dije, hijo, que era difícil que esta parroquia pudiera albergar información alguna de una sepultura de principios del XVI. Pero no desespere ni desfallezca en su ánimo, seguro que se le ocurre alguna otra cosa y termina encontrando lo que tan anhelantemente busca.

Y marché de la iglesia extrañamente aliviado por las palabras de aquel anciano sacerdote. Como era demasiado tarde para regresar a casa para comer, decidí buscar algún lugar por los alrededores que hiciera desaparecer el hambre voraz que sentí de repente nada más poner un pie en la calle. Desemboqué en la plaza Santa Ana, allí donde se encuentra el Teatro Español, antiguo Corral del Príncipe, y me senté en la Cervecería Alemana, una de las tabernas con más solera de Madrid. Aquella cervecería había sido frecuentada por personalidades tan ilustres como Valle Inclán, Hemingway (atraído este sin duda por su ambiente taurino) o Ava Gardner, quien se hacía acompañar las más de las veces por su amado José Luis Dominguín. No obstante, el cliente más especial que tuvo nunca la alemana fue Polvorilla, un caballo que,

ni corto ni perezoso, se coló dentro del local en busca de su amo que andaba allí dentro tomándose una cerveza, dejando boquiabierta a toda la clientela.

Estaba echándole una ojeada a la carta de tapas y raciones de tan célebre cervecería cuando se me ocurrió deshacer el camino andado y volver otra vez a la iglesia de San Sebastián para preguntarle al padre Gabriel si me permitiría invitarle a comer, para agradecerle modestamente tanto la ayuda prestada como el consuelo recibido. Así que, sin pensármelo dos veces, me dirigí otra vez a la parroquia. El portón de entrada seguía abierto y lo crucé en dirección contraria a la que lo había hecho apenas diez minutos antes. La iglesia estaba en penumbra, pues ninguna de sus escasas vidrieras conseguía iluminarla suficientemente. La distribución de los bancos dejaba un amplio pasillo central y otros dos más pequeños en los laterales, por donde se podía acceder a las distintas capillas de aquel templo. Situadas a la entrada de estas, las llamas de algunas velas se afanaban por recordar las peticiones de los creyentes que con tanta fe las habían encendido, como si al extinguirse su luz se esfumase para siempre el ruego solicitado. Los santos que poblaban sus retablos magistralmente encarnados y estofados parecían custodiar el sagrado espacio, observándolo todo con sobrecogedora quietud. Entre todos ellos destacaba San Sebastián, cómo no. Estaba atado al tronco de un árbol, desnudo en su totalidad salvo por un paño que le cubría desde la cintura hasta los muslos, ocultando lo que, para la moral católica, por impúdico, no debe mostrarse. Estaba martirizado por cinco flechas que hundían las puntas en su carne, de tierno aspecto a pesar del mármol en el que estaba tallado. La cabeza, abandonada de toda fuerza, se desplomaba hacia atrás, con los ojos cerrados ya sin vida y la boca sin hálito ninguno. A su lado, un órgano de tubos barroco se erigía majestuoso en un lateral de la nave central acomodado entre arcos de medio punto y enmudecido a aquellas horas. El silencio que envolvía el ambiente era sepulcral; solo un leve murmullo alteraba el reposo de todo lo que allí se encontraba.

Me adentré en el templo algo dubitativo y turbado por la atmósfera descrita, y es que, en ocasiones, tanta calma, tanta inacción, azora más que tranquiliza. Cuando había dado tan solo unos cuantos pasos, lo que vi me hizo detenerme en seco. Se me erizó la piel al contemplar allí, delante del altar, al padre Gabriel dialogando con un hombre. Era una escena que nada tendría de excepcional si no fuese por el hecho de que aquel era el hombre que había entrado después de mí en la cafetería al inicio de la mañana. ¿Casualidad? Bien podría ser, pero algo en mi interior hizo que sonaran todas las alarmas.

Me volví, con tan mala fortuna que tropecé con uno de los bancos de la iglesia. El ruido hizo que párroco e interlocutor se percataran de mi presencia. Como un resorte, con la adrenalina apoderándose de mi cuerpo, eché a correr todo lo rápido que mis piernas y corazón me lo permitieron, atemorizado (quizás sin tener motivo para ello) pero decidido a no quedarme a comprobar si los temores eran fundados. Me detuve cuando el aire que entraba en mis pulmones fue insuficiente para darme aliento; paré cuando el pecho se hizo demasiado pequeño para contener los impetuosos latidos de mi corazón. Descansé solo cuando la garganta se me quedó seca y las piernas flaquearon. Y entonces lo vi aparecer por la misma esquina que acababa de doblar, y comprendí que nada de lo que estaba ocurriendo era casualidad, que mi intuición no me había engañado y que aquel hombre me estaba persiguiendo por algún motivo que yo desconocía y del que no quería saber nada. Consciente de que las piernas no me podían llevar ya ni muy rápido ni muy lejos, opté por lo único que podía librarme de aquella pesadilla y bajé por la boca de metro que más cerca me quedaba, esperanzado en poder dar esquinazo a mi insistente perseguidor. Saltando por encima del torno de entrada, lanzándome literalmente hacia abajo por las escaleras mecánicas y tropezando con alguna que otra persona que no dudaba en recriminarme con gestos e insultos mi alocada marcha, conseguí subirme a un vagón antes de que lo hiciera el hombre que llevaba siguiéndome desde la iglesia de San Sebastián. Para mayor seguridad, me bajé de aquel vagón en la siguiente parada e hice después uno, dos y hasta tres transbordos, perdiéndome en aquel laberinto subterráneo que era el metro de Madrid. Más sosegado, con mis pulsaciones recuperando su ritmo habitual, me quedé adormilado con la cabeza apoyada en el ventanal y escuchando el traqueteo de la vagoneta mientras esta avanzaba por su camino de hierro entre túneles y paradas infinitas.

12.

Desconozco el tiempo que estuve así, perdido el conocimiento que nos une al mundo de los sentidos, pero puedo decir que fue un descanso reparador, de esos que te devuelven a la vida cuando has sido derrotado por el cansancio. Me bajé la siguiente vez que paró el metro en el que viajaba sin noción alguna

ni de dónde me hallaba ni en qué hora estaba. De lo último me sacó de dudas una señora al responderme que eran las 14:45; de lo primero, yo me encargué de averiguarlo. Busqué rápidamente algún cartel que me indicara en qué parada habían terminado mis huesos. Un poco aturdido aún por todo lo que acababa de pasar, tardé en leer la placa azul en la que ponía «Estrecho» con letras blancas mayúsculas. El usuario habitual del metro de Madrid, lo más normal, es que sepa ya que me encontraba en una de las estaciones que conforman la línea 1, la más antigua en construirse, pues su inauguración fue realizada por Alfonso XIII un día de octubre de 1919. Dicha línea recorre, además, las entrañas de algunas de las zonas más céntricas de la capital española, siendo por esto una de las más utilizadas por los madrileños. Hoy en día son treinta y tres las estaciones distribuidas a lo largo de un recorrido que, partiendo de Valdecarros, en el sur de la ciudad, concluye en el Pinar de Chamartín, un barrio de clase media alta situado en la zona norte. También podríamos verlo en sentido contrario, claro está, y decir que el trayecto se inicia en el barrio del Pinar de Chamartín y termina en Valdecarros. Por eso es fundamental antes de montarnos en cualquier vagón cerciorarnos de que circula en la dirección que deseamos. Es una obviedad esto que escribo, pero en ello estaba yo. Eso sí, antes de continuar desmenuzando mi historia, sería bueno que entendiéramos que en 1990 la línea 1 aún no conectaba el Pinar con el resto de la ciudad y su trayecto se interrumpía varias estaciones antes. Confíe en mí, detenga aquí su lectura y hágase con un plano del metro madrileño. Despreocúpese del tiempo que vaya a perder en llevar a cabo la tarea encomendada, pues si algo tiene la palabra escrita es que siempre permanece, siempre espera para ser leída, ya que no tiene otro sino. Cuando tenga el plano, despléguelo en alguna superficie (da igual si se trata de mesa, suelo o pared) y localice el azul de la línea de la que estamos hablando. Obvie todas las estaciones que desde Valdecarros se suceden hasta la parada de Antón Martín, por ejemplo, la misma que utilicé yo aquella mañana para adentrarme en el barrio de las Letras. Fije su dedo índice en ese punto y, a continuación, desplácelo suavemente por el recorrido que trazado en azul asciende en su plano. Pronuncie en voz alta las estaciones que su dedo va rozando en el lento ascenso y se oirá decir sucesivamente Tirso de Molina, Sol, Gran Vía, Tribunal, Bilbao, Iglesias, Río Rosas, Cuatro Caminos, Alvarado y Estrecho, aquella en la que yo me encontraba. No se detenga, sin embargo, usted en ella y continúe deslizando el dedo. Pasará este por Tetuán, Valdeacederas y Plaza de Castilla. Y ahora sí, detenga su mano y quede con su

índice apuntando a esta última estación, pues en ella, en 1990, también concluía, o comenzaba, el trayecto de la línea 1 del metro madrileño.

El mismo recorrido que ha hecho su mano hizo la mía en uno de los planos que ofrecía su información en la estación Estrecho. Yo estaba intentando orientarme, buscando la dirección que debía seguir para volver a casa y contarle todo lo sucedido a Lucía. Y mi dedo quedó fijo, como está el suyo ahora, en el punto donde se podía leer Plaza de Castilla. Quizás a usted no le diga nada aquel nombre, o quizás habrá entendido ya lo que entendí yo en ese momento. Si escribo otra obviedad como hice tan solo unas líneas atrás, entonces seguro que sí lo habrá captado, incluso a lo mejor se le acelerarán los latidos de su corazón como ocurrió con los míos; quién sabe si su cuerpo se cubrirá con el mismo sudor frío que dejó el mío helado. Paciente lector, le recuerdo que estaba yo perdido en un laberinto subterráneo de raíles, túneles, estaciones, vagones y escaleras que comunicaban los diferentes niveles de profundidad por los que circulaban los múltiples trenes de las distintas líneas de metro. Me hallaba, literalmente hablando, bajo tierra. Bajo tierra, en el Estrecho y con la mirada puesta en la Plaza de Castilla. Si aún mantiene su dedo en esa última estación a la que nos estamos refiriendo, vuelva a deslizar su índice por el plano que está usando, pero en esta ocasión hágalo hacia atrás, deshaciendo el camino hecho, y deténgalo allí donde pone Tetuán. Y convendrá conmigo, obviando ciertas sutilezas propias del lenguaje, que bien podría decirse que aquella estación situada «bajo tierra» se encontraba «al lado del Estrecho mirando hacia Castilla».

¿Era posible que hubiese encontrado aquello que había estado buscando sin éxito durante las semanas anteriores, así de casualidad? ¿Podría ser la estación de Tetuán el sitio elegido por la organización del concurso para depositar el tesoro que andábamos buscando por todo Madrid doce concursantes? Solo tenía una forma de averiguar si en esa ocasión mi intuición no me estaba encaminando otra vez a un callejón sin salida: debía montarme en el siguiente tren que fuese hacia Tetuán y una vez allí encontrar un lugar preciso que necesariamente debía estar relacionado con los dígitos 1-4-9-7, aquellos que erróneamente había interpretado como el año de la conquista de Melilla. Y tal y como se estaban sucediendo los acontecimientos, no debía retrasarme lo más mínimo.

El chirrido de un nuevo tren anunciando su inminente entrada en el andén me sacó del estado de *shock* en el que me encontraba desde que había comprendido que, después de todo lo ocurrido, quizás la persecución a la que me había visto sometido hubiese resultado muy pero que muy provechosa para mis intereses.

El trayecto tan solo duró un par de minutos, pero no exagero al decir que fueron los dos minutos más largos de mi vida. Estaba impaciente y mi cabeza no paraba de pensar a qué podían hacer referencia esos cuatro dígitos. Al bajarme del tren, intenté serenarme todo lo que pude, pues en esas circunstancias lo mejor es sin duda actuar con templanza, despejando la mente de cualquier estímulo que entorpezca el raciocinio. Me situé en el centro del andén, que quedó vacío mientras el tren volvía a coger nuevamente impulso para marcharse hacia Plaza de Castilla. Mis ojos hicieron un barrido por toda la estación, primero de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha, con la esperanza de encontrar algún elemento, objeto, letrero, o cualquier cosa que llamara mi atención. Lo único que captó mi interés fueron unas taquillas situadas en uno de los extremos del andén, al lado de las escaleras de acceso al mismo. Eran taquillas de esas que no requieren de llave para su uso. Cuanto más me acercaba, más seguro estaba de que mi búsqueda se estaba aproximando a su final. Observé que su mecanismo era bastante sofisticado para lo que se acostumbraba en aquel tiempo. La persona que quisiera hacer uso de ellas debía introducir un código de tres cifras que quedaría registrado para asegurar que nadie que no conociera esos tres números pudiera abrir la taquilla en cuestión. Y allí estaba yo, enfrente de cincuenta taquillas, algunas cerradas, otras abiertas. En mi poder tenía cuatro dígitos, consciente de que solo necesitaba tres para abrir una de las taquillas, aquella que debía contener el ansiado tesoro si andaba en lo cierto. Descubrir dicho código era lo único que me separaba del éxito, pues una vez obtenido me bastaría con probarlo en las distintas taquillas que estuvieran cerradas hasta que se abriera una de las puertas. Pero ¿cómo combinar aquellos cuatro números para obtener otro de tres cifras? ¿Qué tipo de cifrado habrían utilizado para ello? ¿Sumando los dos primeros y dejando intactos los otros dos? En tal caso, el código sería 5-9-7. Pero ninguna puerta se abrió al utilizarlo, como tampoco ocurrió cuando lo intenté con 7-9-5 ni con 5-1-6, resultando esta última combinación de la suma de los dos primeros dígitos (5) y de los dos últimos (16).

Aquello se convirtió en una locura, pues las combinaciones eran

ilimitadas y, con mi actitud, era muy probable que estuviera llamando la atención del vigilante encargado de supervisar las cámaras de seguridad. De hecho, tenía una enfrente apuntándome justamente a la cara y no paraba de seguir mis movimientos. Así que me alejé unos pasos de allí y comencé a replantearme la cuestión desde cero, intentando encontrar una solución lógica a todo aquel embrollo. De repente, la espesura que nublaba mi mente se disipó. Entonces lo entendí todo. Había sido un estúpido. Los números me hablaban claro mientras yo me empeñaba en contradecirlos. Llevaba más de media hora intentando desatar un nudo que en realidad no estaba atando nada. De los cuatro dígitos que conocía, uno debía indicar el número de la taquilla y los otros tres conformarían el código que abriría su puerta. Tenía que ser así de sencillo. Y mucho debía equivocarme para que el número de la taquilla no fuese el primero o el último de la serie, esto es, el 1 o el 7. Si este planteamiento era correcto, el código de tres cifras debía ser el 4-9-7 o el 1-4-9. Como la taquilla número 1 estaba abierta, solo me quedaba una opción: la taquilla número 7 debía abrirse tras pulsar el 1-4-9. Después de casi tres semanas de intensa búsqueda, después de veinte días construyendo hipótesis imposibles en las que creer era cuestión de auténtica fe, pues nada había en ellas que certeza les otorgase, después de ver cómo me volvía a equivocarme una y otra vez, me encontraba a tan solo unos instantes de ser el ganador de la edición madrileña del concurso italiano *In cerca del tesoro*. Respiré todo lo profundamente que pude, exhalando el aire por la boca y por la nariz al mismo tiempo, y pulsé el número 1 en el teclado de la puerta de la taquilla número 7. Volví a tomar aire, exhalándolo de la misma forma que antes, y apreté el número 4. Y cuando mi dedo estaba a escasos milímetros del número 9, a punto de acariciar la tecla final, unos pasos que se acercaban de forma apresurada me hicieron retirarme de forma instintiva, alejándome de un triunfo ya asegurado. Esos pasos eran de una persona cuyo rostro fue mostrándose más y más nítido a medida que avanzaba, hasta que finalmente pude distinguir con total claridad en su cara una cicatriz que yo ya había visto con anterioridad en dos ocasiones.

Su presencia deshizo el encantamiento en el que me veía envuelto frente a las taquillas. Sin pretenderlo, había estado a punto de echarlo todo a perder. Me pudo la impaciencia y olvidé la regla más básica del concurso: si se tiene alguna certeza sobre el paradero del tesoro, es necesario que el concursante se ponga en contacto con la organización para comprobar si realmente su suposición es correcta. En cierta manera, el incidente con aquel tipo había

impedido que cometiera una torpeza de la que seguro me habría estado arrepintiéndome muchísimo tiempo.

Cuando el individuo se abalanzó tras de mí en una loca persecución similar a la que había vivido tan solo unas horas antes, escapé, hice oídos sordos a sus gritos, que me mandaban parar, y huí dejándolo atrás. Logré salir a la superficie con la suficiente ventaja para perderme por las calles antes de que mi perseguidor pudiera ver por dónde había yo desaparecido. Tardé unos minutos en moderar mi carrera hasta que, finalmente, ya exhausto, me subí a un taxi para que me llevara a casa de una vez por todas. Aproveché la seguridad y el confort que me ofrecía el asiento trasero para ordenar mis ideas e intentar encontrar una explicación a lo que me había ocurrido aquella mañana. Desde el principio, los tipos que había visto en Vendetta no me dieron buena espina y, aunque a mi primer perseguidor nunca lo había visto, supuse que debía estar relacionado con ellos. Pero ¿por qué me estaban persiguiendo? ¿Qué interés les movería hacia mi persona? Tenía una conversación pendiente con Massimo y esperaba encontrar en ella respuestas a todos mis interrogantes.

Por otro lado, estaba el tema de la taquilla, el código y el tesoro. Debía reconocer que los italianos lo habían hecho muy bien. Sus pistas habían sido cuidadosamente elegidas, pensadas sin duda para confundirnos, para llevarnos por otros derroteros. Sin embargo, una vez encontrada la lógica que encerraban, todo encajaba a las mil maravillas. ¿Quién iba a pensar que «Al lado del Estrecho mirando hacia Castilla» hiciera referencia a una estación de metro? Habían sido muy originales y solo la casualidad me había permitido dar con la tecla.

Ya en casa tomé una ducha de agua caliente, dejando que el agua recorriera todo mi cuerpo, empapándome mientras el vapor ascendía fantasmagóricamente y cubría todo el espacio. El teléfono sonó una, dos, tres veces hasta que Lucía lo descolgó preguntando quién era.

—Es Massimo, Diego, quiere hablar contigo —me dijo desde el otro lado de la puerta.

—Tardo solo un segundo, enseguida salgo.

Me apresuré todo lo que pude y, descalzo y con la toalla anudada aún a la cintura, fui al salón y tomé el teléfono dispuesto a exigir una explicación que se me antojaba más que merecida. La que me dio me pareció convincente en ese momento y no sospeché ni por un segundo que mi amigo pudiera estar mintiéndome, y mucho menos traicionándome. En resumidas cuentas, me dijo que estaba al corriente de todo lo sucedido, pues se lo había contado Fabio.

Así supe al fin cómo se llamaba el hombre de la cicatriz. Al parecer, este me había reconocido de forma casual en la estación de Tetuán y simplemente pretendía saludarme cuando, de forma incomprensible, yo había salido corriendo despavorido como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—Fabio es mi primo —me dijo—, y no tienes que tener miedo de él. Es cierto que el día que os conocisteis todo fue bastante extraño, pero estás exagerando un poco, ¿no crees? Me ha dicho que parecías Carl Lewis, pero en blanquito, corriendo por aquellas escaleras.

Massimo siempre sabía sacarme una sonrisa, y en aquella conversación telefónica lo volvió a demostrar. No obstante, esa vez intenté oponer resistencia y no claudicar ante su encanto a la primera de cambio.

—Mira, Massimo, hoy he tenido un día bastante duro y no estoy para bromitas de las tuyas, ni mucho menos de tu primo, que no puedes imaginar el susto que me ha dado. Así que tómate esto con la seriedad que merece. Puedo entender lo de Fabio, acepto que he podido sacar las cosas de quicio, pero después de lo que me había pasado tan solo un rato antes es normal que reaccionase así al verlo. Y ahora dime —añadí aún indignado—, ¿cómo piensas explicarme la primera persecución?

Le pregunté convencido de que estaba al corriente de todo y de que el hombre de la cafetería también sería conocido suyo.

—¿De qué me estás hablando, Diego? ¿Acaso te han perseguido dos veces el mismo día?

Parecía desconcertado y cuando le comenté lo ocurrido lo noté verdaderamente ajeno a lo que me había sucedido en la iglesia de San Sebastián. Me preguntó por el aspecto del que me había perseguido y, tras escuchar todos los detalles, me prometió por el alma de su padre y por la de su hermana que no conocía a nadie que se pareciese a la persona que yo le había descrito. De pronto, se apoderó de mí tal sensación de angustia y temor que estuve a punto de llamar a la policía. Fue Massimo quien me volvió a tranquilizar.

—Tú has visto demasiadas películas de suspense —me dijo—. Debes relajarte, seguro que todo ha sido un malentendido como el que has tenido con mi primo. Eso sí, a la primera de cambio que veas algo sospechoso me lo dices y ponemos el asunto en manos de la Policía. Ellos sabrán qué hacer.

Así fue como poco a poco la conversación fue derivando hacia otra dirección y terminamos hablando de cómo había logrado descubrir el tesoro. Mientras conversábamos me fui dejando atrapar por su natural encanto y

comenzamos a bromear sobre mi próxima medalla olímpica en los cien metros lisos. Justo antes de colgar, tras felicitar me por lo conseguido, me dijo que me daba la tarde libre y que la aprovechara para recuperarme de tanto sobresalto. Pero no le mentiré, a pesar del asueto, de las palabras tranquilizadoras del napolitano y de la cálida compañía de Lucía, durante el resto del día no logré desprenderme completamente de la imagen del individuo desconocido que me había estado persiguiendo por medio Madrid.

14.

En vano intenté echarme un rato la siesta, así que, viendo que era incapaz de encontrar la tranquilidad necesaria para descansar, resolví hacer algo productivo y que, de paso, alejara los inquietantes recuerdos de la persecución que una y otra vez acudían a darme el encuentro. De esta forma, puse en orden mis ideas para comunicar a la organización del concurso el feliz hallazgo del tesoro de la forma más clara y concisa posible. Es cierto que este aún debía ser confirmado, pero estaba totalmente convencido de haberlo encontrado, y ni por un momento temí que me dijeran que mi conclusión era errónea. Ensayé un par de veces cómo iba a abordar la cuestión antes de decidirme por fin a descolgar el teléfono y marcar el número que tenía anotado en la libreta. Aclaré la garganta y esperé el tono de las llamadas hasta que una voz femenina con cadencia italiana sonó al otro lado del aparato.

—Ha contactado usted con el concurso *In cerca del tesoro*. Le atiende Carla, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, Carla. Mi nombre es Diego, soy uno de los concursantes de la presente edición.

—Diego González, ¿verdad? Dígame, ¿en qué podemos ayudarle?

—Es que creo haber descubierto dónde se esconde el tesoro.

—*Prego*, un momento, no suelte el aparato. Voy en busca de su ficha para hacer las anotaciones oportunas.

Unos pasos de tacón resonaron de fondo, primero suavizándose a medida que se alejaban y poco después intensificándose mientras volvían al punto de partida. Otra vez escuché la voz de Carla, la cual me hizo una serie de preguntas que fui respondiendo hasta que finalmente me dijo:

—De acuerdo, Diego. Dígame entonces el lugar exacto donde cree usted que se haya el tesoro.

—El tesoro está escondido en la taquilla número 7 de la estación de metro de Tetuán, correspondiente a la línea 1 —solté estas palabras con toda la seguridad que pude antes de añadir—, y para abrir dicha taquilla hay que introducir el código 1-4-9.

Tras unos pocos segundos de absoluto silencio, volví a escuchar la voz de Carla decir:

—*Attenzione, il tesoro è stato trovato* —Su última palabra fue acompañada de aplausos y vítores que sonaban desde el fondo. Carla me dio la enhorabuena en nombre del equipo y me citó para el lunes siguiente con el objeto de preparar todo lo relacionado con la grabación en directo del momento culminante, aquel en el que abriría la taquilla y recogería el ansiado premio de cien millones de liras italianas, unos ocho millones y medio de pesetas.

—Bravo, Diego. ¡*Bravissimo! Ciao*, el lunes nos vemos. *Ciao*.

Eufórico como nunca me había sentido, di saltos y gritos de alegría, abracé a Lucía y bailé con Valeria. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Al final lo había conseguido; no solo era el ganador del concurso y de su succulento premio en metálico, sino que, además, había vengado mi fracaso como opositor, sacándome la espinita que todavía llevaba clavada desde aquel entonces. Yo, Diego, había triunfado en un reto de máxima exigencia y, en esos momentos, creía que ya nada podría detenerme. El futuro se presentaba más prometedor que nunca y los ceros que iban a engrosar mi cuenta corriente me permitirían resarcirme de todas las oportunidades perdidas en los años pasados. Podría viajar, admirar en los museos las numerosas pinturas y esculturas que tantas veces había estudiado, adentrarme en ciudades como Roma, Florencia, Venecia, París, Viena, Ámsterdam, Londres, Estambul, Atenas... Descubriría sus encantos, me empaparía de su historia y de sus monumentos cogido de la mano de Lucía, viendo a Valeria correteando inquieta unos pasos delante de nosotros dos. Se acababan los días de penurias económicas y de trenes que pasaban de largo; comenzaba el tiempo de la abundancia y de la expansión.

Cogí la videocámara, la anclé al trípode y en un plano fijo me grabé explicando paso a paso a una supuesta audiencia cómo había conseguido averiguar el paradero del tesoro, describiendo con todo lujo de detalles cada una de las vicisitudes con las que me había tenido que enfrentar. Hablé de mis

equivocaciones, de la frustración al saberme nuevamente perdido cuando creí estar tan cerca del final. Tuve un recuerdo para el padre Gabriel y sus palabras que tanto me consolaron. Me explayé rememorando mi aventura en el metro y cómo el azar y un chispazo de lucidez me habían permitido lograr lo que parecía imposible, y me despedí haciendo el símbolo de la victoria con mis dedos.

El lunes por la mañana tuvo lugar el encuentro acordado. Me estaban esperando personas con las que ya había coincidido en alguna ocasión desde que se iniciara el concurso, como la misma Carla, con quien estuve charlando el viernes anterior por teléfono; o Lucía, la atractiva presentadora que conocí el primer día. También se acercaron a felicitarme algunos otros; imaginé que serían los encargados del sonido, cámaras y cosas por el estilo. Quien llevó la voz cantante en la reunión fue Giuseppe, el director de todo aquel tinglado. Después de darme la enhorabuena como el resto de los allí presentes, me explicó detalladamente cómo íbamos a proceder para que el descubrimiento del tesoro fuese lo más emocionante posible. En apenas una hora, todo quedó dispuesto para el miércoles siguiente, es decir, para el 15 de febrero de 1990.

15.

Dediqué la mañana del martes a pasar todo el tiempo que pude con Valeria. Tantas emociones me habían alejado de mi pequeña en los últimos días. La echaba de menos y añoraba pasear con ella. Necesitaba abrazarla mientras le hacía cosquillas y escuchar en su lenguaje no del todo perfeccionado cómo me contaba ilusionadísima cualquier cosa que le hubiese ocurrido. Yo nunca le corregía sus errores gramaticales, cada vez menos frecuentes. Para mí esos fallos eran preciosas perlas que intentaba atesorar, consciente de que el tiempo terminaría arrebatándomelas. Por eso me gustaba disfrutar de sus extrañas conjugaciones verbales, de los líos que se hacía con los pronombres personales o de sus palabras sacadas de solo Dios sabe dónde. Solía decir *pila* en vez de «mira»; *gomita* en vez de «vomita»; *farolito* en lugar de «favorito»; *menomenal* en vez de «fenomenal», o *yo lola* en vez de «yo sola». Aquellos errores eran mi tesoro, el tesoro de un padre que ve que su pequeña está creciendo demasiado rápido y solo pretende alargar el máximo tiempo posible una etapa que sabe que nunca volverá.

Aquella mañana fuimos juntos a la rehabilitación de su tobillo

atravesando en metro la ciudad. Casualmente, debíamos bajarnos en Plaza de Castilla para coger allí un autobús que nos llevara hasta la clínica del doctor Santos. Cuando paramos en la estación de Tetuán, no pude evitar bajarme del vagón. Llevé a Valeria hasta la taquilla número 7 que, aún cerrada, esperaba sin impacientarse unas manos que la abrieran y liberaran por fin el cheque que custodiaba desde hacía ya algunas semanas. Le susurré al oído a mi pequeña el tesoro que la taquilla guardaba en su interior y se puso a dar saltos de alegría sin parar hasta que nos subimos en el siguiente tren para continuar nuestro camino.

La sesión de rehabilitación duró algo menos de una hora. La articulación progresaba adecuadamente y quizás a finales de semana Valeria estaría en condiciones de volver a correr, saltar y jugar con sus amigas. A la salida nos tomamos un buen chocolate con churros y después fuimos a un parque para tumbarnos en un jardín aprovechando que aquel día el sol calentaba bastante. Era algo que solíamos hacer a menudo, y nos encantaba. Allí, escuchando el cantar de los pájaros, Valeria me insistía una y otra vez para que le contase cosas que me habían ocurrido a mí de chiquitito. El tiempo voló mientras le hablaba de mis travesuras en la playa, de mis disfraces de carnaval, de mis compañeros de colegio, de los cuentos que mi abuela me contaba, de cuando tuve que repetir párvulos... Eran cosas mil veces repetidas, pero que ella disfrutaba como si fuese la primera vez que las oía.

Antes de volver a casa, hicimos un alto en una floristería. Valeria salió de ella abrazada a un osito de peluche y yo con una rosa en las manos. Era mi regalo de San Valentín para Lucía.

Pasé parte de la tarde y de la noche trabajando en Vendetta, haciendo decenas de pizzas y pastas con las más diversas salsas. El negocio iba viento en popa, lo que repercutía en el ajetreo de la cocina, donde Massimo y yo nos las veíamos y nos las deseábamos para dar abasto a tanta comanda. Yo ya le había insinuado al jefe lo bien que nos vendría otro par de brazos allí dentro, pero siempre que lo hice su cara, seria y malhumorada, me hacía cambiar de tema rápidamente. Quizás fuese por el exceso de trabajo, pero lo cierto es que esa jornada Massimo estuvo muy nervioso; su comportamiento fue extraño, pareció por momentos bastante descentrado y cometió errores de principiante con el tiramisú y la panacota. Como imaginaré, mi talante era totalmente distinto y, aunque el napolitano tampoco estuvo muy hablador, me pasé mucho tiempo contándole todo lo que pensaba hacer con el dinero del premio. Sin duda, una de las primeras cosas sería pasar unas vacaciones con Lucía y

Valeria en París o en Venecia, quizás en Estambul. Ya se vería. También había decidido alquilar una casa más grande y más céntrica de la que teníamos en esos momentos. Y ahí terminaban por el momento mis sueños a corto plazo, los de un futuro maravilloso que comenzaba a dibujarse en el horizonte y que yo tenía al alcance de la mano. Mi jefe volvió a embarcarse en uno de esos viajes en los que a veces entregaba el alma: mirada perdida, voz apagada y cuerpo ralentizado. Nada que no se solucionase al día siguiente, tal y como me tenía acostumbrado. Así que, conociendo la evolución de su comportamiento y con mi mente haciendo planes a mil por hora, dejé que todo transcurriera plácidamente sin preocuparme por nada en absoluto.

Hice el camino de regreso a casa sin que los pies tocaran casi el suelo. Me apeé del metro una parada antes de la que me correspondía y salí a la superficie. La noche estaba gélida y ya la escarcha comenzaba a formarse por el suelo. Y aunque el frío no invitaba a deambular por las calles, sentía la necesidad de que mis pulmones se llenaran de aire puro. Quería tener un momento a solas conmigo mismo dejando que el cerebro ordenase ideas y pensamientos, preparándome para el día venidero, que tan brillante se anunciaba. Cada paso que daba por la oscura y solitaria avenida me acercaba a una nueva vida, o al menos eso era lo que yo creía.

Cuando abrí la puerta de casa, Lucía me estaba esperando sentada en el sofá con una taza de humeante sopa entre las manos. Verla allí ataviada con una de mis sudaderas (que tan anchas y largas le quedaban) me produjo una alegría inmensa. Me di cuenta de lo afortunado que era de tenerla a mi lado. La amaba perdidamente y ella me quería con locura. Quedé atrapado en sus ojos azules una vez más y, cuando estuve a su lado, la abracé y comencé a besarla como hiciera la primera vez, pero apenas me dejó. Se apartó con suavidad unos centímetros, interpuso un dedo entre nuestros labios y comenzó a hablar. Me las dijo casi en un susurro, pero aquellas palabras quedaron grabadas en mí para siempre:

—He decidido robarte el alma. Será mía el resto de mi vida y tú vagarás como una marioneta, solamente corpóreo, siempre en busca de tu otra parte, que se habrá quedado conmigo. En verdad, un alma no se roba, más bien se entrega. No es tarea fácil, pero yo sé cómo conseguirlo. Lo he aprendido amándote estos años. Primero tengo que lograr que sientas que la mía está contigo, dentro de ti, mezclada con la tuya, como una especie de amalgama ingrátida. Poco a poco se irá apoderando de tu razón y de tus sentidos, y cuando haya conquistado hasta la última de tus defensas, ahí, en ese momento

justo, se irá retirando lentamente, retrotrayéndose hasta abandonarte y volver conmigo. Tu alma, entonces, sin saberlo, caminará detrás de la mía hasta quedar atrapada dentro de mí, de donde ya nunca podrá escapar. Sí, mañana te la robo. Ya lo he decidido.

16.

Al fin llegó el día que llevaba esperando tanto tiempo. Salí de casa temprano, ya que así lo había decidido Giuseppe, interesado en que la grabación se realizara lo más pronto posible, coincidiendo con la hora punta de la mañana, aquella en la que los pasillos, escaleras, andenes y vagones de metro están rebosantes de personas de todo tipo y condición. Ese intenso trasiego de gente —me aseguraba Giuseppe— haría más dinámico y emocionante el momento decisivo. Madre e hija aún dormían, así que, a modo de despedida, les di un suave beso a cada una de ellas: en la frente a Valeria, en los labios a Lucía. En la mesa del salón dejé una nota que decía: «Cuando volváis de la rehabilitación, muchos de nuestros sueños comenzarán a hacerse realidad. Os quiero muchísimo».

Como un autómatas, me monté en el metro e hice los dos transbordos que necesitaba para conectar con la línea 1 en la estación de Gran Vía y, desde allí, llegar hasta la de Tetuán, donde debía encontrarme con todo el equipo del concurso. Después de haber visualizado en el plano de metro aquel recorrido decenas de veces, me lo había aprendido de carrerilla y sabía más que de sobra que entre Gran Vía y Tetuán existían ocho paradas intermedias, y me sabía de memoria todos sus nombres. Así que me hice un hueco en el atestado vagón e intenté dejarme llevar, saboreando los momentos previos al feliz acontecimiento que estaba a punto de protagonizar. Cuando el tren comenzó a frenar para detenerse en la estación de Tetuán, pude observar desde la ventanilla al director Giuseppe, con un maletín a sus pies, y a la presentadora Laura, tan elegante como siempre la había visto, con un micrófono en las manos. Movíase también por el andén un joven con cámara al hombro. Formaban un trío bastante peculiar que destacaba entre todo el gentío. Salí del vagón y fui directamente hacia Giuseppe. Lo saludé estrechándole la mano. La suya estaba sudorosa y fría. Parecía nervioso, y no dejaba de mirar continuamente a un lado y a otro, como si estuviera buscando a alguien o si temiera por alguna cosa. Sin embargo, Laura era la imagen misma de la

tranquilidad. Nada en ella denotaba tensión, preocupación o nerviosismo. Sin duda, estaba mucho más acostumbrada a la cámara y vivía aquellos momentos con la máxima naturalidad. Busqué al joven de la cámara para saludarlo también, pero había desaparecido. Cuando pregunté por él me aclararon que había tomado ya posición para hacer su trabajo, grabando cada gesto mío. Sin embargo, Giuseppe me pidió que intentase olvidarme de él, que fuese espontáneo y que me preocupara tan solo de seguir rigurosamente las instrucciones tal y como me las habían dado, sin saltarme ningún paso y sin obviar ninguna cosa que estuviera en el guion.

—Recuerda, Diego, que debes acercarte despacio a la taquilla —me dijo mientras se secaba con un pañuelo el sudor que comenzaba a bañar su frente—. Cuando llegues a ella, señala con tu dedo el número 7 que está escrito en el margen superior izquierdo. A continuación, introduce muy lentamente los tres números del código, dejando que transcurran un par de segundos entre el 1 y el 4 y entre este último y el 9.

—Además —me apuntó Laura—, es muy importante que te posiciones en diagonal a la taquilla, de tal manera que dejes libre el flanco izquierdo. De esta forma, evitarás que ninguna parte de tu cuerpo se interponga entre tus dedos y la cámara, que te estará grabando desde ese lado mientras introduces el código.

—Ya sabes, cuando se abra la taquilla encontrarás en su interior una caja que contiene el cheque con los cien millones de liras italianas. Muéstrala hacia el lado de la cámara —sentenció Giuseppe.

—Y si hubiera mucha gente por medio ¿cómo lo hago?

—Pues... No sé, la verdad. —Giuseppe volvía a dar muestras de estar bastante descentrado, algo impropio de la persona que debía planificar y dirigir todo aquello. Fue Laura quien acudió en su ayuda, tomando nuevamente las riendas.

—Hazlo como si hubieses ganado un trofeo de *calcio*. Alza la caja tanto como tus brazos te lo permitan y muéstrala por encima de tu cabeza. No te preocupes del resto, nuestro cámara es un profesional y sabe lo que se hace. Ha estudiado concienzudamente todos los ángulos posibles y habrá encontrado una solución para cada uno de los obstáculos que se puedan interponer entre tu persona, la caja y su objetivo. No es la primera vez que nos encontramos en una situación como esta.

—Tú solo asegúrate de que muestras la caja por el lado donde tiene el logotipo del programa, para que así la audiencia pueda reconocerla —dijo

Giuseppe antes de mirar repetidas veces su reloj.

—Y celebra el momento de la forma más espontánea posible. Ahí te dejamos absoluta libertad.

—De acuerdo. Me parece que lo tengo todo bastante claro: me acerco despacio, señalo el número de taquilla, me posiciono dejando libre el lado izquierdo, introduzco el código con parsimonia, saco la caja, la alzo como un trofeo mostrando el logotipo del programa y lo festejo con toda la alegría de la que sea capaz.

Con todo ya aclarado, comencé a andar en dirección a las taquillas cuando la voz de Laura me hizo detenerme y volver mi vista atrás.

—Cuando termines, reúnete con nosotros fuera. Estaremos esperándote en el acceso de la calle General Margallo, ¿de acuerdo?

Asentí en dos ocasiones levantando mi dedo pulgar y continué el camino recién interrumpido, repitiéndome una y otra vez todo lo que debía hacer. Lentamente, fui acercándome a las taquillas, esquivando a todo aquel que se interponía en mi paso, con la mirada fija en mi objetivo y con una sonrisa imposible de disimular en el rostro.

A cada paso que daba, menos percibía yo el ajetreo existente en el andén. Mis oídos se hicieron sordos a los ruidos que saturaban el ambiente. Mis ojos solo tenían luz para ver las taquillas, cada vez más próximas, y mi mente contenía un pensamiento único. Hice lo que me dijeron tal y como me lo dijeron: marqué con mi dedo el número 7 de la taquilla y me situé diagonalmente, dejando libre todo el flanco izquierdo. Pulsé el número 1, respiré dos veces antes de pulsar el 4 y otras dos antes de hacer lo propio con el 9. Con un ruido seco se abrió el cerrojo, y a mi merced quedó tanto el interior de la taquilla como el contenido que guardaba. Se reducía este a una caja de mediano tamaño con letras negras escritas sobre el logotipo del concurso, un baúl rebosante de monedas de oro con una frase sobrescrita: *In cerca del tesoro*. En el mismo instante en el que la cogí, me convertí en Franco Baresi, el legendario defensa central italiano, quien unos meses antes había levantado la tercera Copa de Europa del AC Milán tras ganar al Steagua de Bucarest en la final de dicha competición. Al igual que hiciera el capitán milanés al recoger a la Orejona, icé yo la caja de los cien millones de liras. Busqué con mi mirada al cámara que debía estar grabando todo aquello, pero la única cámara que encontré fue la de seguridad, que estaba orientada hacia la zona de las taquillas. Realmente, estaba dando todo un espectáculo, y fueron muchas las personas que miraron extrañadas cada uno de los movimientos que

yo estaba haciendo, pero con ocho millones y medio de pesetas en mi poder no existía ridículo alguno que me impidiera danzar, saltar e incluso besar a una señora mayor que por allí pasaba. Laura se acercó entonces con su micrófono y, en medio de aquel alboroto, me dio la enhorabuena. A continuación, se adelantó unos pasos y comenzó a decir unas palabras que, aunque no llegué a escuchar, seguramente estaban dirigidas a los espectadores. Finalmente, se marchó de allí mientras yo continuaba delante de las taquillas abrazado a la caja del tesoro. Un rato después, salí del metro por las escaleras que me llevaban a la calle General Margallo. Estaban esperándome Giuseppe, Laura y el joven cámara. Grabamos una última entrevista en la que fui elogiado por mi hazaña y felicitado una vez más. Dediqué el premio a mi familia, sin la que nunca hubiera logrado el triunfo, y para terminar mostré mi agradecimiento a todas las personas que habían hecho posible aquel concurso.

Nos despedimos allí mismo, citándonos al día siguiente para hacer efectivo el pago del cheque y terminar de arreglar algunos flecos pendientes. Ellos subieron a un taxi y yo volví a bajar al metro. Estaba deseoso de recrearme en lo que acababa de conseguir.

En el camino de vuelta a casa me detuve para recoger un vestido que el día anterior había dejado apartado en una tienda. Se trataba de un hermoso traje rojo con el que quería cumplir una promesa, la que un día le hice a Valeria de regalarle un vestido como el que la infanta Margarita viste en uno de sus retratos del Museo del Prado. Aquella ocurrencia mía había despertado tanta ilusión en mi pequeña que no dudé en remover cielo y tierra hasta encontrar uno más o menos similar. Tuvieron que hacerle algunos arreglillos, pero, tras estos, el parecido entre ambos era más que razonable. Más contento que unas castañuelas, observé a la dependienta mientras lo metía muy bien dobladito en una caja de mediano tamaño envuelta en papel crepé de color amarillo sujeto con un lazo verde.

Llegué a casa eufórico, con la caja bajo un brazo y con un ramo de rosas para Lucía en la otra mano. La nota que había dejado tenía señales de haber sido leída. Estaba deseando que regresaran mis dos mujeres para entregarles sus regalos y poder compartir con ellas tanta felicidad que llevaba dentro. Se me ocurrió también reservar mesa para cenar en el Corral de la Morería, donde flamenco y buena cocina se dan la mano cada noche desde 1956. Quería darme ese gustazo con Lucía y Valeria. Estaba convencido de que mi pequeña se quedaría alucinada con el espectáculo de guitarra, baile y cante, y Lucía ya me había dado a entender en más de una ocasión que estaría encantada de

poder cenar allí alguna noche. Satisfecho con mi ocurrencia, me tumbé en el sofá y me puse a escuchar algo de música. Elegí para la ocasión uno de mis discos favoritos por aquel entonces: *Like a prayer*, de Madonna. Desde su lanzamiento el año anterior, el álbum se había convertido en todo un éxito internacional y había recibido elogios por parte del público, de la crítica y hasta de los grandes de la música del momento. Al parecer, era el trabajo más íntimo realizado por la talentosa e innovadora cantante estadounidense. Muchas de las canciones de su disco tuvieron muy buena acogida en numerosos países. Entre ellas destacó *Like a prayer*, que, además de dar título al disco, era el nombre de uno de los temas. Pasó a la historia de la música por su polémico videoclip, donde símbolos religiosos e insinuaciones sexuales compartían plano. Y qué decir de *Express Yourself* o de *Promise to try*. Esta última era mi preferida, ya que en ella Madonna recordaba a su madre, a la que había perdido de pequeña tal y como me había sucedido a mí. Mientras sonaba la canción, busqué acomodo en el sofá. Mi cuerpo fue relajándose tras la tensión y las emociones acumuladas en las horas previas. Parecía como si la voz de Madonna estuviese inyectando serotonina en mi cuerpo, pues tal era la sensación de calma y bienestar que fue apoderándose de mí. Poco a poco fui perdiendo la conciencia hasta que, escuchando los acordes finales de la canción, me quedé plácida y profundamente dormido.

TERCERA PARTE

Muerte en vida

1.

La explosión se produjo exactamente noventa y ocho minutos después de que cerrara yo la taquilla número 7 de la estación de Tetuán. Las cadenas de radio comenzaron a informar de lo ocurrido apenas cinco minutos más tarde, intentando encontrar una explicación para algo que todavía en esos momentos era inexplicable. Una cámara de Televisión Española llegó al lugar de los hechos solo veintidós minutos después de la tragedia. Sirenas de bomberos, luces de ambulancia y los dos accesos a la parada de metro acordonados por la policía. Eso es lo que vio y escuchó quien sobre las diez de la mañana se encontrara por las calles General Margallo y Bravo Murillo el miércoles 15 de febrero de 1990. Cuatro largas horas transcurrieron hasta que la Delegación del Gobierno en Madrid y el Ministerio del Interior se decidieron a ofrecer a la ciudadanía una versión oficial de los hechos. Según las citadas fuentes, sobre las 9:53 de la mañana había explotado un artefacto de escasa potencia situado en el interior de una de las papeleras de la estación de metro Tetuán, en la zona norte de la ciudad. Nada se sabía todavía de la autoría del cruel suceso. La Policía y la Guardia Civil trabajaban a marchas forzadas para encontrar al autor o a los autores. En esos momentos, únicamente se tenía la certeza de que la explosión había provocado tres muertos y varios heridos de distinta gravedad.

Yo me enteré demasiado tarde de lo ocurrido. Dormí más de lo deseado y, cuando desperté, estaba tan ensimismado en mis pensamientos, recreándome una y otra vez en todo lo que había vivido recogiendo la caja del tesoro, que no puse la televisión ni tampoco la radio, como habitualmente hacía a esas horas. De haberlo hecho, todo habría sido diferente, porque las distintas cadenas y emisoras dedicaban sus espacios exclusivamente a la explosión, a los posibles causantes y, por supuesto, a las consecuencias. Tampoco tuve la ocurrencia de bajar a la calle, donde no había ni una sola conversación que no girara sobre el mismo tema. De este modo, mientras toda la ciudad era un hervidero, yo andaba regodeándome en el éxito obtenido y el dinero ganado.

Sobre las 14:00 me extrañé de la tardanza de Lucía. Decidí bajar a la tienda de la esquina para comprar algunas viandas con las que improvisar el almuerzo. Aún no había cerrado la puerta cuando mi vecino José, que estaba abriendo la suya todavía jadeante por el esfuerzo realizado acarreado las bolsas de su compra, me preguntó si la radio o la televisión habían dado nuevos datos de la tragedia.

—¿De qué tragedia me habla, José? —El anciano me miró perplejo, creo que sopesando la posibilidad de que le estuviese tomando el pelo.

—¡Pero tú en qué mundo vives, joven! ¿No me digas que todavía no te has enterado?

—Enterarme de qué, si puede saberse.

—Pues de la explosión del metro, de qué va a ser. No se habla de otra cosa. Dicen incluso que ha habido tres muertos. ¡Miento! Han sido cuatro. Por lo visto, durante la mañana uno de los heridos también ha terminado cadáver. ¡Que Dios los acoja en su seno!

Perplejo por la noticia, solo se me ocurrió preguntarle si había sido un accidente.

—Eso es lo que no está del todo claro. Parece que ha explotado un artefacto o algo así, pero siguen sin saber qué es lo que ha ocurrido exactamente. Para mí que esto es obra de los militares. Si ya sabía yo que tarde o temprano algún golpista iba a liarla de nuevo. Lo de Tejero, que Dios lo mantenga en la cárcel por muchos años, no fue el final de nada, como muchos decían. Aquí en España aún quedan muchos que añoran los años del Cara al sol y la mano dura del Caudillo.

Comencé a temer que el bueno de mi vecino se pusiese a divagar sobre política como tantas veces hacía, introduciéndose en un dédalo de recuerdos, teorías y soluciones de su propia cosecha para acabar con los problemas de España, del que, por cierto, tardaba bastante en salir. De este modo, antes de verme atrapado en un soliloquio interminable que, por el respeto que impone la diferencia de edad que nos separaba, sería yo incapaz de interrumpir de buenas a primeras, me excusé arguyendo que no podía entretenerme si quería hacer la compra antes de que cerrasen las tiendas. Así que, cuando apenas había el pobre comenzado a saborear una encendida plática política que ya daba por segura, mis ágiles piernas bajaban a toda prisa las escaleras en busca de la calle.

Afortunadamente, el dueño del ultramarino aún continuaba con el negocio abierto cuando llegué. Estaba solo, pero tardó en percatarse de mi entrada. Sus cinco sentidos estaban puestos en la pequeña radio que en una esquina del mostrador le hacía compañía. Las palabras del locutor se apretujaban en un desesperado intento por informar de la última hora de la noticia del día y por esclarecer unos hechos que, a pesar del tiempo transcurrido, seguían siendo confusos. Continuamente pronunciaba palabras como tragedia, catástrofe, fatalidad, angustioso, cruel, muerte, horror y cosas por el estilo. Me bastaron

un par de minutos para ir cogiendo onda y hacerme una idea más o menos precisa de lo que había ocurrido allá en el metro. Me impresionó mucho cuando escuché que la explosión se había producido en la estación de Tetuán. Realmente, quedé impactado por la macabra casualidad. Compré algunas cosillas y subí a casa deseando ver a Lucía y a Valeria, convencido de que ya habrían llegado. Sin embargo, ninguna voz respondió a mi saludo, ningunos pasos salieron corriendo a darme el encuentro como habitualmente hacía mi hija. Por un momento, me pregunté si debía inquietarme, pero sacudí la cabeza intentando desprenderme de aquella idea absurda. Sin duda, la demora debía atribuirse al hecho de que la línea 1 de metro estuviera cortada y, seguramente, debía faltar poco para que la puerta se abriera y Valeria entrara como un torbellino. Así que preparé la mesa para el almuerzo, extendiendo sobre ella el mantel de cuadros blancos y azules que tanto nos gustaba y distribuyendo platos, vasos, cubiertos y servilletas como hacía todos los días. Miré el reloj, las 14:48. Cogí el cuaderno donde las semanas previas había ido anotando mis ocurrencias sobre la búsqueda del tesoro, me senté en el sofá y me dediqué a ojearlo, rememorando cada una de ellas mientras mordisqueaba un trozo de fuet. Entre aquellas anotaciones perdí la noción del tiempo. Cuando volví a mirar el reloj eran ya las 15:36, y Lucía y Valeria seguían sin aparecer. Y fue entonces cuando comencé a preocuparme de veras. Un pensamiento terrible sobrevino y me inundó de incertidumbre. ¿Se habrían visto involucradas en la explosión? Empecé a perder el control sobre mí mismo. Lo sé porque no atinaba a la primera con aquello que quería hacer y me tuve que detener en cuatro o cinco ocasiones hasta recordar hacia donde había decidido dirigirme. Salí de casa y fui a pedirle a mi vecino José que si llegaba Lucía me hiciera el favor de decirle que me esperara en casa, que yo me encontraba bien, y que tan solo había salido a buscarlas. Si yo andaba preocupado, más motivo tendría Azul en estarlo al haberse producido la explosión justo en la parada de metro donde yo había estado por la mañana. Avisado mi vecino, cogí un taxi y me planté en el mismo acceso de la estación de Tetuán por la que había salido hacía apenas unas horas. Todo estaba acordonado y ocupado por la policía. Multitud de curiosos se arremolinaban por allí, algunos observando no se qué (porque nada había de interés en la calle), muchos formando corrillos exponiendo sus teorías sobre lo ocurrido, casi todos con un transistor pegado a la oreja esperando nuevos detalles del fatal suceso. Mi reloj marcaba las 16:54. El desconcierto en el que me movía iba en aumento. No sabía cómo debía actuar ni a dónde dirigirme ni a quién preguntar para tener noticias de

Lucía. Decidí entonces volver a casa, esperanzado con la posibilidad de que, al llegar, madre e hija estuvieran esperándome en el salón. Pero tampoco estaban cuando llegué. Le pregunté a mi vecino José si había visto a mi mujer y me dijo que no, pero que el teléfono de mi casa había sonado en tres ocasiones durante mi ausencia. Aquel comentario rehízo mi ánimo. Seguramente se trataría de Lucía, que llamaba para darme cuenta de su situación. Ya más tranquilo, me preparé una copa y me senté en el sofá esperando a que el teléfono volviera a sonar. Mi vaso se vació en dos ocasiones antes de que se me ocurriera llamar a la clínica de rehabilitación donde Valeria estaba tratándose su tobillo. Quizás allí pudiesen decirme algo que explicase lo que les había ocurrido a mi esposa y a mi hija. Cogí el teléfono, marqué el número de la clínica y tras cuatro tonos de llamada, una voz femenina me daba las buenas tardes antes de preguntarme qué deseaba.

—Buenas tardes, soy Diego González. Esta mañana mi hija Valeria acudió a vuestra clínica para una sesión de fisioterapia y me preguntaba si ustedes me podrían decir a qué hora salió de allí con su madre. —Como noté un atisbo de duda en la voz que me escuchaba añadí—: Lo pregunto porque aún no han vuelto y con esto de la explosión de metro ando un poco preocupado, ya sabe.

—Espere un momento, voy a consultar el cuaderno de visitas de esta mañana. No cuelgue, por favor.

Pasaron tan solo unos instantes, pero debo decir que se me hicieron eternos.

—Aquí estoy otra vez. Me ha dicho usted que su hija se llama Valeria. Vamos a ver...

—Valeria González Pérez, tiene tan solo cuatro años —dije yo intentando aportar nuevos datos que aligeraran la búsqueda.

—Sí, aquí está. Valeria González. Efectivamente. Tenía cita con nosotros esta mañana, pero no ha acudido y tampoco ha llamado para cancelarla.

No daba crédito a lo que acababa de escuchar, así que insistí para que se cerciorara de que no se trataba de algún error.

—¿Está usted completamente segura? Puede que alguien se haya olvidado de registrar la consulta o que haya cometido algún error y lo haya hecho con otro nombre.

—Lo siento, caballero. Yo misma me encargo de llevar el registro. No he faltado ni un minuto a mi puesto de trabajo y le puedo asegurar que su hija no ha estado aquí esta mañana.

Cuando colgué el teléfono vi que eran las 18:27. Intenté mantener la calma y pensar positivamente, pero la angustia se fue apoderando de todo mi cuerpo. Los minutos pasaban despacio, el teléfono se afanaba en mantenerse mudo y yo parecía un león enjaulado, dando vueltas por el salón de casa, notando cómo la ansiedad iba en aumento. Así pasé más de dos horas, hasta que a eso de las 20:50 el teléfono por fin sonó. Salí corriendo como un poseso, lo descolgué y, sin tiempo a que me hablaran, pregunté sin poder disimular mi agitación si era Lucía la que llamaba.

—¡Lucía! ¡Lucía! ¡¿Eres tú, Lucía?! ¡¿Dónde os habíais metido?!

Sin embargo, quien me respondió fue una voz masculina. Aunque sonaba serena, juraría que se esforzaba por enmascarar cierta aflicción.

—¿Es usted Diego González? —dijo el desconocido.

—El mismo. ¿Puedo saber con quién estoy hablando?

—Soy el teniente Chacón. Se trata de su hija y de su mujer. —Tras un largo silencio que no auguraba nada bueno añadió—: lo siento.

2.

Como dije unas páginas atrás, me enteré demasiado tarde de lo ocurrido. Al hacerlo, se apoderó de mí el horror más absoluto que una mente humana sea capaz de imaginar. Cuando fui consciente de todo, solo quedaba el dolorosísimo trance de reconocer los cuerpos. Atrapadas madre e hija en el abrazo eterno de la muerte, las vi por última vez. Muy de mañana había besado unos labios y una frente que plácidamente dormían; ya de noche, contemplaba sus cuerpos sin vida mientras el mío se desgarraba por dentro provocándome un dolor infinito que todavía hoy sigo sintiendo.

Estuve muy pocos minutos en el depósito de cadáveres, solo el tiempo indispensable para cumplir con el trámite de la identificación. La frialdad de sus dependencias se impregnó en mis huesos y cuando salí de allí tuve que pararme a vomitar en la calle hasta en dos ocasiones. Mi mundo se derrumbó por completo aquella trágica noche. Dos vidas sesgadas y otra maltrecha para siempre, tanto que más que vida, muerte en vida debe llamarse.

Valeria, mi pequeña, falleció en el acto. No tuvo tiempo de conocer los entresijos de la vida ni momentos para poder distinguir la maldad de la

bondad o el triunfo de la derrota. Su corta e inocente existencia no le permitió entender de pasiones ni de rebeldías, ni de gloriosas victorias, ni de indignaciones, ni de heridas que tardan en cicatrizar al encontrarse cerca del corazón. No tuvo ocasión de tener sueños imposibles, de esos que algunas personas a base de tesón, constancia y confianza en sus capacidades a veces consiguen transformar en realidad. Jamás tuvo retos o desafíos que superar, y mucho menos la posibilidad de aprender de sus equivocaciones tropezando dos, tres o cuatro veces con la misma piedra. No pudo tener fe en nada, porque de fe nada entendía; no le dieron la oportunidad de tomar sus propias decisiones y no le fue permitido ni siquiera enamorarse una sola vez. Asesinaron una vida no vivida aún y, como herencia, tan solo pude quedarme con el recuerdo de los besos que me regalaba cada mañana, de su risa contagiosa, de los impacientes pasos que siempre venían a mi encuentro cada vez que llegaba a casa y de la ternura de la voz con la que me llamaba papá.

Lucía, con quemaduras en todo el cuerpo, no falleció inmediatamente tras la explosión. Lo hizo a las 12:07 en la unidad de quemados del Hospital Universitario 12 de octubre, elevando a cuatro el número de muertes. Murió sola. No pude sostener su mano mientras la muerte la arrancaba de este mundo. Se fue llena de dolor y con la pena de saber que Valeria había fallecido horas antes. Con sus ojos se cerraron también las ilusiones azules que solo ella veía y que a mí me contagiaba. Inconclusos quedaron sus deseos y sus proyectos, como el de obtener una plaza de administrativa y algún otro que yo intuía que se estaba gestando en su interior, pero que no tuvo tiempo de compartir conmigo. Estoy convencido de que se acercaba el momento de tener una de esas conversaciones trascendentes que a veces me regalaba y que tanto bien nos hacían, porque sus planes siempre eran geniales y su clarividencia le hacía tomar decisiones acertadas que hacían crecer nuestra felicidad exponencialmente. Moría una mujer adelantada a su época, moría el entusiasmo hecho carne, moría un corazón henchido de nobleza, y con ella se apagaba la mirada azul más hermosa que ha existido sobre la faz de la tierra.

Roto por el dolor, comprendí que las últimas palabras que me había dirigido la noche anterior no podían haber sido más acertadas. Había conseguido desposeerme de mi alma, me la había robado. Tal y como predijo, mi espíritu había abandonado mi cuerpo para adentrarse en el suyo. Y atrapada en ella, mi alma se perdió también. Desde ese día, el que había debido inaugurar una nueva vida para nosotros, no existe. Lucía se quedó con mi esencia, murió abrazándola. Junto con Valeria, seguramente fue lo último que

vieron sus ojos azules.

Y hasta aquí llegan los hechos de mi vida, una vida que pertenece al pasado, ya que ni presente tiene ni futuro espera. Todo lo vivido desde entonces no lo puedo considerar vida. En todo caso, como ya he apuntado, ha sido una muerte en vida. El tipo de muerte más horrenda que pueda tener ningún ser humano, pues cuando una persona se convierte en polvo y vuelve a la tierra de la que surgió, su ser halla en la muerte descanso y paz. Pero la muerte a la que me estoy refiriendo no sabe de alivio, sino de tormento; no trae reposo ni sosiego, sino agonía y sufrimiento. Es una muerte que te hiere todos los segundos de cada día, punzadas de dolor que el tiempo no cura al no existir remedio para un alma destrozada como la mía.

Decían los antiguos griegos que existía en el mundo de los muertos un lugar temible reservado para aquellos que en vida habían osado desafiar a los dioses. Se encontraba en las mismas entrañas del Inframundo, mucho más profundo que el Hades. Era un espacio de condenación eterna donde los gritos de angustia no cesaban nunca, y es que allí la agonía también era perpetua. Aquel lugar tenía por nombre Tártaro, y solo evocarlo sobrecogía hasta al más valiente de los héroes. Se encontraba rodeado por tres altas murallas y estaba defendido por una enorme torre cuya inexpugnable puerta de bronce constituía su único acceso. Los infelices condenados quedaban bajo la vigilancia de los Hecátónquiros, tres gigantes de cincuenta cabezas y cien brazos que todo lo veían y de los que nada escapaba.

El Tártaro era temido hasta para los mismísimos dioses, y Zeus, el más grande de todos, amenazaba a sus congéneres con encerrarlos allí cuando alguno de ellos osaba oponerse a sus designios.

Los primeros que padecieron en esta prisión de ultratumba fueron los titanes. Zeus los apresó en aquel lugar oscuro y tenebroso cuando consiguió destronarlos, tal y como ha quedado narrado en la Titanomaquia. Después de aquello, muchos otros fueron los condenados a sufrir y a padecer tormento en él, siendo norma general que se les impusiese un castigo equivalente a la falta cometida en vida.

Así, por ejemplo, legendario fue el tormento de Sísifo, el que había sido rey de Corintio y que no dudó en encadenar a la muerte cuando esta lo visitó para llevárselo. Tiziano lo inmortalizó cumpliendo con su eterno castigo, cargando en sus hombros una pesada roca mientras ascendía por la ladera de una montaña. Cuando la cumbre alcanzaba, Sísifo no encontraba respiro, porque la roca rodaba otra vez hacia abajo y su tortura comenzaba de nuevo.

Piense también en Ticio, que pretendió forzar a la madre de Apolo y Artemisa y terminó encadenado al suelo mientras dos buitres devoraban su hígado, que continuamente se regeneraba. Interésese por la historia de Ixión, mortal que fue atado a una rueda de fuego en constante movimiento por querer seducir a la mismísima Hera, esposa de Zeus. Mire la pintura que de él hizo José Ribera, observe el sufrimiento que en su rostro se refleja y apiádense de su padecimiento. Recuerde si quiere, para concluir, el suplicio de Tántalo, condenado dentro de un lago al hambre y a la sed eternas. El agua, que por la barbilla le llegaba, siempre se retiraba cuando el desdichado quería saciar su sed. A su alcance tenía ramas repletas de frutos, mas cuando pretendía tomarlos, las ramas se alejaban y solo lograba rozarlos.

Los dioses también me arrojaron a mí al Tártaro que tanto temían los antiguos griegos. Mi condena, soñar cada noche con Valeria y Lucía y sentir que no se trata de un sueño. Creer que todo lo que veo es real, pues nada ocurrió el 15 de febrero de 1990. Cuando vuelvo del trabajo, ambas están en casa: Valeria jugando con sus muñecas, Lucía estudiando sus oposiciones. Oigo la voz de Lucía y escucho la risa de mi pequeña. Puedo verlas. Lucía me ilumina con el brillo de sus ojos azules mientras que Valeria, vestida con el trajecito rojo que nunca pude darle, sale corriendo hacia mí con los brazos extendidos llamándome papá. Pero cuando estoy a punto de abrazarla y besarla, madre e hija se convierten en humo y desaparecen, el silencio se apodera de la casa y la oscuridad lo cubre todo. Entonces me despierto empapado en sudor frío, gritando de angustia y llorando hasta secarme por dentro, y la madrugada me hace compañía hasta el amanecer, pues ya no puedo conciliar de nuevo el sueño.

Tal es el castigo que me impusieron los dioses, un sufrimiento eterno que se repite cada noche desde hace casi veintinueve años. El día pasa despacio y durante las horas de luz ningún bálsamo encuentro para mi espíritu. Anochece y tiemblo de miedo, pues en la oscuridad, vencido por el cansancio, sé que volveré a soñar pensando que todo es real. Y seré feliz tan solo durante unos pocos segundos, mientras contemplo a Lucía y a Valeria, hasta que el humo vuelva a escapárseme entre los dedos, recordándome que las dos murieron y que nunca más las podré abrazar.

Como ya he dicho, hasta aquí llegan los hechos que marcaron mi existencia. Se aproxima el momento de las explicaciones. Tenga a bien seguir acompañándome y tendrá respuestas para las dudas que seguramente sobre su entendimiento ahora se ciernen. Y disculpe si el camino hacia la comprensión

de los hechos se le hace tedioso. Piense que yo he tardado más de veintiocho años en recorrerlo mientras que para usted el final está a unas cuantas páginas de distancia. Entienda mi vacilación en dejar constancia escrita de ello. Sea benévolo con mi indecisión, pues hay cosas que todavía usted no sabe y que elevan la crueldad de lo que hasta este instante he contado. Y ahora, si excusado estoy y preparado se halla, pongámonos sin más dilación en camino.

3.

Regresé a casa tan solo el tiempo necesario para darme una ducha y ponerme ropa limpia. Llevaba dos días sin cambiarme y comenzaba a oler a agrio. Dejé la sala del tanatorio donde seguían velando a Valeria y a Lucía unas pocas personas. Amigos, mayormente. También estaba la poca familia que Lucía tenía, y nadie más.

Cuando salía de casa nuevamente y me encontraba cerrando con llave la puerta, mi vecino José se acercó a darme el encuentro. No me dijo nada, directamente se vino hacia mí y me abrazó. Me derrumbé como un chiquillo y más fuerte sentí su abrazo. Logré recomponerme y José puso un brazo sobre mi hombro y me dio el pésame. Se lo agradecí enormemente. Nunca gesto y palabra tan sencillos hicieron tanto por una persona. Al marcharme, cuando a punto estaba de comenzar a bajar las escaleras, me llamó. Me giré para saber lo que deseaba y empezó a andar hacia mí. Lo hizo como los años obligan a andar, muy despacio, pues nada de prisa les queda a unos pies que ya han recorrido casi todo el camino que tenían por delante. Mientras se acercaba, observé cómo intentaba sacar algo del bolsillo de su pantalón. Sus manos, temblorosas y torpes por la edad, aún no lo habían conseguido cuando llegó a mí. Finalmente, tras un último esfuerzo, me entregó un papel doblado por la mitad. Me dijo que lo había encontrado hacía dos días frente al portón de mi casa y que por temor a que se perdiera lo había recogido para entregármelo, tal y como estaba haciendo en esos instantes. Nada sabía de la persona que lo dejó allí, seguramente de madrugada, pues durante el día no había visto ni había escuchado a nadie. Agradecido por su buen hacer, tomé el papel y lo metí en el bolsillo trasero de mis vaqueros, donde quedó olvidado.

Por la tarde me llamaron del hospital para que fuese a recoger el resultado de la autopsia forense de Lucía, un trámite exigido por el juez y requerido por la investigación policial que se estaba llevando a cabo para

clarificar los hechos ocurridos. La lectura del informe donde se especificaban los detalles médicos de la muerte de mi mujer me dejó petrificado. Supe al leer que Lucía estaba nuevamente embarazada. Tan solo de seis semanas, pero una nueva vida comenzaba a brotar en sus entrañas. En ese instante lo comprendí todo. En los últimos días, el comportamiento de Lucía había sido algo diferente. Se la veía más feliz, más ilusionada, si cabe. Andaba con una sonrisilla en el rostro que denotaba que algo bueno, muy bueno, tenía al alcance de la mano, pero que todavía no quería compartirlo conmigo. Supongo que estaría esperando a que pasara todo lo del concurso para que no me descentrara y pudiese volcarme plenamente en él sin que otras ilusiones rondaran por mi cabeza. Eso explicaba sus ansias de que los días pasaran rápido. Era como si tuviera prisa, como si el presente le quemara, como si estuviera deseando comenzar algo nuevo. Y yo, que no terminaba de comprender qué demonios era aquello que se estaba gestando en su interior, lo vi todo con claridad meridiana. Así que de eso se trataba. ¡Íbamos a ser padres de nuevo! ¡Íbamos a comenzar, por así decirlo, una nueva vida! El dinero ya no supondría preocupación alguna, el premio del concurso nos lo garantizaba. Y el nacimiento de otro hijo era la guinda que le faltaba al delicioso pastel que era nuestra vida. Esa chispa de lucidez, como imaginará, fue dolorosísima. La crueldad me golpeó de nuevo y lo hizo con brazo poderoso. Había perdido más de lo que creía tener. Me desmayé en el acto, y cuando recuperé el conocimiento me sentía agotado, exhausto, al borde de mis fuerzas. No pude incorporarme de la cama en la que me encontraba. La enfermera me contó lo sucedido y me explicó mi situación. El doctor de urgencias que me había atendido decidió dejarme en observación durante veinticuatro horas, pues mi estado desaconsejaba que me marchara del hospital. Sin compañía alguna pasé ese nuevo e inesperado duelo, sollozando ininterrumpidamente y maldiciendo al Altísimo por su total abandono.

Salí al día siguiente del hospital ya recuperado y me fui directamente a casa. Todo allí había quedado tal y como Lucía y Valeria lo habían dejado antes de ir por última vez a la rehabilitación. En la mesa de la cocina aún estaba el zumo no terminado de Valeria y su tostada mordisqueada. Lucía, tras maquillarse, había vuelto a dejar abierto el mueble del baño, un típico descuido suyo que había dado inicio a no pocas discusiones en el pasado y que ahora constituía la última huella de su paso por este mundo. No quise tocar el pijama ni las zapatillas que Valeria había dejado revoloteadas por el sofá. No tuve valor para abrir los armarios y oler la ropa que colgaba de las

perchas. El ramo de rosas que le había comprado a Lucía comenzaba a marchitarse en el jarrón mientras la caja de papel crepé amarillo con el lazo verde que contenía el traje rojo para Valeria aún permanecía encima de la mesa donde lo dejé. Al pasar por su lado, rocé una de las cintas del lazo suavemente con mis dedos antes de cerrar todas las persianas para dejar la casa lo más a oscuras posible. Después, simplemente, me senté al borde de la cama y me volví a inundar de lágrimas mientras las horas pasaban lentamente.

4.

Apenas escuché el timbre. No tenía ni idea del tiempo que había pasado desde que el sueño me rindiera. De lejos, desde muy lejos, llegaba a mis oídos el ruido de los golpes que aporreaban la puerta, cansados ya de no obtener respuesta. Fui al cuarto de baño para echarme agua por la cara y la nuca antes de abrir y encontrarme de frente con un rostro que me era familiar, aunque no supe identificarlo de primeras. Venía acompañado por otra persona que me saludó cordialmente llamándome por mi nombre, presentándose como el teniente Chacón, Gonzalo Chacón, para ser más exactos, el mismo que se había encargado de anunciarme la fatídica noticia por teléfono. Cuando terminé de estrecharle la mano que me ofrecía, hice lo propio con su acompañante, aquel a quien recordaba haber visto en alguna otra ocasión. Ahora, al mirarlo nuevamente mientras su mano apretaba mi mano, lo reconocí sin ningún género de duda. Se trataba del individuo que con tanto celo me había perseguido justo cuando estaba yo a punto de invitar a comer al sacerdote de la iglesia de San Sebastián. Instintivamente, di un paso atrás, deshaciéndome bruscamente de su apretón de manos. Algo extrañado por mi reacción, el teniente Chacón carraspeó un par de veces y acto seguido me presentó a su compañero, López.

—Solamente estamos aquí porque queremos hacerle unas cuantas preguntas. Si puede atendernos, claro está.

—Comprendo. Pasen y tomen asiento, por favor. Disculpen cómo está todo, pero entenderán que...

Fue en esta ocasión el acompañante de Chacón quien tomó la palabra para expresar que se hacían cargo de la situación y que de nada debía yo avergonzarme. Era la tercera vez que veía a aquel individuo, pero hasta entonces no tuve la oportunidad de reparar en sus rasgos. Era un tipo atractivo y su porte rebosaba elegancia por los cuatro costados, hecho este que se veía

reforzado, además, por la circunstancia de que había alcanzado esa edad en la que uno adquiere los primeros signos visibles de madurez sin que le hayan abandonado del todo aquellos otros de esa juventud que empieza ya a dejar atrás. Y aunque nunca he sido muy bueno con eso de los años, me atrevería a asegurar que por aquel entonces López debería tener los treinta y dos o treinta y tres, más o menos los mismos que yo. Frente a él comprendí que tenía ante mis narices a una persona confiada y segura de sí misma, sabedora de su encanto natural, recurso que seguramente no dudaba en exprimir al máximo para facilitar aquello que se propusiera cuando la ocasión lo requiriera. Pertenece al tipo de gente que impone simple y llanamente por su presencia, intimidatoria a todas luces. Poseía un rostro anguloso, de esos que tanto gustan a muchas mujeres. Sus ojos eran de un intenso color negro, la nariz algo afilada y los dientes rectos y de un blanco inmaculado. La verruga que le asomaba en la oreja izquierda no conseguía reducir un ápice su atractivo, antes bien, parecía una imperfección puesta allí a propósito, como queriéndose hacer llamativa para recordarle al que la mirara que el tal López no era ajeno al defecto que obligatoriamente acompaña a todo ser de carne y hueso.

Comparado con él, Chacón ofrecía un aspecto descuidado y, me atrevería a decir, algo desaliñado. Su barba de tres días no le hacía ningún bien, como tampoco su pelo enmarañado. Sus ojos parecían cansados, estaban desprovistos de la chispa que incendiaba los de su acompañante. Vestía con colores apagados y prendas de otro tiempo mal lavadas (a tenor de los lamperones que las salpicaban) y peor planchadas. Constantemente se rascaba la barba e intentaba sin éxito ordenarse el pelo para que no le tapara las orejas. El teniente era mayor que López, ocho o diez años, al menos, aunque aparentemente le sobrepasaba en quince. Observándolos, no pude dejar de pensar que uno representaba el ocaso y el agotamiento, demasiado visibles en una persona a quien el horizonte de la jubilación aún quedaba lejos, mientras que el otro era la fuerza y la energía, el futuro prometedor de una profesión que requería de dotes excepcionales. El curso de los acontecimientos, no obstante, me demostró una vez más que las apariencias engañan y que aquello que reluce no siempre está hecho de oro.

—Díganos, señor González.

—Llámeme Diego, se lo ruego —le interrumpí.

—Está bien, Diego —continuó diciendo Chacón—. Hemos estado revisando todas las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad de la estación de Tetuán durante las veinticuatro horas anteriores a la explosión. En

ellas aparece usted entre las 7:57 y las 8:15 horas. ¿Nos podría explicar qué estaba haciendo allí?

¡Qué difícil se me antojó entonces decirles que estaba viviendo uno de los momentos más emocionantes de mi vida! ¡Cómo hacerles comprender que desde que me levantara ese día había tenido la sensación de estar tocando el mismísimo cielo con la punta de los dedos! Y allí, sentado en mi sofá junto a dos desconocidos, los intensos recuerdos de ese día volvieron de nuevo a ocupar su lugar en mi mente, nítidos y precisos, y las palabras comenzaron a dar testimonio de ellos.

—Me encontraba allí porque yo era uno de los participantes del concurso *In cerca del tesoro* —comencé diciendo—. No sé si habrán oído hablar de él, pero...

—Sí, sí. Estamos al corriente de ello y sabemos de su dinámica. Sepa que la dirección del concurso tuvo que pedir los permisos necesarios al Ayuntamiento de Madrid, conociendo este los detalles de lo que se cocía esas semanas en el metro. Prosiga con su relato, por favor.

—Entonces también sabrán que el día anterior había encontrado yo por casualidad el escondite del tesoro.

—¿Por casualidad, dice? Aclárenos esto, si es tan amable.

—Digo por casualidad porque en un principio las pistas que fui recibiendo semanalmente me hicieron pensar que el tesoro tenía que estar relacionado con la tumba de Pedro de Estopiñán.

—¿Pedro de qué? —me interrumpió bruscamente Chacón.

—De Estopiñán, jerezano que conquistó Melilla para Castilla allá por 1497.

—Entiendo. Continúe, se lo ruego.

—Tan convencido estaba de mi planteamiento que me pasé no sé cuántas horas en archivos parroquiales buscando su acta de defunción. La última en la que estuve fue la iglesia de San Sebastián. —Hice una pausa en mi relato, dudando de si referir o no el encontronazo que tuve con López cuando volví a la parroquia para invitar al padre Gabriel a comer. Pero decidí finalmente no contar por qué hui despavorido sin pensármelo dos veces. Curiosamente, el otro implicado en la persecución tampoco hizo mención alguna y, es más, siguió garabateando en su libreta como si nada.

—Sin embargo —continué explicando—, estaba equivocado, tal y como supe cuando, ojeando un plano de metro en la estación de Estrecho, la solución al enigma se me presentó clara como el agua. Allí todas las pistas cobraron

sentido pleno.

—¿Y qué pistas eran esas?

—Tres, concretamente. La primera fue «1-4-9-7», cuatro dígitos que resultaron hacer referencia tanto a la taquilla número 7 de la estación de Tetuán como a los tres números del código de su apertura.

—¿Pero por qué la estación de Tetuán y no otra?

—Porque la segunda pista decía «Al lado del Estrecho mirando hacia Castilla». Y Tetuán es la estación que está al lado de Estrecho si vamos en dirección a Plaza Castilla.

—¡Es magnífico! Sencillamente genial —dijo mientras se golpeaba una pierna con la palma de la mano y miraba a López intentando compartir con él su asombro—. Pero ¿cómo pudo deducir todo eso?

—Lo hice gracias a la tercera pista. En ella podía leerse «Bajo tierra», y bajo tierra precisamente me encontraba yo ojeando el plano de metro. A partir de ahí, solo un afortunado chispazo de clarividencia me hizo entender todo lo que ya le he contado.

—Continúe, continúe.

Bebí un poco de agua para aclararme la garganta antes de continuar hablando.

—Cuando llegué a casa telefoneé a la dirección del programa para comunicarles mi hallazgo y confirmar si estaba en lo cierto.

—Y lo estaba, claro está.

—Efectivamente —corroboré—. Así que nos citamos en Tetuán el miércoles 15 de febrero para preparar la grabación del momento en el que abriría yo la taquilla y encontraba el tesoro.

—Y eso fue precisamente lo que grabaron las cámaras de seguridad.

—Supongo que sí.

—¿Con quién se citó usted allí?

—Con el director del programa, un tal Giuseppe, y con la presentadora, Laura. También andaba por la estación un equipo de cámara, pero hasta que no salí del metro no tuve ocasión de verlo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Chacón se frotó repetidas veces su barbilla antes de continuar hablando—. Y en todo el tiempo que estuvo usted allí abajo, ¿notó algo raro? ¿Vio algo que le llamase la atención?

Medité un poco la respuesta antes de hablar.

—En cierta medida, podría decir que sí. Sinceramente, todo lo que allí vi, escuché y sentí fue muy raro. Me encontraba viviendo un sueño. Estaba

subido en una nube volando hacia ocho millones y medio de pesetas y nada parecía real. Así que temo no poder serles de gran ayuda en este sentido.

Hasta ese momento, todas las preguntas las había formulado el teniente Chacón, mientras que López se había dedicado a anotar todas mis respuestas en una libreta. Sin embargo, la siguiente pregunta salió de los labios de López.

—¿Sabe qué hacían su esposa y su hija en la estación de metro de Tetuán cuando se produjo la explosión?

—Iban camino de la clínica de rehabilitación del doctor Santos, que se encuentra en el barrio de La Paz, al noroeste de la ciudad —respondí mirándole directamente a los ojos, y continué diciendo—: Valeria se había roto el tobillo y estaba acudiendo a la clínica por las mañanas.

—¿Y cómo explica entonces que madre e hija no estuvieran montadas en un metro, sino que se encontraran en el andén de Tetuán?

La pregunta me cogió totalmente por sorpresa. Todavía no había reparado en aquella extraña circunstancia. Se abrió ante mí un misterioso interrogante para el que carecía de una respuesta satisfactoria.

—No tengo la más remota idea del por qué —pronuncié con el tono más neutro que pude, pues las lágrimas comenzaban ya a escapárseme de nuevo.

López y Chacón se miraron, dando por concluido aquel improvisado interrogatorio. Se levantaron del sofá y se dirigieron directamente hacia la puerta. Hasta allí los acompañé mientras guardaba la tarjeta que me habían entregado con sus números de teléfono.

—Por si recuerda algo más que crea que deba contarnos.

Y se marcharon, dejándome a solas con mis fantasmas.

5.

Pasaron dieciséis días hasta que reuní el coraje suficiente para mirarme al espejo y decirme a la cara que había llegado la hora de tomar decisiones importantes. Hasta ese día, el dolor lo había inundado todo. Necesitaba un momento de lucidez para plantearme qué iba a pasar conmigo de ahora en adelante. ¿Hacia dónde me dirigía? No tenía respuesta para esa pregunta, y lo peor de todo es que tampoco me importaba no tenerla. Era un náufrago que, agarrado a un trozo de madera, se deja arrastrar por los vientos y las mareas en la inmensidad del océano. Náufrago que nada pretende. Sabe que cualquier esfuerzo será inútil para imponer su voluntad en el salado azul. Es totalmente

consciente de que se encuentra a merced de los elementos. Débil y fatigado, abrasado por el sol y agrietados sus labios, se resigna simplemente a estar allí, esperando a que la muerte termine con tanta agonía. Esperanzas no le quedan de nada, pero se aferra con fuerza a la tabla que lo acompaña. ¿Instinto de supervivencia? Jack London lo llamó «amor a la vida» en uno de sus cuentos: negarte a morir, aunque estés prácticamente muerto, entregando para ello hasta el último gramo de tus fuerzas y obstinarte en vivir aún en las situaciones más extremas que existan. Amor a la vida siente el náufrago que, desesperanzado, exhausto y atormentado sigue con los ojos abiertos y llenando sus pulmones de aire. Sabe que, casi seguro, así morirá; solo una afortunada casualidad le podría devolver lo que perdió al naufragar. No confía en esa posibilidad remota, pero ha decidido lo único que puede decidir en su circunstancia: ha decidido no dejarse morir y seguir amando la vida hasta el final. Por eso se mantiene a flote, por eso continúa asido a la madera contemplando el océano que tiene por delante.

Frente al espejo del cuarto de baño miré mis muñecas desnudas. La fina piel dejaba entrever las venas que cumplían su función de devolver la sangre al corazón. Y lo pensé. Claro que lo pensé. Pero decidí no hacerlo. Como el náufrago, yo también decidí aferrarme a la vida, aun sabiendo que nada podía esperar ya de ella. Sería una vida de agonía y sufrimiento, sin ilusiones ni deseos. Una vida solo para recordar a Lucía y a Valeria y para entender por qué y cómo había pasado todo. Hoy miro mis muñecas y apenas veo esas venas. Las tapan dos tatuajes que decidí hacerme aquel día. En la muñeca izquierda llevo una A mayúscula y en la derecha una V, también mayúscula. Amor a la vida es lo que me recuerdan esas dos letras de tinta que marcan mi piel cada vez que me flaquean las fuerzas y el dolor se hace tan insoportable que no veo más salida que la muerte. Y, casualmente, A y V son las iniciales de Azul y de Valeria, los amores de mi vida. Ellas, su recuerdo, también me han dado la fortaleza necesaria para seguir en este mundo.

Volví a salir a la calle. Volví a sentir el sol calentando mi piel y a notar el viento acariciando mis cabellos. Ya había decidido que iría a Vendetta para comunicarle a Massimo que estaba en disposición de reincorporarme al trabajo. Tenía que afrontarlo más tarde o más temprano, y pasar el día en casa, rodeado de recuerdos tan cercanos, no me estaba ayudando en lo más mínimo. Recuperar algo de normalidad, mantener mi mente ocupada y estar cerca de un buen amigo quizás me sirviese para calmar tanta agonía. No fui capaz de coger el metro para ir hasta Vendetta. Algo en mi interior me lo impedía, haciéndome

huir de él como si las escaleras de acceso fuesen la boca de un monstruo presto a devorarme y a engullirme. Anduve un buen trecho y cuando me sentí cansado tomé el autobús. Subido en él, con la cara pegada al cristal de la ventana, vi la vida que llenaba las calles de Madrid y me puse a pensar en Massimo. Era extraño. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que lo vi por última vez. Ni siquiera tenía certeza del lugar donde habíamos estado. ¿Había sido en el tanatorio? ¿Quizás vino a verme a casa? ¿En el cementerio? No lo sabía. Mi mente había borrado muchos de los recuerdos de aquellos días; necesitaba, sin duda, dejar espacio al sufrimiento que a oleadas me invadía. Pero ahora su compañía me era imprescindible. Massimo era la persona más cercana que tenía en Madrid, la que mejor me conocía, la única que entendía realmente lo que Lucía y Valeria significaban para mí. En su búsqueda me dirigía hacia un lugar que yo bien conocía y que era mi segundo hogar. También necesitaba de Vendetta, de la calidez de su cocina, del ajetreo que llenaba sus mesas cuando se acercaba la hora de la cena.

Cuando bajé del autobús y llegué al barrio de La Latina, aceleré el paso casi sin querer. Tenía prisa por reencontrarme con mi amigo, que seguramente a aquella hora estaría todo manchado de harina preparando pasta fresca. Sin embargo, a medida que me iba aproximando tuve la impresión de que Vendetta se hallaba cerrada. Miré el reloj por si acaso hubiese llegado yo demasiado temprano, pero no era el caso. Eran las 17:37 de la tarde y a esa hora la cocina de Vendetta debería estar a pleno rendimiento si se quería tener todo preparado para las 20:30, cuando la *trattoria* abría al público. Ya frente a la puerta, comprobé que mi primera impresión era cierta. Todo estaba cerrado a cal y canto, con las luces apagadas y sin el menor indicio de actividad en su interior. Ningún cartel avisaba tampoco de un cierre temporal ni cosa por el estilo. Intrigado por aquella extraña circunstancia, busqué una cabina telefónica para llamar a casa de Massimo. Cinco, seis, siete, ocho, hasta nueve tonos esperé antes de colgar el teléfono. Sin dudar, introduje de nuevo la moneda de veinticinco pesetas en la ranura y volví a marcar el número de mi amigo. Idéntico fue el resultado. Ninguna voz respondió desde el otro lado de la línea.

Comencé a pensar en dónde podía encontrarlo, pero no se me ocurría nada. Desde que lo conociera, el napolitano siempre había estado encerrado trabajando en Vendetta, por la que sentía auténtica pasión y devoción. Cuando descansaba, su único refugio conocido era su casa. La única opción que me quedaba era preguntar en algún negocio próximo a la *trattoria* si podían

darme alguna indicación al respecto. Recorrí dos veces toda la calle de arriba abajo y en todas las tiendas, bares y comercios en los que pregunté obtuve la misma respuesta: Vendetta llevaba cerrada desde el 14 de febrero, es decir, desde el último día que yo había ido a trabajar. En los siguientes dieciséis días ni Massimo ni nadie había aparecido por allí. Muchos habían sido los clientes habituales que habían estado rondando el lugar con la esperanza de encontrarlo abierto alguna noche, pero terminaron por no ir más, cansados de encontrar siempre la puerta cerrada.

Aquello acababa de superar la categoría de extraña circunstancia. Algo grave, muy grave, le tenía que haber sucedido a Massimo para que hubiese abandonado su negocio de buenas a primeras sin decir nada a nadie. Una profunda sensación de angustia se apoderó de todo mi cuerpo al pensar que algo malo le hubiera podido pasar. Así que no tardé ni un segundo en dirigirme a su casa dispuesto a averiguar qué demonios estaba ocurriendo.

Massimo vivía de alquiler en un viejo edificio. Yo había estado tan solo en cuatro o cinco ocasiones en su casa. La recordaba modesta y pequeña, con la cocina comunicada con el salón, que hacía las veces de comedor y sala de estar. El único dormitorio y un pequeñísimo cuarto de baño completaban la vivienda. Tan reducido era el espacio de su servicio que siempre bromeaba diciéndole que en vez de un cuarto tenía un octavo de baño. Llamé primero al timbre, insistiendo tres o cuatro veces antes de decidirme a golpear la puerta con los nudillos, pero fue en vano. Acerqué el oído a la puerta por si era capaz de escuchar algún ruido en el interior, pero tampoco. Cuando estaba a punto de darme por vencido y marcharme, el vecino de enfrente salió de su casa. Lo abordé sin pensármelo dos veces. Lo hice con tanto ímpetu que el pobre señor se llevó un buen susto. Logré serenarme y, tras pedirle disculpas, le pregunté si podía decirme algo de Massimo. Me miró desconfiado y volví a excusarme por mi falta de tacto. Me presenté como empleado suyo en Vendetta y le conté que llevaba sin tener noticias tuyas desde el pasado 14 de febrero. Le dije que desde ese día la *trattoria* había permanecido cerrada y que por eso estaba yo allí intentando averiguar alguna cosa de mi jefe. Ya más tranquilo y confiado, el vecino me refirió lo poco que sabía. Hacía mucho que no lo veía, concretamente desde el día 16. Lo recordaba porque ese día habían estado celebrando el cumpleaños de su hijo en casa y al sacar la basura por la noche había coincidido con Massimo en el ascensor. Parecía cansado y algo ausente también, pues apenas intercambiaron un saludo, cuando lo habitual era que Massimo estuviese todo el tiempo que estaban encerrados en el elevador

charlando sobre la actualidad futbolística.

—Pero esa noche no hizo comentario alguno —siguió contándome el vecino—. Es más, respondió con monosílabos las preguntas que le hice sobre la marcha de la *trattoria*. Cuando salió del ascensor, abrió la puerta de su casa, entró y volvió a cerrar la puerta echando la llave por dentro.

—¿Y desde esa noche...?

—Y desde esa noche nada de nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Ninguna ventana de su casa se ha abierto, ninguna persiana se ha movido de su posición. No hemos visto luz alguna encendida, ni se ha escuchado nada de ruido.

—¿Ningún otro vecino sabe nada? —insistí—.

—Lo siento. Ya le he dicho que es como si se lo hubiese tragado la tierra. Se ha esfumado sin dejar rastro. De hecho, el vecino del tercero es su casero y tampoco sabe nada. Me dijo que en enero pagó tres meses de alquiler por adelantado.

—Entendido. Gracias por su amabilidad y disculpe de nuevo mi comportamiento del principio.

—Déjelo estar. Comprendo su excitación por saber de su jefe y amigo. Y si tiene noticias tuyas le agradecería que me lo comunicara. La verdad es que por aquí también anda algo preocupada toda la comunidad. Nunca había sucedido nada parecido.

—Así lo haré, no se preocupe. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

6.

«¡Papá, papá!». La voz chillona de Valeria llegaba como música celestial a mis odios. «Mami, mami, ¡ya ha llegado papá!». Mi pequeña corría hacia la puerta con los brazos abiertos y con los hoyuelos marcados en sus mejillas. Mi pecho se henchía de alegría y yo me arrodillaba para recibir su abrazo. Y de repente, otra vez el silencio, la oscuridad y el humo, ese humo negro que anunciaba la muerte y al que tanto he llegado a temer.

Sentado en la cama y con la frente empapada de sudor, miré el despertador que tenía en la mesilla de noche. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada. Sabía que no volvería a dormir aquella noche, así que me levanté, me puse la bata y fui a la cocina a prepararme café. Al mirar por la ventana, la luz de una farola me permitió ver al basurero que se afanaba con

escoba y recogedor en dejar limpia la calle. Poco más se veía a través del cristal, salvo un semáforo que daba el alto de forma alterna a peatones y automóviles, jugando con el verde, el rojo y al ámbar, desconocedor de la inutilidad de su empeño, ya que ni unos ni otros por allí pasaban. A esa hora, la mayoría de la gente dormía, acumulando descanso para el día que pronto comenzaría a despuntar, justo lo contrario que estaba haciendo yo, que con la taza de café en los labios no dejaba de acordarme nuevamente de Massimo. ¿Qué habría ocurrido con él? ¿Dónde se encontraría? ¿Por qué no había dicho nada a nadie sobre su marcha? Andaba, como digo, dándole vueltas al asunto cuando casi se me escurre la taza de las manos. ¡Qué estúpido había sido! ¿Cómo fui capaz de olvidarlo? Un fogonazo iluminó la noche. Salí corriendo de nuevo hacia mi habitación, encendí la luz, abrí el armario y busqué como un loco todos los pantalones vaqueros que tenía allí colgados. En el bolsillo trasero de uno de ellos debía estar la hoja doblada de papel que me diera mi vecino José hacía ya bastantes días. Mientras los cogía maldije mi olvido y mi torpeza, pues los había llevado todos a la lavandería justamente el día anterior, así que sería un auténtico milagro si el papel hubiese sobrevivido y, de haberlo hecho, que lo que en él estuviera escrito aún fuese legible. Rebusqué en todos y en cada uno de los bolsillos y al fin lo hallé. El papel estaba arrugado y algo agrietado. Además, al estar doblado, las partes en contacto se habían pegado. Tardé un buen rato en poder desdoblarlo y, cuando lo conseguí, la hoja había quedado bastante maltrecha. La tinta había emborronado el papel, pero con esfuerzo pude leer lo que quería que supiera la mano que allí escribió. Se trataba de un escueto e intrigante mensaje compuesto en tres renglones. En el primero ponía sencillamente: «Si quieres respuestas, búscame aquí». Debajo, algo mucho más extraño si cabe: «MALFCTF». Y para terminar lo único que tenía sentido en aquel papel: «Massimo».

Lo transcribo ahora todo tal cual lo leí yo aquella madrugada, para que el lector pueda hacerse una idea precisa de lo que vieron mis ojos.

Si quieres respuestas, búscame aquí:

MALFCTF.

Massimo

Estuve mucho tiempo con la vista fija en aquellos tres renglones. Me quedé en estado de *shock* y tardé bastante en recomponerme. Con la nota de

Massimo me había pasado como ocurre a veces en las películas de suspense en las que el protagonista acciona sin querer un mecanismo oculto entre los libros de una antigua biblioteca, provocando que de repente se abra una puerta secreta que conecta con un lúgubre pasadizo. En mi caso, más que a un estrecho y oscuro pasaje, las palabras de mi jefe me habían guiado hacia el interior de un laberinto del que aún no he conseguido salir.

La aurora dirigió su resplandor hacia mis ventanas dando por concluida la noche y anunciando un nuevo amanecer. Siempre me encantó ese momento del día, cuando este se nos ofrece completamente limpio, como algo recién estrenado. A medida que pasan las horas, siento que el día se desordena, se desgasta y pierde autenticidad. Es como si hubiese sido manoseado por el humo de los coches, como si los diversos ruidos de la ciudad lo hubieran viciado, como si estuviese siendo pisoteado por los millones de personas que disfrutan de él. Y cuando llega el atardecer lo veo sucio y empobrecido por el intenso uso al que ha sido sometido. Solo los atardeceres de Cádiz escapaban a esa impresión mía. El mar lo regenera todo, y debo decir que nunca vi nada más bello que una puesta de sol en la playa. Pero disculpe, dejo de divagar, no quiero desviarme de aquello que ahora me ocupa. Le estaba intentando explicar que si en un principio había creído que la nota que me entregara mi vecino iba a aclararme lo sucedido con Massimo, estaba totalmente equivocado. Muy al contrario, su lectura me había desconcertado. Todo lo que decía era muy enigmático y abría puertas allí donde creí que no existían. ¿Qué quería decirme con eso de si yo quería respuestas? ¿Qué tenía que explicarme? ¿Acaso él sabía algo que yo desconocía y que era de mi incumbencia? Tendría que ser así, pues en caso contrario sería ilógica su propuesta. Además, ¿por qué debía yo buscarlo? ¿Por qué no acudía él a mí si sabía dónde encontrarme? ¿Se estaba escondiendo de alguien? ¿Temería algo?

Todo me daba vueltas. Necesitaba un descanso. Llevaba demasiado tiempo cavilando sobre el significado del mensaje y ya comenzaba a notar la falta de sueño, a pesar de toda la cafeína que había introducido en mi cuerpo. Fui nuevamente a la cocina; la cafetera estaba vacía, no me quedaba pan del día anterior y la leche del frigorífico estaba agria, abierta desde solo Dios sabía cuánto tiempo. Así que me asecé, me puse ropa de calle y bajé a desayunar a la cafetería que estaba debajo de casa. Pedí al camarero tostadas con aceite y tomate y un zumo natural de naranja. Mientras, retomé mis cavilaciones sobre la misteriosa nota de Massimo. Había muchas cosas que no cuadraban. Ya he dejado constancia de algunas. Pero lo que más me intrigaba

era el hecho de que si Massimo pretendía que lo buscara, que fuese a su encuentro, ¿por qué no había dejado escrito dónde se encontraba? ¿Por qué no me había facilitado una dirección o un número de teléfono? ¿Dónde debía buscarle? ¿Por qué era todo tan complicado?

Volví a leer la nota de papel que había llevado conmigo, centrándome en el segundo renglón: MALFCTF. Todo parecía indicar que esas letras escondían el lugar elegido por Massimo para nuestro encuentro. Pero ¿de qué día? ¿De cualquiera? ¿Y a qué hora? Pero ¿qué demonios era eso de MALFCTF? Y otra vez el eterno interrogante: si yo estaba en lo cierto, ¿por qué escondía el lugar donde debíamos reunirnos entre aquellas letras? ¿A quién o a qué temía?

Ahí se quedaron mis divagaciones. Noté unos pasos que se acercaban y, tras ellos, el típico carraspeo de garganta con el que alguien quiere llamar la atención de una persona que se encuentra ajena a todo lo que está ocurriendo a su alrededor.

—Buenos días, Diego. Vengo de su casa y al no encontrarle allí he estado buscándole por el barrio hasta que casualmente lo he visto aquí sentado. ¿Le importa que...? —acompañó sus palabras con un gesto inequívoco de querer sentarse a mi lado.

—Oh, para nada. Tome asiento, teniente Chacón —le dije mientras retiraba la silla que estaba a mi lado—. ¿Le apetece alguna cosa?

—No, gracias, ya he desayunado.

—¿Un café, entonces?

—Se lo agradezco de nuevo, Diego, pero mi tensión arterial no tolera más de un café al día y acabo de tomar uno justo antes de salir de la comisaría.

—Pues usted dirá, teniente. ¿Hay novedades, quizás?

—Permítame que antes de responderle me interese por su estado anímico. ¿Cómo se encuentra? ¿Va viendo algo de luz al final del túnel? —Fue justo en ese momento cuando me di cuenta de lo errónea que había sido la primera impresión que tuve de Chacón. Tras su aspecto cansado y desaliñado, existía una persona en la que aún palpitaba la ilusión por el trabajo bien hecho, la entrega a la obligación y el sentido de la responsabilidad profundamente enraizado.

—Me temo que el túnel es demasiado largo, tanto que presiento que nunca terminaré de recorrerlo.

—No pierda la esperanza, Diego. Es usted todavía muy joven. Tiene toda una vida por delante para sobreponerse a este golpe tan duro. Nada volverá a

ser lo mismo, claro está. La fatalidad le ha marcado a fuego, pero el tiempo es un buen medicamento que todo lo cura. Confíe, Diego, y no desfallezca. Rehará su vida. —Chacón continuaba haciendo alarde de una energía, de una positividad y de un ímpetu que habían estado ausentes durante nuestra primera conversación. Sus ojos estaban muy vivos, se asemejaban a los de un ave rapaz, prestos a observarlo todo analizándolo al mismo tiempo.

—No creo que tenga fuerzas ni ánimo para ello. El golpe ha sido durísimo. Pero gracias por sus palabras y por sus deseos. Dígame lo que le trae por aquí.

—Me temo que no traigo buenas noticias para usted. —Su mirada, que hasta ese momento brillaba, dio la impresión de apagarse de pronto. Parecía vencido aquel que hacía un segundo tan solo me animaba a la esperanza—. Se trata de la investigación.

—Adelante, suéltelo ya. No se ande con rodeos, por favor.

—Diego, quiero que entienda que lo que estoy a punto de revelarle es confidencial. Diciéndoselo estoy poniendo en peligro mi puesto de trabajo. Si se lo digo es simplemente por una cuestión de justicia. Creo que es justo que usted esté al corriente de lo poco que sabemos y que comprenda el porqué de nuestra decisión.

—Despreocúpese, Chacón. Como imaginará soy el último interesado en decir o hacer algo que pueda entorpecer la investigación. Yo solo quiero que el o los culpables paguen sus crímenes y que no puedan hacerle daño a nadie más. Como ve, también anida en mí el deseo de justicia.

Entonces el teniente miró a un lado y a otro, arrimó su silla aún más a la mía, recuperó toda su vitalidad y comenzó a hablar casi en un susurro, como si temiera ser escuchado por alguien.

—Hemos analizado con el máximo detenimiento las grabaciones de la cámara de seguridad de Tetuán de los tres días anteriores a la explosión. Comenzamos primero con las de las 24 horas anteriores, pero ampliamos el rastreo a 72 horas. Interrogamos a todas las personas que aparecían en ellas haciendo algo extraño o inusual, incluyéndolo a usted.

—¿Y bien?

—Y mal, mejor dicho. No hemos descubierto absolutamente nada. Quien quiera que haya sido el autor de aquella crueldad lo hizo sin dejar rastro. Aprovechó sin duda uno de los dos ángulos muertos que no cubre la cámara de seguridad. Lo tenía todo muy bien estudiado. Sabía lo que se hacía y no cometió el más mínimo error.

—¿Y qué me dice del artefacto que hizo explosión?

—Poco, por desgracia. De lo único que estamos seguros es de que tuvo que ser de fabricación casera, dado su escaso potencial. Quien anda detrás de todo no quiso o no pudo hacer daño de verdad. Las cuatro muertes fueron pocas si las comparamos con las que podía haber provocado otro tipo de artefacto.

Aquello no suponía ningún consuelo para mí. Chacón lo sabía, se lo noté en el rostro, pero comprendí que tenía que decirlo y lo encajé de la mejor manera posible que pude.

—No sabemos cómo tuvo lugar la detonación. Eso es lo que más contrariados nos tiene. Los técnicos no han podido determinar el funcionamiento del artefacto a partir de los restos que se han encontrado. La papelera en la que se hallaba quedó totalmente carbonizada y eso no nos ha ayudado, la verdad.

—Permítame hacerle una pregunta.

—Adelante.

—¿Cuál es su opinión personal sobre lo que pasó?

—Pienso —comenzó a decir tras pensárselo unos segundos— que es obra de un lunático, de alguien que ha querido adquirir un macabro protagonismo en los medios de comunicación. Estoy casi convencido de que ahora mismo está, cómo decirlo, que está disfrutando con todo el revuelo que se ha formado. Y nada me extrañaría que cuando la actualidad informativa se desvíe hacia algún otro tema, se entregue a la policía, reclamando así de nuevo la atención mediática que cree merecer.

—¿De verdad piensa que existe gente así, gente dispuesta a hacer el mal sesgando la vida de otros por puro egocentrismo?

—Por desgracia, debo responderle que sí. Mis catorce años de experiencia en esta profesión me han demostrado que ese tipo de persona existe.

—¿Y qué pretenden hacer ahora?

—La investigación está en punto muerto. Hemos desembocado en un callejón sin salida. No tenemos pistas ni testigos ni sospechosos. No tenemos absolutamente nada. El caso deja de ser prioritario, Diego.

—Explíquese, Chacón.

—Simplemente estoy intentando decirle que, aunque la investigación seguirá abierta, los recursos que se dediquen a ella serán limitados. Otros casos, también de gravedad, requieren de esos mismos recursos: personal,

medios, fondos... Ya me entiende.

—¿Significa eso que se rinden? ¿Que las muertes de Lucía, Valeria y otras dos personas inocentes quedarán impunes?

—Baje la voz, se lo ruego. Nada puedo hacer, créame. Si estuviera en mi mano todo sería diferente, pero ese es el protocolo. Sin pistas, sin línea de investigación que podamos seguir no podemos volcarnos en el caso. De hecho, como verá, López ya no me acompaña. Le han asignado un nuevo caso.

Perdí los nervios. A pesar del ruego de Chacón, me sobresalté. Mi reacción se debió a una mezcla de la frustración e impotencia que sentía y de la rabia que se apoderó de mí en ese instante.

—¡Eso no tiene sentido alguno! ¡No se puede jugar de este modo con las personas! ¿Tan poco vale la vida de cuatro inocentes? ¡Míreme a la cara, Chacón, y repítamelo de nuevo, que al menos pueda ver lo cobarde que es y cómo se avergüenza de la mierda de cuerpo de Policía al que pertenece! Por no hablar de sus superiores, chupatintas de despacho a los que no les importa nada el sufrimiento de los contribuyentes que les pagan el sueldo.

Chacón se comportó de forma ejemplar. En ningún momento reaccionó ante la sarta de insultos que estaba vertiendo sobre su persona, sobre su profesión y sobre sus compañeros de trabajo. Simplemente, se limitó a aguantar el chaparrón que le estaba cayendo encima y, cuando yo ya me había vaciado, solo entonces, murmuró una disculpa cargada de sincera comprensión y se puso en pie dispuesto a marcharse, cabizbajo y entristecido por las noticias de las que era mensajero. Al verlo en ese estado, me serené un poco y le pedí que tomara asiento de nuevo. Me terminé de un buche lo que me quedaba de zumo, aspiré todo el aire que fui capaz y volví a dirigirme a Chacón en estos términos:

—Discúlpeme, teniente. No lo volveré a hacer. Debo estarle infinitamente agradecido por todo lo que me ha contado. Se ha extralimitado en sus funciones jugándose con ello el puesto de trabajo. De verdad, ha hecho bastante más de lo que estaba a su alcance. Nada tengo que reprocharle, al contrario.

—Entiendo perfectamente su frustración, Diego. Es del todo lógica. Ojalá pudiera darle otras noticias, créame, pero no tenemos nada y eso es precisamente lo que hay.

Chacón bajó su mirada en la mesa y comenzó a jugar con el servilletero que había allí. No habían quedado palabras que nos pudiéramos decir y, entendiéndolo, se puso en pie presto para marcharse. Estuve tentado

de contarle la nota de Massimo y los recelos que me había provocado. Pero conocía a mi amigo y, si él no había querido acudir a la policía, sus razones tendría. Yo no era nadie para hacer lo que él había querido evitar. Además, egoístamente pensé que la desaparición de mi amigo podría ser un nuevo caso extraño en la comisaría, lo que sin duda arrinconaría aún más el que a mí me interesaba y que, según me acababan de contar, había adquirido el grado de no prioritario. Y lo dejé pasar. Pero cuando Chacón ya salía por la puerta lo alcancé y le pedí que me respondiera a una última cosa.

—¿Por qué me seguáis?

—No le entiendo, Diego. ¿A qué se refiere?

—El domingo anterior a la explosión, mientras estaba llevando a cabo mis pesquisas para encontrar el tesoro del concurso italiano del que le hablé, vi a López en dos ocasiones. La primera fue en una cafetería del barrio de las Letras, donde muy de mañana entré a tomarme un café mientras esperaba a que la iglesia de San Sebastián abriera sus puertas. No ocurrió nada, entró después de mí y se sentó a una prudente distancia. Sin embargo, horas más tarde, lo volví a ver. Estaba hablando con el párroco, aunque desconozco de qué.

—¿Y qué le dijo?

—No le di oportunidad. Cuando noté que se había percatado de mi presencia, salí huyendo todo lo rápido que pude. Salió detrás de mí persiguiéndome. Solo tras grandes esfuerzos y algo de fortuna pude darle esquinazo.

—Seguramente no me creerá, pero es la primera noticia que tengo al respecto. Es más, no había razón alguna para vigilar a ninguno de los concursantes que estabais participando en *In cerca del tesoro*. Es sumamente extraño.

—¿Entonces?

—Entonces deberé preguntarle a López, y quizás con un poco de suerte la investigación vuelva a ser otra vez prioritaria.

7.

Medité muy bien la decisión antes de tomarla. No fue sencillo, pero sabía de sobra que Madrid se había agotado para mí. Nada me quedaba. Ni familia, ni trabajo, ni siquiera mi gran amigo. Todo lo había perdido en un lapso muy corto. Mi existencia había dado un giro de ciento ochenta grados en menos de

tres semanas. No existía nada que me atara a la ciudad; es más, muchas cosas me empujaban hacia fuera. Sus calles, sus parques, sus plazas, sus edificios me evocaban demasiados recuerdos. Muchas y dolorosas imágenes me venían a la mente cada vez que recorría los lugares donde mi felicidad había sido completa. El ambiente madrileño estaba impregnado de tormento y desconsuelo para mí: me asfixiaba en el metro, temblaba cuando cruzaba por delante del escaparate de aquella tienda donde comprara el vestido rojo para Valeria (que aún seguía empaquetado sobre la mesa), me desorientaba cuando paseaba por el barrio de La Latina en busca de Vendetta, sospechaba de todos los rostros con los que me cruzaba y, en los atardeceres, las sombras eran monstruos amenazadores y la pena se ensañaba conmigo. Definitivamente, la ciudad que acogió a un joven rebosante de energías y con ganas de comerse el mundo, desterraba a un hombre hundido y repleto de amargura. Pensé que necesitaba un cambio y que lo mejor sería poner tierra de por medio, buscar refugio en alguna otra parte, encontrar un lugar sin la carga emocional que Madrid tenía para mí.

La cuestión era acertar con ese lugar. Cádiz se presentaba como una opción lógica. Gaditano nací y siempre sería Cádiz una ciudad conocida y amable donde poder instalarme de nuevo. Allí guardaba recuerdos de otra época, de un tiempo rebosante de ideales. Pero en Cádiz era conocido. Había gente que me pediría explicaciones y que, cuando fuesen conocedores de todo, se arrimarían a mí con lastimera actitud, y eso era lo último que deseaba. Estaba convencido de que no podría soportarlo. Así que descarté volver a la ciudad de mis padres.

Decidí finalmente comprar un billete de avión para Nápoles. Sí, no solo abandonaba Madrid, sino que me iba de España. Italia siempre me había llamado la atención. Tanto su convulsa y apasionada historia como su riquísimo patrimonio artístico eran motivos más que suficientes para que una persona como yo quisiera vivir allí al menos una etapa de su vida. Se preguntará por qué Nápoles y no otra ciudad. La respuesta es bien sencilla: por Massimo, sin duda. Quería conocer de primera mano lo que tantas veces había oído de su boca, y era una ciudad que cumplía con todos mis requisitos: era nueva para mí y yo sería nuevo para la ciudad. Nadie conocería mi pasado, a nadie le debería una explicación. Pero al mismo tiempo, Nápoles me sería una ciudad familiar. Tantas veces recreada por Massimo mientras nuestras manos se hundían en la mezcla de harina y huevo con la que hacíamos la masa para la pasta. Sabía de sus iglesias y de sus monumentos, de la

idiosincrasia de sus gentes, de la pasión con la que se vivía allí el *calcio*, de los mercados donde poder adquirir los mejores productos con los que preparar los más exquisitos *spaghetti alle vongole*. El idioma no representaría inconveniente alguno y la suavidad de su invierno sería toda una bendición. Pompeya, Herculano, Capua, Paestum, Amalfi estaban en sus proximidades, ofreciendo a los ojos interesados una oportunidad inmejorable para empaparse de la historia más genuina que pueda existir.

De esta forma, autoconvencido plenamente de la elección, si no se producía ningún contratiempo, en veinte días estaría volando hacia la capital de la región italiana de Campania.

Aproveché esos últimos veinte días en Madrid para poner en orden los asuntos que tenía pendientes. De todos ellos, dos me preocupaban especialmente. Lo primero que hice fue poner punto final al contrato que me vinculaba con *In cerca del tesoro*. Afortunadamente, tanto Giuseppe como el resto del equipo se mostraron muy comprensivos con todo lo que había ocurrido. Entendieron mi desgana vital para participar en la gala final que debía celebrarse en Milán. De hecho, a raíz de la explosión estaban valorando distintas alternativas para poner finalizar el concurso de forma satisfactoria para todas las partes implicadas: productora, concursantes y telespectadores. Escucharon mis razones con mucha atención y respetaron mi postura desde un primer momento. Me pidieron que entendiera, eso sí, los perjuicios económicos que mi decisión les ocasionaba. Y después de darle algunas vueltas al asunto, por fin llegamos a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. Por lo que a mí respecta, quedaba liberado de todas las obligaciones que por contrato tenía firmadas, entre ellas las de participar en la gala final y en los distintos actos promocionales que se organizarían *a posteriori*. A cambio, ellos me harían entrega únicamente del 50 % del montante del premio, es decir, que recibiría tan solo cincuenta millones de liras.

Yo no estaba en condiciones de ponerme en manos de un abogado que valorase la situación y me asesorara sobre la legalidad del acuerdo que estaba a punto de aceptar. Con evidente apatía, di mi confirmación para que fuesen preparando los trámites y el papeleo pertinente y me cité con ellos días más tarde para estampar mi firma en un documento donde se daba validez legal al acuerdo que habíamos alcanzado.

Mientras visitaba por última vez el edificio donde se encontraba el equipo de *In cerca del tesoro*, no pude dejar de recordar algunos de los buenos momentos que había vivido gracias al concurso. Y aunque formaban

parte de mi pasado más reciente, todo me parecía demasiado lejano, como si aquello no perteneciera a mi vida, sino que se tratase de acontecimientos de una época histórica que, a base de estudiarlos, hubiesen acabado formando parte de mí.

Me recibieron poniéndose todos en pie. Uno a uno, los miembros del equipo fueron acercándose para mostrarme sus condolencias. Giuseppe y Laura fueron los últimos en hacerlo.

—Estamos muy consternados por lo sucedido —comenzó diciendo la presentadora—. Ha tenido que ser terrible para usted. Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, Laura. Han sido ustedes muy amables y muy comprensivos conmigo. Les aseguro que nunca lo olvidaré.

—Qué cruel casualidad, Diego. El mismo día y en el mismo lugar. No llego a comprenderlo la verdad. Todo fue... —Esto lo dijo el director, que evidenciaba una enorme dificultad para encontrar las palabras adecuadas.

—No me entiendan mal, se lo ruego, Giuseppe —lo interrumpí—, pero lo único que deseo es desvincularme cuanto antes del concurso y alejarme lo máximo posible de todo lo que tenga que ver con mi vida pasada. Así que, si no le importa, hagamos pronto lo que hoy aquí nos reúne.

—Por supuesto. Disculpe mi torpeza, Diego. Su dolor debe de ser inmenso, cualquiera en su situación querría hacer lo mismo. Acompañeme a mi despacho, si es tan amable; lo tengo todo preparado.

Cinco minutos después, abandoné para siempre aquel edificio que durante semanas se había convertido en una fábrica de sueños para mí.

Liberado de mis obligaciones con el concurso, poco más me quedaba por resolver. Sepa que estuviese donde estuviese Massimo, mi jefe había dejado en regla todo lo relativo al finiquito de mi despido antes de desaparecer. La documentación llegó a mi casa por correo certificado una mañana sin más. No había ninguna información adicional relacionada con mi amigo dentro del sobre, pero al menos encontré solucionado de buenas a primeras otro de los aspectos que me seguía atando a Madrid.

De este modo, y próxima la fecha del vuelo a Nápoles, me centré en realizar el segundo asunto que antes dije que me preocupaba especialmente y que no era otro que el de despedirme de Madrid.

Como historiador, siempre pretendí conocer las causas de los acontecimientos. Causas que, en muchas ocasiones, son al mismo tiempo consecuencias de otros sucesos, demostrándose así las complejas

interconexiones existentes entre los hechos ocurridos. En consecuencia, ingenuamente había pensado que, al recorrer por última vez algunos de los lugares donde alimentara tantas veces mi felicidad en el pasado, las explicaciones de todo lo acontecido acudirían a mi encuentro. Creí posible recordar así alguna conversación, algún gesto, algo que me permitiera comenzar a comprender. Al final, sin embargo, con el paso de los años he entendido que hay cosas que ocurren y que son inexplicables, pues ningún motivo las alienta, nada las mueve a suceder, siendo tan solo desafortunados accidentes. Únicamente, tienen lugar. Y no pasa nada, forman parte del espacio-tiempo como cualquier otro suceso, y allí quedan registrados.

Mi periplo comenzó por Vendetta. La *trattoria* había sido el inicio de todo y a ella le debía primera pleitesía. Utilicé mi llave para acceder a su interior. El polvo había cubierto las mesas y el olor a cerrado impregnaba todo el ambiente. Fui a la cocina y acaricié con las yemas de mis dedos el cortador de pasta que con tanto cariño me enseñó a utilizar Massimo. Mirase donde mirase, los cacharros se amontonaban desordenados por todos sitios. Ninguna mano tuvo oportunidad de guardarlos por última vez. Vendetta también parecía muerta, desposeída de la algarabía que cada noche llenaba su salón y de los ruidos que de su cocina salían demostrando a todos que estaba viva, plena de energía y actividad. A su manera, la *trattoria* también se había dejado morir, sumándose a la tragedia que parecía haber arrastrado a todas las personas que estuvieron tan estrechamente ligadas a ella.

La segunda parada de mi despedida se encontraba en el Museo del Prado. La gran pinacoteca era muy especial para mí. Me fue de mucha utilidad cuando quise encandilar a Lucía con mis conocimientos de arte. Estábamos en esa bella etapa en la que cada mitad de la pareja que se está haciendo se bebe hasta la última de las palabras que brotan de los labios de la otra. Y mientras recorríamos aquellas salas, admirando algunas de las más excelsas obras de la pintura de todos los tiempos, nos fuimos enamorando, razón más que suficiente para perderme por sus salas una vez más. Lo hice a la hora del almuerzo, cuando podía uno transitar por ellas algo más desahogadamente. Con paso titubeante, llegué donde se expone *La familia de Felipe IV* de Velázquez. Tardé algunos segundos en reunir el valor suficiente para fijar mi mirada en el cuadro. Observé con pausa a todos y a cada uno de los personajes que el pintor sevillano inmortalizó en la escena sin poder evitar recordar la vez que me puse a imaginar una historieta de cinco amigos, un perro y unos padres preocupados que dejaban ver sus rostros a través de un espejo. Entonces, a mi

lado estaba Valeria, maravillada y temerosa a la vez por el atrevimiento de Margarita y sus amigos. Por un momento, volví a sentir cómo su mano agarraba la mía; incluso bajé la mirada por si estuviera mi pequeña allí contemplando de nuevo *Las meninas* conmigo. Una lágrima mojó el suelo y supe que había llegado la hora de marcharme. «Adiós, *Mararita*» fueron las últimas palabras que pronuncié antes de salir de la sala.

Me disponía también a marcharme del museo cuando recordé el otro cuadro que dejó sin aliento a Valeria. Deshice mis pasos y fui en busca de la *Adoración de los Reyes Magos* de Rubens. Allí continuaban los sabios orientales acompañados de sus respectivos séquitos, rindiendo honores al Niño Jesús y su familia. Nada había cambiado en sus poses y gestos; sin embargo, en esta ocasión ninguna mirada infantil e ingenua los contemplaba. ¡Qué dolor más profundo sentí estando allí! Habría dado mi vida para hacer posible que Lucía y Valeria estuvieran admirando el cuadro que tenía ante mí y que hubieran sido mis huesos, y no los suyos, la ofrenda requerida por el Todopoderoso aquel macabro 15 de febrero.

Al salir, apoyado en un muro, fumando y con el cuello de la gabardina hasta arriba para protegerse lo máximo del frío, me estaba esperando Chacón. Me acerqué y nada más verle la cara supe que tenía algo importante que decirme.

—Buenas tardes, teniente. ¿Qué le ha contado López?

—No me vas a creer, pero... López ha desaparecido.

8.

«Una mota de polvo suspendida en un rayo de sol». Estas fueron las palabras que utilizó el célebre astrónomo estadounidense Carl Sagan para describir una fotografía que la sonda espacial Voyager 1 había tomado de la Tierra. La instantánea se hizo desde una distancia de seis mil millones de kilómetros el 14 de febrero de 1990, justo el día anterior a la trágica muerte de Azul y Valeria. Observándola detenidamente, considero que sus palabras no habían podido ser más exactas. La imagen representa, a mi entender, un golpe mortal al orgullo del ser humano. Durante siglos, pensamos que éramos el centro del universo y que hasta el astro rey giraba a nuestro alrededor. Después, aunque descubrimos nuestro error, necesitamos años para reconocerlo. Entendimos también que el ser humano no había sido creado a

imagen y semejanza de Dios, sino que somos el fruto de un complejísimo sistema evolutivo que nos había hecho compartir herencia genética con chimpancés y orangutanes. Y entonces, cuando nuestro orgullo humano parecía haber descendido a los más bajos niveles, de la noche a la mañana, esa fotografía revelaba la verdad más absoluta de nuestra existencia. Dedíquele unos segundos. En ella aparecen tres tenues franjas de colores sobre un fondo negro. En este, el espacio inmenso y silencioso se contempla. A la izquierda, una franja de color rojizo; en medio, otra verdosa, y a la derecha, una última marrón. Nada son estas franjas, simples bandas luminosas ocasionadas por los reflejos de la luz solar en la cámara que hizo la fotografía. Y ahora acérquese todo lo que pueda a la imagen. Use una lupa si la tiene a mano. Rastree la franja marrón y allí hallará lo que Sagan sabiamente denominó *una mota de polvo*. Somos nosotros. Insignificantes, frágiles y desamparados se nos ve en la inmensidad infinita que todo lo llena. Y de todos los seres que habitan ese punto azulado que usted ve, yo me creía el más desdichado. En cierta forma, en solo un instante había dejado de ser el centro del universo, cuando tanta felicidad orbitaba en torno a mí, para convertirme también en una mísera mota de polvo en suspensión que ni rumbo, ni razón de ser ni importancia alguna tiene.

Vacío y con esa triste sensación, miré por última vez la ciudad que tanto me había dado y que todo me había arrebatado. «Adiós», le dije entre suspiros. Sabía de sobra que nunca más volvería a pisar sus calles.

CUARTA PARTE
Una etapa de alta montaña

1.

Pasé nueve años de mi vida en Nápoles. La nueva ciudad (Neápolis), fundada por los griegos allá por el siglo v a. C., quizás incluso un poco antes, me acogió con los brazos abiertos. Sus gentes me contaron orgullosas que su origen, perdido entre las sombras del pasado, parece estar relacionado con la sirena Parténope, una de las que intentó atraer con su dulce canto a Odiseo cuando este regresaba a Ítaca tras la guerra de Troya. Curiosamente, por aquel entonces yo también estaba iniciando una particular odisea, pero, al contrario de lo que hiciera el héroe griego, me dejé seducir y arrastrar por los cantos de sirena que desde Nápoles me llamaban.

La primera impresión que me llevé de la ciudad no fue, sin embargo, demasiado alentadora. Como ya me ocurriera cuando dejé Cádiz para instalarme en Madrid, llegué totalmente perdido, sin saber muy bien qué hacer ni cómo organizarme en mi nuevo destino. No quiero engañar a nadie, creo que he dejado bien claro que mi marcha a Nápoles fue una huida desesperada y, como suele suceder en ese tipo de casos, no tuve oportunidad de preconcebir ningún plan. Mi obsesión era, única y exclusivamente, escapar de Madrid y de sus fantasmas.

Hace pocos días estuve ojeando un álbum de fotos que aún conservo de aquellos años. Son pocas las instantáneas que contiene, pero suficientes para devolverme el recuerdo de los rostros de la gente que allí conocí, especialmente el de Mónica, con quien llegué a compartir mi desdicha y mi soledad. En una de las fotografías, aparezco solo, apoyado en la balaustrada del mirador de San Martino desde el cual, dicho sea de paso, la ciudad puede abarcarse casi en su totalidad. Me la haría seguramente un turista que andaría por allí y al que yo le pediría el favor de hacérmela, supongo, porque la verdad es que no recuerdo exactamente cómo fue. De lo que no dudo es de que me la hice durante mi primer día en la ciudad. Lo sé porque voy vestido con la única ropa que me traje de Madrid, la puesta. Había decidido deshacerme de todo lo que me vinculaba a mi exvida. Tenía suficiente con arrastrar el doloroso recuerdo de la muerte. En mi maleta solo dejé entrar una caja envuelta en papel crepé de color amarillo sujeto con un lazo verde y la fotografía que me hice en Vendetta junto a Lucía, Valeria y Massimo. Todo lo demás no tenía ya sentido para mí.

Desde aquel mirador, como otras tantas veces hiciera en mi vida cuando me hallaba necesitado de reflexión, me puse a escudriñar el horizonte. No era

precisamente el mar lo que tenía ante mí, aunque una porción de este se asomaba por el flanco izquierdo. Estaba encrespado, las olas escupían espuma, azotadas por un viento frío y desagradable. Al fondo del todo, majestuoso, se alzaba el Vesubio. Arremolinadas en torno a su cumbre, nubes grisáceas hacían presagiar lluvia —tormenta, más bien, si no nos olvidamos del viento que soplaba—. Como si hubieran sido escupidas por el propio volcán, multitud de casas y edificios se apretujaban ocupando todo el espacio. Me llevó bastante tiempo atisbar entre aquel caos constructivo la cúpula que corona la Galería de Umberto I, el Teatro de San Carlo, el palacio real y una amplia explanada que debía corresponder a la plaza del Plebiscito, si es que el plano turístico que tenía en la mano no me engañaba.

El Teatro de San Carlo es, al parecer, el teatro europeo en funcionamiento más antiguo de Europa. Pone este sus butacas y palcos a disposición de todo napolitano o viajero que se halle en la ciudad para que, si así lo desea, pueda deleitarse con una función de ópera. Y no de cualquier ópera. Solo se ofrecen allí las más exquisitas, pues debe saberse que compitió durante mucho tiempo con La Scala de Milán por la supremacía operística italiana. Tanta grandeza pasaba, no obstante, inadvertida para mí. Cuando abandoné el mirador y llegué hasta sus puertas, solo vi decadencia y abandono. Las nubes aumentaban y ya lo encapotaban todo; los muros del teatro rezumaban melancolía, acentuada por el gris del cielo nublado.

No tardé en llegar desde allí a la contigua plaza del Plebiscito, donde la basílica de San Francisco de Paula me pareció una grotesca y desafortunada imitación del Panteón de Agripa. La recorrí de lado a lado antes de colocarme en medio de la plaza y dar una vuelta de trescientos sesenta grados muy lentamente para obtener una panorámica completa del lugar. Mientras giraba, la citada basílica, el palacio Salerno, el palacio real y el palacio de la Prefectura se iban sucediendo ante mis ojos. No podía dejar de pensar que Nápoles, por mucho que dijeran sus habitantes, era una ciudad mediocre, levantada sin gusto, presuntuosa sin motivo y vulgar, muy vulgar.

Pero no pretendo confundir al lector. De sobra sé que esta primera impresión que me llevé de la ciudad, aquella que dicen muchos sin razón que es la que perdura, no se ajusta a la realidad. Nápoles poco tiene de plomizo y, más que las grises nubes, los únicos culpables de que el sol no diera viveza ese día a sus calles fueron mis apagados y marchitos ojos.

En un momento dado me acerqué a un vendedor que estaba recogiendo su puesto ambulante y le pregunté en un italiano más que aceptable, en mi

opinión, cómo podía llegar a la vía Toledo.

—*Spagnolo?* —me preguntó cuando terminé de hablar.

—¿Disculpe? —la pregunta me cogió tan de sorpresa que no llegué a entenderla del todo bien.

—Le preguntaba simplemente si es usted español —me dijo esto en un correctísimo castellano.

—Sí, sí. ¿Tanto se me nota?

—En realidad, sí. Cuando uno se dedica a la venta ambulante en una ciudad tan turística como Nápoles, la necesidad le hace desarrollar un sexto sentido para reconocer de un simple vistazo la nacionalidad de un posible comprador. Otorga al vendedor avezado en ello una clara ventaja sobre el resto de competidores al poder dirigirse al potencial cliente en su lengua materna atrayéndolo prontamente. Como se puede imaginar, los que andamos metidos en esto chapurreamos el inglés, el francés y el español, pues en ello nos va el pan que llevamos a casa.

—Pero usted no chapurrea el español, lo habla a las mil maravillas.

—Quizás sea por el hecho de que nací y me crié en Valencia. Me llamo Pedro —me dijo ofreciéndome su mano—, pero quien anda buscándome suele preguntar por el Españolito, y casi nunca tarda en dar conmigo.

—Yo soy Diego, mitad de Cádiz y mitad de Madrid —le respondí tras pensármelo unos instantes.

—No tiene pinta de turista, Diego. Sin embargo, por la pregunta que me ha hecho antes, se nota que aún no domina la ciudad. Y no se enfade conmigo, pero su italiano deja mucho que desear.

—Está en lo cierto, Pedro. Ni conozco Nápoles ni soy un turista. Estoy, por así decirlo, buscando asilo en la ciudad.

—En ese caso le daré un consejo. No es buena idea para un recién llegado pasear por la vía Toledo y adentrarse así en el Barrio Español a esta hora de la tarde. Es peligroso, muy peligroso y nada aconsejable, hágame caso —esto último lo dijo casi en un susurro—. Si tantas ganas tiene de conocer esa parte de la ciudad, hágalo a plena luz del día y ni se le ocurra abandonar la vía Toledo para explorar las calles adyacentes. De ellas uno sabe cómo entra, pero no cómo sale.

—Gracias por el consejo, Pedro. Lo tendré en cuenta.

Y ahí concluyó la primera de las muchas conversaciones que tuve con el Españolito, un tipo peculiar, sin duda. Siguiendo su consejo, me olvidé de mi plan inicial y fijé la atención en la cercana galería de Umberto I. Paseé bajo el

techo de hierro y cristal sobrecogido por la altura que alcanzaba mientras iba dejando atrás tiendas y cafés. Me detuve unos segundos bajo la bóveda y alcé mi cabeza para contemplarla hasta que el cuello me recordó que no estaba diseñado para aquella incómoda posición. Antes de salir, compré algo para cenar y puse rumbo hacia el hotel que me servía de refugio en mis primeros días napolitanos. Fui mordisqueando mi cena mientras regresaba. El viento soplaba con menos fuerza —o al menos eso a mí me parecía— y la espesura de las nubes se fue desvaneciendo, dejando que algunos dorados rayos del atardecer se fueran filtrando tímidamente entre ellas. A cada paso que daba se iba afianzando en mi interior la sensación de que las sirenas que habitan las aguas del golfo napolitano habían conseguido embaucarme con su melodioso canto.

2.

En infinidad de ocasiones me aventuré como aquella primera vez por las calles de Nápoles. Perdido en sus recovecos, ansiaba encontrar cualquier cosa que anestesiará mi mente de los recuerdos que me martilleaban sin descanso como punzadas de dolor que no cesaban nunca. La ciudad, paciente y comprensiva conmigo, me fue mostrando sus encantos lentamente, sin guardarme rencor por lo que de ella había opinado en nuestro primer encuentro. Me obsequió con los vestigios de su pasada vinculación con España, concedora seguramente de mis estudios de Historia. De aquella conservaba aún importantes huellas. Una de sus calles comerciales más concurridas es la Vía Toledo, la misma que Pedro me desaconsejó recorrer sin compañía ya por la noche. Se llama Toledo en recuerdo de uno de nuestros virreyes napolitanos, Pedro Álvarez de Toledo, quien quiso trazarla. Ella es el eje principal del centro histórico napolitano que, por cierto, es conocido como Barrio Español, todo un entramado de calles perpendiculares de cuyo peligro nocturno ya fui avisado. Pero además de denominaciones, conserva aún hoy la ciudad importantes construcciones que deben su existencia de una u otra manera a la voluntad española. Sirva de ejemplo el palacio de Capodimonte, edificación ordenada por Carlos de Borbón para albergar la magnífica colección de arte que heredaría de su madre Isabel Farnesio.

Y cuando estaba convencida de que había comenzado a cautivarme con los retazos de una historia compartida, Nápoles quiso mostrarse entrañable y

no dudó en tocar mi fibra más sensible. Sus célebres belenes lograron hacer emerger de las profundidades del pasado uno de los recuerdos más tiernos y queridos de mi infancia.

Todos los 8 de diciembre, nunca días antes, jamás días después, mi abuela bajaba de un altillo de su habitación una caja de cartón repleta de todo lo necesario para montar el nacimiento, que así era como ella lo llamaba. Era una caja vencida por el tiempo, pero, a pesar de su deterioro, a ninguno de los dos se nos ocurrió pensar ni por un instante en cambiarla por otra, porque, en cierto modo, esa caja maltrecha formaba parte, tan imprescindible o más, de aquel belén y de aquel vínculo entre mi abuela y yo. En nuestro navideño quehacer, ella se esmeraba sobremanera; ningún detalle lo consideraba superfluo, y mientras lo montábamos siempre me contaba las mismas historias de cómo celebraba aquellas fiestas cuando era pequeña. Yo, diligente ayudante, procuraba hacer con presteza y cuidado todas las tareas que mi abuela me encargaba mientras la escuchaba relatar unas historietas que ya me sabía de memoria. Era el nuestro un belén gaditano, donde no faltaba un río hecho de papel de aluminio ni un establo construido de corcho pintado con ténpera de color marrón. Una mula, un buey, María, José, el Niño en el pesebre, los tres reyes con sus respectivos camellos y un montón de pastorcitos con sus ovejas, cabras y gallinas atestaban todo el espacio. Recuerdo que al rey Melchor le faltaba una mano, perdida en no sé qué ocasión. Mi abuela decía que por ese motivo dicho rey era el que menos regalos dejaba en casa. Y yo me lo creía, claro está, y vivía todos los días que estaba montado el belén obsesionado con la posibilidad de que algún otro rey perdiera también una de sus extremidades superiores, lo que supondría una calamidad de fatales consecuencias para mis intereses de niño.

A mitad de la tarde hacíamos un alto para tomarnos una taza de chocolate bien caliente, acompañándolo ella con unas galletas María y yo con un merengue que me sabía a gloria bendita. Ahora sé que, en su mecedora, mientras soplaba el chocolate y le contaba a su nieto la última idea que había tenido para colocar la estrella ese año, mi abuela era inmensamente feliz.

Cuento todo esto porque había sido precisamente en Nápoles donde se iniciara aquella bonita tradición, creo que allá por el siglo xv. Nuestro Carlos III, que antes había sido el VII de ellos, fue quien exportó la ocurrencia a España, gracias a lo cual mi abuela y yo nos llegamos a juntar muchos 8 de diciembre para llevar al salón de casa un pedacito de la tierra de Belén. De esa tradición nació mi interés por explorar la calle de los belenes napolitana.

Siempre que lo hice supe que mi abuela andaba conmigo. Allá donde estuviera seguro que le daban permiso para pasear con su nieto y ser feliz una vez más admirando figuritas de pastorcillos, Niños Jesús, pesebres, Reyes Magos, camellos, estrellas y demás. Nada más pisar la calle mis treinta y tantos años se desvanecían y yo volvía a ser un mocoso con seis, siete u ocho abriles que se tenía que empujar ante algunos mostradores para poder observar las figuritas que allí se juntaban. El rato que permanecía entre aquellas tiendas olía a chocolate, a galletas María y a merengue. Mis pasos eran veloces, y no dudaba en ir de acá para allá brincando con vitalidad entusiasta hasta el final de la calle, donde sentía los labios de mi abuela rozarme levemente la frente antes de desaparecer entre las nubes al tiempo que mis treinta y tantos volvían a hacerse carne y devolvían al enérgico muchachito al estrato del pasado al que pertenecía.

Por lo demás, en el momento de mi llegada, la ciudad se encontraba totalmente entregada a la mejor zurda que jamás tocó balón en un estadio de fútbol. Diego Armando Maradona llevaba en el Nápoles desde el verano de 1984, cuando fue presentado en el estadio San Paolo, donde no cabía ni un alfiler. A principios de abril de 1990, el club estaba a punto de ganar su segundo *scudetto* en cuatro años, y el Pelusa era ya toda una leyenda y un ídolo en la ciudad. Nápoles entera se paralizaba con un partido de *calcio*, elevado a la categoría de religión por sus ciudadanos. Ni mucho menos tenía yo el ánimo para el fútbol, ese que inflama las pasiones humanas y es capaz de mover montañas, pero he de reconocer que lograba que la ciudad luciera esplendorosa los domingos de partido.

3.

Gracias al dinero del concurso y al finiquito cobrado por mis años de trabajo en Vendetta, no tuve que preocuparme de mi situación económica en mucho tiempo. Fue un gran alivio, y pude instalarme en la ciudad sin ningún tipo de agobio ni urgencia. Yo nunca fui persona de excesivos gastos, y con el dinero que había conseguido reunir calculé que tendría suficiente para vivir sin trabajar al menos tres años. Sin embargo, eso era lo último que necesitaba. Ansiaba una ocupación que llenara mi vacío interior al menos durante el día, pues ya sabe que la noche la ocupaban el tormento y la agonía.

A los tres o cuatro meses, mi italiano había mejorado bastante. Podía

expresarme con cierta fluidez y comprendía casi todo lo que me decían, requisito indispensable este para que alguien se planteara contratarme. Así que, sin prisa, pero sin pausa, comencé a buscar un empleo con el que poder entretener mi mente.

Esta búsqueda, junto con los intentos por descifrar la nota de Massimo, ocupó mis primeros meses napolitanos. Ni en una ni en otra estuve acertado, y viéndome impotente decidí poner aquellos asuntos en las únicas manos que podían ayudarme: las del Españolito. Como me aseguró Pedro en nuestra primera conversación, me fue muy sencillo dar con él cuando pregunté haciendo referencia a su apodo. Era increíble la cantidad de personas que lo conocían en la ciudad, hecho con el que me quedaron claras dos cosas: la primera, que no había exagerado un ápice cuando me lo dijo; la segunda, que se trataba de un tipo muy querido.

Un día, mientras le acompañaba a recoger unas mercancías para su puesto ambulante, le pregunté si conocía en Nápoles o en sus alrededores algún sitio que pudiese estar relacionado con las letras MALFCTF. Una inquisitiva mirada fue toda su respuesta, y me pidió que le prometiese por lo más sagrado (entiéndase por el Pelusa) que no se trataba de nada ilegal. Y sí, imagínese, con mi mano derecha apoyada en una fotografía de Maradona, tuve que jurar hasta en tres ocasiones que ni andaba metido yo en ningún lío con la mafia, que no pertenecía a la secreta y que no era detective privado. Semana y media más tarde, de nuevo con Maradona como testigo, el Españolito, que había estado aireando el tema entre sus contactos, me miró directamente a los ojos y me juró que no había conseguido averiguar nada sobre las susodichas letras y que no tenía la más remota idea de a qué lugar podrían estar haciendo referencia.

Me fue complicado encajar aquello, pues el hecho de que él, que tanto sabía de Nápoles y que tantos contactos tenía en la ciudad, no hubiera logrado decirme nada de la nota de Massimo, demostraba que el asunto era más complicado de lo que parecía. El resultado fue que mis esperanzas por encontrarle sentido se fueron desvaneciendo como un azucarillo en un café, al tiempo que una oleada de pesimismo fue inundándome lenta pero inexorablemente.

Al menos, lo que sí consiguió Pedro fue encontrarme una oportunidad para trabajar. Tenía un amigo en el Museo Arqueológico de Nápoles que le debía un favor y quiso cobrárselo haciendo que me consiguiera una entrevista de trabajo con el responsable de personal de dicho museo. Dada mi titulación en Historia, parecía el lugar idóneo para que emprendiera mi primera

experiencia laboral en tierras italianas. Por desgracia, la entrevista resultó un fiasco, ya que no existían en ese momento puestos vacantes para el museo que no requiriesen de un proceso selectivo. Sin embargo, se quedaron con mis datos por si en un futuro tenían algo que me pudiese interesar.

Ocurrió que ese futuro tenía ganas de hacerse presente, y pocos días después recibí una llamada del museo. El jefe de personal me informó de que necesitaban un guía que supiese español para los yacimientos arqueológicos de Pompeya y Herculano. Se trataba de un trabajo de tan solo quince horas semanales y el sueldo no era boyante, pero si quería el puesto, era mío. No lo dudé un instante, y de esta forma tan afortunada me convertí en guía oficial de las ciudades sepultadas por el Vesubio.

Antes de comenzar a ejercer como guía, tuve que recibir una exigente formación para conocer a fondo todos los detalles relacionados con aquellos dos enclaves. Me asignaron un tutor italiano para aquel cometido. Su nombre era Carlo, todo un experto en la materia. Con gran pasión, me explicó decenas de anécdotas relacionadas con la fundación de Pompeya y Herculano. Su ímpetu iba creciendo a medida que me narraba uno por uno los principales sucesos que se produjeron en ambas ciudades hasta que cayeron bajo la órbita romana en tiempos de Sila, y apoteósico fue el modo en el que me relató, con científica precisión, cómo se desarrollaron los hechos tras la erupción pliniana que sufrió el Vesubio el 24 de agosto del año 79 d. C., cuando el emperador Tito apenas llevaba dos meses de púrpura.

—Imagínate, Diego. Aquella jornada la vida se detuvo de repente —me dijo mientras cerraba sus ojos y se quedaba completamente inmóvil, como si esa misma vida de la que estaba hablando también se estuviera escapando de su cuerpo en aquel preciso instante—. Sin embargo, la catástrofe nos legó para la posteridad una instantánea perfecta de los quehaceres cotidianos de las gentes del mundo antiguo.

Sabía yo de sobra que habían pasado siglos hasta que los arqueólogos comenzaron a recuperar las huellas carbonizadas de sus habitantes. Ambas ciudades fueron redescubiertas en el siglo XVIII, cuando el entonces reino de Nápoles estaba bajo el dominio del déspota ilustrado Carlos VII de Borbón, quien años después sería el tercer Carlos que reinó en España.

Carlo me entregó un documento en el que se recogían todos los nombres de las personas que dirigieron en algún momento los trabajos de excavación y el periodo que estuvieron al frente de estos. Me insistió muchísimo en que me aprendiese bien aquel listado, que comenzaba con la descripción de la figura

del aragonés Roque Joaquín de Alcubierre.

—Recuerda que fue el arqueólogo Giuseppe Fiorelli al que se le ocurrió verter yeso en los huecos que habían quedado en los restos humanos cubiertos por la ceniza volcánica. Gracias a esta idea podemos contemplar hoy unos moldes muy precisos de los últimos momentos de vida de aquellas personas.

—Es espeluznante, la verdad.

—Y que lo digas. Ningún pompeyano tuvo una muerte dulce aquel día, Diego. Eso debe quedarte bien claro. Muchos sabían que iban a morir, pero desconocían en qué momento les llegaría la hora. Y esa angustia existencial es la que vemos marcada en sus rostros y actitudes modeladas por el yeso. En mi opinión, eso es quizás lo más terrible de todo.

—¿Cómo murieron la mayoría de los habitantes de la ciudad?

—Muy buena pregunta, quizás la que más interesa a nuestros visitantes. Deberás hacerles saber que el Vesubio mató de tres maneras diferentes aquel día. En primer lugar, lo hizo por el impacto directo de rocas de gran tamaño que la erupción lanzó sobre la ciudad. Muchos piensan que esta fue la principal causa de muerte, pero en realidad, aunque los hubo, fueron pocos los afectados por este tipo de impacto.

—Entendido.

—En segundo lugar, la erupción volcánica levantó una enorme columna de ceniza que se alzó más de treinta kilómetros. Poco a poco, una lluvia de piedra pómez comenzó a caer sobre Pompeya.

—Pero la piedra pómez no pesa. Es más, flota en el agua, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Entonces es imposible que los habitantes de la ciudad murieran por el impacto de este tipo de rocas.

—Efectivamente, pero la lluvia de piedra pómez duró muchas horas, y los tejados de las casas no pudieron aguantar el peso que la acumulación de estas piedras ejerció sobre ellos y terminaron cediendo. En este segundo caso, el volcán mató a base de insistir, por así decirlo.

—Pero eso no tiene mucho sentido. Es un poco absurdo, ¿no crees? ¿Por qué los pompeyanos seguían en sus casas? ¿Por qué no huyeron cuando comenzó todo? Yo no lo hubiera dudado ni un instante.

—La respuesta es lógica y sencilla, Diego. Debes intentar empatizar con aquella gente, mirar la realidad con sus ojos, los ojos del siglo I d. C., no los del siglo XX. Por aquel entonces, se desconocía que el Vesubio fuese un volcán. Todos pensaban que aquel gigante rocoso con el que convivían era una

montaña. De hecho, no existía hasta entonces un término latino para referirse a un volcán. Nadie podía prever lo que vendría después de los temblores de tierra matutinos y la posterior lluvia de roca porosa.

—Y lo que sobrevino supongo que fue lo que causó la gran mortandad, ¿no es así?

—Tal cual, Diego. Lo que verdaderamente mató a los habitantes de Pompeya y Herculano no fue ni el impacto de grandes rocas ni el derrumbe de los tejados ocasionado por la acumulación de piedra pómez sobre ellos. Lo que ocasionó miles de muertes fue lo que los expertos denominan hoy en día *flujo piroclástico*.

—Ríos de lava, supongo.

—Siento decirte que en esta ocasión estás totalmente equivocado — aseveró tras dar un chasquido con la lengua—. Piensa que los flujos de lava a los que te refieres son demasiado lentos para matar y sería relativamente sencillo librarse de ellos. Los flujos piroclásticos a los que me refiero son una especie de nubes de gas y ceniza en suspensión que descendieron por la ladera del Vesubio a una endiablada velocidad de más de cien kilómetros por hora. Fue como una tremenda ola que se aproxima a la orilla.

—¿En serio? ¡Tuvo que ser algo horrible! Entonces, si no he comprendido mal, fue ese flujo lo que terminó asfixiando a los infelices moradores de estas tierras, ¿verdad?

—Otra vez es errónea tu conclusión, querido Diego. Que te quede bien claro lo que voy a explicarte, pues es una información fundamental para todo guía que se precie.

—Adelante, estoy ansioso por conocer cómo ocurrió todo.

—Esa nube de gas y ceniza alcanzó una temperatura tres veces más caliente que el agua hirviendo, esto es, unos 300 °C.

—¡Dios bendito! ¿Tanto?

—Y más. En Herculano, otro flujo piroclástico alcanzó una temperatura de unos 500 °C. Ambas oleadas, tanto la de Herculano como la de Pompeya, atravesaron las ciudades en poco más de un minuto.

—De ser así, sus habitantes tuvieron que morir abrasados en un abrir y cerrar de ojos, ¿no es así?

—Ahora sí que has dado en el clavo. Ninguna muerte fue precedida por una lenta y agónica asfixia. Todo lo contrario; el volcán mató con furia en esta ocasión, como si tuviese prisa por hacerlo. El impacto térmico de la nube fue brutal, haciendo que los tejidos más finos del cuerpo humano se desintegraran,

literalmente. Los cerebros hirvieron y la carne se vaporizó. ¡Se va-po-ri-zó! Casi nada se conservó dentro de la costra de ceniza que se adhirió a los cuerpos, solo algunos huesos y el vacío.

—Y si te he entendido bien, fue en ese vacío rodeado de ceniza donde Giuseppe Fiorelli inyectó el yeso.

—Aprendes rápido, Diego. Aprendes rápido.

4.

Así transcurrieron diez intensas jornadas hasta que Carlo consideró concluida mi formación y me dio el visto bueno para que pudiera comenzar a ejercer mi nuevo cometido. Lo hizo entregándome una pequeña placa de esas que se enganchan en la ropa donde ponía mi nombre y debajo, en letras mayúsculas, GUÍA OFICIAL.

El último de aquellos días de aprendizaje, cuando ya me había ganado la confianza de Carlo, le pregunté sin ningún tipo de rodeos si las letras MALFCTF podían estar relacionadas con alguna villa, templo, edificio o lugar concreto de las ciudades de Pompeya o Herculano.

—¡Pufff! ¿De dónde te sacas esa pregunta?

—Ocurrencias mías, Carlo —me vi obligado a mentirle para no contarle la verdad—. Antes de salir de Madrid hice una apuesta con un amigo. Él debía pensar en un lugar de Nápoles que yo tenía que adivinar a través de una única pista. Yo haría lo propio con un lugar de Madrid para que él también intentara encontrarlo. El primero que lo consiga gana una cena.

—Pues vaya distracciones las vuestras, *amico*. No sabría qué decirte, la verdad. Así de sopetón... No se me ocurre nada. Pero si me invitas a unas *birre* cuando terminemos con nuestra última clase, te prometo que me pondré a investigarlo.

—*Deal fatto, caro amico. Grazie mille.*

Mientras el bueno de Carlo se devanaba los sesos pensando hacia dónde apuntarían las letras de Massimo, gracias a mi flamante empleo fui adquiriendo una rutina que organizaba mis horas de la mañana cinco días a la semana, de miércoles a domingo. Me levantaba temprano para coger el autobús que hacía la ruta Nápoles-Pompeya. El trayecto duraba apenas treinta minutos hasta Pompeya y bastante menos hasta Herculano, pero el paisaje por el que discurría era una auténtica maravilla. La carretera, próxima a la costa,

me ofrecía inmejorables panorámicas del golfo napolitano encerrado entre Nápoles y la península sorrentina. Dominando aquel entrante de mar, el imponente Vesubio reposa aletargado a la espera de un nuevo despertar. Muchas veces pensé al contemplarlo lo poco que me importaría a mí morir abrasado por sus gases y cenizas tal y como les había ocurrido a los moradores pretéritos de las ciudades romanas de aquella preciosa bahía; pero cuando tales pensamientos se cruzaban por mi mente, giraba mis brazos para poder ver la A y la V que llevaba tatuadas en las muñecas, y aunque sabía que la muerte representaría el fin de mis tormentos, espantaba esa posibilidad, apretaba los puños, me secaba las lágrimas y encontraba fuerzas para seguir permaneciendo en el mundo de los vivos.

Al llegar cada mañana me asignaban un grupo de turistas españoles con el que debía recorrer haciendo de cicerone, bien el yacimiento de Pompeya, bien el de Herculano.

En Pompeya iniciaba siempre la visita por la denominada puerta Marina, aquella desde la cual en el pasado comenzaba una calzada que conectaba la ciudad con la costa, y la terminaba en la zona del anfiteatro y la palestra. El trayecto duraba unas dos horas y media y estaba salpicado de paradas en lugares estratégicos donde les explicaba a los boquiabiertos visitantes muchos de los secretos, anécdotas y datos relacionados con Pompeya antes, durante y después de la erupción del año 79 d. C. Los llevaba a la zona del foro, sin duda el corazón de la ciudad. Sus templos, mercados y edificios cívicos volvían a recuperar vida gracias a mi estudiada oratoria. Estaba claro que lo que más impactaba era el granero, allí donde se conservaban algunos moldes de yeso de los que ya he dicho bastante. Yo, que sabía que aquel era uno de los platos fuertes de la visita, aprovechaba el interés mostrado por los turistas y les explicaba con todo detalle la causa de tan horrenda muerte.

Y después de la muerte, las ruinas de Pompeya eran testigos de la vida cotidiana de la civilización romana y del grado de desarrollo y perfección que esta llegó a alcanzar. Poder adentrarse en una de las numerosas villas que flaquean cualquiera de sus calles perpendiculares bastaba para que todos los integrantes del grupo entendieran cómo vivían las familias más acomodadas. Todas tenían una tiendecita a la entrada que daba a la calle; después, un atrio que servía para distribuir diferentes habitáculos con funciones diversas, decorados todos con fabulosos frescos y mosaicos, aunque sin ninguna ventana que los aireara. Y en la parte trasera, siempre una zona ajardinada, rodeada de bellas columnas, todo un remanso de íntimo esparcimiento para los moradores

del hogar.

Las diferentes termas que se repartían por la ciudad, así como los dos teatros (el grande y el pequeño), también servían para demostrar la grandeza pompeyana y el gusto de sus habitantes por el ocio y la diversión.

Muchos se ruborizaban cuando les enseñaba los penes esculpidos en las calzadas que, a modo de flechas, servían para guiar al ardiente pompeyano hasta el lupanar más cercano. Era este el edificio más picante de todo el yacimiento. Una figura pintada de Príapo nos daba la bienvenida nada más entrar en el vestíbulo. Los turistas, cámara en mano, no desaprovechaban la oportunidad de fotografiar los frescos que se conservan sobre las puertas de los diferentes compartimentos. En ellos se muestra la especialidad sexual de la meretriz que ocupaba el habitáculo en cuestión (*fornices*, se denominaban), una prueba más de lo organizados que eran estos romanos. Ahora, eso sí, aquellos cuchitriles de desenfreno sexual estaban dotados únicamente de una incómoda cama de piedra sobre la que se colocaba un colchón de paja. Otra de las cosas que llamaba poderosamente la atención de los turistas era la cantidad de grafitis escritos en sus muros, idénticos a los que pueden leerse hoy día en muchos aseos de locales nocturnos, mostrando frases como «Crato la tiene de un palmo» o «Marco se tira a Lucila».

Después de recorrer el lupanar, los llevaba a la célebre calle de la Abundancia, quizás la más famosa y rica de la ciudad: pequeñas tabernas donde los pompeyanos podían adquirir bebidas y comidas tanto frías como calientes; *fullonicas* o lavanderías que recolectaban la orina de los pompeyanos para utilizarla posteriormente como lejía para lavar las telas, y, sobre todo, villas y más villas se sucedían en aquella calle que comunicaba el foro con la zona del anfiteatro, allí donde ya dije que concluía la visita.

Al terminar, satisfecho por el trabajo realizado, me abandonaba el resto de la mañana y dejaba que mis pies se perdieran por las calles menos transitadas por los turistas. Siempre encontraba un rincón silencioso en el que sentarme y recordar a Lucía y Valeria, pues no ha habido un solo día en que sus rostros y sus sonrisas no vinieran a hacerme compañía. Hablaba con ellas de mis preocupaciones y de mis planes a corto plazo. Les contaba cuánto las echaba de menos, cuánto las necesitaba, cuánto ansiaba poder besarlas tan solo una vez más. Y con el Vesubio como testigo, les juraba no olvidarme nunca de lo que vivimos juntos en esos años de infinita felicidad. Les prometía entre sollozos no olvidar jamás ni Vendetta ni *Mararita* ni nuestros paseos por el Retiro cogidos de la mano. No olvidar la cantidad de veces que soñamos

despiertos con el futuro que nos aguardaba.

Como nada ni nadie me esperaba en mi casa de Nápoles, alargaba la estancia en Pompeya hasta la hora del almuerzo para comer con algunos de los trabajadores de aquel recinto arqueológico. Cuando me tocaba trabajar en Herculano, igualmente me las apañaba para estar en Pompeya a esa hora. Eran mis compañeros de trabajo y en poco tiempo me convertí en uno más del equipo, evaporándose rápido la etiqueta de nuevo que suele acompañar a todo aquel que tardíamente se incorpora a un grupo ya formado. A este respecto, he de decir que, a mi entender, abunda entre las gentes napolitanas un carácter afable, abierto, cercano y familiar que me recuerda, salvando las distancias, al que exhibimos los andaluces. Digo esto porque fue muy sencillo incorporarme al grupo con el que todos los días compartía mesa y mantel en uno de los restaurantes situados a las afueras de las admiradas ruinas de Pompeya. Cave canem se llamaba el lugar, un nombre de lo más oportuno si se tiene en cuenta que ese aviso, que hoy cuelga en las puertas de muchas villas y chalets, apareció escrito en un mosaico de la entrada de la *domus* pompeyana del Poeta Trágico. Trece éramos los comensales habituales, tantos como están representados en la mayoría de las pinturas de la Santa Cena. A veces echábamos de menos a alguno, otras sumábamos catorce o quince, pero nunca faltaba en la mesa buen vino, que siempre acompañaba el buen ambiente y la animosa conversación. Y eso era precisamente lo que yo andaba buscando, porque en compañía de la gente me contagiaba de cierta alegría, aunque nunca pude disimular del todo mi semblante triste, mis miradas perdidas, mis largos silencios y el hondo pesar que me embargaba. Todos lo notaban y todos se esforzaban por sacarme de aquel pozo profundo, especialmente Mónica, compañera inseparable de la que no tardaré en hablar.

5.

A finales de diciembre de 1990 recibí una carta. Su remitente era Chacón, que me informaba de las últimas e inquietantes novedades de la investigación policial que él dirigía y que a mí tanto me interesaba. Literalmente, estas fueron sus palabras:

Estimado Diego:

Le escribo para hacerle partícipe de mis últimas averiguaciones. Como verá, sigo depositando ciega confianza en su silencio y prudencia, pues otra vez me juego el cargo al escribir cosas que pertenecen al secreto de sumario.

Nada diré porque nada sé sobre mi excompañero López. Ni rastro de su actual paradero ni de los motivos que le llevaron a perseguirle los días previos a la explosión he conseguido conocer.

Sin embargo, se me ocurrió pedirle a la organización de *In cerca del tesoro* las grabaciones que su equipo de cámara hizo el fatídico día en la estación de metro. Accedieron a mi petición diligentemente, facilitando y acelerando sobremanera mis pesquisas, ya que el requerimiento de una orden judicial para obtenerlas hubiese demorado en exceso la investigación.

Dichas grabaciones no se limitaban únicamente al momento apoteósico en el que usted abría la taquilla, sino que incluían varias tomas de los momentos posteriores. El por qué de estas grabaciones tardías lo desconozco, y tampoco me lo supo explicar Giuseppe, el director del concurso. Pero la realidad era que el cámara, un tal Enrico, las había tomado y llegaron hasta mí. Analizándolas tuve una perspectiva distinta del momento de la explosión de la que había recogido la cámara de seguridad del metro. En un momento dado, las imágenes muestran a Lucía aproximándose a la papelera donde se hallaba la bomba con su hija de la mano. Eso ya lo habíamos visto antes, hasta ahí nada nuevo nos aportaba la grabación facilitada por el concurso. Sin embargo, el nuevo ángulo desde el que se tomaron estas imágenes me permitió ver que su esposa llevaba en la otra mano un objeto plano y rectangular relativamente pequeño. Dicho objeto estaba imantado, pues en la grabación se observa cómo Lucía aproxima su mano a la papelera y el objeto queda pegado a la misma. Inmediatamente, requerí al Ayuntamiento de Madrid permiso para rastrear de nuevo la estación de Tetuán, puesto que en ninguno de los restos que analizamos tras la explosión se halló nada parecido al objeto que le acabo de describir.

Por desgracia, el Ayuntamiento no me puso tan fáciles las cosas como habían hecho los del concurso, y en esta ocasión tuve que solicitar una orden judicial para poder suspender el tráfico de metro en Tetuán. El trámite lo ha retrasado todo demasiado, de ahí la tardanza con la que le

escribo. Obtenido el permiso judicial, dos días tardaron los técnicos en hallar el objeto, aún pegado a un trozo de la papelera. Se encontraba entre los raíles, allí donde tan solo exploramos superficialmente en la primera ocasión. Lo tengo ahora mismo en mi mano, por eso sé que estaba imantado. Lo extraño es que, después de analizarlo concienzudamente, no hemos encontrado nada sospechoso en él. Es simple y llanamente un imán de esos que se pegan en el frigorífico. Apenas quedan restos de la imagen que aparecía en él. Le adjunto una fotografía. ¿Le resulta familiar? ¿Sabe qué es? ¿Tiene algún significado especial? Por favor, si así es ruego que me informe con la mayor celeridad posible. Mi superior está comenzando a impacientarse con mis hipótesis que, por ahora, no nos conducen a ningún lado. Mucho me temo que, si no consigo algún avance en estas próximas semanas, la investigación quedará archivada irremediabilmente a mediados de enero.

Siento no hacerle llegar mejores noticias, Diego. Créame, lo siento en el alma.

Reciba un cordial saludo,
Chacón.

Con sus palabras, el teniente había añadido un nuevo e inquietante matiz a los sucesos aciagos del 15 de febrero. ¿Qué pretendía Lucía con aquel imán? Observé detenidamente la fotografía de la pieza en cuestión. Tal y como decía Chacón, en su parte delantera tan solo quedaba un fragmento de la imagen que se debería representar en ella. Nunca lo había visto. No tenía la menor idea de qué era ni por qué lo tenía Lucía en su poder. Lo que sí tuve claro desde ese momento fue que demasiadas cosas extrañas estaban apareciendo en torno a la explosión. Primero fue la huida de Massimo y su misteriosa nota. «Si quieres respuestas, búscame», decía la hoja de papel; después, la extraña persecución a la que me sometió López (que comenzaba a sospechar que de alguna manera tenía que estar relacionada con todo aquello) unida a su inexplicable desaparición cuando estaba involucrado de lleno en la investigación, y ahora Lucía y aquel imán. ¿Qué se escondía detrás de todo esto? Lo peor de la situación era que ninguna de las tres personas que debían explicar algo o la totalidad de lo sucedido estaba accesible: Lucía, asesinada, jamás daría ya explicación alguna; de López, cuyo comportamiento había sido sospechoso desde el mismo momento en el que lo conocí, ni siquiera Chacón tenía

noticias. Solo Massimo, también en paradero desconocido, me ofrecía un resquicio de oportunidad en forma de nota misteriosa, tan enigmática que parecía imposible que ni el mismísimo Champollion pudiese descifrarla.

La necesidad de encontrar a Massimo se hizo más y más acuciante. Hoy puedo asegurar que la nota que había dejado el napolitano en la puerta de mi casa fue lo que evitó que yo acabara con mis días definitivamente. Solo la curiosidad por escuchar lo que mi antiguo jefe tuviera que explicarme, fuese lo que fuese, me mantuvo en este mundo. Por su parte, la carta de Chacón contribuyó a que yo decidiera seguir adelante. Por primera vez desde la explosión, comprendía nítidamente que un único propósito me mantenía respirando aun sin que me sintiera realmente vivo: debía descubrir qué demonios ocurrió realmente el 15 de febrero de 1990, qué o quién había matado a mi mujer y a mi hija y por qué motivo sucedió.

Un decepcionado Carlo me aseguró días más tarde de nuestro último encuentro que las letras a las que yo me había referido no tenían relación alguna posible con nada que estuviera en Pompeya o en Herculano.

La cuestión se enquistaba inevitablemente. ¿A quién acudir? ¿Dónde buscar? ¿Qué hacer para darle sentido a aquel rompecabezas de siete letras?

Lo único que se me ocurrió fue comenzar a mirar con otros ojos a la ciudad de Nápoles. Aquel era el territorio de Massimo. Su infancia y adolescencia habían transcurrido entre sus calles y plazas, y en alguna parte de ellas debía estar la respuesta. Las examiné siempre que tuve oportunidad, poniendo mis cinco sentidos en cada uno de sus detalles, por nimios que estos fuesen. Todo fue en vano. Pregunté sin dar explicaciones a todos los conocidos, devoré guías turísticas, me empapé de la historia napolitana, pero de nada me sirvieron mis esfuerzos. Nuevos tormentos, más preocupaciones y viejos fantasmas me persiguieron sin descanso. Mónica, su compañía, fue lo único que me reconfortó cuando la desesperación y el desaliento eran un monstruo de dos cabezas que me amenazaba con sus fauces sedientas de sangre. Representó ella un destello, débil y lejano, como el que irrumpe entre las nubes grisáceas y tormentosas que cubren el cielo de *La tempestad* de Giorgione. Un relámpago fugaz de vida entre tanta muerte. Eso fue lo que Mónica, su compañía, supuso para mí. Sin ella no habría seguido en este mundo. Sin ella todo habría concluido hace mucho, vencido yo por tanta angustia.

Mónica era arqueóloga nacida en Capri. Inteligente, morena y de bellas facciones, tenía veintiocho años cuando la conocí. Llevaba cuatro trabajando

en el equipo de arqueólogos permanentes con el que contaba el yacimiento pompeyano. Desde entonces estaba viviendo su sueño, un sueño, supongo, compartido por el 95 % de los arqueólogos mundiales. Pompeya lo representaba todo para ella. Estaba participando en la última de las tres excavaciones que se habían llevado a cabo en el templo de Isis y estaba entusiasmada. Acudía muy de mañana al recinto con una sonrisa en la cara y marchaba a casa ya tarde toda llena de polvo y arena, pero con la misma sonrisa. Encandilaba a quien con ella tenía la fortuna de compartir algunas palabras. Contagiaba su energía y optimismo allá por donde su figura pasaba. La gran mayoría de los que la conocían creían que cualquier día sería capaz de resucitar a alguno de los pompeyanos calcinados por la erupción, pues tal era la vitalidad que su presencia desprendía. Si no me enamoré de ella (y que conste que a cualquier hombre le hubieran sobrado razones para hacerlo) fue porque mis sentimientos hacia Lucía han permanecido intactos a pesar de su desaparición y nadie podrá ocupar su lugar en mi corazón. Y no lo lamento. Me vacié de amor cuando lo encontré en Madrid y cuando en los brazos a mi pequeña acuné. Exprimí cada gota que de su jugo llevaba en mis adentros. Después nada quedó. Nada me guardé. Todo se lo di a Lucía y Valeria.

Sin embargo, supe disfrutar de la compañía de Mónica, una compañía siempre pura e inocente, nunca deshonesto ni encendida. La luz que irradiaba me sirvió de mucho en bastantes situaciones y eternamente agradecido le estaré por ello. Recuerdo que me llamaba *mysterious boy*, chico misterioso. Lo hacía en inglés porque decía que así sonaba más enigmático.

—¿Por qué? —le pregunté un día sentados en la escalinata de la catedral de Amalfi.

Estábamos en primavera y habíamos aprovechado, como otras tantas veces, una oportunidad para que me enseñara los alrededores de Nápoles. Desde nuestra posición éramos testigos del constante vagar de los turistas. Todavía flotaba mi pregunta en el aire cuando creí reconocer a Massimo entre el grupo de gente que en ese momento estaba subiendo las escaleras en nuestra dirección.

—Porque nunca hablas de tu pasado. ¿Me estás escuchando, Diego? ¿Eo?

El grupo avanzaba lentamente, los numerosos peldaños que ya habían subido comenzaban a hacer mella en sus piernas y poco quedaba del ritmo vivo con el que habían iniciado el ascenso. El que centraba mi interés llevaba un sombrero de paja y unas gafas de sol y andaba algo escorado hacia la izquierda del tumulto, justo en el lado más alejado a mi posición. Las palabras

de Mónica me llegaban con retardo y en ellas cualquiera podría notar que su indignación iba en aumento.

—Oye, Diego, si no quieres hablar, ¿por qué inicias una conversación? ¿Te ocurre algo? Me aburro, ¿sabes? Estoy empezando a impacientarme...

Algo se le cayó de las manos al individuo del sombrero de paja y gafas de sol, lo que le obligó a detenerse y a agacharse para recogerlo del suelo mientras sus acompañantes continuaban la marcha ascendente.

—Mira, guapo, como sigas ignorándome cojo el *walkman* y paso olímpicamente de ti y de tus cosas.

El hecho fortuito aisló al hombre del sombrero de la muchedumbre que, jadeante, ya casi coronaba la escalinata. Cuando el susodicho estaba recuperando la verticalidad y estaba a punto de ofrecérseme con claridad sin ningún tipo de obstáculo que me dificultase la visión, Mónica, que había llegado al nivel máximo de indignación que le cabía en el cuerpo, me agarró por los mofletes y me obligó a girar la cabeza para mirarla tal y como hacen muchas madres con sus mochuelos cuando les están echando una regañina.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —lo dije con una brusquedad que ella ni mucho menos se merecía.

Pero Mónica, a la que nunca vi enfadarse por estupideces, llenó su cara con la mejor sonrisa que tenía y me dio un beso en la mejilla.

—¿Qué te ocurre, *mysterious boy*? Dime qué era eso tan importante que estabas mirando que no me hacías ningún caso.

Algo turbado por la pregunta, le respondí, guiñándole un ojo, que había estado embelesado contemplando a un bellezón que subía por las escaleras.

—¡Pero qué embustero que eres! No tienes remedio —fue su cariñosa respuesta.

Cuando volví a mirar hacia el escalón donde segundos antes el hombre del sombrero comenzaba a incorporarse, observé con fastidio que allí ya no había nadie.

—Bueno, entonces ¿vas a responder a mi pregunta o tanta belleza también te ha producido amnesia? —me preguntó lo más irónicamente que fue capaz.

La verdad es que ya no recordaba de qué estábamos hablando, y ni me importaba lo más mínimo. Mi cabeza no hacía más que echar humo pensando dónde podía haber ido a parar el hombre del sombrero de paja que estaba demostrando unas grandes dotes para mantener su rostro lejos de mi alcance. No tardé en comprender que si estaba subiendo por esa escalinata la única posibilidad era que hubiese entrado en la catedral, donde por desgracia iba a

tener que encontrarlo sin la ayuda del sombrero que, siguiendo las más elementales normas de decoro, tendría su uso vetado allí dentro.

—¿Qué te parece si entramos dentro de la catedral y te respondo mientras me la enseñas?

—¿Qué ocurrencias tienes, Diego, la verdad.

—Anda, Mónica, que ya es la tercera vez que venimos y siempre se nos ha hecho tarde para la visita.

—Está bien, pero respóndeme: ¿por qué nunca hablas de tu pasado? — Gracias a Dios, Mónica me había repetido la pregunta.

Le contesté mientras tiraba de ella para levantarnos, echarnos a andar y cruzar por uno de los arcos apuntados que dan acceso al interior de la catedral de San Andrés Apóstol.

—No seas mentirosa, Mónica. Sabes de sobra que eso no es verdad. Te he hablado de Cádiz, de los problemas de mi padre con el alcohol, de mi abuela, de mis años de universidad y de mi trabajo en una cocina italiana de Madrid.

—Pero callas cosas importantes. Y al callar mientes, porque te guardas penas y sufrimientos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—No lo pienso, lo sé. Tu boca es muda, pero tu mirada habla y me lo cuenta todo. No veo brillo ni ilusión en tus ojos, tan solo tristeza, desolación y, tal vez, muerte.

Me detuve en seco y por un instante me olvidé hasta de que estaba buscando a Massimo.

—Te equivocas. Lo que ocurre es que estoy demasiado lejos de mi hogar desde hace ya mucho tiempo. Lo que interpretas como desolación y muerte es simplemente añoranza —mentí como buenamente pude. No quería compartir ese trozo del pasado con nadie, ni siquiera con quien tanto bien me hacía.

—¿Y por qué no te marchas entonces? ¿Qué es lo que te retiene?

Inútil de mí, la conversación con Mónica me había distraído de mi propósito lo justo para cometer un error fatal. En vez de quedarme en la puerta de salida esperando a que la persona a la que yo creía Massimo abandonara el templo, me adentré por sus naves atestadas de turistas intentando inútilmente encontrarla. Sin la referencia del sombrero, pronto fui consciente de mi equivocación. Intenté remediarlo y me planté cerca de la salida con Mónica, quien, patidifusa, me miraba de arriba abajo sin comprender muy bien qué estábamos haciendo allí parados.

Continué alargando la conversación inventándome mil y un motivos con los que pretendía convencer a Mónica hasta que, cansada con tantas evasivas, me dijo:

—Lo que tú digas. Pero que sepas que no me engañas, *mysterious boy*. Te espero fuera.

Tardé media hora más en abandonar la catedral. Lo hice cuando estuve convencido de que el individuo al que buscaba ya no se hallaba allí. Seguramente habría salido mientras yo estaba dando vueltas como un tonto. Y así fue como perdí la oportunidad de averiguar si aquel sombrero de paja pertenecía o no a mi querido Massimo.

6.

Un día llegué tarde a la hora de la comida en Cave canem. El autobús desde Herculano se había retrasado, y cuando entré en el salón ya todos los habituales del grupo estaban sentados. Percibí algo diferente en el ambiente aquel día. Extrañamente todos guardaron silencio al verme asomar por allí. Cuando comenzaba a sentirme incómodo con la extraña situación, Mónica se levantó de su asiento y con tono de reproche me preguntó cuánto tiempo más pensaba estar sin decirles nada.

—¿Nada de qué? —pregunté algo molesto.

—Oh, vamos, Diego, no te hagas más el interesante.

—Os juro que no tengo la menor idea de qué estás hablando.

—Qué pesado te pones a veces, la verdad.

—No sigas disimulando, lo sabemos todo. —Esta vez fue Francesco, uno de los vigilantes, quien habló—. Te hemos visto en el anuncio del concurso. Eres uno de los participantes de *In cerca del tesoro*. ¡Qué bien guardado lo tenías!

Efectivamente, a principios del año 1991 había comenzado a emitirse el primero de los seis programas del concurso. Comenzaba seis meses más tarde de lo previsto debido a que se estaban utilizando algunas de sus grabaciones en la investigación policial y la autoridad judicial española había tenido requisadas todas las grabaciones del último día durante ese tiempo. Aunque tarde, el concurso estrella de la televisión italiana, aquel que había arrasado

en las ediciones anteriores, comenzaba a ser anunciado a bombo y platillo en Canale 5, y lo hacía mostrando a la ansiosa audiencia los doce concursantes que iban a estrujarse el cerebro durante las siguientes semanas buscando el tesoro. Obviamente, yo aparecía entre ellos, y me convertí de la noche a la mañana en una de las personas más conocidas de Nápoles. Me era imposible salir a dar un paseo sin tener que firmar autógrafos o que me parasen para hacerme fotos con desconocidos que me requerían constantemente. La gente me señalaba por la calle y se me quedaba mirando. Los más atrevidos me gritaban palabras de ánimo, incluso. Fui famoso durante unos meses. Después, afortunadamente, las aguas volvieron a su cauce y fui recuperando el anonimato en el que siempre quise verme envuelto. Sin duda, mis ausencias televisivas y promocionales tras la emisión del concurso hicieron que mi cuota de fama se la repartieran otros concursantes que supieron aprovecharse muy bien de *In cerca del tesoro* para terminar convirtiéndose en auténticas estrellas mediáticas de la televisión italiana.

Así que el interés que mi persona despertó entre la fiel audiencia del programa fue efímero, y eso a pesar de ser yo el ganador del premio.

Recuerdo con gran precisión el día anterior a la emisión del último capítulo, aquel en el que por fin se conocía quién era el ganador. En los anteriores programas se había ido eliminando a distintos concursantes, y al final solo tres éramos los que aún teníamos la oportunidad de hacernos con el premio. De forma inteligente, la organización había ido revelando los avances de esa terna de participantes. Cada uno, guiados por nuestro instinto, seguíamos una pista diferente y, para ser sinceros, de los tres yo era el que más lejos parecía estar del escondite del tesoro. Los otros dos ya habían planteado que este debía estar oculto en algún lugar del metro madrileño, incluso uno llegó a sugerir que podía localizarse cerca de Plaza Castilla. Sin embargo, yo, acuérdesese, aún estaba buscando la tumba del jerezano Estopiñán. Pero en la última entrega todo daría un giro radical, como ya sabemos.

La retransmisión televisiva de todos aquellos programas me devolvió escenas de mi vida que parecían enterradas desde hacía siglos, pero que, en realidad, pertenecían a un pasado muy reciente. Perfectamente editadas, las diferentes grabaciones que había hecho a lo largo de toda mi investigación fueron saliendo a la luz. Allí donde estuviera, siempre que hubiera un televisor encendido, daba igual si era mi casa, un bar, Cave canem o el escaparate de una tienda de televisores, me veía de nuevo explicando mis distintas hipótesis, recogiendo una pista del buzón, contando los errores cometidos y las últimas

ilusiones que habían despertado en mí Pedro de Estopiñán y la toma de Melilla. También se vio el día que me grabaron trabajando en Vendetta. Massimo aparecía casi tanto como yo, pues estuvo muy ilusionado aquella tarde y se las ingenió para colarse en plano en repetidas ocasiones. Eran otros tiempos, días de felicidad que ya jamás volverían. Ninguno de mis compañeros de trabajo comprendía la pena que me invadía ni mucho menos las continuas negativas con las que rechazaba sus invitaciones para que viera con ellos alguno de los programas.

El día previo a la gran final recibí en mi casa la visita de Mónica. Venía a proponerme que viéramos juntos el desenlace de *In cerca di tesoro*. Según ella era lo menos que podía yo hacer después de haberme negado tantas veces a saciar su curiosidad sobre el concurso. Siempre estaba preguntándome cosas sobre el mismo y no paraba de intentar sonsacarme quien había sido el ganador. Cuando supo que yo me encontraba entre los tres finalistas estuvo toda una semana insistiendo en saber el final por adelantado. Recurrió al enfado, al coqueteo, al chantaje emocional, a no sé cuántas amenazas y a otras muchas artimañas para averiguar algo sobre el ganador o la ganadora. Para mí fue muy divertido aquel juego y diré con orgullo que pude resistir cada uno de sus ataques hasta el final. No solté prenda sobre el tema y Mónica juró vengarse de mis silencios a la más mínima oportunidad.

Su proposición no era más que un nuevo intento de obtener alguna primicia, de eso no tenía la menor duda. Pero mi negativa no tuvo nada que ver con aquel tira y afloja que nos traíamos entre manos. Si rechacé su invitación fue porque me encontraba totalmente desgano y desanimado. Invadido por la tristeza, se me hacía imposible verme de nuevo en Tetuán avanzando hacia las taquillas y mostrando el tesoro repleto de felicidad sabiendo que tan solo hora y media después, en ese mismo lugar, a mi esposa y a mi hija les habían robado la vida.

Además, yo ya había hecho mis propios planes. No queriendo ser el protagonista de un festejo cuando mis compañeros supiesen de mi triunfo en el concurso, decidí poner tierra de por medio aquel fin de semana. Después de pedir algunos días libres en el trabajo, reservé una habitación en un hotel de la cercana isla de Capri, donde tenía pensado escabullirme de la algarabía que se avecinaba. Si hubiesen sido otras las circunstancias, seguro que hubiese disfrutado yo como el que más todo aquello, puesto que era muy emotivo y halagador todo lo que me estaba sucediendo en esas semanas. Sentía como nunca el cariño de la gente. Muchos se alegraban de mis éxitos como si les

fuese algo en ello, como si mi victoria fuese también la suya. Si uno analiza con tranquilidad todo esto que digo, se dará cuenta de la grandeza que encierra. Yo era consciente, pero totalmente incapaz de saborear el dulzor del momento. El cruel desenlace de ese siniestro día había dejado en mí demasiada amargura.

—Te estoy muy agradecido por la invitación, Mónica. Pero siento decirte que no estaré aquí mañana para verlo.

—No serás capaz. ¿Y dónde irás si puede saberse?

—Mucho me temo que tampoco podré satisfacer esa otra curiosidad tuya. Simplemente te diré que me escondo, que estaré oculto en algún lugar huyendo quién sabe si de la vergüenza por haber perdido o del éxito por haber ganado.

—Eres incorregible, *mysterious boy*. Mira, vamos a hacer un trato: si no eres tú finalmente el ganador, te dejo abandonado estos días en compañía de la vergüenza de la que me hablas. Si por el contrario terminas encontrando el tesoro, me llamas, me dices dónde te alojas y voy a verte para celebrarlo juntos. ¿Te parece? —formuló esta última pregunta con todo el encanto que sabía que tenía. Su tierna mirada se clavó en mis ojos y no tuve más remedio que claudicar.

—Yo seré incorregible, pero tú siempre terminas saliéndote con la tuya —le dije—. Ahora bien, me tienes que prometer antes por lo más sagrado que en el hipotético caso de que fuese yo el ganador no le dirás a nadie donde me encuentro. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

7.

Capri es una joya del Mediterráneo. Cuando te aproximas a ella desde el mar es todo un espectáculo contemplar su escarpada costa. Esta ha sido toda moldeada por el viento y el oleaje con la paciencia infinita de quien se sabe eterno. Acantilados, cuevas, arenosas playas y farallones dibujan el perfil de una isla de singular belleza, tanta que hasta los emperadores de la Antigüedad la eligieron como retiro para sus estíos.

Comparten sus escasos diez kilómetros cuadrados las ciudades de Capri y Anacapri. La primera es la más glamurosa y congrega gran parte del lujo que puede encontrarse en la isla. Célebre y concurrida es su legendaria Piazzetta, escenario de la *dolce vita* capresí. Anacapri, por su parte, se encuentra situada

en la zona más elevada de la isla. Allí el lujo se desvanece y todo es más tranquilo. Sus aguas son igual de cristalinas, pero en ellas no duermen los yates como en la vecina Capri. La ciudad sabe guardar sus tesoros. No los exhibe alegremente, sino que se muestra celosa con ellos. Así, por ejemplo, muchos habrán caminado cerca de la iglesia de San Michele sin saber que su interior pone a nuestros pies un paraíso cerámico que no tiene parangón en ningún otro lugar del mundo. Si alguna vez tiene usted la ocasión de pasear por allí, hágame caso, haga un alto en su recorrido y entre en San Michele; lo que verá en el suelo le dejará alucinado.

Yo me alojé en Anacapri. En esas fechas invernales, toda la ciudad respiraba tranquila. Los turistas, aunque no cesaban de recorrer sus rincones, lo hacían de forma ordenada, pues lejos quedaban aún los meses de cálidas temperaturas, aquellos en los que la isla está desbordada, tal y como ocurre en nuestras islas Baleares. En sus calles recuperé el anonimato que había perdido en Nápoles, mientras que la luminosidad de su cielo serenaba momentáneamente mi ánimo.

Como bien sabía yo que al día siguiente tendría que quedar con Mónica, una de las primeras cosas que hice fue reservar mesa en uno de los restaurantes que ofrecen allí vistas al Mediterráneo. Ella llegó a la isla jubilosa acompañada por una botella de buen *limoncello* con la que pretendía festejar mi excelsa victoria. Nunca estuve entre sus favoritos, me dijo en un momento dado, de ahí su sorpresa inicial y su admiración final. Sus gestos y comentarios rebosaban felicidad mientras nos dirigíamos al restaurante. Paseaba embriagada de satisfacción cogida de mi brazo.

Cuando llegamos ocupamos una mesa interior, pero que afortunadamente estaba situada junto a una enorme cristalera que nos permitía sentirnos parte de la inmensidad del mar que se extendía ante nosotros. Una inmensidad azul... e infinita. Mónica no dejó de hablar ni un segundo mientras degustábamos una deliciosa ensalada caprese, ya sabe, rodajas de sabroso tomate acompañado de mozzarella, albahaca y aceite de oliva. Tampoco lo hizo, ni intención mostró de hacerlo en ningún momento, cuando el camarero trajo los calamares (*totani* los llaman allí) acompañados de patatas y aliñados con una mezcla de cebolla, ajo y guindilla y un hermoso besugo capturado en el mismo golfo de Nápoles y cocido a fuego lento, tal y como acostumbra a prepararlo en la isla. Ambos platos eran para compartir y ambos quedaron casi enteros. Mónica sació su apetito con tanta cháchara y varias copas de vino, y yo tenía el estómago cerrado y apenas me pasaba nada por la garganta,

ahogada por un nudo de pena.

Mientras Mónica hablaba y hablaba, por mucho que intenté disimular era más que evidente que mi estado de ánimo nada tenía que ver con el de una persona que gozaba de fama y dinero.

—¿Qué te pasó, Diego? Cuéntamelo. Fuese lo que fuese aquello que sucedió, no temas en decírmelo. Me conoces de sobra para saber que no pretendo hacer un mal uso de tus confidencias, tan solo quiero ayudarte.

Acababa de llegar el postre: una copa de helado de *stracciatella* para mí, una torta caprese de almendras y chocolate para ella. Mi mirada estaba enredada en unas nubes que lentamente se desplazaban allá por el horizonte azul. Las lágrimas volvieron a inundarme. Cerré con fuerza mis manos y se lo dije todo. Palabra por palabra se lo conté sin mirarla un instante a los ojos. Me escuchó sin interrumpirme. Ningún gesto alteró su pose, ninguna interjección separó sus labios. Silencio, solo silencio acompañó a mi relato.

—No debí insistirte para que me lo contaras. Tienes que estar sufriendo muchísimo y lo único que he conseguido ha sido remover aún más esos recuerdos tan dolorosos. Lo siento de veras, Diego, lo siento, he cometido una gran torpeza.

—No seas tonta, Mónica. Tú solo pretendías comprenderme y ayudarme. Siempre lo haces. No podías saber lo que se ocultaba tras mi silencio. Ahora lo único por lo que te tienes que preocupar es por buscarme un nuevo apodo, ya que he dejado de ser tu *mysterious boy*.

Una melancólica sonrisa se dibujó en su cara mientras la *stracciatella* se derretía, y la torta caprese la retiró el camarero prácticamente intacta en el plato.

8.

Unos días más tarde de aquel malogrado almuerzo en Anacapri, ya en Nápoles, bajé como era habitual a comprar la prensa. Me había vuelto todo un sibarita y acostumbraba a desayunar en una cafetería mientras leía el *Corriere della sera*. Sin embargo, esa mañana el desayuno fue lo de menos. En uno de los titulares matutinos pude leer lo siguiente:

Aparece muerto en su domicilio de Milán Giuseppe Fonti, el director del afamado concurso *In cerca del tesoro*. Más información en páginas interiores.

Poco más añadían, no obstante, esas páginas interiores. La noticia ocupaba apenas quince líneas y estaba acompañada de una foto de archivo del propio Giuseppe. La asistenta había descubierto su cuerpo sin vida en la cama de su dormitorio. Eso sí, el portavoz de la policía reconocía que la muerte se había producido en extrañas circunstancias. Las primeras conclusiones apuntaban al suicidio como causa del fallecimiento, aunque aún era pronto para confirmar dicha hipótesis. Y poco más aclaraban las quince líneas que informaban de lo ocurrido.

Sinceramente, la noticia me impactó. Siempre ocurre lo mismo cuando te enteras de la muerte de un conocido, o incluso de la de un famoso. Es como si su desaparición dejara un vacío que ya nadie ocupará jamás. Y pese a que no sea persona allegada o querida, el simple hecho de ser conocida hace que algo se te remueva por dentro y le dediques a su memoria algo de tu tiempo. No llegas a sentir dolor ni honda tristeza, pues eran débiles tus vínculos con ella, pero tampoco pasa desapercibida la noticia y, a su manera, te deja huella, aunque sea efímera.

Algo así fue lo que me sucedió a mí esa mañana. Giuseppe siempre fue amable y considerado conmigo. Desde el día en que nos conocimos supe que tenía enfrente a un gran profesional. Nos dejó en la cima de su carrera, cuando estaba colmado de éxito.

Pasaron días hasta que nos enteramos por la prensa de que Giuseppe no se había suicidado. Alguien lo había envenenado, según sentenció la Policía de Estado italiana en su versión oficial de los hechos. En el comunicado que hizo circular entre todos los medios que seguían la noticia, nada se especificaba sobre el o los culpables. Pronto, los medios más sensacionalistas comenzaron a hacer cábalas sobre los posibles sospechosos. Al parecer, al director de *In cerca del tesoro* no le faltaban enemigos y se inició un proceso inquisitorial en los medios paralelamente a la investigación policial.

Por las mismas fechas en que todo esto sucedía, recibí una nueva carta del teniente Chacón. No la transcribo aquí, como hice con la anterior, por su falta de interés. En esta ocasión, las palabras del teniente me anunciaban lo que desde hacía mucho tiempo me imaginaba. La investigación quedaba archivada. Al parecer, nadie pagaría por las muertes habidas. No se haría justicia, al menos en este mundo. Ya Dios se encargaría llegado el momento de distinguir a los buenos de los malvados, y ojalá la ira divina los condenase a las llamas eternas. Sentí odio e impotencia. Todo se había acabado.

Nunca se conocería la verdad que encerraban los acontecimientos del

metro. Agotada así la esperanza en la Policía, las palabras escritas por Massimo en su última nota cobraban más y más fuerza. Encontrarlo representaba la única vía posible para saber lo sucedido, si es que realmente mi amigo tenía algo que decir al respecto. Porque yo ya no sabía qué pensar ni qué creer de todo aquel embrollo. «Si quieres respuestas...», ¿respuestas para qué preguntas? «Búscame aquí», pero ¿dónde es aquí? Estos interrogantes llegaron a convertirse en una obsesión y me empeñé en cuerpo y alma en dar con el paradero de Massimo. Los meses del año fueron quedando atrás, hasta que 1991 se convirtió en pasado. El tiempo siguió cabalgando infatigablemente sin detenerse y no fueron ya meses, sino años los que transcurrieron sin que lograra el propósito de encontrar a mi antiguo jefe. Nueve fueron exactamente los años que anduve errante tras una sombra que siempre me acompañaba, pero que nunca mostraba su rostro. Hice y deshice todo lo que estuvo en mi mano, desde contratar los servicios de un detective privado hasta denunciar a la Policía la desaparición de Massimo. Puse también en conocimiento de Chacón lo acontecido con el napolitano, por si acaso este se hallase en Madrid y no en Nápoles. Me consta que el teniente removi6 cielo y tierra para encontrar alguna pista sobre su paradero; tir6 de contactos, pidió favores y cobró deudas pendientes, y todo fue inútil.

Cada 31 de diciembre que pasaba más improbable se antojaba un desenlace satisfactorio para aquel sinsentido. Nueve años y nada. Fueron nueve infructuosos años durante los cuales Mónica contrajo matrimonio con un arqueólogo de Sicilia al que conoció en un congreso. Con él fue madre en dos ocasiones. Su familia y sus nuevas ocupaciones nos fueron separando inevitablemente. Atrás quedó para mí su vitalista compañía, y cuando ya no la tuve cerca comprendí cuánto la había amado y cuánto la había necesitado.

Fueron nueve largos años en los que crucé no sé cuántas veces la Puerta Marina y paseé por la calle de la Abundancia hablándole a no sé cuántos miles de turistas de erupciones plinianas, de grandes rocas que impactaban, de una incesante lluvia de piedra pómez, de cerebros que hervían y de tejidos y músculos que se evaporaban, todo ello sin que me cansase de mostrar qué apariencia tiene la agonía y el sufrimiento cuando se hacen yeso.

Fueron nueve malditos años en los que Nápoles fue apagándose para mí. De la ciudad lo supe prácticamente todo, salvo los secretos que esconde la Camorra, donde nunca me atreví a adentrarme. Rastrear sus rincones en busca de Massimo y no hallar absolutamente nada de él hizo que la desesperación terminara anidando en mis huesos. Llegó un momento en el que la ciudad me

atormentaba, su aire me asfixiaba y el agua de su mar me ensuciaba. Hasta Pompeya y Herculano dejaron de interesarme. Y año a año fue creciendo en mí la necesidad de abandonar aquel mundo de suelo volcánico. Presentía que con mi marcha cortaba el último hilo que me mantenía atado de alguna forma a Massimo. Acababa, por tanto, con mis ya exiguas esperanzas de entender algo de lo que había ocurrido en Tetuán, pero así sin duda lo había querido el destino. Nunca podría achacarse a mi flaqueza o a mi falta de empeño el fracaso por descifrar el mensaje que debía ponerme en contacto con mi amigo. Solo Dios era testigo de los titánicos esfuerzos que había realizado por conseguirlo.

Después de aquellos nueve años, antes de subirme al taxi que me conduciría a la estación de tren, quise recrearme por última vez en la ciudad que me había dado asilo en el momento más crítico de mi vida. De nuevo, tal y como el día en que llegué a Nápoles, nubes grises cubrían su cielo y, justo al poner un pie dentro del coche, comenzó a soplar otra vez el viento frío y desagradable que anunciaba tormenta y encrespaba las olas del apacible golfo napolitano. Abandonaba otra ciudad. Lo hacía de nuevo llevándome únicamente una maleta y una caja envuelta en papel crepé de color amarillo con un lazo verde bajo el brazo.

9.

Si bien es verdad que he contado mucho del primero de los nueve años que pasé en Nápoles, también lo es el hecho de que no quiero dejar constancia escrita de los acontecimientos que tuvieron lugar durante los siguientes ocho. Poco aportan a la historia que procuro contar y de la que usted quiere saber. Digamos únicamente que intenté vivir como un *sprinter* decide pasar una etapa ciclista de alta montaña. Si no es aficionado al ciclismo, tal vez no me haya comprendido. El tipo de ciclista al que he hecho referencia sufre en las etapas donde la carretera se empina. Su musculatura y condición física están entrenadas para hacer un esfuerzo explosivo en los últimos metros de una carrera. En ese tramo final, su potencia de pedaleo es inalcanzable para otros ciclistas que no sean *sprinters* como él. Pero cuando el asfalto pica hacia arriba y la rueda se agarra a la carretera, él está perdido. De nada le sirve ahí

su explosividad, pues en aquellas interminables y serpenteantes cuestas se está necesitado de un fondo físico que permita mantener el ímpetu pedalada tras pedalada hasta alcanzar una cima que parece cercana, pero que nunca llega. Y él carece de ese fondo, sus piernas no entienden de desniveles, solo saben de llanas y amplias rectas.

Consciente de sus limitaciones, en esas durísimas etapas decide ahorrar fuerzas para otras cuyas condiciones se adapten a su forma de correr. Por eso, desde la misma salida se desentiende de la carrera, deja los primeros lugares y se instala en la cola del pelotón, del que pronto se verá también descolgado. Sabe que la jornada será larga y entiende que nunca podrá luchar por la victoria en ese terreno. No le interesan las emociones, los desafíos y las heroicidades que se están produciendo en cabeza de carrera. Se abandona y va haciendo camino sin competir. Al finalizar la etapa, habrá hecho el mismo recorrido que el ganador, pero lo habrá realizado a un ritmo distinto, con otra intensidad, sin la misma ilusión. Se ha conformado con dejar pasar los kilómetros sin sentir el vigor, la energía, la chispa con la que aquellos que han estado disputándose la victoria han engrasado sus piernas. Su corazón y sus pulsaciones nunca fueron al límite. Dieron lo justo para llegar a la meta salvando el fuera de control y poder descansar en espera de la próxima etapa, ojalá más propicia para su condición física.

Considero que no exagero si digo que yo fui *sprinter* y mi estancia en Nápoles una etapa de alta montaña. Viví desentendiéndome de la vida, sin saborear los placeres que en tantas ocasiones nos brinda. Tuve esporádicos encuentros amorosos. De algunos de ellos siento ahora auténtica repugnancia, pero no fue amor lo que busqué. Me faltó ambición en casi todo lo que hice y siempre fui cauteloso con la gente de la que me rodeé. A excepción de Mónica, no intimé con nadie y me conformé con conversaciones banales. En *Cave canem*, aunque hablé mucho de lo que pensaba sobre política, *calcio* o chismorreos de prensa rosa, jamás pronuncié palabra que tuviera que ver con lo que sentía. Mi mundo interior fue solamente mío. Sus tormentos y sus padecimientos me pertenecían, me acompañaban cada noche y los intentaba olvidar con la rutina de cada día.

Así pasé los kilómetros de mi peculiar etapa de alta montaña. Cuando hice las maletas y dispuesto estaba a partir de Nápoles tenía cuarenta y dos años, y llevaba nueve de ellos respirando sin vivir.

QUINTA PARTE
Roma

1.

La ciudad de los Césares ha sido la última parada de mi viaje por este mundo. Desde que me instalé en ella en 1999, mis pies no han pisado otro suelo que no sea el romano. En todo este tiempo no he necesitado de otro cielo. Sus estrellas me han bastado y sobrado. Observándolas estoy ahora aquí mientras escribo estas últimas páginas de mis memorias. Soy consciente de que en esta ciudad hallaré sepultura, mis huesos cansados así me lo piden. Y extrañamente tranquilo me deja esa certidumbre ahora que a punto estoy de alcanzar los sesenta.

Comenzaré explicando cómo logré hacer mío un pedacito de esta maravillosa ciudad, mi refugio particular donde paso casi todas las horas que el reloj reparte. Ese espacio no es único, sino que está dividido en dos, y comparando ambos puede decirse que son tan opuestos como la lluvia y el sol. Una parte de ese lugar la ocupé en el transcurso de mi primer año de estancia en Roma; la otra la he adquirido más tardíamente, hace apenas unos meses. La primera he de decir que fue planificada y buscada conscientemente; la segunda se la debo a la causalidad. Ambos espacios me pertenecen, aunque el primero es propiedad y el segundo tan solo préstamo. Además, uno es para el día, el otro lo uso tan solo de noche. Y si en el primero voy huyendo del pasado, en el segundo me enfrento a él sin armadura que me proteja.

Para que comprenda con exactitud aquello de lo que le estoy hablando, déjeme que comience el relato de mis sucesos en Roma rememorando el principio de todo, pues en la vida sucede a veces lo contrario que cuando sumamos o multiplicamos y el orden de los factores sí que altera el producto.

Me instalé en la Ciudad Eterna cuando los occidentales a punto estábamos de cambiar de milenio. Y digo occidentales porque ya se sabe que, para judíos, chinos, musulmanes y otras culturas el calendario sigue sus propias cuentas. Al contrario que me había ocurrido en Nápoles, en esta ocasión tenía meditado un plan de futuro. Sabía lo que quería y desde muy pronto puse todo mi empeño en conseguirlo. En cierta medida me lo jugué todo a una carta, pero poco me importaba ya perder lo poco que tenía. Así que invertí todos los ahorros que me quedaban en adquirir mi propia *trattoria*. Se trataba de un viejo sueño que los acontecimientos habían dejado enterrado en Madrid. Solo después de muchos años comenzó a asomarse de nuevo, al principio con la timidez de quien se marchó sin dar explicaciones y regresa avergonzado; después con el descaro de quien se sabe imprescindible. El

proyecto fue tomando cuerpo mientras dejaba que el sol de la tarde calentara mi cuerpo tumbado en la isla que el río Tíber formó en su recorrido por la ciudad. Durante mis primeras semanas en la ciudad me acostumbré a acceder a aquel islote cuando el astro rey comenzaba a declinar. Lo hacía bien por el puente Fabricio, bien por el puente Cestio. El rumor del agua que pasa ensordece los ruidos del tráfico y del bullicio propios de una gran ciudad como es la romana, representando un espacio ideal para quien busque recogimiento y clausura. Sabía yo igualmente que el lugar había estado muy relacionado en los siglos antiguos con Esculapio, el dios romano de la curación, y a veces, cuando bajaba hasta allí, albergaba también la esperanza de que mis heridas fuesen cicatrizando con el favor del dios de la serpiente. Pues bien, durante dichas tardes, sentado en uno de sus bordes con mis piernas colgando sin tierra debajo que las sostuviese, dejaba que mis pensamientos fluyeran libremente como el agua que despreocupada discurría frente a mis ojos. Los pros y los contras que mi decisión tenía se presentaron cuantas veces fue necesario hasta que al final, una tarde primaveral, brotó una ilusión en mi interior, que yermo creía desde hacía mucho tiempo. Comenzaba entonces un largo y laborioso proceso administrativo y burocrático con el que superar todos los trámites requeridos para hacer realidad lo que ya había decidido. Casi un año me llevó conseguirlo, pero el esfuerzo, como tantas veces sucede, mereció la pena.

Lo más sencillo de todo fue, en contra de lo que pueda hacer creer la lógica, elegir el lugar donde se abrirían las puertas de mi negocio. Lo digo porque quizás piense que, al ser tan abundantes los rincones con encanto en Roma, me resultase difícil decidirme. Todo lo contrario: tomé la decisión en pocos días, y tan claro lo tuve desde el principio que incluso me negué a barajar otras posibles opciones, pronto lo entenderá. Ahora confíe en mí y déjeme que le guíe hasta el lugar al que me estoy refiriendo. Lo haré presuroso, no tema inútil demora y permita que mis palabras le lleven hasta allí de forma idéntica a como hasta allí me condujeron mis pasos la primera vez.

Andaba yo por Navona, plaza en la que no voy a recrearme, ya que es de sobra conocida por todos. Admiraba allí la genialidad escultórica de Bernini a la par que me deleitaba con la arquitectura que su rival Borromini dedicó al martirio de Santa Inés. Por entonces, llevaba ya algunos días cavilando sobre el mejor emplazamiento para mi *trattoria* y lo único que tenía claro era que el lugar elegido debía estar vinculado a mí, a mi historia, de alguna manera.

Partiendo de esta premisa, di la espalda a los dos gigantes del barroco para apartarme de tan turístico lugar y comenzar a buscar el rincón idóneo donde establecerme. Abandoné la plaza buscando la estatua del Pasquino, aquella que dicen que es parlante porque en su cuerpo de mármol los romanos pegan notas donde escriben todo tipo de quejas y críticas a las autoridades romanas. Tomé después dirección sin saber a dónde llegaría hasta que me encontré en una amplia calle con denso tráfico. Supe por un letrero que había llegado al Corso Vittorio Emanuele II. Miré a izquierda y derecha buscando algún reclamo que me hiciera decidir nuevo rumbo, pues ni llevaba preferencia ni tenía conocimiento para que mi voluntad decidiera. Al no encontrar nada que captara mi atención, me dejé arrastrar por un grupo de turistas que pasaba por allí en ese preciso instante. Atrás quedó la imponente iglesia de San Andrea del Valle antes de detenerme, al igual que hicieron ellos, frente a los restos arqueológicos de la plaza de Largo di Torre Argentina. A hurtadillas escuché decir al guía que el lugar albergó en época republicana diversos edificios muy relacionados con el gran Pompeyo. Entre el caos de piedras, columnas caídas, basamentos y otras estructuras, los arqueólogos, siguió explicando el guía, han sabido de la existencia de cuatro templos, un teatro y hasta una curia. Nada excepcional en el subsuelo romano si no fuese porque en dicha curia fue asesinado Julio César en los idus de marzo del año 44 a. C., según reza en las crónicas. Anoté mentalmente aquel dato histórico que desconocía y me separé entonces de la breve compañía, que siguió su camino por el mismo Corso Vittorio Emanuele II mientras yo optaba por una calle menos concurrida, el Largo Arenula. Me condujo esta hasta un parquecito dedicado a la memoria de Benedetto Cairoli, quien, como supe después, fue una figura destacada de la unificación italiana. No entré en él, me conformé simplemente con bordearlo hasta conectar con la ambientada Vía dei Giubbonari, calle repleta de tiendas de todo tipo por la que se llega, si uno la recorre hasta su extremo, al Campo de' Fiori. Y aquí detendremos nuestros pasos. Acabamos de llegar al sitio que tanto me encandiló. Me bastó únicamente un rápido vistazo para saber que sería allí donde comenzaría a regentar una *trattoria*.

Los motivos de esta elección son, como siempre que de gustos o preferencias se trata, subjetivos. Dos son los míos y a continuación se los detallo. En primer lugar, si conoce algo de italiano o es intuitivo con los idiomas, traducirá sin problemas Campo de' Fiori como plaza de Flores. Nunca he creído en las señales del destino, pero la realidad era que de una plaza de las Flores salí cuando tenía toda la vida por delante y a una plaza de

Flores llegué cuando intentaba comenzar a vivir de nuevo. Entendí que allí se cerraba un círculo, trescientos sesenta grados que guardaban un pasado, un presente y un futuro.

Durante el día Campo de' Fiori es, como la plaza gaditana, lugar de mercado. Y no solo se congregan en ella puestos de flores, también se instala allí un mercadillo donde se puede adquirir cualquier tipo de alimento y productos de lo más variados. Por la noche, la plaza se transforma en un escenario para el disfrute nocturno, creándose un animado ambiente gracias a la cantidad de locales que ofrecen cenas, copas y música a esas horas.

Y ahí no acaban las semejanzas. Al igual que su homónima gaditana, tiene una escultura que rinde homenaje a un célebre personaje. Se trata de Giordano Bruno, científico que fue quemado en 1600 por atreverse a decir que cada estrella que en el firmamento se muestra es un sol que tiene girando diversos planetas a su alrededor. Esa premonición de un universo infinito fue brutal para la época, y el papa de entonces lo condenó a la hoguera por hereje. Su figura se muestra encapuchada y cabizbaja; es la de un reo que marcha hacia la muerte, recordándole al que por allí transita que antes de mercado de flores la plaza fue escenario de ejecuciones públicas. Y he aquí el segundo de mis motivos. Campo de' Fiori convivió con el dolor y el sufrimiento antes de verse rebosante de vitalidad, color y diversión. Fue capaz de ganarse un futuro de vida sin olvidar su pasado de muerte, justo lo que yo esperaba conseguir.

Diez meses después de aquel primer contacto con Campo de' Fiori se abrieron las puertas de MezzaLuna, mi *trattoria*. El nombre no es casual, nada puede serlo ya para mí. Lo elegí a conciencia, intentando que fuese un reflejo de mí mismo, que en él se expresara cómo me sentía y cómo me sigo sintiendo, porque eso ni ha cambiado ni podrá cambiar. Y estoy convencidísimo de que la elección no pudo ser más acertada. Han pasado casi veinte años y sigo viéndome identificado en la media luna que convertí en símbolo del negocio. Porque, al igual que le ocurre a nuestro satélite cuando se encuentra en la fase de cuarto creciente, una mitad de mi existencia se encuentra iluminada. Es la que se corresponde con mi pasado lleno de vida, de ilusiones, de amor y de pasión, cuando tenía motivos de sobra para sonreír, cuando me sentía plenamente realizado y mi ser brillaba fulgurantemente. La otra mitad de mi vida está totalmente a oscuras, apagada, sin ningún resplandor. Está ahí, pero es como si no existiera. Es mi presente y también el futuro que me espera. Todo lo que hago carece de valor, de sentido, por eso no brilla. Cada uno de mis actos parece caer en el fondo de un profundísimo pozo que se lo traga sin

dejar rastro, siendo atrapados por la oscuridad y el silencio más absolutos.

Soy, pues, una luna en cuarto creciente, mitad iluminada, mitad oscurecida, mitad brillante, mitad apagada, mitad presente, mitad ausente. Así, ni más ni menos, ha resultado ser mi existencia.

Elegida la ubicación y decidido su nombre, me volqué con esmero en diseñar la carta que quería presentar a mis clientes. En ella quise dar cabida a algunos de los platos que mejor aprendí a cocinar en Vendetta. La mayoría eran de pasta, la especialidad de Massimo. Sin embargo, al poco tiempo tuve la fortuna de conocer a Giovanni, romano de nacimiento, que resultó ser un magnífico chef. Lo contraté sin pensármelo un instante. Fue todo un acierto. A través de sus manos descubrí los secretos del *risotto* y de las pizzas, mundo en el que mi antiguo jefe se desenvolvía con simpleza y desgana. Cuando le propuse trabajar para mí y le enseñé las instalaciones, Giovanni me exigió para aceptar una única condición: que instalara un horno de leña en la cocina. Me dijo que solo así podía garantizarme que sus pizzas se convertirían en las más deseadas de Roma. No me engañó. No llevaba ni un mes moviéndose por mi cocina cuando tuve que contratar a otro camarero para poder atender a todas las mesas que cada noche se llenaban en el local. Era increíble cómo en sus manos unos ingredientes tan básicos se transformaban en una masa delgada y crujiente tras pasar tan solo unos minutos en aquel horno. El truco, me explicó Giovanni, estaba en introducir en él la pizza con una pala de madera, depositarla a una distancia concreta de la leña e ir dándole vueltas, pero sin moverla del sitio. Si no se hiciera así, siguió diciéndome, se podría quemar por debajo. Para mí, en ese horno de leña, Giovanni hacía sencillamente magia.

Por la noche, cuando terminaba el servicio en MezzaLuna, después de apagar las luces y echar la baraja hasta el día siguiente, me acostumbré a deambular por la ciudad hasta altas horas de la madrugada. Si me pregunta el porqué de esto, no le diré que lo hiciera por una cuestión de ocio o de divertimento, ya que le estaría mintiendo. Nada de placentero buscaba ni obtenía de aquellos paseos nocturnos. Si recorría las calles de la Ciudad Eterna cuando sus habitantes se entregaban al sueño y al descanso y cuando, solitaria, la Fontana di Trevi seguía haciendo gala de su inconmensurable belleza, era por pura necesidad. Con aquellos paseos intentaba huir, escapar del castigo eterno que se me impuso hacía ya casi una década. Pretendía distanciar el momento en el que mis párpados tuvieran que cerrarse y la pesadilla comenzara de nuevo. Ya sabe, primero Lucía y Valeria, después sus

voces, risas y miradas, y finalmente tan solo oscuridad, silencio, humo y muerte.

No seguía durante mis caminatas una ruta establecida. A veces, cuando llevaba bastante rato andando, me topaba con el Tíber y continuaba su curso hasta que el agotamiento me conducía de nuevo a casa. En otras ocasiones, llegaba incluso a salir de los límites marcados por las murallas aurelianas, aquellas con las que el emperador pretendió defender la ciudad de las sombras de unas invasiones bárbaras cada vez más amenazadoras. Las atravesaba por alguna de sus puertas que aún quedan en pie, como la de San Sebastiano, la Maggiore, la Pía o la del Popolo. Había veces, sin embargo, que no me aventuraba tan lejos, simplemente daba vueltas en redondo, y desde el Campo de' Fiori me dirigía, por ejemplo, a la iglesia del Gesù; seguidamente pasaba por delante de Sopra Minerva; luego veía el perfil del Panteón de Agripa, y, dándole la espalda, ponía rumbo a la plaza Navona para desembocar nuevamente en Campo de' Fiori. Desde allí volvía a iniciar mi procesión tres, cuatro, hasta cinco veces si era necesario con tal de no llegar a casa demasiado pronto. Así pasé todas y cada una de las noches que se pueden contar durante dieciocho largos años. Mi vagar nocturno no tuvo ni quiso descanso en ninguna de esas madrugadas. Con mis huesos cada vez más desgastados, con arrugas que se fueron acumulando en mi piel y con canas que terminaron secuestrando el castaño de mis cabellos; también con pasos más cortos, menos firmes y más titubeantes; pero siempre, noche a noche, busqué refugio en la misma rutina errante.

Solamente una casualidad ha podido poner fin a lo que ya parecía que me iba a acompañar hasta el último de mis días. Sucedió hace tan solo unos meses. El calendario que teníamos colgado de la pared de la cocina recordaba que mediaba ya marzo. La primavera avisaba de su pronta venida. Las noches, sabedoras del cambio de estación, habían dejado de exigir bufandas y gorros de lana. Cuando concluyó la jornada de trabajo estaban a punto de dar las dos de la madrugada. Cerré como de costumbre la *trattoria* y me despedí tanto de Giovanni como de los demás empleados, abrazándolos y agradeciéndoles una vez más su profesionalidad, un ritual que llevaba repitiendo desde el principio de MezzaLuna. Como los de un autómatas, mis pies se dispusieron una vez más a iniciar camino y mi boca rechazó la compañía que el bueno de mi cocinero siempre me ofrecía. Aprovecho para decir que Giovanni no solo ha resultado ser un chef de primera; es leal y, aunque lo detiene la prudencia, se preocupa por mí y me acompaña en la distancia, presto a acudir si lo necesito. Sé que

me observa, que niega con la cabeza cada vez que me alejo, que le encantaría preguntarme mil cosas de mi pasado para entenderme y ayudarme en lo que estuviera en su mano. Su bondad es inigualable. Y sin embargo, a pesar de su preocupación y de su buena voluntad, Giovanni nunca ha querido saber lo que yo no le quiero contar. Su respeto por mi silencio es máximo, y aun sin hablar ni preguntar me recuerda cada día que puedo contar con él para lo que sea necesario.

Estaba contando que aquella noche abandoné Campo de' Fiori por la calle Giubbonari, de la que ya he hablado en otra ocasión. A esas horas, estaba desprovista del ímpetu vital que tanto la caracteriza. Lejos de ser un inconveniente, supuso un reclamo para mi marcha. Silencio y tenue luz me rodeaban por los cuatro costados, justo lo que necesitaba para que mi mente divagara como siempre hacía. Sin embargo, algo excepcional detuvo mis pasos y mis pensamientos. Aún era pronto para poder saberlo, pero después de dieciocho años, mis paseos nocturnos habían llegado a su fin.

2.

Una bocacalle confluye con Giubbonari más o menos a mitad de su recorrido. Se llama Largo dei Librari y presenta una curiosa estructura. Muy ancha en su abertura, va estrechándose paulatinamente hasta que queda cerrada del todo, sin salida por su otro extremo. Quien la observa en un plano tiene la impresión de estar viendo un triángulo isósceles, donde el ángulo en el que se unen los dos lados más largos sería un extremo y todo el lado corto coincidiría con el tramo que conecta con Giubbonari. Su nombre la relaciona con el noble oficio del librero, que en los siglos pasados daba cabida a escritores, impresores y encuadernadores. Sin embargo, anidan hoy en los locales donde antaño se vendían libros terracitas que ofrecen refrigerio al turista y solaz a los vecinos. No falta en ella tampoco alguna tienda de ropa y hasta una heladería. Lo más peculiar de su trazado, no obstante, es el hecho de que el ángulo superior del triángulo que hemos descrito está ocupado por la que quizás sea la iglesia más estrecha de toda Roma. Estuvo dedicada a santo Tomás de Aquino y a san Juan de Dios, pero hoy en día se encuentra bajo la advocación de santa Bárbara, que poco o nada tiene que ver con los libreros y mucho con los artilleros y explosivos.

Atraído por su singular fachada, avancé unos pasos hacia ella hasta

reparar en que su puerta estaba entreabierta. Era algo insólito que a esas horas de la madrugada un templo aún no estuviese cerrado al público. Como nada mejor tenía que hacer, dejé que la curiosidad tomara la iniciativa y hasta allí me dirigí. A medida que me acercaba, mejor se percibía la estrechez de aquella iglesia, literalmente encajada entre los dos edificios que la flanquean. El resplandor de algunas velas llegaba hasta la misma puerta, que crucé sin que me dieran permiso para ello. Nada más poner un pie dentro encontré ante mí un espacio minúsculo que en cualquier otro templo haría las veces de modesto vestíbulo, pero que allí gozaba de la jerarquía de única y, por consiguiente, principal nave longitudinal de la iglesia, eso sí, tan *piccola* que ni de bancos para los fieles disponía. A pesar de su pequeñez, en los laterales tenía abiertas dos capillas que pretendían darle enjundia. Apenas había avanzado, no tuve casi ni oportunidad para hacerlo, cuando me detuve para poder admirar un tríptico que se encontraba sobre un altar en la pequeñísima capilla del lado derecho. Guiados por la trémula luz que un par de lucernas esparcían por aquel nicho que pretendía ser capilla, mis ojos escrutaron con parsimonia los detalles de los cuatro personajes que aparecían representados en la tabla. En el centro del tríptico está la Virgen con un manto oscuro que la viste y la cubre mientras que abraza de forma maternal y cariñosa al niño que sostiene en su regazo. La actitud de este, bendiciendo con la mano derecha mientras sujeta una pequeña bola con la izquierda, nos recuerda que estamos frente al Señor del mundo. En su lado derecho, el arcángel san Miguel pesa el alma de un difunto, conminando a quien pose su mirada en él a alejarse del pecado y a obrar con rectitud si no quiere verse condenado en el Juicio; mientras que, en el lado izquierdo, san Juan Bautista señala con su dedo índice al cordero, del que es su precursor. Ensimismado como estaba intentando identificar el estilo artístico al que pertenecía la tabla para poder valorar así su antigüedad, tardé en escuchar las cálidas palabras que llegaban a mis oídos. Tardé todavía unos segundos más en reaccionar y avanzar solo seis pasos, los necesarios para recorrer lo que quedaba de nave longitudinal. Al detenerme, me hallaba justo en el crucero de la iglesia, con un brazo del transepto a cada lado. Al igual que en la parte derecha, en la izquierda nueve bancos se distribuían en tres filas, y en el último de la fila central observé al dueño de las palabras que acababa de escuchar. Se trataba de un hombre de mediana edad, no más de cuarenta y cinco años. Avergonzado por mi atrevimiento, comencé a murmurar una improvisada disculpa que el hombre no me dejó terminar, animándome a acercarme y a tomar asiento a su lado. El transepto

ensanchaba la iglesia, duplicando casi su tamaño, pero aun así la estrechez seguía siendo la nota dominante dentro de aquel espacio. La luz de diversas velas hacía resaltar allí todas las tonalidades de los diferentes mármoles que se habían usado en su construcción. Cuando llegué al banco donde se encontraba el hombre, antes de sentarme me permití la licencia de apostar firmemente los pies en el suelo y hacer girar mi cuello todo lo que este dio de sí hacia un lado y hacia el otro, subiéndolo y bajándolo alternativamente mientras brillantes tonos verdosos, anaranjados, rojizos y amarillentos se sucedían sin cesar, un auténtico festival de color entre las oscuras sombras que las velas no eran capaces de iluminar. Atónito por la extraña belleza que entre la penumbra se adivinaba, tuve que hacer un esfuerzo por centrar mi atención en la persona que me había hablado y que seguía sentado pacientemente en espera de que yo concluyera de pasar revista a todos los frescos y cuadros que adornaban tanto el transepto como el pequeño ábside dedicado a santa Bárbara y que cerraba el espacio del templo. Su rostro era afable y su pose serena, a pesar de la inesperada visita que acababa de perturbar la paz de la que estaba disfrutando antes de mi llegada. Al ver mi actitud todavía titubeante, tomó de nuevo la palabra.

—Quede tranquilo, está en la casa del Señor y no necesita invitación ni permiso para entrar en ella.

—¿Ni tan siquiera a estas horas de la madrugada? Podría ser un ladrón.

—Naturalmente, y también para él están estas puertas abiertas. Pero quienes hasta aquí se acercan tan avanzada la noche, suelen ser almas atormentadas y no manos ladronas. Y, o mucho me equivoco, o estoy hablando con una de ellas.

—¿Tanto se me nota?

—Más de lo que usted se imagina. Lo dicen sus ojos y lo corrobora su voz.

—¿Es usted un ángel o algo parecido?

—Dejémoslo en simple capellán de esta humilde parroquia. Me llamo Salvatore.

Todo esto lo dijo con la calma de quien domina y tiene controlada la situación. En ningún momento mi presencia pareció incomodarle; al contrario, tuve la sensación de que me hubiera estado esperando. Tras presentarme, así se lo hice saber.

—De alguna forma, está usted en lo cierto. Desde hace años, abro cada noche la iglesia ofreciendo a quien refugio espiritual busque un espacio donde

hallarlo. No es usted la primera persona a la que veo cruzar el umbral. Algunas solo lo hicieron una vez, otras volvieron en noches sucesivas. Todas necesitaban consuelo, igual que usted. Y ahora, excúseme. Ya no le hago falta. Disponga a su antojo de todo lo que aquí se encuentra, no tenga reparo alguno. Cuando termine, no tiene más que deshacer los pasos que hasta aquí le han traído. A nada queda obligado, tan solo cierre la puerta al salir. Nadie más vendrá aquí esta noche.

Sin esperar ninguna respuesta, Salvatore desapareció por un pequeño portón trasero dejándome con la única compañía de la temblorosa luz de las velas. Sentado en aquel banco pasé más de dos horas intentando llenarme de consuelo con el que anestesiar mis pesares al menos por una noche, pero fue en vano. Mis pesadillas tenían vida propia y no había encontrado yo aún los grilletes con los que poder encadenarlas. Me marché sin hacer ruido cuando las velas se habían consumido en gran parte. Los mármoles ya apenas brillaban y el cuadro del martirio de santa Bárbara, el de aquella que tanto sabe de muerte súbita, lo tenía más que memorizado de tanto que lo había mirado.

Regresé la noche siguiente y, tal como sucediera la madrugada anterior, la puerta se hallaba entreabierta. En esta ocasión no encontré rastro de Salvatore, pero las velas habían sido encendidas seguramente por su mano. En el banco donde me sentara hacía más o menos veinticuatro horas, esperándome había una nota donde pude leer lo siguiente: «A veces escribiendo se encuentra alivio». Siguiendo aquel anónimo consejo, aunque tan solo de Salvatore podía provenir, llevo algo más de tres meses escribiendo lo que hasta ahora usted ha tenido a bien leer. Lo hago cada madrugada en esa estrechita iglesia de Santa Bárbara donde ahora mismo me encuentro. Cada noche, después de MezzaLuna, desemboco aquí con libreta y bolígrafo, donde un improvisado escritorio (montando supongo que por Salvatore) me espera. Mi escritura es veloz, como si tuviera urgencia por fijarse al papel que va a hacerla inmortal. Los recuerdos de la infancia, las alegrías de juventud, las penas de la madurez y la soledad de los últimos años borbotan en este cazo de agua hirviendo que es mi mente. Salvatore, al que, por cierto, nunca he vuelto a ver en todo este tiempo, tenía razón. Escribiendo he encontrado un bálsamo para las heridas, una extraña liberación que ya no esperaba.

A Salvatore le debo unas palabras. Ha sido sin pretenderlo la persona más influyente para mí en los últimos veintiocho años, desde aquel horrible mes de febrero de 1990. Y solo ha necesitado para ello de un encuentro fugaz

en el que cruzamos las palabras consabidas. Bueno, también necesitó de una nota escrita. Pienso en él como en mi ángel de la guarda, mi salvador particular. Invisible, pero siempre presente, acompañándome mientras escribo, guiándome por el camino de vuelta que tanto hace que tenía perdido.

Y poco más tengo que añadir a todo esto. Presentado queda así el segundo de los espacios que conforman mi pedacito de Roma. Ahora usted ya conoce mi secreto: si MezzaLuna ocupa mis días, santa Bárbara lo hace con las noches.

3.

A medida que mi estancia en Roma se alargaba fue renaciendo el interés por el arte, y muy especialmente por la pintura que en el pasado tuve. Desde siempre, una obra pictórica había despertado en mí todo tipo de sensaciones, y aquí, en Roma, tenía múltiples oportunidades para encontrar lo perdido. Sepa que muchos de los papas de los siglos xvi y xvii se volcaron para que la ciudad de san Pedro comenzara a recuperar el pasado esplendoroso que tuviera en la época de los Césares y que tan rápidamente comenzó a declinar una vez que llegó el ocaso de la autoridad imperial. La ciudad, ombligo del mundo conocido durante siglos, se transformó entonces en ruina, un caos donde la inseguridad, las epidemias y el desgobierno campaban a sus anchas. El agua, orgullo de los antiguos romanos, dejó de fluir por los acueductos y de brotar por las múltiples fuentes que en Roma había. El foro se convirtió en campo de pasto para el ganado. Sus imponentes templos, basílicas y arcos del triunfo comenzaron a tragar tierra hasta quedar sepultados en gran parte. Mientras, columnas, capiteles y placas de mármol del Coliseo eran arrancados sin miramientos para convertirse en material de acarreo con el que construir y apuntalar nuevos muros y viejas paredes. Más de mil años duró aquel abandono. Roma perdió su esencia, dejó de ser Roma, y agonizando estaba cuando los sucesores de san Pedro decidieron tomar cartas en el asunto. Poco a poco, decenio a decenio, la ciudad se fue alimentando con los genios creativos más grandes que hubo jamás sobre la faz de la tierra. Sus plazas se remodelaron, las iglesias se llenaron de capillas decoradas por manos sublimes, los restos del pasado comenzaron a ser excavados. Gracias a ello, por ejemplo, el sufrimiento de Laoconte vio de nuevo la luz tras siglos de capas de tierra. Las cúpulas comenzaron a erigirse orgullosas bajo un cielo

que comenzaba a creerse de nuevo el centro de la humanidad, por lo menos, de aquella que rezaba catolicismo. Las bóvedas se llenaron de trazos y colores con los que los artistas pintaron escenas bíblicas, exaltaciones de sacramentos y la vida de los santos. El agua volvió, y para conmemorar su regreso, las gastadas fuentes se convirtieron en majestuosas esculturas talladas por auténticos genios. Se construyeron nuevos edificios con portadas de gusto renacentista algunos, muchos otros de estética barroca. Obeliscos y columnas historiadas se levantaron otra vez, recordando hazañas que ya estaban olvidadas. Las calles se empedraron y se trazaron amplias y rectas avenidas que comunicaban entre sí las basílicas objeto de peregrinaciones. Poco a poco, Roma fue despertando de su letargo, y lo que era tan solo ruina trocó en belleza.

El precio que hubo de pagarse para sufragar esta transformación fue elevadísimo. Carretas de oro no bastaron para saciar el apetito creador de Julio II, León X, Paulo III, Clemente VIII, Urbano VIII y semejantes. El Coliseo tuvo que seguir siendo cantera de mármol para los nuevos edificios. Planchas de bronce fueron arrancadas de donde se habían conservado durante siglos y terminaron fundiéndose, poniéndose al servicio de nuevos artistas que hicieron maravillas con ellas, aunque, como decía mi abuela, se trataba de desvestir a un santo para abrigar a otro. Préstamos y deudas que en ocasiones no se pagaron también dieron liquidez a tan magno proyecto. Y cuando poco dinero había y mucho se necesitaba, se hizo uso del purgatorio y con él de las indulgencias.

Si de los papas fue la voluntad, la inspiración y la ejecución vinieron de Bramante, Miguel Ángel, Rafael, Maderno, Caravaggio, Bernini, Borromini y muchos otros. El legado ha sido inmenso, incalculable, diría yo. En Roma se respira arte. Belleza clásica y tensión barroca se dan la mano en esta ciudad. Las huellas de los más grandes siguen aquí y yo he querido rastrearlas todas en estos dieciocho largos años.

Una de esas huellas me llevó no hace mucho hasta el fresco del Juicio Final que fue pintado por el gran florentino durante su segunda intervención en la Sixtina. El azul inunda toda la escena de un tema mil veces repetido desde los siglos medievales. En él, condenación y salvación eternas comparten espacio. Los apóstoles, mártires y santos acompañan a la Virgen y a Cristo, siendo este quien, con brazo enérgico, desata el juicio. Su gesto impulsa todo en un movimiento circular del que nadie escapa; simplemente, los elegidos se elevan y los condenados descienden. Los primeros hacen alarde de sus

musculaturas en escorzo para impulsarse y subir hasta las nubes. En los rostros de los segundos se palpa desgarró, tormento, agobio y temor. La mayoría son arrastrados por serpientes y criaturas demoniacas al infierno, y algunos caen a las tinieblas golpeados por poderosos brazos. Con tal puesta en escena, queda demostrado que las manos de Miguel Ángel eran ya manieristas en esas fechas. Nada queda de la serenidad y del equilibrio renacentista. Buonarroti había comenzado una nueva era.

Debajo del todo, en la parte derecha, vi cómo Caronte amenazaba con su remo a los rezagados que debían bajar de su barca antes de hundirse en las profundidades del abismo para siempre. Una nueva imagen del barquero que irremediabilmente me devolvía a la primera noche que entré en Vendetta y vi a Lucía. ¿Cuántos años habían pasado ya desde aquel día? Mirándome las manos supe que muchos, demasiados, tal vez. ¿Qué diferentes eran a las que palparon por vez primera al amor de mi vida! Ahora, en cada arruga que las surcan hay atesoradas experiencias de toda una vida. Las del ayer eran torpes e inexpertas, poco comprendían de los misterios que nos envuelven y acompañan desde la cuna a la sepultura. Hoy las veo y sé que han descifrado gran parte de esos secretos. Entienden del calor que abrasa y del frío que te deja helado; diferencian la caricia del daño al igual que el desabrimiento de la dulzura; han estado llenas y se quedaron vacías cobijando otras manos que ya son solo humo.

Sin embargo, para los infelices que Caronte desembarca nada ha cambiado. Debe ser que allí, esté donde esté el infierno, el tiempo se encuentra estancado, detenido. Para una persona condenada eternamente, los momentos no se suceden, nada avanza porque nada varía. Cada instante es igual al anterior y al siguiente. Siempre el mismo sufrimiento, siempre el mismo dolor. De eso sabía yo bastante, pues, aunque mi cuerpo seguía bajo la tiranía que el tiempo impone a los vivos, mi alma moraba desde hacía veintiséis años en el infierno.

He leído y he escuchado decir a varios guías de los Museos Vaticanos que Miguel Ángel se retrató en una de las muchas figuras que se agolpan en aquel fresco. Eligió para ello la piel desollada de san Bartolomé que cuelga con un rostro que carece de mirada. Contemplando una vez más el fresco que tenía delante, pedí prestada al florentino su ocurrencia y en aquella piel me vi también reflejado. Como le sucedió a él, mi cuerpo estaba, pero mi alma faltaba. Y es que, como ya he dejado escrito, a los tormentos no los rige el tiempo y son capaces de meter en una misma piel a quien sintió agonía en el

siglo xvi y a aquel que la sufre en el xxi.

Con este pensamiento me marché de allí. De regreso a casa, andando por una calle atestada de turistas provenientes de todos los rincones del mundo, me tropecé con una señora ya mayor, tal vez de mi misma edad. El encontronazo fue culpa mía; tan abstraído iba en mis cavilaciones que andaba sin ver lo que tenía delante. Me disculpé inmediatamente mientras le recogía el bolso que torpemente le había tirado al suelo. Al entregárselo la miré a la cara y vi unos ojos negros que ya conocía. Ella reaccionó de forma parecida a la mía, dudando del cuándo y del dónde de mis ojos, pues estaba claro que los suyos y los míos ya se habían cruzado en el pasado. Su boca comenzó a decir mi nombre y antes de que terminara de hacerlo empezaba a decir yo el suyo.

Se trataba de María, la que también fuese concursante de *In cerca del tesoro*, aquella con la que estuve hablando el día de la entrevista inicial y de la entrega de la primera pista. Instintivamente, tras el mutuo reconocimiento nos abrazamos y nos dirigimos tiernas palabras con las que pretendimos olvidarnos de golpe de los años transcurridos y situarnos de nuevo a comienzos de 1990. Me contó rápidamente que ella estaba en la ciudad de viaje con unas amigas y tan solo permanecería dos días más en Roma antes de partir rumbo al norte, a la Toscana. No dudé en invitarla a cenar esa noche, si lo tenía a bien, en MezzaLuna. La excusa era simple: conversar sobre nuestro pedacito de pasado común, es decir, del concurso y de cómo este nos cambió la vida. María aceptó encantada, y tras darle las referencias pertinentes nos despedimos hasta la noche. Ella se marchó sonriente. Extrañamente, yo hice lo mismo.

No tardé en organizarlo todo con Giovanni para la jornada de trabajo. Le expliqué que durante dos o tres horas yo estaría ausente, que sería un comensal más y que no podrían contar conmigo para ninguna tarea. Tan eficiente como era, mi fiel empleado hizo que me despreocupara. «Pierda usted cuidado, jefe. Yo me encargo» fueron sus palabras exactas. La verdad es que desde que lo contraté, Giovanni había sido una bendición para mí. Siempre atento, servicial como el que más y entregado a la causa como si MezzaLuna fuese de su propiedad. Con estas credenciales entenderá que dejara el servicio en sus manos como si fuesen las mías propias.

A las nueve y ocho de la tarde, ocho minutos más tarde de lo acordado, vi a María entrando en Campo de' Fiori buscando con su mirada el letrero de mi *trattoria*. Dejé que lo hiciera sin dejarme ver. La observé cuidadosamente intentando encontrar, entre todas las terracitas de la plaza, una que estuviera

marcada con la media luna. Cuando lo hizo, sus pasos la acercaron a mí mientras yo avanzaba lentamente a darle el encuentro. Nos sentamos en una de las mesas. Dos copas y una botella de Cianti acompañaron nuestra conversación mientras esta se desprendía de los ropajes de la timidez y de la banalidad.

Fue una velada estupenda. Hablamos mucho del concurso. Le tuve que explicar en dos ocasiones cómo había logrado adivinar el paradero del tesoro, pues la primera vez que lo hice pensó que le estaba tomando el pelo. Según me contó, ella nunca estuvo cerca de dar con él. Las pistas le hicieron pensar que el tesoro podía hallarse en algún lugar relacionado con la Biblioteca Nacional en base a no sé qué caprichosa combinación de los números 1-4-9-7 y a no sé qué portulano del siglo xvi donde se representaba el Estrecho de Gibraltar de forma contraria a la habitual, es decir, África al Norte y Europa al Sur.

—Era una hipótesis de lo más alocada, Diego. Pero era la única que tenía y a ella me aferré con toda mi ilusión, forzando que las demás pistas encajaran con mi planteamiento.

—Bueno, en cierta manera, tenía su razón de ser, la verdad. Con tan pocas y tan generales pistas el tesoro podía encontrarse en muchos lugares.

—Sí, pero eso de «Bajo tierra» fue un duro golpe. Nada de lo que yo había pensado tenía sentido ni relación con esa pista. Fue muy difícil encajar aquello. Estaba muy ilusionada.

—Comprendo. Yo tuve la misma sensación cuando, después de revisar el último archivo parroquial, salí sin encontrar la tumba de Estopiñán. Creía que me ahogaba. Fue tremendo.

—Ya, pero a ti no te llamó la dirección del concurso para pedirte que abandonarás la búsqueda porque otro concursante ya había encontrado el tesoro con solo tres pistas.

—¿Os llamaron? —pregunté sorprendido—. No tenía ni idea.

—Pues sí, lo hicieron. Fue una llamada rápida que a mí por lo menos me dejó helada. Yo creo que ni ellos mismos pensaban que el concurso pudiese terminarse a la tercera semana. Supuso una sorpresa para todos.

A esas alturas de la conversación, en la mesa no quedaban más que restos de la pizza que las hábiles manos de Giovanni nos habían preparado, y la segunda botella de Cianti estaba prácticamente vacía. Cuando llegaron los postres, María me miró a los ojos y comenzó a hablarme. Sus palabras fueron como las balas de una ametralladora disparadas una tras otra, hiriendo, destrozando y matando a todo aquel que se interpone en su camino.

—Yo las vi, Diego.

—¿A quiénes? —pregunté, sabiendo de antemano su respuesta.

—Iban montadas en el metro, en el mismo vagón que yo. Me pase todo el trayecto recreándome en tu hija, que estaba sentada encima de su madre. No paraba de hablar y gesticular mientras tu mujer sonreía.

—¿Cómo supiste que eran ellas?

—Porque mientras hablaba, tu hija no paraba de decir que su papá había logrado encontrar el tesoro que estaba buscando y que estaba escondido precisamente en el metro. Un hombre que estaba sentado justo detrás escuchando su infantil conversación le preguntó que cómo se llamaba su papá.

—Diego, mi papi se llama Diego —dijo con orgullo— y ha ganado un concurso *italiamo*.

—Mi niña, mi pequeña, mi cielo... Dios, ¡cuánto te echo de menos! —En ese momento, los ojos se me llenaron de lágrimas y María dejó de hablar inmediatamente—. Sigue, no calles, te lo ruego. Que mi llanto no te detenga. Llevo veintiocho años sin saber nada de Valeria y Lucía, que así se llamaban, y necesito saber cómo fueron sus últimos instantes en este mundo.

—Cuando me enteré por las noticias de aquellas muertes y cuando *In cerca del tesoro* dedicó un sencillo homenaje a las víctimas relacionando a dos de ellas contigo, quedé desolada. No podía quitarme de la mente la imagen de tu hija, más y más excitada a medida que el metro se acercaba a Tetuán. Cuando nos detuvimos en esa estación, tu hija dio un salto, se bajó de las rodillas de Lucía, le dio la mano y la obligó a bajarse del vagón. Parecía empeñada en mostrarle algo —terminó diciéndome María.

Supe de inmediato que ese algo eran las taquillas de la estación. El día anterior yo se las había enseñado a mi pequeña y le había contado el tesoro que guardaban. Seguramente, mi hija quiso mostrárselo a Lucía y por eso ambas bajaron. La verdad es que cuando Valeria tenía algo entre ceja y ceja era inútil oponerse a sus deseos.

Aunque la emoción me embriagaba y apenas podía articular palabra, me acordé de la carta que Chacón me enviara a Nápoles, me sobrepuse como buenamente pude y le pregunté a María:

—Cuando se bajaron, ¿notaste algo extraño en el comportamiento de mi mujer?

—Bueno, pasó todo muy rápido y de eso hace ya mucho tiempo, la verdad. Lo único que recuerdo es que antes de bajar estuvo rebuscando incesantemente en su bolso hasta que sacó un objeto de él y lo agarró

fuertemente con su mano.

—¿No sería un imán de los que se ponen en los frigoríficos?

—¡Pufff! No te puedo decir, no me fijé lo suficiente. ¿Por qué lo preguntas?

—Seguramente no tenga ninguna importancia, pero en el informe policial se menciona un imán de esos que, por lo visto, Lucía pegó a la papelera justo antes de que esta explotara. Y nadie ha podido explicar el por qué de esa extraña maniobra de mi mujer.

—Vaya, no tenía ni idea.

—En fin, poco importa ya.

Nos quedamos un buen rato en silencio. María estaba cabizbaja, sin saber muy bien qué decir, mientras que yo me teletransportaba a aquel vagón de metro del que habíamos estado hablando y observaba muy de cerca a mis dos amores. Pude así escuchar una vez más la tierna voz de Valeria, aspirar como hice tantas mañanas el suave perfume que solía llevar Lucía y enamorarme de nuevo de los gestos cómplices que se dedicaban madre e hija. Mis lágrimas volvían a inundarlo todo cuando la voz de María me devolvió al presente.

—Si en algo te reconforta, que sepas que se las veía tan felices que contagiaban su felicidad. A mí por lo menos me dibujaron una sonrisa que me acompañó todo el día, no pude desprenderme de ella hasta que por la noche me quedé dormida. Y al hombre que antes había preguntado a Valeria por ti, y que casualmente se bajó tras ellas, también.

—¿Ese hombre las seguía? —pregunté alarmado.

—¿Seguir las? ¿Aquel hombre? Eso sería mucho suponer.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía?

—Era un tipo apuesto y bastante guapo. No tenía mala pinta, ni mucho menos, si es a lo que te refieres. Además, su comportamiento fue más que correcto mientras estuvo en el vagón.

—¿Y no te resultó raro que se bajara en la misma parada que ellas?

—Créeme, no hubo nada extraño en la forma de actuar de ese hombre. En esa misma parada, además de él, de tu mujer y de tu hija, se bajaron por lo menos ocho o nueve personas más. Aquel individuo solo era un usuario más del metro, nada más.

—Claro, claro. Llevas toda la razón —dije, intentando dar por zanjado el asunto.

No obstante, una idea descabellada se me cruzó por la cabeza. Era del todo improbable, pero aun así quise asegurarme de que estaba equivocado.

—Una pregunta más sobre ese hombre. ¿Te fijaste, por casualidad, si tenía una verruga en su oreja izquierda?

—¿Una verruga en la oreja? No pretenderás que me fijara y que recuerde ese tipo de detalles, ¿verdad? Lo siento Diego, han pasado muchos años y, como te digo, el hombre aquel no hizo nada excepcional para que atrajera tanto mi atención.

—Lo entiendo, no te preocupes. Es que se me ha ocurrido algo absurdo. No tiene importancia. ¿Qué más viste?

—Poco más, Diego. Inmediatamente, el metro se puso en marcha y atrás quedó tu hija tirando del brazo de tu mujer mientras caminaban por el andén seguidas por todas las otras personas que, como ellas, se acababan de bajar del metro.

Jamás pensé que alguien me pudiera hacer conocedor de todo lo que me contó María aquella velada. Significó mucho para mí.

—¿Sabes, María? No te has equivocado cuando decías eso de que se las veía felices. Sin duda éramos felices, muy felices. Teníamos toda la vida por delante, grandes proyectos de futuro, y Valeria era una niña muy especial.

—Lo siento, Diego. Debes haber sufrido mucho.

—Y sigo haciéndolo. No pasa día que no las recuerde. No hay carcajada de niño pequeño que no me revuelva el estómago. Cuando veo a dos enamorados paseando de la mano por un parque la oscuridad me envuelve y llego a perder el sentido. Mi vida me la robaron, María. No sé quién ni por qué, pero el 15 de febrero de 1990 quedé huérfano de futuro. Solo retengo los recuerdos de unos años vividos plenamente. Recuerdos que, al llegar la noche, terminan convirtiéndose en humo.

Poco más nos dijimos. María se volvió a su hotel en taxi y yo hablé con Giovanni para que cerrara sin mí esa noche. Tenía prisa por llegar a Santa Bárbara dei Librari y ponerme a escribir la revelación de la que acababa de ser partícipe.

Murieron felices, de eso no cabía la menor duda. Lucía y Valeria disfrutaron juntas hasta el último segundo de sus vidas. Mi pequeña, emocionada como tantas veces por descubrirle algo a su madre; Lucía, dejándose arrastrar por el inocente entusiasmo de los cuatro años, aquel que festeja por todo lo alto hasta el más cotidiano de los detalles al considerarlo un acontecimiento extraordinario. Nada me devolvían las palabras de María, pero, al escribirlas, me arrancaron una sonrisa mientras imaginaba la insistencia de Valeria y la dulce resignación de Lucía.

Eso sí, el nombre de López y el por qué estaba siguiendo a Lucía y Valeria no me abandonaron en toda la velada.

El encuentro que acabo de escribir ocurrió hace tan solo dos meses y es el episodio más reciente de los que hasta ahora he contado. En cierta manera, ha supuesto una especie de pistoletazo de salida para la cascada de acontecimientos que desde entonces se han sucedido a una velocidad de vértigo y que han vuelto a rescatar del olvido a Massimo y a su mensaje cifrado.

4.

A la mañana siguiente, como de costumbre, me levanté temprano. Era martes y tocaba ir al mercado para aprovisionar MezzaLuna para toda la semana. Lo hacía los martes porque ese era el día que había elegido como descanso semanal y, por tanto, en el que la *trattoria* permanecía cerrada. Y aunque sus fogones y su horno de leña y los rodillos de amasar y las sartenes y las cacerolas descansaban los martes, yo, que no podía dejar baldías mis manos ni por un instante, ignoraba la jornada de asueto, desoyendo los supuestos placeres que muchas personas encuentran cuando andan desocupadas. Hacer aquella ingente compra me reconfortaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Era un cometido que llevaba realizando más de dieciocho años sin faltar una sola vez. Al principio lo hacía solo, pero el peso que los años ejercían sobre mi cuerpo me aconsejó buscar la compañía de Giovanni. Él era solo un poco más joven que yo, pero mucho más enérgico. El tiempo no lo desgastaba, antes bien, cada bocanada de aire que respiraba le insuflaba vitalidad. Siempre pensé que le ocurría esto porque estaba locamente enamorado y era correspondido, claro está. Una mirada, un guiño, una caricia y un susurro, también un mordisco apasionado de la persona amada son vitaminas para el alma y el cuerpo que lo reciben. Por eso, aunque nuestras fechas de nacimiento apenas distaban siete años, él aún era joven y yo prácticamente un anciano.

Tantas veces hicimos lo mismo que nuestros movimientos en el mercado estaban automatizados. Recorrer sus estantes almacenando tantos y tan familiares aromas en nuestros adiestrados olfatos siempre fue una experiencia sublime. Sus pasillos eran una auténtica explosión de color, donde el verde de la albahaca, el blanco inmaculado de la mozzarella y el rojo intenso de los

tomates se mezclaban formando una alimenticia bandera italiana. Ocho cartones de huevos, champiñones frescos, cinco mallas de patatas, el mejor salami y la sabrosa mortadela, aceitunas verdes y negras a granel, un saco de arroz, tres garrafas de aceite, el indispensable *prosciutto*, melones si estábamos en temporada, cebollas, zanahorias y pimientos a mansalva, de tres a cuatro latones de atún, parmesano y grana padano sin miramientos, pues siempre nos faltaban, y así hasta completar una lista mil veces repetida y mejorada por la experiencia de la rutina. Comprando en el mercado, entre tantos y tantos productos, mi mente se transformaba en una calculadora mientras hacía cálculos y operaciones de logística o, mejor dicho, en una de esas tabletas modernas que incorporan no sé cuantas aplicaciones de todo tipo pensadas para facilitar cualquier tarea humana por compleja que esta sea. Yo, no obstante, aunque conozco de su existencia, de su funcionamiento y de sus bondades, sigo siendo fiel al bolígrafo y al papel, cosas de la edad, supongo. Ningún aparato electrónico me transmite la seguridad y la calma que me ofrece la palabra escrita de mi puño y letra en una hoja que yo pueda manosear, doblar, meterla en el bolsillo de mi pantalón, sacarla, desdoblarla, echarle un vistazo y vuelta a empezar.

Dispuestas las viandas en cajas y cestas, Giovanni y yo nos disponíamos a cargarlas todas en la furgoneta. Mientras mi fiel empleado había cargado dos bultos, yo ni siquiera había soltado aún la primera caja. Sus brazos eran poderosos y los míos flácidos, y sus pasos ligeros no admitían comparación con mi cansado proceder. Nuestros ritmos eran diferentes, como ya dije: el suyo, lleno de brío, era accionado por un corazón que palpitaba amor, mientras que yo me dejaba arrastrar a duras penas.

Cuando todo estaba ya preparado aquel martes, mientras Giovanni cerraba las puertas traseras de la furgoneta y yo lo esperaba sentado en el asiento del copiloto poniéndome el cinturón de seguridad, un rostro masculino pasó descaradamente cerca de mi ventanilla. Habían pasado muchos años, pero el temblor que recorrió mi cuerpo fue el mismo que sentí la primera vez que le miré a la cara. La cicatriz de su rostro le seguía delatando por muchas capas que el paso del tiempo hubiese impreso en su piel. Era el primo de Massimo, aquel que me llamara una vez el Carl Lewis blanquito, aquel que me persiguió cuando estaba a punto de abrir la taquilla número siete de la estación de Tetuán, el mismo que vi en Vendetta martilleando con su dedo el pecho de mi amigo en una escena que observé a escondidas mientras el corazón se me quería salir del pecho. Sin duda, su intención había sido que yo

reparase en él, de lo contrario no se entendería que cruzase tan cerca de mí y que se demorara lo suficiente como para que tuviera tiempo de mirarlo a la cara y de reconocerlo. Con parsimonia, y siempre cerciorándose de que seguía con mi mirada sus movimientos, dio una última y profunda calada al cigarro que llevaba en la boca antes de tirarlo al suelo, pisarlo y subirse al coche que tenía aparcado no lejos de mi furgoneta. Lo arrancó y se marchó de allí con toda la tranquilidad que pueda uno imaginar.

—Giovanni, sigue a ese coche azul y no te separes de él ni un metro, vaya donde vaya y cueste lo que cueste.

—Pero Diego, llevamos mercancía que necesita refrigerarse lo antes posible si no queremos que se eche a perder.

—Giovanni, no te lo repetiré dos veces. Sigue a ese coche azul o bájate de la furgoneta y lo hago yo mismo.

Fue una persecución silenciosa, larga y excitante para mí. No vaya a imaginarse una de esas que tienen lugar en las películas con los coches a toda velocidad saltándose semáforos y poniendo en riesgo la seguridad de todos los que se cruzan en su camino. Nada más lejos de la realidad. Su vehículo, un Fiat 500L, circulaba con precaución, respetando escrupulosamente todas las señales de tráfico que se encontraba en el trayecto y sin saltarse un solo semáforo en ámbar, desatando la furia de los otros conductores que le iban a la zaga. Era evidente que nos estaba invitando a seguirlo y no quería por nada del mundo que lo perdiéramos de vista. Tras un largo trayecto, aparcó su coche mientras nosotros estacionamos en doble fila lo mejor que pudimos. Se bajó y me dirigió una nueva mirada, pero cuando me disponía a bajarme yo también de la furgoneta para seguirlo hizo un gesto muy sutil con la mano dándome a entender que me detuviera. Instintivamente, obedecí aquella orden. Cuando llegó al portal de un edificio, se volvió de nuevo y asintió despacio. Después sacó unas llaves del bolsillo de su pantalón, abrió la puerta y desapareció mientras esta se cerraba tras él.

Giovanni me miraba como preguntándome qué hacíamos allí parados como unos pasmarotes mientras el sospechoso conductor desaparecía en nuestras narices. Pero fiel a su modo de ser, optó por guardarse sus preguntas y dejar que fuese yo quien le diera las explicaciones oportunas si así lo creía conveniente. Mudo fue mi agradecimiento por su discreción, pues no me sentía con fuerzas en ese momento para contarle a quién estábamos persiguiendo. Ya he contado que con él todo era muy sencillo, nos conocíamos desde hacía bastantes años y un cruce de mirada servía para entendernos. Mientras yo

meditaba qué era lo mejor que podía hacer, Giovanni estuvo todo el tiempo agarrando el volante con las dos manos sin poder evitar un tembleque nervioso en las piernas. Dudé si bajarme del coche y acercarme al portal, pero finalmente decidí no precipitarme y respetar por el momento las reglas del juego que el primo de Massimo había impuesto. Así que me conformé con saber únicamente dónde vivía o dónde podía localizarlo cuando necesitara hacerlo. Porque algo en mi interior me decía que ese había sido su propósito desde un principio, que aquel encuentro nada tenía de casual. Fabio (cuánto me costó recordar su nombre) así lo había querido. De forma bastante extraña y con mucha cautela, me pareció incluso temeroso de algo.

Se había acercado hasta casi rozarme, asegurándose de que lo reconocía para después conducirme hasta un posible punto de encuentro. Sin embargo, a su manera me había sabido advertir que aún no había llegado el momento de vernos, ya que al hacerlo nos estaríamos poniendo en peligro o algo así. Entendí pues que debíamos ser pacientes y mostrarnos precavidos. Me resigné a ser prudente, esperando el momento oportuno, mientras una pregunta comenzó a rondarme por la cabeza: ¿tendría Fabio la llave que debía abrirme la puerta que estaba cerrada desde hacía tantos años? Y estaba convencido de que, o mucho me equivocaba, o aquella cicatriz estaba señalándome el camino de ida hacia la luz del misterio en el que parecían estar envueltas las trágicas muertes de mis dos seres más queridos.

Anduve muy agitado el resto de la jornada. No sabía muy bien cómo afrontar la situación ni qué hacer con ese personaje que había vuelto a cruzarse en mi vida. Dejé pasar los días, intentando continuar con mi rutina sin pensar demasiado en Fabio, pero fue imposible. Era incapaz de concentrarme en nada, hiciese lo que hiciese siempre estaba alerta por si aparecía. Lo buscaba incesantemente, incluso creí verlo en no sé cuántas ocasiones. La ansiedad fue apoderándose de mí y, si no llega a ser por Giovanni, solo Dios sabe qué hubiera ocurrido con MezzaLuna.

Afortunadamente, dos semanas después del encuentro con Fabio, volví a ver al primo de Massimo. Paseaba en esta ocasión distraídamente por Campo de' Fiori. Estaba anocheciendo y las farolas comenzaban a dar luz a una plaza que poco a poco había ido despidiendo hasta la mañana siguiente a todos los puestos que la habían coloreado y perfumado durante el día. Estábamos en ese momento justo en el que los que van y los que vienen se confunden en caótico trasiego. Muchos mercaderes estaban terminando de desmontar lonas y estructuras metálicas mientras que las *trattorias* encendían sus hornos de leña.

Unos guardaban, los otros sacaban; una jornada se terminaba mientras que otra estaba comenzando. Entre el tumulto que fluía por la plaza, el hombre de la cicatriz se fue abriendo paso hasta sentarse en una de las mesas de mi terraza. No lo dudé y al verle me acerqué a él. Cuando estuvimos frente a frente, él sentado, yo de pie, supe que había llegado el momento. Sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete de Winston y con parsimonia se llevó un cigarro a los labios, pero no lo encendió. Con la mirada me invitó a sentarme y, mientras yo le obedecía de nuevo, tal y como hice en nuestro primer encuentro, él cogió una servilleta de papel y comenzó a garabatear algo en ella. Después la dobló, me la tendió, encendió el cigarrillo que aún llevaba en la boca y se marchó sin mirar ni una sola vez atrás. Lo dejé marchar sin más mientras agarraba con todas mis fuerzas la servilleta que me había dado. No me dio tiempo a leer el mensaje que había escrito en ella. Cuando iba a hacerlo, Giovanni se acercó apresuradamente para avisarme de que un cliente insatisfecho exigía ver al dueño inmediatamente. No tuve más remedio que prolongar la espera unas horas más hasta que mis obligaciones laborales me permitieran centrarme en aquella servilleta y en el mensaje que contenía.

Fue por la madrugada, mientras Santa Bárbara me ofrecía su habitual asilo, cuando al fin pude saber lo que Fabio me había escrito.

5.

Arrepentimiento. Nos arrepentimos en muchas ocasiones a lo largo de la vida. A veces por hablar y decir lo que pensamos, otras, justamente, por lo contrario, por callar más de la cuenta. Nos arrepentimos con frecuencia de lo que hacemos, pero también de la oportunidad que dejamos pasar y que a lo mejor nunca volverá. Nos arrepentimos, en suma, cuando erramos y somos conscientes de nuestra equivocación. Y si nuestra torpeza o indecisión termina perjudicando a alguien, entonces, junto al arrepentimiento, asoma en la mirada un sentimiento de culpabilidad del que no nos podremos desprender jamás.

La persona arrepentida sufre por lo realizado, no es inmune a las consecuencias que su acto desató y que dejó herido a otro ser humano. Por eso, cuando lo tiene delante y conversa con él, agacha su cabeza. No se atreve a sostenerle la mirada, precisa escapar de esos ojos que le piden explicaciones y huye como buenamente puede. El arrepentido es, por lo general, un ser sufriente necesitado de perdón. Es una necesidad egoísta que

solo busca templar el alma y alejar de uno mismo los fantasmas del remordimiento. Y es que el arrepentimiento te consume por dentro, consigue hacer debilidad de la fortaleza, transforma al hombre en niño y lo condena a la esclavitud. De ahí el valor incalculable de la penitencia, el único camino que puede conducir al arrepentido hacia la liberación.

Siguiendo las indicaciones que Fabio dejó escritas en la servilleta, a la mañana siguiente, bien temprano, fui hasta el edificio donde días antes el primo de Massimo nos había conducido a Giovanni y a mí. Llegué, tal y como pedía, a las 7.15, después de tomar todo tipo de precauciones y asegurarme de que nadie me había seguido hasta allí. Una vez en el portal, busqué en el telefonillo el botón donde ponía “clínica dental” y lo pulsé en tres ocasiones, según la señal convenida. A los pocos segundos, la puerta se abrió y la crucé tal y como hiciera Fabio dos semanas antes. Siguiendo nuevamente las indicaciones escritas, de mala gana dejé a un lado el ascensor y subí por unas oscuras y sucísimas escaleras hasta la quinta planta. Y a continuación toqué con los nudillos la puerta A, que se abrió inmediatamente.

—Buenos días. Aquí estoy, tal y como me pidió. ¿Puedo pasar?

—¿Te ha seguido alguien?

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—En ese caso, adelante. Siéntate en el sofá mientras preparo una taza de café. Lo que te tengo que contar va para largo.

Inmediatamente después, oí cómo el grifo de la cocina dejaba correr el agua que seguramente estaba llenando la cafetera y cómo una cucharilla de metal tintineaba al introducirse hasta en cuatro ocasiones en el tarro de cristal que debía contener café molido. No tardé en escuchar el inconfundible ruido que el borboteo del agua produce al ascender desde la parte inferior de la cafetera para mezclarse en el embudo y desde allí desembocar en la parte superior convertida en café. Mientras el aroma del café recién hecho comenzaba a impregnar el salón donde me encontraba, tuve la certeza de que tras la muerte de mi mujer y de mi hija había algo más que una simple y macabra casualidad del destino.

Fabio se quitó a las primeras de cambio su máscara de hombre duro y me mostró su verdadero rostro. Todo él reflejaba arrepentimiento. Durante las horas que estuvimos hablando su cabeza estuvo casi siempre gacha, huyendo de mis ojos, que lagrimeaban. Su penitencia fue compartir conmigo

confidencias y secretos que debió llevarse a la tumba, porque al contármelos, la muerte vino en su busca adelantando el final de sus días. A través de sus palabras, la verdad comenzó a despojarse de los atuendos que durante más de veintiocho años la habían disfrazado cada vez que iba yo en su busca. Y ahora mismo no sé ni por dónde debo comenzar a desvelarla.

Diré, en primer lugar, que Fabio no era primo de Massimo. El parentesco fue inventado para enmascarar la verdadera relación entre ambos. Algo así como una relación de superior a empleado. Ambos pertenecían a la Organizzazione.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué es eso de la Organizzazione?

—Comprende que no puedo darte detalles, Diego. Es muy peligroso para ambos.

Por lo poco que me pudo contar Fabio, supe que se trataba de una estructura inmersa en los más oscuros e intrincados pasadizos que mente humana pueda imaginar. Semisecreta para sus propios miembros, ninguno podía jactarse de conocer íntegro el organigrama de esta. Ni siquiera su objetivo último era conocido por sus integrantes. Sabían, eso sí, que su propósito era desestabilizar la normalidad de muchas ciudades mediante ataques a pequeñas escalas que hicieran un daño perfectamente calculado para que no excedieran los límites previstos. Fabio, como todos los que de una u otra manera formaban parte de la Organizzazione, no conocía los motivos últimos de estos ataques. Su papel se reducía a acatar las órdenes recibidas de su superior y a vigilar que aquella persona que ocupaba un escalafón inferior al suyo en el entramado de dicha organización cumpliera con su cometido. Y nada más. Desconocía el fin último de todo ese complejo engranaje piramidal y, por supuesto, los nombres y los rostros del triunvirato.

—¿El triunvirato?

—Así denominamos a la cabeza pensante de todo este tinglado. Ignoro si son tres personas o simplemente una. En eso se basa la regla de oro de la Organizzazione. Cada miembro sabe solo de su inmediato superior y de su o sus inmediatos inferiores, aunque lo normal es que a cada superior le corresponda un único inferior. Nadie conoce a nadie con el mismo rango, únicamente a uno que está por encima y a otro que está por debajo.

—Pero eso que me cuentas es bastante extraño, ¿no te parece?

—Por supuesto, pero no me negarás que es también bastante seguro. De esta manera la Organizzazione queda a salvo de cualquier chivatazo traicionero. Con esta fórmula, únicamente se arriesgan una o dos fichas en

cada movimiento, y generalmente son peones.

—¿Peones, dices?

—Pues claro. Siempre he pensado que quien ha ideado todo esto debía de ser un ajedrecista, o por lo menos tener su mente entrenada como uno de ellos. Los que hacen el trabajo sucio, los que de verdad dan la cara y se exponen a ser pillados por la Policía son peones, Diego, gente que no importa. El pez gordo de la Organizzazione, su rey, por así decirlo, está a salvo de todo. Debe de ser alguien frío, calculador y estratega, alguien consciente de que dispone de piezas dispuestas a sacrificarse por salvar a su rey, cuya supervivencia es lo único que importa.

—Esas piezas serían los peones a los que antes hacías referencia.

—Peones y otras piezas más importantes que quedan a resguardo mientras estos actúan, pero que están ahí para cuando la ocasión lo requiera.

—¿Cuando la ocasión lo requiera? ¿A qué te refieres? —pregunté intentando asimilar todo lo que Fabio me estaba contando.

—Ya sabes, cuando un asunto se ponga lo bastante feo y exija medidas extraordinarias que solo pueda llevar a cabo alguien que tenga más margen de maniobra que un simple peón.

—¿Alguien con más información, quizás?

—Puede ser, pero ya te he dicho que nadie sabe nada con seguridad. Lo que está claro es que detrás de todo este ejército de peones, alfiles, caballos y torres está el rey, enrocado y protegido por una maraña de desconocimiento tal que no sabe interpretar ni la torre que a su lado le guarda las espaldas.

—Creo que comienzo a comprender lo que me quieres decir, Fabio. Pero ¿por qué te metiste tú en todo esto si ni siquiera sabes de qué va?

—Por hambre, Diego, sencillamente por hambre. Yo, al igual que Massimo, somos peones que provenimos de barrios humildes donde falta de todo. Por no tener, no teníamos ni ilusión por algo distinto. Vivíamos resignados en un mundo donde el paro, la miseria, la falta de oportunidades, las drogas y el alcohol eran nuestro pan de cada día. No teníamos ninguna esperanza que aliviara nuestros grises y aciagos pensamientos sobre el futuro. Y allí, mientras te encontrabas hundido en la mierda hasta el cuello, un buen día que amanece sin visos de ser diferente, se te acerca alguien y te propone una alternativa o, mejor dicho, una salida. Y la aceptas, claro que la aceptas. Negarse a ello sería como pedirle al sediento que no beba del agua fresca que se le ofrece, o como insinuarle con la mirada siquiera al exhausto corredor que no aminore su marcha una vez que ha cruzado la meta. El alivio, Diego, el

alivio. Te ofrecen dinero, mucho dinero, y no te dicen casi nada. Únicamente un par de meses de severo aprendizaje y a esperar instrucciones que deben ser obedecidas de inmediato y sin titubear. Primero, sencillas y nada comprometidas. Cada logro es celebrado por tu superior, que te anima a seguir y te obsequia con lisonjas que nunca nadie te ha dedicado: «Tienes talento, muchacho, mucho talento. Voy a hacer de ti alguien importante en la vida. Confía en mí y llegarás lejos». Y tu ego, ávido de adulación, se deja arrastrar por esa voz que, sin saber desde cuándo ni cómo, te tiene atrapado. Y te crees importante, tal y como te ha repetido tras todas las ocasiones en las que actuaste bien, conforme al mandato recibido. De pronto, dejas de ser un paria y te transformas en un señor. Comienzas por cambiar ese atuendo de miseria con el que te cubrías desde que tenías uso de razón. Son otros los que ahora te brillantan los zapatos mientras tú ojeas el periódico de la mañana. Sin haber sido consciente de cómo llegó hasta allí, sobre tus hombros cuelga una chaqueta, y bajo esta una camisa, y por encima de ella, en ocasiones, aparece una corbata. Y te mueves en un mundo que nunca fue el tuyo, frecuentas unos ambientes con los que ni siquiera te atreviste a soñar cuando nada tenías. En el proceso, las órdenes han ido creciendo en importancia y trascendencia. Cada vez son más frecuentes las tareas mandadas, pero nada de eso te hace temblar porque, nuevamente sin saber cuándo ni cómo, te has convertido en un profesional del oficio que te traes entre manos. Y aunque desconoces los motivos, no te planteas los porqués, simplemente piensas en el qué y en el para cuándo se necesita. Todo lo demás escapa a tu entendimiento y a tu interés y, aun así, todo funciona. Sigues creciendo, sigues siendo adulado, aunque cada vez más discretamente, hasta que esa voz calla y comienza a hablar una voz interior que te anima a seguir porque eres bueno, porque eres el mejor, porque has nacido para esto y cosas por el estilo. Esa voz tuya, que nace en lo más hondo de tu inconsciente, no hace si no repetir los mantras tantas veces escuchados a aquella otra voz que procedía de afuera y que ya solo escuchas cuando necesita una misión concreta que solo tú debes conocer, realizar con precisión milimétrica (tal y como te ha enseñado) y darle cuenta del resultado obtenido. Y de repente conduces un coche con tapicería de piel que tiene siempre el tanque de gasolina lleno. Más temprano que tarde tu vanidad te hace poner rumbo al que fue tu barrio y que ahora es tan solo un recuerdo manchado de negaciones. Te bajas del coche, cierras la puerta y miras alrededor con tus gafas de sol de marca cara que jamás vieron por allí. Escupes al suelo, maldices el tiempo perdido en aquel lodazal de fracaso,

vuelves a montar en tu fantástico coche y dejas definitivamente atrás tu pasado, pues una vez concluido el ritual, decides que tus ojos, desde ese instante, solo mirarán hacia delante, nunca más hacia atrás.

—Comprendo —susurré casi sin pretenderlo.

—No, perdona, pero no puedes comprender. A ti nadie te ha hecho creer que eres tan poderoso que hasta puedes disponer si así te lo ordenan de la vida de las personas. No has sembrado tu camino de pobres víctimas de una causa que, aunque desconoces, sabes que es la tuya, mientras duermes por la noche con la conciencia limpia, sabedor de que has cumplido con lo que te ha mandado quien de esto entiende y que, por lo tanto, has hecho lo correcto. No, Diego, tú no eres capaz de entender nada de esta mierda, te lo aseguro.

Cuando terminó de hablar, no supe qué decir. Sus palabras habían sido pronunciadas con una mezcla de rabia y de impotencia que dejaban claro que Fabio no estaba ni mucho menos orgulloso de su pasado. Por primera vez en toda esa mañana, se había dirigido a mí mirándome a la cara. En sus ojos se concentraba tanto odio que en esa ocasión fui yo quien no tuvo más remedio que desviar la mirada, avergonzado por la conversación. Tras unos incómodos segundos, rompí el silencio que se había establecido entre nosotros con una pregunta que intentaba reconducir el tema por el camino que a mí me interesaba.

—¿Por qué has dicho antes que Massimo era igual que tú? ¿Qué tiene él que ver con tu historia?

—Muchísimo, me temo. Massimo era, como ya te he explicado, otro peón arrancado de la nada. Yo lo seduje con mi voz melosa cuando él apenas era un mozalbete de dieciséis años que todo se lo creía. Era mi quinto año en la Organizzazione, y por antigüedad me correspondía cumplir con la obligación más sagrada de todo aquel que formaba parte de ella: reclutar un nuevo peón para la partida.

—¿Quién te lo ordenó? ¿La misma voz de siempre?

—Claro, Diego, no había otra. Cuando te sumas a la causa lo primero que te explican es que en tu quinto año debes incorporar a alguien y convertirlo en tu inferior. Es un deber inexcusable. De este modo, la pirámide siempre crece, nunca se detiene y cada vez la Organizzazione puede extender sus tentáculos por otras ciudades, por nuevos lugares hasta que se convierta en lo que hoy es, un fenómeno que tiene ramificaciones por más de medio mundo. Cuando reclutas a un inferior, oficialmente te conviertes en un integrante de pleno derecho de la pirámide escalonada de la Organizzazione. Eres un nuevo

miembro de esa familia y ya no tienes escapatoria. Estás aprisionado entre uno que te manda y otro al que tú enseñas, adulas, animas y ordenas. Te conviertes en un humilde peldaño por el que se sube a no sé qué lugar.

—¿Y Massimo llegó a reclutar alguna vez a un inferior?

—Lo hizo, por supuesto que lo hizo. Cumplió con su cometido cuando tenía veintiún años. Reclutó a un peón e hizo de él una pieza sin sentimientos dispuesta a sacrificarse por su rey, como todos.

—¿Es bueno Massimo? ¿Tiene madera para esto?

—Era bueno, Diego. Habla en pasado. Tu querido amigo lleva más de veintiocho años retirado de la Organizzazione.

—¿Cómo es posible eso? ¿No me has dicho que una vez que te incorporas a esa maldita organización quedas atrapado para siempre?

—Y así es, no te he mentado. Pero Massimo consiguió hacer lo que hasta hoy ningún otro miembro ha logrado repetir: desaparecer y borrar todas sus huellas. Está en paradero desconocido desde entonces y eso tiene muchísimo más mérito del que imaginas. Lo que él ha hecho solo está al alcance de los más capaces, de verdaderos genios del escapismo. Y gracias a ello aún está con vida, pues si lo encuentran, ten por seguro que sus días estarán contados.

—¿Tú lo buscas?

—No, yo no. Te lo prometo —me respondió mientras una mueca de dolor se dibujaba en su rostro.

—Pero si tú eras su superior, se supone que estaba bajo tu cargo, que era responsabilidad tuya, ¿no es así?

—Es así. Pero ya te dije que en casos excepcionales se recurren a medidas excepcionales. Y te aseguro que la desaparición de Massimo no es un asunto menor, ni mucho menos. Además, a mi manera yo también he desertado de la Organizzazione. Esta conversación es una prueba palpable de ello.

—¿Quién lo busca entonces?

—Da igual quién lo haga. Tú no lo conoces, su nombre no te aportará nada. Saberlo solo te ocasionará problemas en el futuro, créeme.

—Está bien, dejemos ese tema, pero dime al menos por qué lo dejé. ¿Cómo pudo convencerte para que lo dejaras marchar?

—No lo hizo, jamás habló conmigo. Simplemente, un día, el 16 de febrero de 1990, desapareció. Tuvo que ser de madrugada, porque fui en su busca muy de mañana y ya no lo encontré en su casa.

—¿Nunca sospechaste del motivo que le hizo actuar de aquella manera?

—A decir verdad, sí. Estoy casi seguro de que sé la causa de todo.

—¿Y esa causa es...?

—Pues arrepentimiento. Simple y llanamente por arrepentimiento. No puede haber otra razón. Al final, antes o después, estoy convencido de que nos alcanza a todos. Y si no, mírame. Más de cincuenta años entregando lo mejor de mí a la Organizzazione y cuando me hallo próximo a la tumba me encuentro con una angustia vital que no me deja dormir por las noches y que me hace desear volver a estar cubierto de la mierda que se amontonaba en mi barrio cuando era pequeño, pobre e inocente.

¿Massimo arrepentido? La cabeza comenzaba a dolerme una barbaridad, parecía como si fuese a estallar.

—¿Es que acaso ocurrió algo o hizo alguna cosa excepcional para estarlo?

—Nadie puede saberlo. Llevaba unos años raro. Había cometido algunos deslices impropios de su categoría profesional. Creo que estaba teniendo problemas con su inferior, y eso es lo peor que te puede ocurrir, créeme.

—¿Quién era su inferior?

—Lo desconozco. Ya te he dicho que cada persona conoce únicamente a su superior y a su inferior. Nada más.

—¿Y por qué dices entonces que eso de tener un inferior problemático es lo peor que te puede pasar?

—Porque en ese caso tienes que cumplir con el segundo deber inexcusable que te impone la Organizzazione. Si desconfías de tu inferior, si crees que puede traicionarte, si sientes que duda... haz lo necesario para que vuelva al redil. Y cuando digo eso de hacer lo necesario, ya me entiendes: átalos en corto, amenázalos, haz sufrir a su ser más querido... Y si nada funciona, deshazte de él.

—¿Y piensas que él podía encontrarse en esa situación cuando decidió abandonar?

—Bueno, esa es mi opinión personal, aunque la causa de su excitación y de sus dudas podía proceder de cualquier parte. Pero es una posibilidad que su extraño comportamiento estuviese relacionado con algo de esto.

—¿Cuál fue la última misión que le encomendaste?

—Esa, precisamente. Que fuese honesto con la Organizzazione, que si tenía alguna duda o asomaba el arrepentimiento por su cabeza debía comunicármelo sin demora. Y que en el caso de que sospechara de su inferior, que ejecutara el protocolo establecido para esos casos. Y cuanto más lo veía dudar de todo, más le apretaba con mis exigencias. Ese era mi cometido y lo

cumplí con todo el rigor que a su vez me exigió a mí mi superior.

—¿De ahí la conversación que presencié en Vendetta?

Habían pasado veintiocho años de aquella conversación que tan mal cuerpo me dejó y que tanto me hizo temer por mi amigo, pero curiosamente la recordaba como si hubiese tenido lugar el día anterior. Todos los detalles de esa escena permanecían nítidos en mi memoria, habían sabido burlar el desgaste que impone el tiempo en los recuerdos, ese que los emborriona hasta hacerlos confusos en el mejor de los casos y olvidados en el peor de estos.

—Exactamente, veo que no la has olvidado. Ese día le di una especie de ultimátum.

—¿Quién te acompañaba?

—Nadie que merezca ser recordado por su nombre. Era un matón de poca monta del que me hacía acompañar en las ocasiones importantes. Para intimidar, más que nada, ya me entiendes.

Por momentos, el dolor de cabeza se intensificaba. La imagen de los dos matones, Massimo con el rostro desencajado, yo escondido sin saber muy bien cómo debía actuar... Todo daba vueltas a mi alrededor y no era capaz de procesar tanta nueva información que desmontaba pieza a pieza la vida que yo había creído vivir. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para continuar preguntando, aunque ya lo hacía sin seguir ninguna secuencia lógica. Las preguntas simplemente escapaban de mi boca, y me conformaba después simplemente con atrapar las respuestas dadas. Ya tendría oportunidad de ir encontrando sentido a todo aquello. Por ahora necesitaba saber; ya llegaría el momento de sacar conclusiones.

—¿Qué hacías tras mis pasos en el andén de Tetuán?

—Cumplía con mi deber, ni más ni menos.

—¿Seguirme? ¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué coño pintaba yo en todo este asunto?

—Sé inteligente, Diego, te lo ruego, y evítame explicar lo obvio.

—Te juro que ahora mismo estoy totalmente perdido y desorientado. No entiendo nada de nada.

—Pues es bien sencillo. Tú eras un actor secundario en esta película. Apareciste de la nada y te involucraste de lleno en la vida de mi inferior. Y de repente, mi subordinado comienza a hacer cosas raras y a dudar. Mi misión era tener controlado a quien de mí dependía, es decir, a Massimo. Tú te habías convertido en un incordio, en una mosca cojonera de esas que nunca se marchan por muchos aspavientos que hagas. Tenía que saber de tus intenciones

y hasta dónde llegaba tu relación con Massimo. ¿Estabais planeando algo? ¿Adónde os conducía eso del concurso? Ya sabes, debía controlarte para encauzar debidamente a mi inferior, pues algo me decía que su extraño comportamiento estaba relacionado con tu aparición.

—¿Y lo estaba?

—Eso nunca conseguí averiguarlo. Ya te he dicho que Massimo desapareció de repente, como si se lo hubiese tragado la tierra. Pero es indiscutible que tu aparición coincidió con un punto de inflexión en su conducta.

Cuando miré el reloj me di cuenta de que el tiempo había transcurrido demasiado rápido y silencioso. Ya era mediodía. Las palabras se fueron acabando y el dolor de cabeza se hizo insoportable. Tenía lo que quería. Los profundos secretos de ese rostro marcado con una siniestra cicatriz que me había hecho temblar en el pasado habían sido desenterrados para que yo pudiera comprender, quién sabe si para que me pudiera acercar un poco más al verdadero motivo que se escondía tras las muertes de Lucía y Valeria, mi mujer y mi hija.

Ambos nos levantamos casi al unísono del sofá en el que llevábamos sentados más de cuatro horas. Teníamos la edad suficiente para saber cuándo no queda nada más que decir y ha llegado la hora de partir. Le ofrecí mi mano. La estrechó sin dudarle mientras le dedicaba unas palabras de sincero agradecimiento. En sus ojos asomaban el arrepentimiento y la vergüenza, aunque también había un destello de liberación. Sus revelaciones le habían aminorado una carga excesivamente pesada para sus ya cansados hombros.

Antes de salir por la puerta recordé la nota que me había hecho llegar Massimo el día de su huida. Ahora ya entendía el porqué de esta, el porqué de tanto misterio, el porqué de no querer decirme directamente dónde se encontraba. Su vida corría peligro y toda precaución era poca en esas circunstancias. Yo no llevaba la nota encima, hacía muchos años que me había deshecho de ella. Lo hice el mismo día que abandoné Nápoles, perdida ya toda esperanza de encontrarlo. Pero no la necesitaba, llevaba grabadas a fuego en mi mente todas y cada una de las letras que conformaban su enigmático mensaje:

Si quieres respuestas, búscame aquí:

MALFCTF

Massimo

La escribí en una hoja de papel para que Fabio pudiera valorar tanto el fondo como la forma de la nota. Estuvo algunos minutos observándola, repitiéndola apenas en un murmullo en varias ocasiones. Sus pensamientos se escurrían por no sé qué oscuros recovecos del pasado. Finalmente, me devolvió la hoja negando con la cabeza. Nada. No tenía la menor idea de qué podía significar aquello. Lo que sí tenía claro es que Massimo se había tomado muchas precauciones para evitar ser descubierto por la Organizzazione, concretamente por su superior, el cual estaba frente a mí en aquellos momentos. Efectivamente, Massimo se había asegurado de que, aunque Fabio hubiese encontrado la nota antes que yo, no habría podido dar con su paradero. El problema era que yo tampoco había sido capaz de dar con él, y con la negación de Fabio, si aún conservaba yo alguna pequeña esperanza de encontrar a mi amigo, esta quedaba definitivamente enterrada y convertida en ceniza.

Cuando definitivamente estaba a punto de abrir la puerta para marcharme, vi una fotografía colgada en la pared de la entrada que me dejó petrificado. En la borda de un pequeño yate, ataviados ambos con ropa de baño y una copa de champán en la mano, Fabio agarraba por los hombros a otra persona cuyo rostro, aunque llevaba casi tres décadas sin ver, supe reconocer al instante.

—¿Quién es ese que te acompaña en el yate? —logré preguntar disimulando el escalofrío que en aquellos momentos estaba erizando mi piel desde la nuca hasta los pies.

—Oh, ese de ahí es Gabriel Muñoz. —Mientras respondía, Fabio descolgó el marco de la pared y lo tomó entre sus manos como si de una valiosa reliquia se tratase—. Para todo el mundo, Gabriel es empleado de banca. Se llevó muchos años trabajando en una de las sucursales de Caja Madrid. Nadie sospecharía que es uno de los integrantes de la Organizzazione. Y uno de los buenos, no creas.

—¿Integrante de la Organizzazione? ¿Y por qué entonces lo conoces? ¿No decías que solo sabíais de la existencia de vuestro superior y de vuestro inferior?

—Sencillamente, porque ese que me abraza es mi superior, Diego. Bueno, fue mi superior, quiero decir. Siempre me ha tratado muy bien. Ha sido como un segundo padre para mí. Nunca estuvo ausente cuando lo necesité. Por eso, a pesar de mi reciente desvinculación de la Organizzazione, aún mantengo colgada esta fotografía, uno de los pocos recuerdos que quiero atesorar de mi monstruoso pasado.

—¿Y dónde vive ahora?

—Lo desconozco. Lo que sí es seguro es que me estará buscando desesperadamente para cumplir con el sagrado deber que la Organizzazione impone a los superiores con respecto a sus inferiores cuando estos flaquean como yo he hecho. Ya sabes, intentar hacerme entrar en razón para que vuelva, empleando cualquier medio para conseguirlo. Y cuando digo cualquiera, es cualquiera. Créeme, Diego.

—¿Y estás tranquilo? ¿No te asusta el hecho de que pueda encontrarte?

—Eso es muy poco probable. La edad pasa factura y ya no es tan ágil como lo era hace algunos años. Sus reflejos han menguado y su capacidad para improvisar y tomar decisiones también está resentida. Y aunque yo tampoco es que sea un chaval, le llevo algunos años de ventaja. Además, no olvides que yo también soy superior y tengo mis trucos. Me desenvuelvo bien en estas lides.

Me costó una barbaridad tragar la poca saliva que permanecía en mi boca tras ver aquella fotografía. Aquel a quien Fabio llamó Gabriel yo lo había conocido por el nombre de López. El mismo que me persiguió en una ocasión por las calles del barrio de las Letras, el que se presentó en mi casa junto con el teniente Chacón a los pocos días de la explosión para hacerme una especie de interrogatorio y quien desapareció de buenas a primeras cuando los acontecimientos se mostraban muy turbios.

Allí, a solo unos pasos de la puerta de salida, decidí guardarme lo que sabía de Gabriel y que, a tenor de lo dicho por Fabio, este desconocía. En cierta manera, estaba traicionando a quien de forma tan transparente se había mostrado conmigo. Pero quise reservarme aquella información porque comenzaba a intuir que estaba adentrándome en un terreno resbaladizo, en una especie de telaraña perfectamente tejida que atrapa a todo ser viviente que comete la imprudencia de entrar en contacto con ella. A mi edad no es que me importase mucho pecar de imprudente, la verdad. A las mismas puertas de cumplir los sesenta, la vida ya me ha enseñado muchas cosas, entre ellas que la prudencia es desconocida para el adolescente, obligada para el adulto y un estorbo para el viejo. A los que nos movemos por los campos de la vejez (sí, no se extrañe, aunque todavía no he cumplido los sesenta, me considero un anciano) nos queda demasiado poco tiempo para pensarnos las cosas dos veces dudando de la idoneidad de los actos que llevamos a cabo. Necesitamos inmediatez para nuestros deseos, ya que nos apremia el tiempo y comienzan a escasear las oportunidades.

No obstante, y a pesar de lo dicho, en esta ocasión opté por callar y ser prudente. Fue una decisión difícil. Tuve que decidirme rápido por una de las dos opciones que tenía: o guardaba silencio y pagaba con traición las sinceras y profundas revelaciones de Fabio, evitando así cometer un desliz que pudiese costarme caro, o le decía que Gabriel era en realidad López y cruzaba los dedos para que esta doble identidad fuese desconocida por Fabio y pudiera encontrar en él un aliado para dar con López. Fueron unos momentos complicados. En cierto sentido, me vi protagonizando una de esas típicas escenas de película en las que el héroe debe decidir en cuestión de segundos cuál de los dos cables, si el rojo o el azul, debe cortar para desactivar la bomba que está a punto de explotar y evitar así que todo, incluido él mismo, salga volando por los aires. De este modo, como en la ficción, respiré hondo y, sin pensarlo demasiado, corté con manos temblorosas el cable azul, aquel que me aconsejaba prudencia para mis palabras y mis actos.

Y con este subidón de adrenalina salí de casa de Fabio cuando ya estaba bastante avanzada la mañana. Al poner un pie en la calle fui consciente de que un nuevo horizonte comenzaba a dibujarse ante mis ojos, aunque todavía eran muchas las brumas que me impedían determinar con exactitud hacia dónde me dirigía.

A los pocos días, la prensa local anunciaba el suicidio de Fabio. No me sorprendió. Al parecer, a eso de las seis menos cuarto de la mañana se había arrojado por el balcón de su piso, una séptima planta. Su cuerpo sin vida yacía boca abajo en la calle cuando un basurero que estaba por la zona lo encontró y llamó a las emergencias, que nada pudieron hacer cuando llegaron. Su cuerpo no presentaba ningún signo de violencia y en su domicilio tampoco se encontró rastro alguno que permitiera pensar que hubiera sido forzado por un extraño. Además, una carta manuscrita de su puño y letra dejaba bien detalladas las razones que lo habían terminado empujando por aquel balcón. Entre ellas, el arrepentimiento era el protagonista. Demasiados fantasmas lo visitaban desde hacía meses dispuestos a minar una conciencia que ya no podía soportar el peso de tanto y tanto mal ocasionado desde el día en el que, siendo apenas un chaval, una voz que sabía mucho y bien de adulación le convenció para incorporarse a una partida de ajedrez en la que le tocó hacer de sencillo pero vital peón, obedeciendo órdenes y sacrificándose cuando así lo requería la jugada maestra que unas manos invisibles estaban ideando.

Al saber de la desaparición de Fabio sí que me arrepentí de la prudencia elegida que me hizo callar sobre el otro yo de Gabriel. Tuve la desazonadora

impresión de que había perdido una oportunidad única para hacerme con una antorcha con la que iluminar los tenebrosos pasadizos por los que me estaba adentrando desde hacía unos días. Pero de nada me serviría pensar en lo que pudo ser, vano era intentar deshacer el camino elegido, volver de nuevo a la encrucijada inicial y enfilarse con paso decidido la otra senda que desde allí también partía. Esto es lo que tiene el tiempo, que una vez pasado te hace esclavo de tus decisiones, aunque, como demostraré, siempre te ofrece otra oportunidad futura para liberarte y rehacerte de los errores cometidos.

6.

Oh, Massimo, ¿dónde estás? ¿Dónde te ocultas? Ahora que tu superior, acosado por los remordimientos, se ha suicidado, nada debes temer. Ya nunca te pedirán cuentas por tu deserción. Tu pasado como miembro de la Organizzazione es precisamente eso, pasado. Nadie sabe de él y, por tanto, estás a salvo de esas fauces sedientas de sangre que un día te atraparon. Eres libre, el futuro así lo quiere. Hazte presente y otórgame las explicaciones prometidas. Las necesito, sin duda, ahora más que antes.

Es cierto que no se trata de una oración al uso, pero he elevado esta retahíla hacia el altar de santa Bárbara muchas noches. La santa, que tendrá que atender miles de asuntos urgentes que le deben de llegar cada día de todos los rincones de la cristiandad, no ha tenido a bien dar prioridad aún al mío. El problema es que estoy convencido de que sin la intercesión de quien tan cerca está del Todopoderoso será difícil encontrar a aquel que se ocultó de forma inmejorable. De todos modos, si santa Bárbara está ocupada con sus quehaceres, algún otro mártir tuvo que oír mi desgarradora plegaria y apiadarse de mí, que tan vehementemente la pronunciaba.

Sé que la ayuda celestial no provino directamente de la santa porque no se ajustó del todo al deseo solicitado, y ya se sabe que cuando el mensaje pasa por intermediarios, al final se desvirtúa la esencia del mismo. Yo quería, mejor dicho, ansiaba encontrarme con Massimo, el único poseedor de unas explicaciones que debían revelar toda la verdad. Pero mi ruego no tuvo que llegar muy nítido al santo o santa que finalmente intercedió por mí, porque no fue Massimo a quien encontré. En su lugar, fue un viejo conocido quien se paseó por delante de mis narices cuando menos me lo esperaba. Por fortuna, este personaje también era portador de una valiosísima información que ha

resultado ser vital para esclarecer muchos de los acontecimientos pasados. Gracias a ello, al menos mis súplicas no han sido del todo baldías.

Ocurrió por la mañana. Yo me encontraba en el lugar donde, según la tradición cristiana, fue crucificado san Pedro. Se trata de una pequeña elevación de terreno en el que el arquitecto papal de Julio II levantó un templete de aspecto puramente clasicista. Llevaba acudiendo allí desde hacía cuatro días siempre a la misma hora, a las 8:35. Había conseguido, después de no pocos esfuerzos, una autorización para establecerme cada mañana durante una semana en un rinconcito de aquel lugar con caballete, paleta y pincel. Y es que últimamente me he aficionado a pintar con acuarelas los monumentos más majestuosos con los que la Antigüedad clásica y el Renacimiento contribuyeron al embellecimiento de esta maravillosa ciudad. Debo decir, modestia aparte, que el resultado de mi reciente afición me parece más que satisfactorio. Si fuese otra la edad que me acompañara, si de juventud fuesen las fuerzas disponibles, entonces estaría convencido de que de esta simple afición nacería algo grande. Una exposición tal vez, seguramente una publicación. Pero hace ya tiempo que se encendió la lucecita anaranjada que me avisa de que el depósito de gasolina está en el nivel de reserva. Y en la vida, al contrario que en las carreteras, no existen gasolineras donde repostar. ¿Imagina que pudiésemos hacerlo?

—Buenos días, señorita

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Póngame cinco años más de vida, por favor, que necesito tiempo y fuerzas para un nuevo proyecto que me traigo entre manos.

—Cinco años... listo. ¿Alguna cosa más?

—Pues... sí. Cóbrese también este bote de aceite de ilusión con el que pienso engrasar los días venideros, que tengo ya los engranajes bastante oxidados.

—Por su puesto, se lleva usted ilusión de primera categoría. ¿Otra cosita?

—Nada más, gracias.

—Mire que tenemos de oferta la garrafa de cinco litros de líquido limpiatristezas. Pagando uno, se lleva usted dos.

—En ese caso, póngame dos garrafitas, que nunca vienen mal.

—Perfecto. Veamos. Carburante para cinco años de vida, un bote de ilusión y dos garrafas de líquido limpiatristezas a mitad de precio. Eso hace un total de treinta besos con veinte abrazos.

—Ahí se los dejo.

—Muy amable. Que tenga un buen día, caballero.

Si yo hubiese sido el creador de este mundo y de la humanidad que lo habita, esta escena que acabo de imaginar sería realidad cotidiana para los mortales, haciendo la vida más justa. Porque no me negará que uno rebosa fuerza y energía cuando tiene tanto tiempo por delante que, por lo general, termina desaprovechando, dejando para otro día lo que puede hacer hoy. Sin embargo, a menudo, una vez que el reloj ya inicia la cuenta atrás, es cuando a uno, que ya es plenamente consciente del tiempo, aquel ente que consideraba antes ilimitado y que ahora percibe próximo a concluir, le entran las urgencias por hacer lo que se trae entre manos, pero entiende con frustración que carece del ímpetu necesario para llevarlo a cabo. Es como si la naturaleza fuese recelosa y no quisiese otorgar al ser humano fuerzas y conciencia a la vez, sino que a medida que una crece, la otra disminuye. Pero disculpe mi digresión, entiéndala como la reflexión de un viejo al que ya solo le queda soñar. Guárdese para otro momento, por si pudiera sacar de ella alguna lección valedera para su vida, y vuelva a centrar su atención en la historia que le sigo contando. Le decía que en una esquinita de San Pietro in Montorio estaba yo, concentrado en mi flamante afición, sintiéndome realizado pese a saberme con el tanque en reserva. Me empeñaba en los detalles de la balaustrada del segundo cuerpo del templete cuando, al alzar la mirada para fijarme por enésima vez en su forma, vi a López. Según mis cálculos, si la memoria no me falla, debía rondar los setenta. Sin embargo, su cuerpo aún hacía alarde de fortaleza y energía. Quizás su depósito vital tenía mayor capacidad que el mío, o quizás supo administrar su combustible más eficientemente que yo durante el paso de los años. Y disculpe de nuevo la interrupción, pero debo decir que es este uno de los aspectos que más me ha llamado la atención desde que yo era apenas un crío. En Cádiz veía a muchos abuelos sentados en los bancos de la plazoleta donde los amigos jugábamos al fútbol mientras nos creíamos los *cracks* del momento. Había auténticas broncas por repartirse los nombres de Gento, Amancio o Pirri, quienes eran del Real Madrid, y por Zaldúa, Rexach o Pereda entre quienes preferíamos al blaugrana. Mientras los demás niños sorteaban los equipos y preparaban un improvisado campo, yo no podía apartar la mirada de todos esos abueletes que ya habían sobrepasado los sesenta años y que parecían estar cortados por el mismo patrón. Vestidos con el único estilo de ropa que por entonces había, todos se dejaban la garganta alabando las bondades de un régimen que había

hecho de la economía española la envidia de Europa. De milagro se hablaba en aquellos corrillos de plazoleta, y todos al unísono protestaban malhumorados cuando nuestra pelota se aproximaba demasiado a ellos y nos amenazaban con llevársela para sus nietos o, peor todavía, con pincharla en nuestras narices. Aunque parecidos, yo me daba cuenta de que no todos presentaban el mismo aspecto físico, sino que había notables diferencias entre ellos. Los había encorvados, torpes en sus andares, con la piel demasiado desgastada por el uso y que exhibían con orgullo sus tripas prominentes y salientes, pero también estaban aquellos a los que el tiempo les había tratado con benevolencia. Sus barrigas apenas abultadas hablaban de una alimentación saludable y algo de ejercicio, movíanse todavía con cierta agilidad y su piel, aunque mostraba las consecuencias de tantas batallas libradas, conservaba algo del brillo y de la firmeza de otras mejores edades. Al recordarlos cuando era ya mayor, me cuestionaba cómo era posible que el tiempo erosionara de forma tan distinta un mismo material, carne y huesos, básicamente. Pensaba qué sentiría aquel que contempla encorvado cómo su compañero de niñez era capaz de subir los escalones con pasmosa facilidad mientras que él necesitaba de un milagro tras otro para lograrlo. Y al comparar a López conmigo, entendí que yo era el encorvado y que él podía subir los escalones de dos en dos. Ahí estaba, frente a mis ojos, como un turista más de los muchos que a aquellas horas se agolpaban en el angosto espacio donde se erigió el templo. Conservaba el encanto natural de cuando lo conocí, aunque me costó reconocerlo a primera instancia, y si no llega a ser porque comentó en voz alta la belleza del edificio con su acompañante, una mujer bastante más joven que él, jamás me hubiese fijado en su persona. Su voz me transportó a los primeros días de duelo tras las trágicas pérdidas que finiquitaron mi exvida. Nos recordé sentados en el salón de mi casa, yo en un sillón, Chacón y López en el sofá. Hacía tan solo unos minutos que lo acababa de reconocer como aquel individuo que me persiguió mientras buscaba yo la tumba de Pedro de Estopiñán, aunque aquel extraño episodio quedó silenciado por ambos esa mañana en mi casa. En un momento dado, López, que hasta entonces había estado mudo, tomó la palabra, dejó pensar quizás a Chacón y continuó con el interrogatorio. Habían pasado veintiocho años desde entonces, pero esa voz profunda, como salida de las entrañas de la tierra, no había cambiado ni un ápice. Seguía conservando toda su rudeza y, gracias a ella, pude reconocerlo. Solo tuve que fijarme en su oreja izquierda y buscar en ella una verruga para cerciorarme de que no me equivocaba. Cuando fui consciente de a quién veía,

el gris con el que estaba resolviendo los perfiles de la balaustrada chorreó el lienzo de arriba abajo, estropeando sin piedad muchas horas de esmerada dedicación. Pero mis sentidos habían abandonado la acuarela hacía ya un buen rato. Estaban centrados en López quien, en un momento dado, indicó a su acompañante que se colocara un poco más a la izquierda para que la foto que estaba a punto de hacer encuadrara bien el templete al fondo. En un arranque espontáneo me acerqué a él y le ofrecí hacerles una foto a ambos. Al hacerlo me arriesgué a que me reconociera, pero no me importó lo más mínimo. Por fortuna, López no dio muestra de haberlo hecho. Me agradeció el ofrecimiento y se alejó hasta tomar posición, puso su mejor sonrisa y posó agarrado con su pareja mientras que con su móvil immortalizaba yo a ambos en San Pietro in Montorio. Volvió hacia mí para recuperar su móvil, me dio las gracias una vez más y se marchó. Un golpe de suerte me permitió escuchar cómo le recordaba a su acompañante el nombre de la calle del hotel en el que se hospedaban. Él tenía fuerzas para continuar con la visita a la ciudad. Ella, agotada de tanto monumento, prefería hacer un receso hasta la tarde.

—Entonces, ¿de verdad que no te importa quedarte solo? —le preguntó mientras le acariciaba la barbilla.

—Para nada, vete a descansar. Recuerda, Via di Monte Giordano, cielo. El taxi te dejará en la misma puerta. Nos vemos a las cinco en punto en Navona. *Ciao*.

Estas, que fueron sus palabras justas, dieron inicio a una partida de ajedrez entre López y un servidor. El santo que decidió echarme una mano aliviando así la carga de trabajo de la saturada santa Bárbara preparó el tablero y dispuso las piezas en el orden correcto, más no podía hacer por mí. Me había ofrecido un adversario que, aunque no era Massimo, representaba una pieza fundamental en el rompecabezas que estaba yo intentando reconstruir con tanto ahínco desde el día en el que María me había narrado los últimos momentos de Lucía y Valeria. Y López, el jugador al que ahora me enfrentaba, tenía toda la pinta de estar implicado hasta las cejas en lo ocurrido. Estaba totalmente convencido de que debía ganarle la partida si quería saber la verdad de una vez por todas.

En el juego del ajedrez, los primeros desplazamientos de piezas que los contrincantes realizan conforman aquello que los entendidos llaman *apertura*. Esta no es más que una suerte de movimientos perfectamente estudiados y analizados para que el despliegue realizado por el jugador le otorgue la máxima ventaja posible tanto a nivel defensivo como ofensivo frente a su rival. Y, muy al contrario de lo que piensan quienes por primera vez se adentran en esta cruenta batalla entre piezas blancas y negras, para los avezados ajedrecistas, aquellos cuyas mentes están entrenadas hasta el límite para calcular y predecir jugadas con tres o cuatro movimientos de antelación, el objetivo de las aperturas seleccionadas no es dar mate al rey, que se muestra frente a ellos desafiante y perfectamente defendido. Este es un fin demasiado ambicioso, del todo inalcanzable para tan pronto momento (el profesional del damero sabe de la ingenuidad que emborracha a quien intenta lograrlo a las primeras de cambio); muy al contrario, su apertura solo busca dominar el centro del tablero y colocar estratégicamente las piezas en un meditado intento de obtener una superioridad mínima sobre el despliegue que el rival está diseñando a su vez. Si así lo consigue, sabe que podrá aprovechar esa ligera ventaja estratégica para ir desgastando poco a poco, pieza a pieza, a quien frente a él se esmera en derrotarlo. La caza regia queda así aplazada, y solo comenzará a dibujarse en la mente de los adversarios cuando uno de ellos haya alcanzado preeminencia estratégica sobre el otro. En la mayoría de las ocasiones, cuando los jugadores son de envergadura, el mate no termina de ejecutarse. Quienes mueven las piezas comprenden mucho antes de que esto ocurra que uno está ya perdido y que el otro no cometerá un pueril error que vuelva a equilibrar la balanza de la batalla iniciada. En ese momento de lucidez, en un gesto de sublime humildad, el que se sabe vencido hace que su dedo empuje con la fuerza justa al rey a quien juró victoria al inicio de la partida para que este caiga derribado sobre el tablero que, aunque immaculado, ha quedado cubierto de sangre y cadáveres.

El encuentro casual con López, como ya he dicho, dio inicio a una peculiar partida. Dudé poco a la hora de diseñar mi apertura y, tras unos minutos de reflexión, el despliegue de mis piezas estaba ya ejecutado. Él estaba relacionado con la Organizzazione, así me lo había hecho saber Fabio, pero es que, además, no podía ser de otro modo. Eran demasiadas las coincidencias y demasiadas sus apariciones en momentos cruciales de mi vida para que no fuese así. Mis peones, mis alfiles, mis caballos y mis torres

estaban advertidos y alerta para reaccionar ante cualquier amenaza que él pudiera lanzar contra mi rey. López, sin embargo, ni me había reconocido ni jamás podría imaginar que estuviera yo en posesión de tantos y tan detallados conocimientos sobre la estructura piramidal de la Organizzazione. Tampoco creería que me habían revelado el mecanismo que establecía y regulaba la relación entre superiores e inferiores. Definitivamente, acabados los movimientos de apertura, miraba el tablero y concluía, confiado, que la disposición de las piezas sobre él, donde cada una ocupaba una casilla, amenazando otras y defendiendo posiciones ya tomadas, me era favorable. Yo sabía y él desconocía, ventaja más que suficiente para que fuese yo el que llevara la iniciativa en la partida recién iniciada.

Pero, al mismo tiempo, comprendía que la superioridad con la que comenzaba quedaba lejos aún de ser definitiva. Tenía hasta las 17:00 horas de la tarde para estudiar y diseñar mis siguientes movimientos, aquellos que debían desarrollar el despliegue estratégico de mis piezas, intentando aprovechar la preeminencia obtenida para dominar el centro del tablero y comenzar a desgastar a López, acercándome poco a poco al mate final.

Estaba claro que, si no quería verme derrotado precipitadamente, debía actuar con presteza, pues desconocía el tiempo que López y su acompañante iban a permanecer en la ciudad. ¿Un día más o alargarían su estancia hasta el domingo siguiente? Imposible saberlo, ninguna certeza, todo conjeturas. En este sentido, su rey aparecía férreamente defendido y llegar hasta él iba a ser muy pero que muy complicado. A su vez, era consciente de mi inferioridad física, ya sabe, la erosión diferenciada que había desgastado nuestros cuerpos con diferente ritmo, el mío *allegro*, el suyo *piano*, como dicen por aquí. Y no era descabellado pensar como probable el hecho de que, en un momento dado, la partida exigiese hacer uso de la fuerza o de emprender alguna persecución como la que habíamos protagonizado en el pasado. Con estas premisas, disminuido en lo físico y sin apenas tiempo, opté por una temeridad. Decidí que mi reina, la pieza más poderosa y valiosa con la que cuenta el ajedrecista, abandonase su cómoda posición, adelantara posiciones y comandara el ataque alocado que estaba a punto de emprender.

8.

—¿En qué anda usted metido, Diego? —me preguntó directamente un buen día Giovanni—. Piense que a su edad debe uno andar reposando, no

embarcándose en negocios de máxima exigencia.

—Queda tranquilo, que sé lo que me hago. Lo que me traigo entre manos bien merece la pena. Solo necesito de tu colaboración tal y como te he contado. Comprendo que la decisión que debes tomar no es sencilla, y entendería perfectamente que te negaras a lo que te pido. Recuerda que solo tienes que poner un precio e inmediatamente tendrás ingresado el dinero en el número de cuenta que me facilites.

—No me entienda mal, se lo ruego. No es cuestión de dinero. Simplemente, no termino de verlo claro. No sé si accediendo a lo que me pide realmente le estaría prestando ayuda o si, por el contrario, le estaría empujando hacia el abismo.

—Si el abismo es el final del camino, demasiado tiempo he tardado ya en llegar hasta él. Que tu duda no te atormente y, encarecidamente te lo pido, decide con prontitud, que no me sobran horas, ya te lo he explicado. Si te niegas, no tendré apenas margen para encontrar un sustituto dispuesto hacer lo que le pido sin recibir explicaciones a cambio.

Aquellas palabras pronunciadas con cierta malicia, puesto que buscaban impactar en tejido sensible, parecieron surtir el efecto deseado y Giovanni, incapaz de dejarme en la estacada cuando más lo necesitaba, terminó bajando sus defensas y mirándome directamente a los ojos me dijo:

—Repítamelo todo de nuevo desde el principio y bien despacio, no quiero cometer ningún error.

—Gracias, Giovanni. Eres, sin duda, la mejor reina que un ajedrecista puede desear.

Esto último lo dije para mis adentros. No entendería el símil y tampoco quería que supiera de la partida de ajedrez que estaba yo jugando y en la que su participación se había vuelto tan necesaria de repente. Confiaba en él ciegamente. Su lealtad me había sido demostrada muchísimas veces desde el día en el que nos conocimos. Nunca me exigió nada, nunca me pidió explicaciones por mis extraños comportamientos. Me vigilaba y me acompañaba siempre a tres pasos de distancia, como quien dice, los justos para que supiera de su presencia por si necesitaba algo, los necesarios para no sentirme importunado en mi duelo interno. Giovanni, fiel amigo, cuánto te debe este pobre saco de huesos, cuán grande es la deuda contraída contigo y que jamás podrá ser saldada.

Siguiendo tanto mis indicaciones como su innata capacidad de improvisación, Giovanni logró que a las 17:00 horas no se encontraran en

Navonna, según lo habían acordado por la mañana López y su acompañante. Esta había sido básicamente eliminada de la partida por mi reina, quien, haciéndose pasar por policía, debía estar reteniéndola en la habitación del hotel basándose en no sé qué artificio argumental. Así pues, pasaban dos minutos de la hora que los británicos consagran al té y los españoles a los toros cuando López llegó a la plaza. La fuente de los Cuatro Ríos quedó retratada en su móvil desde diferentes puntos de vista en un intento de acortar la espera. Yo estaba sentado en una de las terrazas saboreando un expreso de aroma y gusto sublimes. Al verlo, apuré el contenido de la taza, dejé en la mesa el importe de la consumición y me encaminé hacia él con paso decidido. Lo sorprendí por la espalda llamándole por sus dos nombres, primero López, después Gabriel. «¡Jaque!», llegué a susurrar tras este último. Se giró con parsimonia, con esa tranquilidad de la que hacen gala las personas acostumbradas a cazar y que de pronto se convierten en cazados. Nada temen en esas circunstancias, pues conocen de sobra los derroteros que se han de recorrer para salir airosos del envite. En cierta forma, es su mundo, sus leyes y reglas les son conocidas, han sido preparados concienzudamente para desenvolverse en esas lides y confían en sus habilidades para escapar sin tener que perder demasiado.

Antes de que pudiera articular palabra, me quité las gafas de sol, le miré lo más profundamente que pude a los ojos y le revelé mi identidad.

—Buenas tardes, López. Soy Diego. Cuánto tiempo sin vernos. ¿Te parece que charlemos un rato tú y yo a solas? Tengo muchas preguntas que hacerte.

—Como quieras, empieza.

—Aquí no, hay demasiada gente. En esa esquina hay un taxi esperándonos. Y no temas, si todo va como lo tengo planeado, en una hora regresaremos y tu acompañante estará aquí esperándote.

—¿Y si me negara? ¿Me vas a secuestrar, acaso? ¿Llevas un arma escondida? ¿Te has convertido en un matón? Hablaremos aquí o nada, Diego.

—Hablaremos en el taxi, tenlo por seguro. No creo que te convenga negarte. Y ni te voy a secuestrar ni voy armado ni tengo alma de matón, pero tu pareja podría sufrir algún desafortunado percance si no subes conmigo a ese taxi. Ahora mismo está en la habitación del hotel con un supuesto policía amigo mío que tiene indicaciones muy precisas de lo que debe hacer si pones obstáculos a lo que te pido.

Miré el reloj; eran las 17:08, justo la hora acordada con Giovanni para

que hiciese llegar al móvil de López un mensaje de WhatsApp de su pareja.

—Si no me crees, compruébalo por ti mismo. Coge tu móvil y verás que es cierto lo que te cuento.

En esta ocasión, López hizo lo que le dije sin dudarle una milésima de segundo. Obedeció como un perrito faldero. Con rostro imperturbable, leyó el mensaje que decía: «Estoy con la policía en la habitación del hotel. Al parecer, ha habido un malentendido con mi pasaporte. En una hora más o menos me han dicho que se soluciona».

—¿Qué demonios quieres de mí?

—Ven, subamos al taxi y te lo cuento.

Y así fue cómo, en el asiento trasero de un taxi, recorriendo la ciudad sin rumbo alguno con un chófer previamente aleccionado («Aquí tiene 200 €, conduzca hasta las seis sin detenerse. Si no hace preguntas y sus oídos son sordos, cuando regresemos a Navonna tendrá otro de estos billetes en su poder»), López no tuvo más remedio que responder una a una todas mis preguntas.

El tráfico era caótico y cada dos por tres obligaba a nuestro conductor a pisar el freno y poner punto muerto. López intentó apearse prematuramente en una ocasión, pero las puertas habían sido bloqueadas, tal y como le pedí al taxista, quien, oliendo el intenso olor a dinero que desprendía mi billetera, comprendió lo ventajoso de satisfacer todos y cada uno de mis caprichos, dejando aparcadas consideraciones éticas y legales relacionadas con su forma de proceder.

De esta suerte, tenía a López totalmente a mi merced. Su voluntad estaba encadenada a la mía, y no tenía escapatoria posible. Sin ningún tipo de miramientos, nada más arrancar el taxista, comencé un decidido ataque en diagonal con los dos alfiles apoyados por mis caballos y por algún que otro peón que se encontraba adelantado. Pregunta a pregunta, respuesta a respuesta, las piezas de mi contrincante fueron desapareciendo del tablero. Su rey se enrocó en un último intento desesperado por sobrevivir. Custodiado por la única torre que aún le quedaba en pie, observaba con resignación cómo sus defensores eran incapaces de contener el empuje de mis piezas. Cuando ya estaba todo prácticamente decidido, hice entrar en juego a mis torres, las cuales hasta ese momento habían estado protegiendo la retaguardia por si a López se le ocurría lanzar un contraataque inesperado. El movimiento horizontal y vertical que las caracteriza me permitió dominar gran parte de un tablero ya muy despejado de piezas rivales.

Quiero dejar constancia del hecho de que López no dio la talla como jugador. Intentó resistir hasta el final, sabiendo de sobra que la batalla la tenía perdida desde que subió al taxi. Alargó innecesariamente una muerte anunciada. ¡Jaque mate, López! Eran las 18:07 horas cuando el taxista nos devolvió a Navonna.

Dejé que transcurriera el resto de la tarde sin pensar en todo lo que López me había revelado. Me centré en mi trabajo por el deseo —más bien por la necesidad— de sentir cómo se iba serenando mi ánimo con el transcurso de las horas. Todavía mis manos temblaban y mis piernas flaqueaban. La voz la tenía quebrada. Toda la fortaleza de la que había hecho gala mientras me enfrentaba a López, desapareció al perderlo de vista. Me derrumbé como cae un castillo de naipes cuando recibe un soplo de aire. La tensión acumulada se escapó de mi cuerpo dejando flácidos los miembros y tembloroso el espíritu. Ni siquiera el reencuentro con Giovanni, sonriente como si nada hubiese ocurrido, me devolvió la templanza, así que dejé de lado la información sonsacada (que Dios me perdone por lo que había hecho). Por la noche, cuando la oscuridad se apoderara de la ciudad, ya tendría tiempo de procesarla bajo la tutela de santa Bárbara.

Y eso es lo que ahora mismo estoy haciendo. Los sucesos que le acabo de narrar ocurrieron esta misma tarde, cuando el calendario recuerda que estamos a 17 de junio de 2018. Son las 02:45 de la madrugada. La iglesia está vacía, me pertenece. Santa Bárbara custodia el lugar y esta pueril convicción hace que me sienta seguro. Unas pocas velas iluminan el pequeño rincón donde cada noche aparece montado el humilde escritorio que me sirve de refugio. Estoy rumiando las palabras intercambiadas con López mientras duró el trayecto en taxi, y créame, me están dejando un regusto demasiado amargo.

9.

—¿Quién es tu superior? ¿A quién tomaste por inferior? ¿Sorprendido? Responde de tal forma que mi curiosidad quede satisfecha o mi amigo va a ponerse de muy mal humor, López. Te lo estoy diciendo totalmente en serio.

Sus respuestas fueron vagas, imprecisas, inconexas y, sin duda, falsas. Idénticas a aquellas con las que respondió al resto de preguntas que le formulé sin descanso mientras duró el viaje en taxi.

—¿Qué me puedes contar de tu doble identidad? ¿Por qué me

perseguiste? ¿Por qué no comentaste nuestro incidente delante de Chacón? ¿Dónde está Massimo? ¿Tuviste algo que ver con la muerte de Fabio?

Fue una hora de incesante interrogatorio resuelto con la mayor colección de ingeniosas mentiras que pueda uno imaginar. Entre medias, cuando no me convencían sus respuestas, algunas llamadas amenazadoras a Giovanni para que se empleara a fondo con la pareja de López. Y este levantaba los brazos en señal de darse por vencido mientras murmuraba algo así como «Está bien, está bien. Tú ganas, Diego, te diré la verdad» e iniciaba un nuevo monólogo repleto de todo tipo de embustes. Hice como que mordía el anzuelo, le di a entender que me creía su discurso y que quedaba satisfecho con sus explicaciones y argumentos, pero era solamente una de esas celadas que tanto gustan a los ajedrecistas. Casualmente, observé cómo asomaba por el bolsillo de su pantalón lo que me pareció un chisme de estos modernos que se pincha en el ordenador y que sirve para guardar un montón de archivos. Sin certeza absoluta de nada, decidí tenderle una trampa y jugármela. Permití que me tomara por tonto, que se confiara pensando que podía salir de la emboscada sin rasguño importante. Ya al final, justo cuando el taxi se detenía definitivamente y López tenía una pierna dentro y otra fuera del vehículo y estaba a punto de marcharse, alargué mi brazo, tomé con habilidad la punta del cachivache ese del que no recuerdo el nombre, cerré la puerta dejando a López en la calle y ordené al taxista que bloqueara nuevamente las puertas y que se pusiera sin demora en marcha. Jaque mate, López, jaque mate.

Comprendí inmediatamente que había ganado la partida. Segundos antes, López bajaba del taxi pensando que me había engañado y que todo se resolvía favorablemente a sus intereses. Sin embargo, a través de la ventanilla pude ver cómo su rostro mutó de felicidad a desazón y preocupación. Y aunque aún no conozco el contenido del cachivache este del demonio, algo me dice que aquí se guardan secretos inconfesables. Faltan pocos minutos para saber si estoy equivocado o ando en lo cierto. Me he traído para ello el portátil de Giovanni, que tan gentilmente me ha prestado tras darme unas apresuradas clases de informática básica.

Acabo de encenderlo y de introducir por uno de sus agujeros el cachivache sustraído a López (al fin, gracias a Giovanni, sé que se llama *pen drive* y que el agujero por el que debo conectarlo se llama USB). Al tiempo que examino su contenido, intentaré transcribir todo aquello que nos permita, a usted y a mí, esclarecer las sombras que rodean nuestro entendimiento. Por lo pronto le adelanto que, efectivamente, no me he equivocado. El *pen drive*

contiene información muy valiosa, básicamente unas detalladas instrucciones para López/Gabriel. Como ya sabía, él forma parte de la Organizzazione. Lo inquietante es que no se trata de un simple peón como eran Fabio o Massimo. Además de insertarse en uno de esos interminables escalones que conforman la estructura piramidal de la misma, su función es mucho más amplia e importante, tal y como se desprende de una atenta lectura de los archivos que tengo en mi poder. Por lo que he podido comprender, es el encargado de arreglar los desajustes que de vez en cuando se producen en los engranajes de la Organizzazione. Podría decirse, así al menos lo entiendo yo, que se trata de una especie de superintendente regional. Posee un conocimiento algo más extenso de la estructura piramidal de aquel que tienen los simples peones, privilegio que le viene del hecho de ser el máximo responsable del funcionamiento y del correcto comportamiento de los integrantes que operan en la zona que se le ha asignado. Y en esa región, que aparece denominada como *2Madrid* y que hace referencia al lugar por donde se movían Fabio y Massimo, se había declarado a principios de 1990, y cito literalmente, «un incendio que es necesario apagar cuanto antes». Y un incendio no se considera oficialmente extinguido hasta que no queden rescoldos que puedan avivarlo, por mucho que las llamas hayan desaparecido. Y la realidad era que, después de veintiocho años, aun quedaba un rescoldo amenazador de aquel viejo incendio. Massimo continuaba fuera del control de la Organizzazione desde el día en que decidió marcharse y cortar por lo sano. Suponía un cabo suelto que no podían tolerar bajo ningún concepto. Por si fuese poco, se sospechaba, así lo dicen los archivos, que en los últimos meses el superior de Massimo, es decir, Fabio, andaba coqueteando con la posibilidad de abandonar el barco. Otro cabo suelto, más leña seca, de esa que prende con facilidad cuando se le aproxima una brasa. Todo lo que he leído es muy inquietante, la verdad.

Finalmente, aunque no he encontrado por ningún lado su identidad, en el informe se recordaba que el inferior de Massimo desertó también por las mismas fechas que este. ¿Casualidad? No. La Organizzazione se sintió amenazada y no dudó en aplicar el protocolo interno diseñado para estos casos. En esencia, este consistía en otorgar plenos poderes al superintendente de zona para que extinguiera el incendio declarado. «Cueste lo que cueste, tarde lo que se tarde».

Afortunadamente, dice el informe, el inferior de Massimo había sido eliminado antes de que López entrara en acción. A este se le reserva la difícil tarea de encontrar el paradero de mi amigo napolitano y convertirlo en

cenizas. Además, en las dos últimas semanas una nueva tarea le ha sido asignada: comprobar en qué estado se encontraba Fabio y, ante cualquier atisbo de duda, eliminarlo.

Este es, más o menos, el contenido del informe que la Organizzazione le había hecho llegar a López. Uniéndolo a lo que me había revelado Fabio, creo tener una idea más o menos precisa de lo que está ocurriendo. La desaparición de Massimo, uno de los peones que actuaba en la región denominada *2Madrid*, ha supuesto un quebradero de cabeza para la Organizzazione (en su jerga hablan de incendio). Quien quiera que esté moviendo sus hilos, no está dispuesto a tolerar ningún eslabón suelto en su cadena. Lo buscan desesperadamente desde hace veintiocho años, pero hasta el momento ha sido imposible dar con él. Al frente de dicha búsqueda se encuentra López, un miembro dotado de poderes especiales dentro de la Organizzazione. Su cometido final está clarísimo: acabar con Massimo. Ello explica el por qué de tanto misterio oculto en el mensaje que dejó en forma de nota frente a la puerta de mi casa la madrugada del 15 al 16 de febrero. Las letras MALFCTF tienen que encerrar un significado indescifrable para otro que no sea yo. Algo que nos conecta solo a ambos debe ser la clave del enigma.

El resto de los archivos del *pen drive* contiene información que López ha ido acumulando a lo largo de todos estos años. Los últimos hacen referencia exclusivamente a Fabio, el que fuera superior de Massimo e inferior de López. Sobre él han recaído serias sospechas de traición. Y, aunque he tardado más de una hora en poner orden en todo lo que he ido leyendo, ahora sé que Fabio no se suicidó voluntariamente, López le convenció para que lo hiciera, presentándole una alternativa de muerte dolorosa que hizo bien en rechazar. Gracias a Dios, ni mi nombre ni la conversación que mantuvimos en su casa aparecen en las anotaciones de López.

También me he enterado, y esto me ha cogido totalmente por sorpresa, de que mi antiguo jefe reside en Roma, aunque su paradero exacto es todavía un misterio. Nuevamente he de dar gracias al Altísimo. López anda sobre sus pasos y me temo que no tardará en dar con él. Si lo hace, todo se habrá acabado, y las respuestas que un día me ofreció nunca llegarán a mis oídos. No hace falta que le diga que debo encontrar a mi amigo antes de que López lo haga o toda esperanza de saber la verdad se habrá esfumado irremediabilmente para mí.

Aquí concluyen mis memorias. He dejado escrito mi pasado tal y como lo recuerdo, cumpliéndose al tiempo que lo hacía el propósito que inspiró su

comienzo: dar consuelo y alivio a mi alma atormentada. Desde hoy inicio un diario que pretende ser el epílogo de todo lo narrado hasta este momento. Es curioso, pero presiento que será también el epílogo de mi vida, aquella que se está debilitando con cada página que escribo. Le imploro que me acompañe en este presente incierto en el que me encuentro. Le necesito a mi lado. Vele cada madrugada conmigo y le narraré los sucesos que el día me depare. Santa Bárbara será testigo de ello.

SEXTA PARTE
Presente solo presente

Sucesos del lunes, 18 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del martes 19.

Es la primera vez en muchos años que un pensamiento distinto al de Lucía y Valeria se ha apoderado de mi mente. Hoy mi despertar no ha sido azul como tantas otras veces. Este amanecer, lo que más quiero en el mundo ha ocupado el segundo lugar en la parrilla de salida. Massimo, su paradero, ha acaparado todo mi interés desde que he abierto los ojos. Las enigmáticas letras MALFCTF aparecen insistentemente en mi cerebro. Este órgano que me rige intenta descodificar el significado que encierran y que con total probabilidad ha de llevarme hasta mi amigo. Por eso, desde bien temprano llevo recorriendo nuevamente todos los rincones de la Ciudad Eterna. Todos me son conocidos, diría incluso que familiares. Los he pintado y fotografiado decenas de veces. Los he visitado, los he estudiado, los he devorado con la vista hasta que mis ojos han dicho basta, cansados de tanta magnificencia, doloridos por tanta belleza. Pero para encontrar el lugar al que quieren llevarme esas letras necesito algo más. Debo volver a contemplarlos desde otro punto de vista. Los edificios, las calles, los puentes, las plazas, los parques de esta Roma que es mi hogar hablan, y uno de ellos repite una y otra vez eso de MALFCTF. Por consiguiente, solo me queda aprender a escucharlos y comenzar a comprender su lenguaje. Y debo hacerlo con celeridad, antes de que sea demasiado tarde. López acecha, sus intenciones me son conocidas y tengo que adelantarme a ellas. He establecido una especie de listado con el nombre de todos los lugares donde se me ocurre que Massimo pudiera estar esperándome. Los he ordenado siguiendo un orden meramente físico, es decir, agrupándolos por regiones, en un intento de racionalizar mi búsqueda reduciendo el tiempo perdido en trayectos inútiles, queriendo aprovechar al máximo los pasos que dé por la ciudad. Tengo desplegado en la mesa de mi salón un plano bastante grande del centro de Roma. En él aparecen perfiladas en diferentes colores hasta seis regiones. Dentro de los límites de cada una he marcado con números aquellos lugares donde considero que mi búsqueda debe ser más sensible. Estoy decidido a rastrear cada rincón de esta ciudad hasta encontrar algo relacionado con MALFCTF. Mirando el plano comprendo que hacerlo me llevará bastante tiempo, pues la región donde la cuenta es menor llega hasta el cuarenta y ocho, y hasta noventa y seis donde son más abundantes los lugares a inspeccionar. No he dejado fuera ningún monumento, edificio público o vestigio del pasado, por insignificante que este sea, que pueda haber sido el

elegido por Massimo como el lugar del reencuentro. Claro está que puedo partir de un presupuesto erróneo y que, por ejemplo, mi antiguo jefe estuviera pensando en otro tipo de clave que nada tuviese que ver con un lugar del centro histórico de Roma. En ese caso, todo mi esfuerzo sería vano. Pero no tengo otra opción. Si agoto el rastreo que pretendo comenzar sin ningún resultado, entonces tendré que empezar a valorar otras alternativas. Por ahora, centraré todos mis esfuerzos en lo que me parece más probable.

El día de hoy concluye con un plano dividido en colores y lleno de números, lo que no es poca cosa. Por lo demás, ha sido una jornada baldía. Pero mañana por la mañana, cuando me levante, sé lo que tengo que hacer. Y ojalá que santa Bárbara me acompañe.

Sucesos del martes, 19 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del miércoles 20.

Nada. Hoy no he tenido suerte. El rastreo por la primera región que he diseñado, aquella en la que he pretendido incluir la mayoría de los espacios que acogen los vestigios más grandiosos de la antigua Roma, ha sido infructuoso. He paseado por los foros imperiales, desde lo poco que queda del de Nerva hasta la Columna Trajana y las ruinas de la basílica Ulpia, para cruzar después hasta el de César y explorar a continuación la hondonada donde otrora se levantarán los majestuosos edificios del foro republicano de la ciudad y en la que hoy apenas quedan sus restos. He andado por la Via Sacra, pisando las huellas que en su día dejaron allí los Mario, Sila, Pompeyo, César y demás grandes hombres cuando desfilaron por ella triunfantes, aclamados como héroes por el pueblo de Roma. Me he introducido por las galerías del Coliseo, me he asomado a su arena y he recorrido su graderío por todas las zonas habilitadas al público. He observado con toda la meticulosidad posible el arco del gran Constantino y he subido a la colina Palatina, lugar elegido por senadores y emperadores para fijar su residencia. He atravesado de arriba abajo la explanada donde antaño se levantara el Circo Máximo, y he hecho un receso para almorzar en uno de los bancos del foro Boario, contemplando los templos que allí se levantan aún hoy. Desde allí me he dirigido al Capitolio, pasando ante los restos de otros templos que actualmente forman parte de la basílica de San Nicola in Carcere. Me he detenido ante lo que queda de la fachada del teatro de Marcelo y de los

templos de Bellona y Apolo Sosiano, y todo ha sido en vano. En ninguno de estos y otros muchísimos lugares he conseguido encontrar lo que Massimo lleva veintiocho años queriéndome decir.

Oídos sordos, ojos cegados y torpe entendimiento me han acompañado mientras escrutaba cada uno de los sitios mencionados. Es muy frustrante saber que mi amigo anda tan cerca, que tal vez nos hayamos cruzado por alguna calle sin percatarnos ni él ni yo de la presencia del otro. Esto es lo que tiene Roma, una ciudad colapsada por turistas los trescientos sesenta y cinco días del año, repleta de visitantes que engalanan sus plazas desde la mañana hasta la salida de la luna. Sus obras de arte, da igual si arquitectónicas, escultóricas o pictóricas, son aduladas una y otra vez con similares exclamaciones y comentarios rebosantes de admiración y deleite. Son expresiones mil veces repetidas, pero con voces que hablan centenares de idiomas distintos. Y claro, entre tan diversa muchedumbre, es fácil encontrar anonimato en estas calles, aunque algún conocido tuyo las recorra al tiempo que tú lo haces.

En mi largo vagar por la ciudad me he cruzado con López. Para encontrármelo, curiosamente, la marea de turistas no ha sido inconveniente. Quiero pensar que tal vez haya sido por el hecho de que ambos buscamos lo mismo y que, por tanto, frecuentamos los mismos lugares. He de reconocer que en parte me alegra encontrármelo. Me hace pensar que voy por el camino correcto y que, si el está cerca de encontrar a Massimo, yo también lo estoy. Por otra parte, sin embargo, me inquieta su presencia. ¿Me estará persiguiendo? ¿Estará estudiando mis movimientos para tenderme una emboscada tal y como hice yo con él? Difícil saberlo. Además, aunque así sea, no es el momento de salir huyendo. Toca arriesgar, jugárselo todo a una carta, a doble o nada.

Apenas nos hemos mirado, eso sí. Cada uno ha seguido su camino como si fuésemos dos extraños que nunca se han visto. Su sola presencia me repugna, no lo puedo evitar. Huele a muerte, sus manos manchadas con la sangre de Fabio y solo Dios sabe de cuántos inocentes más están hechas para destruir.

Sucesos del miércoles, 20 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del jueves 21.

He dedicado la jornada de hoy a explorar la segunda de las regiones de mi

plano. Sus límites los establecí tomando como eje vertical la vía del Corso, desde la Piazza Venecia hasta la Piazza del Popolo. Todo el margen izquierdo desde esta vía hasta el río Tíber queda integrado en esta región. Rastrearla ha sido agotador. Imagínese la cantidad de iglesias, plazas, monumentos y lugares donde me he detenido. Y todo otra vez para nada. He establecido un protocolo de actuación para intentar que mi búsqueda sea lo más eficaz posible. Me detengo una primera vez ante el edificio, plaza, parque o calle que previamente he marcado en mi mapa. Mi mirada lo recorre de arriba abajo, de izquierda a derecha, desde fuera hacia dentro. Voy buscando unas letras, ya lo sabe. Pero desconozco si he de buscarlas literalmente o he de encontrar alguna cosa que les otorgue significado. No sé si logro explicarme con claridad, pues ni yo mismo estoy seguro de lo que digo. Solo sé que allí por donde paso lo miro todo. Después me siento en algún lugar próximo y anoto en una libreta todos los datos que puedo recopilar del lugar en cuestión. Aquí los tengo ahora mismo, los releo cada noche después de escribir este diario por si alguna inspiración me visitase y pudiese extraer alguna conclusión de ellos. Pero sigo perdido, esa es la única realidad. Hechas todas las anotaciones, vuelvo a levantarme y acudo a su encuentro una segunda vez. Lo recorro de nuevo. Si la primera vez lo hice de arriba abajo, ahora lo hago de abajo arriba; si antes de izquierda a derecha, ahora comienzo por la diestra; si fui de fuera hacia dentro, la segunda vez me adentro primero en él para hacer el camino inverso. Y no abandono el lugar para ir en busca del siguiente sin hacer antes un reportaje fotográfico del mismo. Catalogadas tengo ya más de quinientas imágenes que reviso cuando tengo ocasión. Este es, a grandes rasgos, mi *modus operandi*. No se trata, ni mucho menos, de un método científico, pero al menos tengo unas pautas que me dan seguridad y me hacen confiar en que si esas letras están relacionadas de alguna forma con Roma, tarde o temprano, terminaré encontrando dicha relación. Aunque sea lo último que haga en este sucedáneo de vida.

Por lo demás, mientras recorría la segunda región me he enterado de una triste noticia: Chacón ha fallecido. Me lo ha comunicado López, con quien me he vuelto a encontrar (tantos encuentros casuales no me dan buena espina), esta vez en la Piazza di Pietra, mientras analizaba las colosales columnas del templo de Adriano que aún perviven incrustadas en la fachada de un edificio, buscando entre ellas algún indicio que me acercara a Massimo. López se acercó mostrándome las palmas de sus manos, dándome a entender que no tenía de qué preocuparme. Una vez junto a mí, soltó la noticia sin rastro de

afección, a pesar de que él y Chacón fueron compañeros algunos años. Lo hizo de forma totalmente objetiva, información pura y dura, nada de aderezos sentimentales. El que fuera teniente de Policía deja este mundo a los setenta y tres años, consumido por toda una vida de sacrificios, excesos y un duro trabajo que le hizo exponer el pellejo en demasiadas ocasiones. Un buen hombre, a mi modo de entender. Conmigo, al menos, lo fue. Insistió y luchó hasta la extenuación para que el caso de mi mujer y mi hija no se diera por cerrado y, sobre todo, arriesgó su puesto de trabajo confiándome información confidencial. Él fue quien me puso en conocimiento del imán que Lucía pegó en la papelera momentos antes de que esta estallase. Aún desconozco qué significado puede tener en toda esta historia.

Ya he dejado dicho que el día de hoy ha sido del todo improductivo en este sentido. Cada vez me parece más remota la posibilidad de dar con él. Cuanto más pienso en esas malditas letras, más desconfío de mis habilidades para descifrarlas. Llevo el nervio metido en el estómago toda la jornada. No hay cosa que haga sin pensar dónde estará Massimo y qué significarán las letras. Le he pedido ayuda a Giovanni, quien otra vez, sin pedir explicaciones, se ha volcado conmigo. Ha estado dándole vueltas a la ciudad, preguntando a conocidos y a extraños a qué lugar puede referirse eso de MALFCTF. Pero tampoco él ha tenido suerte. Es como si la ciudad se hubiese quedado muda de repente. No puede ser tan difícil descifrar esas letras. De ser así, Massimo nunca hubiese recurrido a ellas. Estoy convencido de que algo se me está escapando. Tiene que existir alguna clave que me guíe y haga comprensible lo que tan complejo se presenta ante mis ojos. Pero ¿qué? ¿Cuál es esa clave? Necesito pensar en ella y hacerlo con la mente despejada de condicionantes previos. Opino que es crucial que vuelva a ser el mismo Diego que fui cuando vivía en Madrid y recuperar la complicidad que durante tanto tiempo me unió a Massimo. Quizás escondida en alguna conversación de madrugada, tal vez en un comentario hecho entre los fogones de Vendetta, quién sabe si entre las confidencias susurradas se esconde la clave que ha de iluminarme. No será tarea fácil recordarlas todas ni interpretarlas sabiamente para descubrir lo que busco. Pero supone, al menos en estos momentos de absoluta confusión, un clavo ardiendo al que aferrarme, una senda nueva por la que adentrarme cuando concluya la exploración de las siete regiones en las que he dividido la ciudad. Como no quiero que me ocurra lo que me sucedió en Nápoles cuando me quedé sin saber qué hacer, sin lugares por donde buscar, he decidido adelantarme a un más que probable fracaso en mi búsqueda. Así que, cuando

termine de escribir, dedicaré el resto de la madrugada, hasta que el sueño me ordene que pare, a bucear entre los recuerdos que me unen a Massimo en busca de una palabra, de una frase que me sirva de brújula y que me guíe por este desierto que estoy atravesando.

Sucesos del jueves, 21 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del viernes 22.

Un pacto con el mismísimo diablo. Este es el pensamiento que me ha estado rondando por la cabeza durante todo el día de hoy. Comenzó como una idea absurda, propia de una mente embotada por el exceso de vigilia. Fue tomando cuerpo a medida que el sol iba escalando el cielo, cada vez más precisa. Al mediodía se dibujó factible, y sensata se presentó cuando el día declinaba por fin. Y ahora, ya de madrugada, no es una idea, se ha convertido en una necesidad. Ahora mismo no tengo ninguna duda de que si quiero encontrar a Massimo tengo que pactar con el mismísimo diablo. Tres son los protagonistas de esta necesidad de la que le hablo: el diablo, el pacto y yo mismo. De mí poco tengo que decir, simplemente que he llegado a un punto en el que lo único que me importa es el fin, los medios que use para llegar hasta él me son indiferentes. Y no hace falta que le recuerde que el fin que anhelantemente persigo es encontrar a Massimo. López viste de diablo. Es él con el que debo llegar a un acuerdo, pues necesito de su ayuda, necesitamos compartir la información que cada uno posee y que el otro desconoce. Tal vez si colaboramos, si logramos unirnos y poner en común lo que sabemos, seamos capaces de encontrar a mi amigo. No será fácil. Ni yo confío en él ni él confía en mí. Y no puedo pretender que lo haga, pues la herida causada por mi jugarreta del otro día sigue aún abierta y le queda mucho para que comience a cicatrizar. El único argumento que puedo esgrimir frente a él para que acepte lo que le propongo es la necesidad mutua que tenemos el uno del otro para alcanzar nuestro idéntico objetivo. Aquí es donde entra en juego el pacto. Si lo consiguiéramos, estas serían las condiciones que ambos deberíamos respetar: yo dispondría primero de Massimo. Hablaría con él largo y tendido para que me contase y explicase todo lo que sabe sobre el incidente que acabó con la vida de las dos personas que más me han importado en el mundo. Una vez recibida tan valiosa información para mí, yo me retiraría y dejaría el campo libre para que López hiciera lo que tenga que hacer con él. Ni que decir tiene que esta parte del trato solo es papel mojado,

una simple argucia para poder obtener la colaboración de López. Juro por mi vida que jamás abandonaría a mi amigo, jamás lo condenaría a las garras y las fauces de ese monstruo. Sé que engañar al diablo no es ni fácil ni aconsejable. Quienes lo han intentado arden eternamente en el infierno, pero no es algo que me preocupe. No tengo ni la menor idea de cómo conseguirlo, pero estoy convencido de que ya se me ocurrirá algo llegado el momento. En principio, somos dos contra López: Massimo y yo. Tres si cuento con la inestimable ayuda de Giovanni. Y por mucho diablo que sea, tres son multitud y no debería costarnos deshacernos de él.

No obstante, no quiero precipitarme y estoy decidido a terminar de rastrear las regiones que me quedan antes de dar este paso. Y sigo dándole vueltas a mi antigua relación con Massimo, intentando descubrir en alguna conversación ese detalle que lo ilumine todo. Cruzo los dedos para que pueda lograr por mí mismo lo que tanto necesito. Contar con López es complicarlo todo, tal vez un mal necesario, pero algo en mi interior aún me grita prudencia y me aconseja que utilice solo las herramientas propias sin pedir prestadas las ajenas.

Las horas que he dedicado a la tercera región también han resultado ser baldías. Si ayer le tocó a la zona izquierda que desde la vía del Corso se extiende hasta el Tíber, hoy el turno ha sido para la zona que, una vez atravesado el río, se extiende por la colina Vaticana. Y no me creará lo que le voy a contar, pero ha vuelto a suceder. Es el tercer día que dedico a explorar la ciudad y es la tercera vez que me cruzo con López. Doy por seguro que no se trata de una casualidad. Le prometo por lo más sagrado que noto que López está retándome en cada uno de estos encuentros breves y fortuitos que estamos teniendo. Lo hace de forma sutil. Una sonrisa burlona al tiempo que desafiante es lo que ha utilizado como arma arrojada cada vez que ha pasado por mi lado. Me mira esforzándose por provocar en mí alguna reacción que me saque de mis casillas. Es todo un juego psicológico, o así al menos lo entiendo yo. Pero no pienso ceder. No voy a caer en su trampa y sea lo que sea aquello que pretenda conseguir, que no cuente conmigo. No estoy dispuesto a descentrarme ni un segundo de mi gran objetivo. Ya tendré tiempo de ocuparme de él, llegado el caso.

En esta tercera ocasión nos hemos visto por la tarde, cuando había yo concluido mi rastreo por la tercera región. Coincidimos en el puente de Sant Angelo, yo cruzándolo desde la zona vaticana, él haciendo lo propio desde el lado contrario. López me dedicó una leve inclinación de cabeza, los ángeles

portadores de los símbolos de la pasión que fueron esculpidos por el taller de Bernini son testigos de lo que cuento. Interpreto aquel gesto como reconocimiento de la jugarreta que le hice en el instante en el que bajaba del taxi. Ya he contado que, durante parte del trayecto, López pensó que estaba ganando la partida, que con sus embustes y enredos me tenía embaucado. Pero al final, la victoria fue mía y suya la humillación al saberse engañado cuando pensaba que era él el que engañaba. Quien está acostumbrado a ganar debe saber perder, reconociéndole al rival su astucia y buen hacer. Y creo que no me equivoco interpretando como lo he hecho aquel gesto suyo con la cabeza mientras atravesábamos en direcciones opuestas el río Tíber por el que para muchos es el puente más hermoso de Roma. No obstante, sé que detrás de su gesto hay algo más. Ignoro el qué, pero no es simple reconocimiento. Y, o mucho me equivoco, o no tardaré en volver a encontrármelo.

Sucesos del viernes, 22 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del sábado 23.

La euforia es una sensación placentera que te llena de bienestar y optimismo. Quien se siente eufórico olvida penas y pesares, encuentra remedio para todos los males —incluso para aquellos que hasta entonces parecían incurables— y tiene solución con la que arreglar los inconvenientes que le van saliendo al paso. Es un estado de ánimo brutal, casi irracional, que te supera por momentos y te hace romper los amarres que te atan a los estándares y reglas que impone aquello que podríamos denominar el *saber estar*. Porque, no nos engañemos, la euforia te hace ser un poco menos convencional, dando rienda suelta a lo que realmente eres y que tanto te esfuerzas por esconder en sociedad.

Cuento todo esto porque, desde la tarde, casi no me reconozco, y mis allegados no me han reconocido. Incluso Giovanni, la persona que más me ha comprendido en los últimos años y que sin duda mejor me conoce, me ha tenido que mirar un par de veces para cerciorarse de que era yo quien andaba por allí. Si me pregunta por el motivo que ha originado mi estado de euforia le diré simplemente Santa María de los Mártires. Recordé el nombre de esta iglesia por puro milagro. Andaba yo exprimiendo los recuerdos de conversaciones pasadas con Massimo, analizando cada detalle que recordaba en un desesperado intento por encontrar referencias y pistas sobre su

escondite, y a mi cabeza acudió aquella iglesia romana tan querida por mi antiguo jefe. Me habló de ella una noche mientras conversábamos sobre la cantidad de maravillas que Italia había atesorado a lo largo de su historia. Yo le contaba el viaje que había hecho con los compañeros de facultad, un circuito de diez días por Roma, Florencia, Pisa y Venecia, lo habitual por esos años. Massimo, que conocía muy bien todos estos lugares, me interrumpía cada dos por tres añadiendo anécdotas, curiosidades o aspectos desconocidos por mí de algunos monumentos o de obras de arte. Yo, apasionado por la Antigüedad clásica, por el Renacimiento, por el Barroco y por todo lo que olierá a historia, lo escuchaba embelesado, admirado por el vasto conocimiento que reunía su persona. Y rememorando aquella enriquecedora conversación, escuchando de nuevo su voz, que se llenaba con una entusiasta musicalidad cada vez que hablaba de Italia, independientemente de lo que de ella dijera, recordé lo que me respondió cuando le pregunté qué cosa destacaría él de cada una de las ciudades de las que estábamos hablando. No se lo pensó demasiado, parecía una pregunta pactada entre un entrevistador y un entrevistado: de Venecia, la fachada de la iglesia barroca de San Moisé, cuando incide en ella la luz del atardecer, me dijo; de Pisa, el púlpito de su catedral que hiciera Giovanni Pisano; de Florencia, la capilla Pazzi vista a la luz de la luna, y de Roma, la iglesia de Santa María de los Mártires, ejemplo perfecto de reutilización cristiana de un edificio pagano. Lo de Roma me lo dijo acompañado de una mirada pilla o, al menos, así lo creí advertir entonces. Detrás de ella supuse que se escondía un desafío velado, algo así como «Sabrás, tú que tanto dices que entiendes de arte, a qué iglesia me estoy refiriendo, ¿verdad?». Y yo, que ciertamente tanto me vanagloriaba de esos conocimientos, pero que no tenía ni la más remota idea de qué iglesia estaba hablando, herido pues en mi amor propio, hice lo que de maravilla saben hacer las personas que pecan de soberbia: negarme a reconocer mi desconocimiento y tirar hacia delante, prefiriendo la mentira a la vergüenza del no saber. Y al llegar a casa busqué como un loco cuál era dicha iglesia y, al no encontrarla, tuve que acudir al día siguiente a tres o cuatro bibliotecas hasta que por fin pude dar con ella. Averigüé que su nombre completo era Santa María de los Ángeles y los Mártires y que fue proyectada por Miguel Ángel reutilizando una de las salas de las antiguas termas de Diocleciano, lo que explicaba el comentario de Massimo sobre el aprovechamiento cristiano de un edificio de la Antigüedad. Lo cierto es que nunca más volvimos a hablar sobre ella, nunca más esta iglesia se cruzó en otra conversación nuestra, pero

el eco de su nombre pronunciado ha llegado esta tarde nítido hasta mis oídos mientras me encontraba en la plaza de Santa María, fatigado y derrumbado tras explorar infructuosamente la cuarta región delimitada en mi plano de Roma, aquella que dibujé por la zona del Trastevere. La tarde había avanzado ya mucho y yo estaba reposando en los escalones de la fuente que gobierna la plaza, con la mirada fija en la basílica del mismo nombre que guarda en su interior algunos de los más bellos mosaicos de la ciudad. Allí, absorto en unos recuerdos de otra vida, he creído encontrar al fin lo que buscaba. A pesar de la excitación que me ha provocado, no he tenido oportunidad de acercarme a Santa María de los Ángeles y de los Mártires, obligaciones que me requerían en MezzaLuna me lo han impedido, aunque la euforia ha quedado desatada y convencido estoy que MALFCTF hace referencia a esta iglesia. No puede ser de otro modo. Cuando esté en ella, seguro que me será fácil encontrar la vinculación entre edificio y letras, y solo será cuestión de tiempo que el encuentro entre Massimo y yo al fin se produzca. Lo único que me inquieta de todo esto es López. Debo estar alerta para evitar que me persiga mañana, pues no quiero ser yo quien le ponga en bandeja a mi amigo. Por lo demás, solo me queda esperar a que me venza el sueño y acudir presto a las antiguas termas de Diocleciano tan pronto como pueda deshacerme de su abrazo.

Sucesos del sábado, 23 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del domingo 24.

¿Cuál es la sensación que se apodera de uno tras vivir un estado de euforia? A menudo, la calma y el sosiego. Ambas, que suelen ir de la mano, ocupan el lugar dejado por la intensidad eufórica cuando esta se ha evaporado por completo y los acontecimientos siguientes se han sucedido de forma más o menos satisfactoria para uno. En ocasiones, sin embargo, ocurre justamente lo contrario, produciéndose una caída abrupta, de esas que te dejan maltrecho todo el cuerpo y que te hacen maldecir cada instante del paseo por las nubes que has disfrutado previamente. Melancolía, tormento, depresión cobran protagonismo en tu hondo sentir. También podría añadirse frustración al ver cómo no se cumplen las expectativas creadas y cómo todo lo que has imaginado maravilloso se torna en desconcierto. En resumidas cuentas, te duele el hecho de ser consciente de que solo ha sido un espejismo lo que creíste tan real. Entonces tienes que realizar un esfuerzo titánico para borrar todas esas amargas sensaciones y dejar atrás la desilusión que se ha

apoderado de ti.

En mi caso, la euforia que ayer me invadió ha sido sustituida por una ingrata dosis de desengaño. Podría decirse que no he sido obsequiado en mi cumpleaños con el regalo que tanto ansiaba. Me he pasado casi todo el día en el que alcanzo las sesenta primaveras en Santa María de los Ángeles y de los Mártires, pero de Massimo... ni rastro. Para colmo, tampoco he encontrado nada que dé sentido a las consabidas letras, hecho que, si he de ser sincero, me preocupa bastante. A decir verdad, no contaba encontrarme hoy con mi amigo. Han pasado muchos años y quizás ya se ha cansado de acudir a donde me citó hace tanto tiempo, y aunque lo siga haciendo, existe la posibilidad de que no coincidiésemos en la hora porque, pese a que he permanecido en la iglesia todo el día, a lo mejor Massimo ha hecho acto de presencia por la noche, aprovechando la protección que ofrece la oscuridad a quien pretende ocultarse de alguien. Incluso podría darse el caso de que, habiendo acudido los dos, ambos a la misma hora, ni él ni yo nos hubiésemos reconocido. Pero si creía remota la posibilidad del encuentro, confiaba al menos en poder confirmar mis sospechas respecto a la iglesia. Sin embargo, no he sido capaz, no me ha sido posible, y las dudas me asaltan de nuevo. He hecho incluso uso de Google para corroborar que no andaba mal encaminado y, al buscar Santa María de los Mártires, me ha aparecido la misma iglesia de Miguel Ángel en la que me estaba yo fijando. No hay duda, ha de ser esa iglesia, pero ¿qué es lo que se me escapa? ¿Dónde está el error cometido? Solo el silencio se atreve a responder a mis preguntas. Me encuentro más cansado que nunca, y no son el 6 ni el 0 los que me restan las fuerzas; al fin y al cabo, aunque cumpla años, solo tengo un día más que ayer, cuando tan entusiasta y rebosante de vida me sentía. La esperanza se desvanece, siento que me abandona, y aunque es seguro que mañana volveré a la iglesia, también lo es el hecho de que no iré revestido ni con la confianza ni con la ilusión que hoy me acompañaron hasta allí.

Sucesos del domingo, 24 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del lunes 25.

He hecho bien en acudir otra vez a las antiguas termas desprovisto del optimismo de la primera vez. Me he levantado muy temprano y he acudido a la iglesia cuando esta acababa de abrir sus puertas. De allí he vuelto a salir con

las manos vacías, con cara de tonto y con la mente hecha un lío otra vez. Al menos me traigo la certeza absoluta de que no es ese el lugar al que Massimo quiere que acuda. He escudriñado hasta el más escondido de sus rincones y no he encontrado nada, absolutamente nada, que lo relacione con las letras.

En el camino de vuelta, saboreando todavía el regusto amargo del tiempo perdido y entendiendo que ya poco me queda por perder, he tomado la única decisión que, aun arriesgada, puede hacerme volver a creer. Visto lo visto, ante la inutilidad de mis esfuerzos y ante la cruda evidencia de lo erróneo de mis hipótesis, al final no he tenido más remedio que intentar pactar con el diablo. El hecho de que hubiera madrugado tanto hizo que aún tuviera por delante toda la mañana, así que, sin pensármelo dos veces, he acudido al hotel de López para cerrar un trato con él que fuese ventajoso para ambos. Al final he sido yo el que ha buscado el siguiente encuentro, quién me lo iba a decir hace tan solo un par de días. Como mucho me temía, no estaba en su habitación cuando llegué, aunque sí he podido saber que sigue alojándose allí (esta información me ha costado 50 €). Me he visto obligado a montar guardia ante la puerta del hotel. Más de tres horas y cuarto he permanecido firme, recordando los días de mili y las noches de guardia en la garita. «Menos mal que te ha tocado cerquita de casa», solía decirme mi abuela. Y es que yo cumplí con mi deber patrio en Camposoto, San Fernando, muy cerquita de mi hogar, y cuando libraba un fin de semana, al menos podía recuperar fuerzas con los pucheros, las papas con choco y los guisos de lentejas con babetas que cocinaba mi querida abuela. Tres horas largas dan para mucho pensar, y aquellos recuerdos de juventud me han hecho compañía durante la espera. Eso sí, con el lento pasar de los minutos, se fue agarrando a mis riñones un intenso dolor que me recuerda, entre punzada y punzada, que ya poco queda de aquel cadete que con cetera al hombro aguantaba incólume el turno de imaginaria.

Cuando por fin lo vi aparecer, López andaba con paso tranquilo y la mirada ausente. Apuesto a que sus pensamientos estaban lejos de Roma, incluso del presente, diría yo, tal vez recordando episodios de su pasado, solo Dios sabe si haciendo planes de futuro. Sea como fuere, López, que como todo buen cazador que se precie está provisto de un sentido de alerta que le pone sobre aviso cuando el peligro le ronda, se percató rápidamente de mi presencia a pesar de que había yo tomado numerosas precauciones para evitar ser descubierto a las primeras de cambio. Se detuvo ante mí confiado y con mirada penetrante me dijo:

—Esperándome, supongo. Ojalá no lleves ahí mucho tiempo.

—Nada más y nada menos que tres horas, más un dolor de riñones que tardará en desaparecer.

—¡Vaya! ¿Me permitirás entonces que te invite a una copa, por las molestias digo, y así me cuentas de paso qué es lo que te ha hecho venir en mi busca?

Muy al contrario de lo que me temía, no hubo ni un atisbo de reproche por lo acontecido entre nosotros en el taxi. Aquello estaba olvidado, formaba parte del pasado y López lo había superado. Tal vez no le importase tanto que yo hubiera descubierto lo que ahora sé sobre él. Quizás incluso fuese un mal necesario para lograr su último fin, es decir, para poder encontrar a Massimo y silenciarlo por siempre. A lo mejor piensa que yo puedo servirle de enlace porque sé algo que él ignora. Y aunque acierta si piensa esto último, está muy equivocado si cree que voy a serle de ayuda. Estoy más perdido que él en este laberinto, y si por casualidad logro encontrar la salida, ya me cuidaré yo mucho de que el diablo no siga mis pasos.

Tomamos asiento en una de las mesas del bar del mismo hotel. Eran más de las doce del mediodía y muchos clientes llenaban el local tomando el aperitivo. Sonaba de fondo una relajante música que ayudaba a crear un ambiente íntimo que invitaba a la confidencia. El camarero sirvió un Spritz para mí y un Martini seco para López. Cuando lo hizo y se hubo retirado, fue López quien retomó la conversación.

—Cuéntame, Diego, soy todo oídos.

Cualquiera que observara a López sin conocerlo, tendría la sensación de estar mirando a un *gentleman*. Exquisito y elegante en el vestir, su semblante sigue conservando todo el atractivo del que hacía gala cuando lo conocí. Más aún, diría yo, pues el paso del tiempo no ha hecho sino mejorarlo, tal y como sucede con el vino, que cuanto más reposa más potencia sus cualidades. Educado y correcto en el trato, se mueve de forma garbosa y hace uso de una lengua culta cuando habla. Su cuello perfumado, y perfectamente recortado y peinado el cabello. Esa es la imagen con la que López embauca a la sociedad. Y digo embauca a propósito, no me equivoco cuando elijo esta palabra, porque su apariencia es pura fachada. De sobra sé que detrás de aquel cortinaje estiloso y apuesto se esconde un asesino para quien la vida de un ser humano no tiene valor alguno. Cuando está en plena acción se olvida de los correctos modales y desata su lengua viperina, aquella de la que hacen uso sin excepción todos los que son de su calaña. De maldad están hechos sus huesos, de perversión se nutren sus músculos, sangre fría recorre sus venas y a azufre

le apesta el sudor.

—Toma, te devuelvo lo que te sustraje el otro día cuando bajabas del taxi. No temas, no he borrado nada, la información está intacta y solo yo he tenido acceso a la misma. Tampoco me he quedado con ninguna copia, te prometo por la memoria de mi mujer y de mi hija que todo lo que te he dicho es cierto.

López agarró el cachivache, lo observó un par de segundos y lo guardó en su bolsillo.

—¿A qué viene esto?

—Considéralo algo así como una muestra de buena voluntad por mi parte. Creo que necesitamos enterrar el hacha de guerra y colaborar si queremos encontrar a Massimo. Quiero proponerte un pacto.

López se llevó la copa a los labios y sorbió lentamente el Martini antes de indicarme que siguiera hablando. Le propuse el trato que usted ya conoce y que es absurdo que transcriba de nuevo. Él me escuchó con atención, permitiendo que mis palabras, explicaciones y argumentos fluyeran sin interrupción alguna. Cuando terminé de decir todo lo que quería, López había apurado hasta la última gota de su Martini, mientras que mi Spritz estaba casi intacto, aunque ya con el hielo derretido.

—No acepto el trato —se limitó a responder tras algunos segundos de silencio—. No lo hago por dos motivos, básicamente. El primero es porque, al contrario de lo que puedas pensar, no te necesito para llegar hasta Massimo. Yo también he averiguado cosas de ti, ¿sabes? Conozco la existencia de la nota y de las letras que aparecen en ella. Hiciste mal en hablar de ella con el Españolito.

Al escuchar aquel apodo fue como si alguien hubiera apretado el botón que hace rebobinar hacia atrás la película que uno está viendo. A cámara rápida, retrocedí hasta Nápoles mientras se sucedían las secuencias de todos los momentos vividos entre el día de hoy y aquella tarde en la que le pregunté a Pedro por dónde podía llegar al barrio español.

—¿El Españolito?

—Sí, Pedro, un viejo amigo. Mío y de la Organizzazione, claro está. Te estaba vigilando. ¿A que no te lo esperabas? El hecho de que fueses tú el que iniciara una conversación con él nos facilitó mucho las cosas. No obstante, Pedro tenía instrucciones precisas para intimar contigo sin levantar sospechas.

Sonrió de forma perversa. Ahora era él el que estaba llevando la iniciativa en la nueva partida de ajedrez que habíamos iniciado.

—Y, por cierto, su colaboradora Mónica tampoco lo hizo nada mal, ¿no crees?

Brutal. El impacto de aquella revelación fue brutal.

—¡Oh, Diego! ¡Arriba ese ánimo! No te descompongas. Camarero, por favor. Otro Martini para mí y otro Spritz para mi acompañante, me temo que el suyo ha quedado demasiado aguado.

Mi cara tuvo que ser todo un poema. López esperó unos segundos hasta que el camarero se hubo alejado lo suficiente para volver a dirigirse a mí.

—Vamos, Diego, ¿qué pensabas? La Organizzazione es poderosa y se toma muy en serio las deserciones. La traición no es una cuestión baladí para ella. Déjalo correr. Quizás te anime saber que Mónica fue muy bien recompensada por su ayuda.

No aguantaba más. Instintivamente cerré los puños y arrastré la silla hacia atrás de forma brusca. No llegué a levantarme porque el ruido que provocó aquello hizo que muchos de los allí presentes aparcaran sus conversaciones y pusieran toda su atención en nosotros. La música, sin embargo, seguía sonando de fondo, intensificada gracias al silencio que se hizo entorno nuestro. Solo la llegada del camarero con el Martini y el Spritz puso fin a aquel tenso momento.

—Venga, hombre, tranquilízate. No querrás montar un espectáculo innecesario aquí delante de tanta gente. Tómate la copa, verás cómo te relaja.

Dudé unos instantes, pero finalmente le hice caso. De nada me serviría golpearle la cara hasta que sangraran mis nudillos, pues eso era precisamente lo que estaba deseando hacer. Así que le hice caso, aflojé mis puños que estaban cerrados, re Coloqué el asiento, esta vez con suavidad, y vacié la copa prácticamente de un trago. Solo entonces el local recobró la normalidad, la tensión se disipó del ambiente y la música volvió a verse ensordecida por las pláticas de los allí presentes.

—Eso está mejor, mucho mejor. ¿Lo ves? Déjame que cambie de tema y que te diga que estoy absolutamente convencido de que terminaré encontrando a Massimo por mí mismo. Si hubieses sido capaz de descifrar esas letras todo sería distinto y ahora tú y yo estaríamos sellando el pacto que propones con un apretón de manos. Pero no es el caso, ¿entiendes? Más pronto o más tarde ese traidor acabará por aparecer y entonces saldaremos viejas cuentas.

Tras esto calló de repente, su mirada quedó perdida, nuevamente lejos de Roma, a mucha distancia del ahora.

—De acuerdo. Pero antes has hablado de dos motivos para no pactar

conmigo. Acabas de dejar claro que no me necesitas, que yo no tengo nada que aportarte en esta búsqueda, pero ¿qué hay del segundo motivo?

Mi pregunta le hizo volver en sí.

—La segunda razón tiene que ver contigo. No soy un vulgar asesino como piensas. Solo actúo cuando el guión lo exige. Intento no mancharme las manos con la sangre de víctimas inocentes. Créeme cuando te digo que no quiero verme obligado a hacerte daño. Considéralo como una especie de favor personal.

En esta ocasión, controlé el ímpetu que volvía a apoderarse de mis puños. Ese hijo de puta hablaba con una frialdad que jamás hubiese yo imaginado que pudiera anidar en un cuerpo humano. Está claro que López es el mismísimo diablo hecho carne.

—¿Un favor personal? ¿A mí?

—Son las reglas, Diego. Si has leído los informes, ya las conoces. Recuerda que no pueden quedar rescoldos, solo cenizas, así funciona esto. Y si hablas con Massimo, te convertirás en un nuevo problema que yo tendré que solucionar, ¿entiendes? Así que olvídate del napolitano, hazte un favor y quítate de en medio. Todo esto no va contigo.

Me levanté dispuesto a marcharme. La ira que sentía crecía por momentos ¡Que no iba conmigo, decía el muy cabrón! Como si el hecho de que te arrebataran a tu mujer y a tu hija no fuese con uno. Claro que para él aquello era solo pasado, aspectos colaterales del asunto que ahora primaba: encontrar a Massimo y acabar con él. Sabía de sobra que jamás convencería a López para pactar conmigo. Su postura era inamovible y permanecer allí sentado frente a él terminaría complicando las cosas; solo haría crecer la animadversión que sentía por aquel monstruo insensible y cruel.

—Siéntate, no te vayas aún, que quiero contarte algo. —Antes de comenzar a hablar hizo una seña al camarero, que no tardó en servirle el tercer Martini—. Eso sí, debes prometerme que me escucharás hasta el final y que no montarás otro espectáculo como el que has estado a punto de iniciar antes. Contrólate, haz el favor. A nuestra edad ya no son buenos los sobresaltos. Además, lo bueno, lo que de verdad te interesa, te lo diré en último lugar. Si me haces caso, te aseguro que habrá merecido la pena escucharme.

Había muchísima maldad encerrada en sus gestos y en sus palabras. Otra vez se dibujó en su boca la misma sonrisa con la que me saludaba cada vez que nos cruzábamos por las calles, esa sonrisa desafiante con la que parecía querer retarme. Y había llegado su oportunidad de hacerlo. Aquel cabrón

sabía que dominaba la situación. En ese instante, yo era un juguete en sus manos. Al decirme que él sabía algo que a mí me interesaba me había atrapado, pues yo no tenía más remedio que obedecerle y escucharlo hasta que terminara de hablar. Le hice un gesto con la cabeza haciéndole entender que aceptaba sus condiciones. Intenté mostrar la máxima entereza, aunque estaba temblando por dentro. Había caído en su trampa y López no era el tipo de persona que deja pasar una oportunidad.

—Quiero que sepas que el 14 de febrero de 1990 inicié la tarea que como controlador de la región 2 Madrid me habían asignado al propagarse en ella un incendio que llevaba algún tiempo amenazando con descontrolarse. Supongo que entiendes la terminología que estoy usando, ¿no es así?

—Perfectamente.

—Esa misma mañana, bien temprano, a eso de las seis, estaba montando guardia debajo de tu casa. Lo hacía subido en mi coche, con un periódico para disimular y con un termo de café para mantenerme alerta. Una estampa muy de película, ¿verdad? Tú no me viste, pero yo te estaba observando mientras salías del portal de tu casa y te encaminabas con paso presuroso a la boca de metro más cercana. Yo sabía que te dirigías a Tetuán para grabar el descubrimiento del tesoro de aquel programa italiano. Tu rostro irradiaba ilusión y felicidad, tus pasos sonaban a alegre cantinela. Tanto la llenaba tu presencia, que cuando doblaste la esquina, la calle me pareció vacía. Eran las ocho menos diez, más o menos, de la mañana. Dos horas largas después, Lucía y Valeria imitaban tus movimientos. Salían cogidas de la mano, la madre con chaquetón negro, rosa el de Valeria. Hacía tanto frío que Lucía le obligaba a ponerse gorro y bufanda. Las seguí todo el tiempo a una distancia prudencial, lo que, por cierto, me costó bastante trabajo.

No me extrañó aquel comentario de López. Recuerdo que, cuando paseábamos con Valeria, no éramos capaces de dar ni cinco pasos seguidos. Es lo habitual cuando caminas con una pequeñaja de cuatro años. A esa tierna edad, los pasos se dan en diagonal, a veces retroceden y otras marchan de lado. Un bordillo, un escalón, un charco, una flor, la hoja de un árbol que cae, un perro que se cruza, tres o cuatro piedras amontonadas, el chirrido de un autobús frenando, un gorrión que descansa su vuelo en el alféizar de una ventana y otras miles de cosas por el estilo son suficientes para que, quien tan solo cuatro años tiene, interrumpa el avance, que además no entiende necesaria ni obligatoriamente hacia delante, sino en múltiples direcciones. Por lo demás, como se comprende, las distancias se alargan, el tiempo se acorta y

lo cotidiano se convierte en aventura. Lucía era madre paciente, sabedora de los ritmos cambiantes de la vida, de las diferentes prioridades que inundan un corazón que apenas ha comenzado a latir y las de otro que lleva casi media vida haciéndolo. Y entendiendo que es así y que debe ser así, esperaba con dulzura a que Valeria reanudase la marcha tras su curiosa exploración del diminuto mundo que aquella mañana la rodeaba.

—Una vez que bajaron las escaleras de metro, continuaron su parsimonioso andar allá abajo, acercándose al tren que debía llevarlas hasta la clínica donde Valeria estaba recuperándose de su torcedura de tobillo, ¿me equivoco?

—No. Estás en lo cierto. Aquella iba a ser su última sesión con el fisioterapeuta.

—Yo me monté en el mismo vagón que ellas ocuparon, sentándome lo suficientemente cerca para observar con detalle sus movimientos. ¿Te he dicho ya que tu mujer tenía unos buenos pechos? Allí abajo, sin el abrigo, el jersey ajustado que llevaba insinuaba dos tetas bien apretadas.

Nada más decir estas últimas palabras, se llevó su vaso a la boca y dio un pequeño sorbo al Martini sin dejar de mirarme, como valorando el impacto de su hiriente comentario. Me mordí el labio inferior hasta hacerme sangrar. Lo vi claro. Ahora entendía la advertencia que me había hecho López antes de comenzar a contarme todo eso. Ya sabía lo que había detrás de su sonrisa. El muy cabrón me estaba torturando y disfrutaba haciéndolo. Sabía de sobra que yo lo escucharía hasta el final, no podía permitirme el lujo de rehuir ninguna información sobre Valeria y Lucía, por más asqueroso y cruel que fuese el que me la estaba ofreciendo. ¡Qué hijo de la gran puta! Aquello no era una partida de ajedrez, era un combate de boxeo, tan desigual como el que enfrentaría al campeón mundial de los pesos pesados con un *sparrring amateur*, sin árbitro que velara por la integridad física de este último y sin esperanza de que alguien arrojara una toalla al cuadrilátero en un gesto inequívoco de pedir clemencia para el desdichado al que la sucesión de golpes están destrozando el hígado y los pulmones, mientras que sus ojos hinchados y amoratados suplican la llegada de la buena muerte para que acabe con la brutal paliza.

—Yo conocía el trayecto que harían. Me bajé incluso antes de que ellas lo hicieran en Gran Vía, allí donde forzosamente tenían que apearse para hacer el transbordo a la línea 1. Ya en el nuevo andén, mientras esperábamos la llegada de otro metro, recuerdo que Valeria no paraba de contarle cosas a Lucía. Sus brazos no paraban de gesticular, intentando hacer comprensible lo

que sus palabras aún no sabían explicar por sí mismas. Lucía, ¡qué tetas, por Dios! ¡Cómo te lo tuviste que pasar manoseándolas!

El muy cerdo no paraba de reírse, disfrutaba mucho de aquel momento. Calló unos segundos mientras me escrutaba de nuevo con la mirada, sopesando otra vez el daño que sus asquerosos comentarios sobre Lucía me causaban.

—De nuevo en un vagón de metro, Valeria continuaba con su retahíla, captando la atención de muchos de los presentes, yo entre ellos. Recuerdo que una mujer la observaba sin poder apartar la vista de ella. Tan cerca estaba de ellas que te juro que el olor de tu mujer me puso cachondo en un momento dado.

Otra vez una pausa, otra vez la sonrisa retadora, otra vez un titánico esfuerzo por controlarme.

—Me sentía uno más de tu perfecta familia, tanto que en un momento dado quise meterme en la conversación y le pregunté a tu hija quién era su padre.

Todavía no me había repuesto del anterior, cuando López soltaba otro rechazo demoledor. Imaginar cómo su lasciva mirada se clavaba en Lucía, cómo aderezaba con su sucia saliva palabras que dirigía a mi hija, fue durísimo. Por un momento quise pensar que me estaba mintiendo, que todo lo que me decía no era más que una estratagema para causarme daño y vengarse por lo acontecido en el taxi, pero entonces recordé la cena que tuve con María en MezzaLuna y lo que ella me había contado sobre la escena del metro que había presenciado. Al final resultó ser que la intuición absurda que tuve mientras ella me narraba los sucesos del metro no era tal, sino que era verdad. López era el hombre apuesto que entabló conversación con Valeria, el mismo que se bajó en Tetuán y que siguió a mi mujer y a mi hija por el andén.

—Cuando el metro entraba en la parada de Tetuán, Valeria se sobresaltó y bajó de su asiento arrastrando a Lucía con ella. Fue un movimiento inesperado que me cogió por sorpresa y que casi me hizo perderlas de vista. Afortunadamente, tuve tiempo de reaccionar y bajar del vagón, atropelladamente, eso sí, al mismo tiempo que madre e hija lo hacían. Y las seguí. El contoneo del culo de tu mujer me iba marcando el camino, ¿sabes?

De nuevo la sonrisa hiriente, esa que te rasga las entrañas. De nuevo la mirada pensada para provocar y hacer estallar al que es objeto de ella. ¡Qué jodido hijo de perra! Esta vez no hubo pausa, sino que inmediatamente López retomó la palabra. Era un púgil entregado, golpeando ahora incesantemente sin detenerse a comprobar el daño que ocasionaba el impacto de sus puños.

—Tu hija, sin dejar de señalar las taquillas, explicaba a Lucía algo relacionado contigo y con un tesoro, aunque las palabras me llegaban muy amortiguadas por el ruido del andén. En un momento dado, Lucía se detuvo, sacó del bolso una especie de imán de esos que se pegan en el frigorífico, lo miró como quien mira las reliquias de un mártir, le dio varias vueltas entre sus dedos y finalmente retomó la marcha con paso decidido. Se dirigieron hacia la papelera que estaba próxima a las taquillas del andén, Valeria canturreando y charlando por los codos, Lucía ausente, extrañamente seria y meditabunda. Quien las vio, seguramente pensó que iban a tirar algo en la papelera. De hecho, yo pensé que Lucía arrojaría el imán que acababa de sacar de su bolso y decidí alejarme de ellas y regresar al pasillo por el que obligatoriamente tu mujer y tu hija deberían pasar cuando terminaran de hacer lo que se traían entre manos y quisieran volver a montarse en el metro que debía conducir las a la clínica. Sin embargo, no me dio tiempo ni siquiera a llegar a dicho pasillo. La explosión fue muy rápida y totalmente inesperada. A mí me cogió de espaldas y nada pude ver en directo. Cuando me repuse del bombazo y me di la vuelta, vi mucho humo mezclado con el pánico de numerosas personas que corrían y gritaban por el andén como pollos sin cabeza. Algunas se veían tiradas en el suelo, y era fácil comprender que a dos o tres de ellas la explosión les había arrebatado la vida. La confusión era muy grande, y el cuerpo inerte de tu pequeña se encontraba en el epicentro de aquel caos. Un hombre luchaba con su abrigo para arrancarle a Lucía las llamas del cuerpo cuando los agentes de seguridad del metro llegaron al lugar y comenzaron a intentar poner un poco de orden, evacuando en primer lugar a los que, como a mí, la explosión nos había pillado algo alejados. A pesar de los esfuerzos, tu mujer agonizaba, quemándose como si fuese una bruja en un auto de fe inquisitorial. ¡Qué lástima de tetas, qué lástima de culo! Si te soy sincero, fue lo único que pensé al contemplarla.

—¡Voy a reventarte tu puta cabeza, cabrón de mierda!

No pude soportarlo más. Me abalancé sobre López con todas las fuerzas que pude reunir dispuesto a cumplir mis palabras. Hábilmente se deshizo de mi primer ataque, seguramente lo estaba esperando desde hacía un rato. Del segundo no tuvo siquiera que defenderse ya que no me dio ni tiempo a ejecutarlo. El camarero que casualmente pasaba por nuestra mesa en ese instante me lo impidió, trabándome los brazos mientras me sujetaba por la espalda. No hace falta que cuente el jaleo que se formó en un momento mientras yo me sacudía ferozmente, intentando deshacerme del abrazo del

camarero. López, mientras, parsimonioso a más no poder, se recomponía la camisa e intentaba poner orden en su engominado cabello, algo alborotado tras el incidente. A empujones y bajo amenazas de llamar a la Policía me sacaron de allí. Justo antes de salir, López me asestó el golpe que me dejó tumbado en la lona definitivamente. Lo dijo a viva voz, asegurándose de que yo lo escuchaba, pero lo hizo con la misma tranquilidad pasmosa de la que venía haciendo gala desde que nos encontramos, consciente del dolor que sus palabras provocarían:

—Una cosa más, Diego: la puta de tu mujer, la de las tetas apretadas, pertenecía a la Organizzazione.

El pulso casi desapareció de mis venas y la boca se me quedó totalmente seca mientras seguía recibiendo empujones de dos empleados de la seguridad del hotel que se habían hecho cargo de la situación. A pesar de encontrarme en inferioridad de fuerzas, tuve aún el ímpetu justo para revolverme y preguntarle si me estaba mintiendo.

—Como que el sol sale por el este. Lucía, tu mujer, era una de las nuestras.

—¿Y quién era su superior? —Casi no me dio tiempo a formular esta última pregunta, pues los de seguridad se estaban esmerando en su cometido y prácticamente ya me habían echado a la calle.

Afuera, en forma de murmullo, me llegó su respuesta:

—¿Hace falta que te lo diga?

Sucesos del lunes, 25 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del martes 26.

Vivir en la frontera, en cualquier tipo de frontera, es habitar dos mundos al mismo tiempo, el propio y el vecino. Crees que perteneces a uno en concreto, pero es mentira, el otro impregna tu día a día, te sustentas con el intercambio fluido de ideas, de valores, de códigos, de saberes, de costumbres y de realidades que necesariamente penetran en la estrecha franja donde dos territorios se unen y al mismo tiempo se separan. Pasar de uno a otro es rutinario quehacer, poco cuesta y mucho aporta a quien sabe exprimir y quedarse con lo mejor de cada uno. Sin embargo, puede ser que el fronterizo se convierta en una persona desarraigada, hecha de muchos retales, pero sin sentir ninguno como propio. Indeciso, no sabe a qué realidad pertenece, quién

es realmente y a qué reglas debe atenerse.

Después de todo lo que sucedió con López ayer, habito en el estrecho margen que separa mi vida actual, aquella que tiene a MezzaLuna y a Santa Bárbara dei Librari como ejes principales, de mi vida pasada, donde Lucía y Valeria lo llenaban todo. He vuelto al 15 de febrero de 1990, cuando aún no era el que soy ahora y cuando acababa de dejar de ser el que era antes.

¿Lucía? ¿Quién era realmente Lucía? A pesar de tantos y tantos secretos susurrados al oído y de tantas veladas repletas de mutuas confianzas que se alargaban hasta el amanecer, después de jurarnos en mil y una ocasiones amor y fidelidad eternos y de mirarnos infinidad de veces a los ojos y decirnos que entre ambos jamás habría secretos... A pesar de tanto, al final resulta que entre nosotros había una mentira escondida. ¿Me traicionó también Lucía? ¿Era el amor de mi vida una farsa? Sus extraños comportamientos, aquellos que incluso me llegaron a hacer dudar de su fidelidad, vuelven a tener el protagonismo en mis reflexiones. ¿Qué escondía Lucía en aquellos momentos? ¿Me estaba utilizando? El corazón niega palpitando, se resiste a aceptar una conclusión de tal calibre, pero la realidad es la que es y López la ha expresado con toda su crudeza. Después de tantísimos años, me entero de que Azul no era tal. Los ojos en los que yo creí poder dar cabida al universo entero han resultado ser mentirosos. No eran azules, sino opacos; su mirada no era infinita, sino infinitamente perversa, capaz de engañar al que tanto amor sentía por ella.

No lo entiendo. No soy capaz de comprender el por qué de tanta mentira cruel ¿Qué fui yo? ¿Qué significué para ella? El único que puede responderme a estas preguntas es Massimo, su superior, otro traidor, otro mentiroso, otro miserable. ¡Dios! Esto es insoportable. Necesito saber, necesito comprender, necesito algo que justifique lo sucedido y que, al hacerlo, me devuelva la ilusión en los que hasta ayer eran los míos. Ojalá exista una razón que haga menos doloroso lo que me ha desvelado López. Quiera Dios que, cuando amanezca, el nuevo día me traiga la luz que necesita desesperadamente mi entendimiento.

Vuelvo a un mundo que no es el mío, donde no me hallo, donde me encuentro perdido y desorientado. Ahora más que nunca necesito de las respuestas de Massimo, y por eso he vuelto a salir a la calle y a recorrer con renovado ahínco todos y cada uno de los rincones romanos de la quinta región que delimité hace algunos días, esa que se extiende a la derecha de la Vía del Corso hasta la diagonal que dibuja en el plano la Vía de las Cuatro Fuentes,

siempre con la Piazza del Popolo como vértice superior y la Via del Quirinal como eje inferior. San Carlo de las Cuatro Fuentes, San Andrés del Quirinal, la fuente de los Dioscuros, la Fontana di Trevi, la plaza España y no sé cuantas iglesias y museos más me han visto deambular hoy como un loco de atar. Y por primera vez desde que comenzara esta interminable pesadilla, hoy, 25 de junio de 2018, estoy casi seguro de que he visto a Massimo.

No lo puedo garantizar al 100 % porque ha sido solo un instante. Cincuenta metros escasos nos han separado y, aunque he gritado su nombre con todas las fuerzas que mis pulmones han podido reunir, el alboroto de la calle se ha tragado mis gritos. Una amalgama infranqueable de turistas nos alejaba, imposibilitando que me acercara a él a pesar de mis codazos, empujones y apretones. He sido náufrago abandonado en una isla desierta que, viendo un barco navegar próximo a la orilla, deja todo lo que está haciendo y sale corriendo como alma que lleva el diablo para hacer señales de humo con hojas secas y una hoguera que tiene dispuestas para la ocasión desde el principio de los tiempos. Mientras la humareda asciende a los cielos como si se tratara de una plegaria elevada al Todopoderoso, el náufrago se desgañita gritando, gesticula y salta como un loco entregando todo lo que tiene hasta que desfallece y cae a la arena sollozando de impotencia por la esperanza que se marcha surcando las aguas, sabedor de que esta, a lo mejor, no vuelve y que, si lo hace, puede ser demasiado tarde para su menguante existencia.

Mi playa desierta ha sido la Fontana di Trevi. Yo estaba subido en el último de los peldaños de la escalinata que da acceso a la iglesia Santi Vincenzo e Anastasio. Aunque no constituía gran altura, mi posición elevada me permitía contemplar toda la plaza que rodea a la Fontana, atestada de turistas como todos los días a esa hora, las cuatro de la tarde más o menos.

Massimo, el barco que navegaba y que representaba mi única salvación posible, apareció justo por la entrada a la plaza que me quedaba en diagonal, es decir, por la que se accede cuando uno viene, bien de la Via Poli, bien de la Via dei Crociferi. Iba tomándose un helado, despreocupado, casi como un turista más, aunque sin cámara que lo acompañase. A los pocos segundos, ya había sido engullido por la marea de extranjeros que allí se concentraba. Estos iban y venían, salían y entraban en la plaza como en oleadas, se apretujaban y, aunque muchos fotografiaban, muchos más eran los que posaban con el dios Neptuno y sus inseparables tritones como telón de fondo. Las monedas arrojadas al aire terminaban hundiendo los deseos de estos turistas en las aguas de la Fontana, mientras que ninguno de los allí presentes, por miles que

fueran, era capaz de abandonar la plaza sin volver antes su mirada atrás y poder contemplar una vez más al dios romano de las profundidades.

El trasiego era continuo y los espacios reducidos, y quien se hallaba en medio de todo quedaba obligado a seguir los vaivenes de aquel oleaje humano, viéndose arrebatado de la libertad para decidir su rumbo propio. Yo no fui una excepción y quedé atrapado como tantos en el justo momento en el que me lancé a la desesperada para encontrar de nuevo a Massimo.

Pero no, no y no. ¡Qué estoy diciendo! ¿A quién pretendo engañar? Si lo analizo fríamente, me doy cuenta de que es imposible que el individuo que vi en Trevi fuese Massimo. Demasiada casualidad, ¿no cree? Seguramente me he equivocado de persona y el ansia por encontrarlo me ha jugado una mala pasada, haciéndome confundir. Pero respétele al menos una absurda esperanza a un infeliz como yo. Déjeme que piense que Massimo aún existe, que está en Roma y que soy capaz de reconocerlo aún en medio de una muchedumbre. Constituye para mí un enorme alivio, porque muchas veces el desánimo me hace pensar que a lo mejor el tiempo, que tanto gusta de maquillar los rostros de las personas, ha hecho irreconocible para mis recuerdos a mi antiguo jefe, y digo jefe porque ya no puedo seguir llamándole amigo. Porque un verdadero amigo no te oculta durante tantos años que pertenece a una organización criminal ni que está vinculado a tu mujer dentro de dicha organización. La palabra que mejor lo define es la de traidor. Sí, Massimo ha sido un traidor y un impostor que no dudó en utilizarme para sus maquiavélicos fines. Aun así, necesito a ese traidor. Necesito saber de su boca qué es lo que ocurrió, que me cuente qué vida viví yo en realidad mientras estaba en Madrid.

Sucesos del martes, 26 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del miércoles 27.

Hoy es el noveno día que he salido a la calle con la obsesión de encontrar a Massimo. Nueve días de frustraciones que, sin embargo, no han hecho desfallecer mi ánimo. Estoy más que dispuesto a gastar hasta el último gramo de mis fuerzas para encontrarlo; tal es la voluntad que me anima a seguir intentándolo y que no entiende ni de rendiciones ni de derrotas. Las revelaciones de López me empujan a ello. Una palabra ronda mi cabeza desde la conversación que tuve con él: *vendetta*. Qué curioso. Otra vez *vendetta* me une a Massimo, pero en esta ocasión el sustantivo no tiene nada de figurado.

No representa a una *trattoria*, fábrica de sueños pasados. La *vendetta* que hoy me mueve significa eso literalmente: venganza. He pensado mucho en cómo reaccionaría si lo tuviera delante de mis narices y he llegado a una conclusión: lo escucharía hasta el final, como me ocurrió con López, no tengo más remedio que hacerlo. Y entonces, una vez concluido su relato, no descarto la posibilidad de quitarle la vida con mis propias manos. ¿Por qué no iba a hacerlo? Si él sesgó la vida de Lucía, su inferior, acabando al mismo tiempo con la de Valeria, ¿quién podría reprocharme mi *vendetta*? ¿No es justa y hasta necesaria? Yo creo que sí. Así lo he decidido y así lo llevaré a cabo cuando ese asesino hijo de mala madre suelte por la boca todo lo que me tiene que decir. De nada le servirá su arrepentimiento; sus explicaciones y sus lamentos no serán escuchados ni tenidos en cuenta. Lo hecho, hecho está, y su contrición, por sincera que sea, no me devolverá la vida de mis seres queridos. Nadie podrá acusarme de falta de piedad, como tampoco de mostrarme inclemente. ¿Acaso Massimo no fue despiadado y brutal en su acción? No he de esperar al día del juicio, pues mi *vendetta* es de este mundo.

Como martes que es, ha tocado abastecer a MezzaLuna. Es la primera vez que me ausento de un deber tan gratificante para mí y en las expertas manos de Giovanni me he visto obligado a depositar mi confianza. Lo he tenido que hacer; necesito todo el tiempo del mundo para encontrar a Massimo. Cada hora que pasa la urgencia crece y el tiempo se acaba, al menos esa es la sensación que me invade. He rehusado ceñir mi búsqueda a la sexta y última región que tenía establecida en mi mapa. Cuando lo he mirado antes de partir, estaba ya todo lleno de tachones, evidencias de que algo he estado haciendo mal, porque no he sabido encontrar ninguna huella. La última región tiene unos límites bastante imprecisos; es como una especie de circunvalación de las regiones anteriores en la que he destacado aquellos lugares que me han parecido de mayor relevancia histórica, artística y cultural: las basílicas mayores de Santa María Maggiore, Santa Croce in Jerusalem y San Giovanni Laterano, la Porta Maggiore, la pirámide de Cayo Cestio, las termas de Caracalla y otros por el estilo. Son todos lugares muy dispersos y algo alejados del centro, y no he querido fatigarme más de lo que ya estoy. Así que he decidido buscar refugio en el modesto interior de la iglesia de San Carlos de las cuatro fuentes pretendiendo encontrar la inspiración en San Andrea del Quirinal, solicitado a santa Teresa que interrumpa su éxtasis para darme alguna indicación acertada. Hasta me he enfrentado a la aterradora mirada de Moisés en San Pietro in Vincoli para rogarle su ayuda prometiéndole a cambio

cumplir escrupulosamente hasta el día de mi muerte cada uno de los diez mandatos que escritos en piedra lleva bajo su poderoso brazo. Y he rezado arrodillado ante la Virgen de los peregrinos que pintara el gran Caravaggio, implorándole que atendiera mi súplica. El Niño de Aracoeli, que tiene fama de milagrero, también ha tenido que escuchar mis plegarias, e incluso he osado libar vino en la cima capitolina, en el lugar donde antaño se erigía el templo de Júpiter Óptimo Máximo, empapando la tierra con el dionisiaco líquido a cambio del favor de los dioses.

Y una vez que he concluido mi improvisado periplo (no sé si se debió a san Carlos o a san Andrés; tal vez lo hiciera santa Teresa, o quizás quien intercedió fue Moisés; a lo mejor fue cosa de la Virgen de Loreto o del Niño de Aracoeli; quién sabe si al final he de mostrarme agradecido a la Triada Capitolina o si cada uno de los requeridos puso su granito de arena para que sucediera), sucedió. Hoy, en el noveno día de una búsqueda desesperada, he comprendido al fin dónde me lleva esperando Massimo veintiocho largos años.

Ha ocurrido hace apenas un par de horas. La noche ya se había apoderado de la ciudad. Su manto oscuro había cubierto las calles y plazas, aunque la temperatura estival invitaba y aconsejaba al turista a seguir deambulando sin prisas por la eterna Roma. Las terrazas de las *trattorias* estaban abarrotadas, las heladerías no daban abasto y las tiendas de suvenires seguían haciendo su agosto. En cada plaza, la fuente de turno no descansaba de embellecer el ambiente y el ruido del agua al caer seguía creando una mágica atmósfera para los sentidos de los cansados viandantes que reposaban sus huesos en algún banco, escalón o bordillo, que hacen las veces de improvisados asientos.

Los míos se abandonaron en uno de los escalones de la fuente que preside la plaza de la Rotonda, donde se erige el majestuoso Panteón. Media luna — qué dulce casualidad— asomaba ya por el lado izquierdo del frontón triangular que articula su fachada, como si de un templo clásico se tratara. Pero no se deje engañar; tras este pórtico rectangular que sigue los cánones griegos se esconde una nave circular cubierta por una cúpula perfecta cuyo diámetro es exactamente igual a su altura máxima y que, después de casi dos mil años, sigue asombrando a todo el que alza su vista hacia ella, cúpula que fue inspiración y referente constante para todos los arquitectos que desde el Renacimiento pretendieron levantar alguna y que ha terminado dando nombre a la plaza donde me senté a descansar un rato.

Hablaba de la media luna, cuya luz evocaba sin duda los tiempos antiguos de esplendor imperial. Mi mirada pasó de ella al frontón, despojado de la riqueza ornamental que en el pasado lo cubriera, pero que aun así sigue atrapando a los ojos que en él se posan. Y en el friso, una inscripción mil veces leída, nos recuerda la memoria de quien debemos honrar por ser el responsable de que dicha maravilla se muestre ante nosotros: «M.AGRIPA.L.F.COS. TERTIVM.FECIT», es decir, «Marco Agripa, hijo de Lucio, en su tercer consulado, lo hizo». Y, por cierto, eso de los puntos separando las palabras fue una genialidad de Julio César, pues antes de él era costumbre entre los romanos escribir todas las palabras juntas sin separación alguna, lo que como comprenderá dificultaba la lectura y comprensión de los textos escritos. Pero a lo que iba, Marco Agripa, la mano derecha de Augusto, su lugarteniente, su yerno, el gran artífice del próspero principado del hijo adoptivo del divino César, nos dejó este legado arquitectónico en el Campo de Marte, si bien el edificio actual es una construcción de época de Adriano y en poco se parece al que Agripa mandó erigir. Eso sí, ambos edificios, el original y el actual, fueron dedicados al culto de todos los dioses, aunque desde el siglo VI d. C. el Panteón fue consagrado como iglesia cristiana, lo que explica su perfecto estado de conservación.

No se impaciente conmigo, que ya estoy a punto de llegar al final ¿Adivina el nombre que recibió como iglesia? No se lo va a creer, pero sí, Santa María de los Mártires, ni más ni menos. Ya sé que hace unos días creí haber encontrado otra Santa María de los Mártires, pero el nombre completo de aquella es Santa María de los Ángeles y de los Mártires. Ese día, cuando busqué en Google el nombre de la iglesia, el primer resultado que apareció en la pantalla de mi ordenador me encaminó erróneamente. Compruébelo usted mismo y seguro que le sucederá como a mí. Sin embargo, si busca Panteón de Agripa entonces encontrará, tal y como he hecho yo hace un rato, el vínculo entre el templo romano y el nombre de Santa María de los Mártires.

Pero como le digo, esta vinculación la acabo de descubrir. Estando en la plaza me era desconocida todavía, así que le revelaré cómo comprendí entonces que el Panteón era el lugar elegido por Massimo para esconder su mensaje. Dirija su mirada nuevamente a la inscripción del friso que le acabo de comentar: M.AGRIPA.L.F.COS.TERTIVM.FECIT. ¿Lo ve ya? Si aún no ha conseguido entender lo que le digo, le animo a que vuelva a leerla, aunque simplificándola, quédese solo con las letras iniciales de cada una de las palabras que la conforman ¿Lo tiene ya? Seguro que sí.

Yo fui consciente de todo hace tan solo dos horas. Llevaba un rato fijándome en la inscripción de aquel imponente friso cuando las letras sobrantes comenzaron a caer del mismo como las hojas en otoño abandonan poco a poco al árbol caduco. Desposeída de estas, el mensaje de Massimo quedó dibujado nítidamente, perfilado por la luz de la luna y citándome allí mismo para el día de mañana. Imagínese mi estado de estupefacción. En un primer momento, no me lo quise creer. Cerré los ojos y agité mi cabeza bruscamente, como intentando desprender de ella la visión que acababa de tener. ¿Realmente era posible que estuviera encerrado en aquel friso el mensaje de Massimo? Me puse muy nervioso, estaba en un tremendo estado de agitación que bloqueaba todos mis sentidos. Imposible hacerle saber el hervidero de emociones que llevaba dentro. Tardé bastante en serenarme un poco y, cuando lo hice, una pregunta acaparó toda mi atención.

¿A qué hora quería que nos viéramos? Ya sabía el lugar al que debía acudir, pero me faltaba conocer la hora en la que Massimo haría su aparición, si es que aún continuaba acudiendo allí después de tantísimos años. Para esa pregunta también he encontrado respuesta. De todos modos, no quisiera correr ningún riesgo, y desde el alba hasta la madrugada montaré guardia en el mismo escalón donde esta noche he sido clarividente. Pero pondría mi mano en el fuego —como suele decirse, confiando en no quemarme— al asegurar que Massimo llegará al pórtico del Panteón a las 17.30 de la tarde, la misma hora en la que me recibía cada tarde en Vendetta preparado para comenzar nuestra jornada de trabajo. No puede ser de otro modo, debe ser así. Mañana a esta misma hora más o menos le contaré si me he quemado la mano.

Ya lo sabe todo. Espero que comparta mi excitación y entienda que descarto intentar descansar, aunque solo sea un segundo, en lo que queda de madrugada. La tentativa sería baldía. Así que prefiero aprovechar para preparar minuciosamente el encuentro de mañana con Massimo. Llevo tantísimo tiempo esperando este momento que temo echarlo a perder por una estupidez. Sí. Debo reflexionar y plantearme cómo voy a actuar. Estoy obligado a serenarme todo lo que pueda para no perder el control. Tengo que mentalizarme para ser yo quien lleve el control de lo que sucede y evitar verme atrapado por alguna de las argucias que tan bien sabe orquestar el napolitano.

Y ahora, respéteme y déjeme a solas con santa Bárbara. Lo que tengo que pedirle no quiero que sea escuchado.

Sucesos del miércoles, 27 de junio de 2018 y de la madrugada del jueves 28 de junio.

No me equivocaba en eso de la hora. A las 17.30, ni un minuto más ni un minuto menos, Massimo ha llegado puntual a su cita y se ha plantado entre dos de las ocho columnas corintias que engrandecen el pórtico del Panteón. Ha consultado el reloj, ha echado un breve vistazo a la plaza que tenía delante, se ha cruzado de brazos y ha mantenido esa postura durante cinco minutos justos. Después ha vuelto a ojear su muñeca izquierda para cerciorarse de que su instinto no le engañaba y de que había transcurrido el tiempo preestablecido de espera. En Vendetta siempre me amenazaba con lo mismo: «Si no has llegado a las 17:35 date por despedido, ¿me entiendes? Jamás te esperaré más de cinco minutos». Nunca me esperaría más de cinco minutos y aquí, en Roma, más de veintiocho años después, no iba a hacer una excepción. Cuando comprendió que hoy tampoco se produciría el encuentro deseado, volvió sobre sus pasos y se marchó por donde había venido. Es admirable la perseverancia de Massimo. Conociéndolo, estoy seguro de que no habrá faltado ni un solo día en su empeño de darme el encuentro, confiando ciegamente en mi astucia para descifrar el significado de su mensaje. Y a pesar de no encontrarme nunca, veintiocho largos años después sigue acudiendo fielmente a la cita.

Lo estuve observando un buen rato a escondidas. ¡Hacía tanto tiempo desde la última vez que lo había visto! Para mi sorpresa, su mirada conserva la seguridad y la energía de la que siempre hizo gala. Me he quedado estupefacto al comprobar cómo una nariz perfecta y unas cejas despobladas continúan caracterizando su rostro, mientras que el pelo, aunque ha perdido el brillo y el color de años atrás, sigue ocultándole las orejas, tal y como yo recordaba. Bajito y barrigón, allí estaba Massimo, y cuando se marchó salí inmediatamente detrás de él. No me atreví —o más bien no quise— a llegar de frente hasta él. Había decidido que debía llevar la iniciativa, marcar el ritmo y el tempo, y eso pasaba porque fuese yo el que decidiera el lugar y el momento exacto para el reencuentro. Así fue cómo los grandes generales y estrategas de la historia obtuvieron sus victorias más sonadas, obligando al enemigo a luchar bajo las condiciones previamente elegidas por ellos. Siguiendo esta premisa fundamental, lo seguí a una distancia prudencial calle abajo hasta que llegó a la plaza de San Ignacio, aquella en la que se encuentra la espectacular iglesia homónima. Comparado con la plaza de la Rotonda, allí el tumultuoso ir y venir de los turistas se había convertido en un remanso de paz, interrumpido

únicamente por alguno de los fieles que entraban o salían del templo. Podía oír perfectamente el ruido que hacían sus pisadas, y seguramente él también oiría las mías. Más o menos cuando estaba por la mitad de la plaza, dije en voz alta su nombre. Se detuvo y dio la vuelta despacio, muy despacio, tanto que se me antojó que tardaba una eternidad. Por fin nuestras miradas se volvieron a cruzar, veintiocho años de espera separados tan solo por unos pocos metros. Sus labios se despegaron lentamente y con voz temblorosa pronunció mi nombre con tono dubitativo. El tiempo había dejado poca huella en él, respetando fielmente sus rasgos físicos más característicos. Mi caso era diferente y su duda era más que comprensible. A modo de respuesta asentí con la cabeza, y creo poder asegurar que al instante los ojos de Massimo se volvieron vidriosos. Comenzó a acercarse, pero lo detuve inmediatamente.

—No te acerques, Massimo, es peligroso.

—¿Por qué iba a serlo?

—López o Gabriel, no sé con qué nombre lo conocerás, está al acecho, ya te lo explicaré con más detalle.

—Gabriel, para mí siempre ha sido Gabriel.

—¿Sabes dónde está la iglesia de Santa Barbara dei Librari?

—Creo que sí. ¿Es esa muy estrechita que se encuentra cerca del Campo de' Fiori?

—La misma. Te espero allí a las 2:00 de la madrugada.

—¿Tan tarde? Pero...

—No te preocupes por nada. La iglesia estará abierta para ti y para mí solamente. Y ándate con cuidado, no sea que Gabriel te siga.

—Descuida. Aunque viejo, mantengo intacto mi instinto de supervivencia.

Y me volví con toda la rapidez que mi cansado cuerpo toleró. Ignoro si Massimo se quedó allí plantado observándome o si hizo lo propio y reanudó su camino. Lo que de verdad importa es que ahora estoy en la iglesia de Santa Bárbara y que en apenas quince minutos serán las dos de la madrugada, mi antiguo jefe entrará por esa puerta que ahora mismo veo entreabierta y por fin habrá respuestas. Eso sí, me sudan las manos y me tiembla el cuerpo. Sucede esto porque, aunque no soy un asesino, llevo escondido el cuchillo más afilado que he encontrado en MezzaLuna y dispuesto estoy a mancharlo de sangre antes de volver a salir por la puerta, por la que no dejo de mirar con creciente inquietud.

Ya lo escucho, sus pasos se acercan, una sombra se proyecta hacia dentro

de la iglesia cuando el reloj marca la hora convenida. De ninguna otra persona puede tratarse. Salvatore, la única alternativa posible, nunca más se ha dejado ver mientras yo ocupaba este improvisado escritorio donde me encuentro convirtiendo en letras mis pensamientos, mis temores, mis dudas, mis vicisitudes presentes y mis recuerdos pasados.

Es él, aquí asoma. Había decidido transcribir mientras hablábamos lo más importante de nuestra conversación, pero finalmente he declinado hacerlo. Supondría una pérdida de tiempo considerable y me temo que no tenemos ni un minuto que perder. Algo me dice que no estamos a salvo ninguno de los dos, que López acecha y que es capaz de llegar hasta este humilde y estrecho rincón romano en cualquier momento. Así que supongo que escribiré lo que ocurra mañana de madrugada, será lo mejor.

Sepa que estamos los dos solos, uno frente al otro. Tan solo nos separa este escritorio en el que me apoyo. Me he puesto en pie para recibirlo instintivamente. Al hacerlo, he buscado el contacto con el cuchillo que llevo guardado, y ahora, aunque estamos ambos sentados, sigo notando cómo la frialdad del acero se me pega al costado. La mirada de Massimo no se puede describir. No sé lo que esconde, ni siquiera intuyo si es lava o glaciar. El silencio nos rodea, la penumbra nos envuelve, solo santa Bárbara nos observa. Llevamos así demasiados segundos, él a la espera, yo garabateando todo esto. De soslayo lo he mirado tres veces, cuatro con esta. Sus labios comienzan a separarse. Dejo la escritura, soy todo oídos.

Todo ha quedado dicho. Sus explicaciones, tanto tiempo esperadas, han sido vertidas. Tiemblo más que antes, y además ya no solo lo hago por dentro. Mi caligrafía se emborrona, no atino con mi pulso. Massimo ya se marcha, acaba de ponerse en pie y me está dando la espalda. Su cuello, aunque en penumbra, se me ofrece descubierto. Suelto la pluma y agarro el cuchillo. Si todo va bien, esta noche Caronte lo llevará hasta las mismísimas puertas del infierno.

Madrugada del 28 de junio de 2018. Tan solo unas horas más tarde.

Lo sé. Sé que le dije que volvería a escribir al día siguiente y que la nueva madrugada aún no ha llegado. Pero es que estoy derrumbado, abatido y superado por los acontecimientos. El ímpetu con el que agarré el cuchillo se diluyó nada más empuñarlo. Yo no soy un asesino y jamás podré quitarle la vida a un ser humano. El acero está aquí en el escritorio, limpio de sangre.

Massimo ha salido de Santa Bárbara sin daño alguno. Intuí los pasos que daba al hacerlo, los conté mientras elevaba los ojos a la pequeña cúpula que me cobija. No fueron más de veinte, pues ya sabe que la iglesia se recorre en un santiamén. Cada paso, un motivo del que me desprendía y que ya no me empujaba a hacerlo; cada paso, un suspiro no sé si de alivio o de cobardía; cada paso, un clavo con el que fijaba la decisión recién tomada en el tablón de los aciertos. La *vendetta*, finalmente, no quiso seguir esos pasos. Los dejó marchar, contándolos uno a uno hasta que se hicieron lejanos.

Escribir me serena, no se imagina cuánto. Aprovecho, pues, mi estado para dejar constancia escrita de lo que Massimo y yo hemos hablado. Intentaré ser lo más fiel posible, transcribiendo todo lo literal que pueda el diálogo que hemos mantenido. Todo está muy reciente y creo que no me costará hacerlo.

Lo primero que ha hecho ha sido preguntarme qué era lo que estaba escribiendo que tan absorto me tenía. No quise facilitarle esa información, solo le aseguré que no tenía por qué temer nada de ello, que eran simplemente las memorias de un pobre anciano que viendo próxima su muerte quiere dejar constancia escrita de su paso por este mundo. Pero que no tenían ningún valor, quizás nadie las llegara a tomar nunca ni siquiera en consideración.

Aquello nos sirvió para romper el hielo, porque faltaría a la verdad si no reconozco que la tensión impregnaba cada rincón de Santa Bárbara. Massimo asintió como dándose por satisfecho con mi respuesta, se acercó un par de pasos y retomó la palabra.

—Al fin nos reencontramos. Veintiocho años son muchos años. Casi una vida, diría yo. Hace ya bastante que te di por muerto, desaparecido o resignado a no encontrarme.

—No me lo has puesto fácil, la verdad. Encontrarte ha sido demasiado complicado, ¿no crees?

—Tenía que ser así, era necesario. Tuve que desaparecer sin dejar rastro. Cuando ocurrió, yo era vulnerable y mi situación se había vuelto crítica y peligrosa, muy peligrosa, créeme. Había gente que no escatimaría medios para acabar con mi vida, mi silencio tenía un precio que a una persona no le importaba pagar y que otra estaba deseando cobrar. Dejarte aquel mensaje cifrado era más de lo que podía hacer, arriesgué mi vida al hacerlo. Y aunque tú no lo puedes comprender, te aseguro que es así.

—Yo sí comprendo, Massimo. Comprendo mejor de lo que tú te piensas. En estos últimos días he aprendido mucho.

—Oh, Diego, inocente y crédulo Diego. Piensas que por el hecho de que

tu madre muriera antes de que tú aprendieras a hablar y porque tu padre fuese un borracho que de vez en cuando te propinaba una paliza conoces la miseria humana. Pero te equivocas, ni has entrado en el infierno ni has compartido mesa con Belcebú. Yo sí. Comparada con mi existencia, la tuya ha estado coloreada de rosa. No sabes nada, no comprendes nada.

—Conozco la existencia de la Organizzazione y su estructura piramidal. Entiendo de superiores e inferiores, de cómo aquellos reclutan a estos, de cómo los adulan hasta hacerles creer que han nacido para servir a la Organizzazione; comprendo de incendios y rescoldos, así como de la zona 2Madrid. ¿Te basta o he de decirte también que estoy al tanto de tu vinculación con Lucía dentro de la Organizzazione? No me hables de Belcebú, sé que rostro tiene y a qué nombre responde.

Massimo se quedó de piedra. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Someramente, le expliqué cómo había conseguido aquella información y, sin darle ninguna oportunidad de réplica, volví al ataque.

—Ahora préstame mucha atención: vas a responder una a una a todas mis preguntas y lo harás con total sinceridad. Después, cuando todo cuadre en mi entendimiento, te marcharás para siempre de mi vida. No intentes engañarme porque si lo haces te juro que te mataré con mis propias manos.

—No sé a qué viene tanta acritud hacia mi persona, Diego. Me marché de Madrid arriesgando la vida al dejarte aquel mensaje. Podría haber desaparecido sin más, todo hubiese sido más sencillo y más seguro para mí, pero no lo hice. Con aquel mensaje firmé mi sentencia de muerte, porque tarde o temprano tú darías con mi paradero, de eso nunca he tenido la menor duda. De sobra sé que eres suficientemente inteligente y suspicaz como para encontrar el significado de aquellas letras. Y al hacerlo, al encontrarme, la organización también lo ha hecho, que no te quepa duda. Llevan veintiocho años siguiéndote y vigilándote, esperando a que tú los lleves hasta mí, tal y como hoy has hecho. No, Diego, no soy quien tú piensas que soy. Soy tu amigo y...

—¡No, no y no! Tú no eres mi amigo. Tú eres un traidor. Me traicionaste, traicionaste mi amistad. Tú eres un asesino, asesinaste a Lucía, a Valeria y a otras dos personas inocentes más. Cuatro vidas borradas en un instante.

—Mira, Diego, hace años te prometí respuestas. Llevo viviendo todo este tiempo atosigado por el arrepentimiento, siendo víctima de mi propio pasado, que me atormenta y del que no puedo escapar. Hablar contigo, contarte toda la verdad, supondrá una liberación para mi espíritu condenado. Mírame a los

ojos, por favor, y créeme cuando te digo que yo, tanto como tú, necesito esclarecer la verdad para que al menos pueda dormir en paz una vez antes de que venga a visitarme la Organizzazione con la guadaña.

Me conmovieron sus palabras, que estaban acompañadas, aparentemente, de signos de dolor profundo, pero no quise ni pude fiarme. Massimo siempre fue un embaucador, una persona llena de dobleces donde esconde su verdadero pensamiento, sus verdaderas ideas, su verdadero yo cuando no le conviene mostrarlo. En esos dobleces que le sirven de escondite, guarda al mismo tiempo todo tipo de guayabas, como dirían los cubanos, embustes de todos los colores que utiliza con maestría cuando la ocasión así lo requiere. Así pues, necesitaré discernir la verdad de la mentira, intentaré rastrear la información oculta que pueda haber entre las respuestas dichas, enjuiciaré los argumentos y explicaciones que me aportó y, por supuesto, lucharé por no caer en la tela de araña sentimentalista con la que seguro intentó atraparme mientras recordamos los momentos vividos en Vendetta.

Y fue tras este preámbulo, tras este primer choque de espadas, cuando di comienzo a mi meditado interrogatorio, aquel que debía darme la verdad y la luz con las que comprender mi pasado, un pasado que ahora sé que he vivido como si se tratase de una de esas películas que son un *thriller* psicológico, donde en el último minuto todo lo que se ha mostrado anteriormente (personajes, acontecimientos y diálogos) adquieren un significado radicalmente distinto al que parecía tener en primera instancia. Tengo clarísimo que, en la película de mi vida pasada, alguien le ha dado al botón de pausa justo antes de que se inicie el instante transcendental en el que todo se explica.

De este modo, elegí y seleccioné concienzudamente tanto las preguntas que iba a realizar como el orden en el que lo haría, porque una vez respondidas todas, el cuchillo que llevaba silenciaría la voz de Massimo para siempre, desapareciendo con él la única persona que puede darle de nuevo al *play*, permitiéndome con ello entender qué vida realmente viví yo.

Sabía que mis ojos quedarían muy dañados después de conocer esa otra versión de mi vida. Pero ya había decidido que no me enterraría en un ataúd hecho de ignorancia. Por eso, con una decisión impropia de alguien aterrado como estaba yo, sabedor de que me encontraba ante el instante culminante de mi existencia, inicié de forma inexorable el interrogatorio a Massimo.

—¿Puedes decirme qué te motivó a entrar en la Organizzazione?

—Por la razón más poderosa que puede existir en la vida: nada más y

nada menos que por el corazón de mi madre. Procedo de una familia humilde, forjada en los barrios bajos de Nápoles. Éramos cinco hermanos y, a pesar de la escasez económica que nos acompañaba, éramos felices. Mi madre era una luchadora nata. Ella nos sacó adelante en circunstancias muy difíciles y siempre encontramos cobijo en su cariño infinito. Un buen día, cuando yo apenas tenía dieciséis años, mamá llegó a casa con malas noticias. Llevaba un tiempo fatigada, muy cansada, ella que era toda energía, y había decidido ir al hospital por primera vez en su vida. Su corazón se apagaba, le había dicho el doctor. Necesitaba un tratamiento bastante costoso para que ese órgano que tanto amor nos había entregado siguiera teniendo cuerda. Pero cuando eres de los barrios bajos de Nápoles nada bastante costoso puede entrar por la puerta de tu casa y, por consiguiente, mi madre querida se moría. Fue entonces cuando apareció Fabio y me reclutó. Yo no tenía que hacer prácticamente nada, tan solo aprender de él y hacer algunos encargos aparentemente inofensivos. A cambio, mi madre tendría su tratamiento.

—¿Y cómo fue que terminaste en Madrid?

—Después de la muerte de mi madre (porque finalmente aquel tratamiento no consiguió salvarle la vida), nos propusieron a Fabio y a mí que fuésemos a España para que la Organizzazione comenzara a echar raíces en una nueva ciudad. No había prisas, no nos impusieron plazo alguno. Solo teníamos que ir abonando el terreno con prudencia, sin cometer errores. La cosecha ya llegaría. Si accedíamos, una nueva vida nos esperaba en Madrid. La mía, como dueño de mi propio restaurante, la de Fabio, como acaudalado hombre de negocios.

—Y así fue como nació Vendetta.

—Efectivamente, así nació Vendetta. Mi padre, cocinero de profesión y que nada sospechaba de mi vinculación con la Organizzazione, se apuntó a acompañarme en cuanto se enteró del proyecto. Su experiencia, su impulso, su energía y su entusiasmo fueron decisivos para que Vendetta se hiciera realidad.

—Y en tu búsqueda de un inferior imagino que encontraste a Lucía, que surgió como la candidata idónea para tu cometido.

—Sucedió tal y como has dicho.

—Pero lo que no llego a comprender es cómo llegaste a convencerla para involucrarla en una organización de terror y muerte. ¿Tan pocos escrúpulos tenía Lucía? ¿Tanta maldad llevaba dentro?

—Nada más lejos de la realidad, Diego. Lucía siempre ha sido como tú

la has conocido: bondadosa, noble, entregada...

—¿Entonces?

—Entonces nada. Reclutar a un inferior, aunque no lo creas, es la cosa más sencilla del mundo. Siempre nos fijamos como objetivo personas desvalidas, necesitadas de apoyo. La Organizzazione ofrece lo que tú necesitas y así es imposible negarse. Lucía pasaba una dura prueba cuando me fijé en ella. Tenía solo veinticuatro años, y desde hacía dos su marido la maltrataba brutalmente, una pesadilla de la que podía despertar si accedía a lo que le proponía. Dijo sí y su pesadilla tuvo que marcharse de España para salvar el pellejo.

—¿Mi Lucía casada? ¿Y maltratada?

—Oficialmente estuvo casada hasta el día de su muerte, pues nunca se firmaron los papeles del divorcio. Y sí, tu mujer fue una víctima de lo que hoy llamamos violencia de género y que por aquel entonces era algo aceptado socialmente. Nadie en aquellos años reprochaba a un marido que le pusiera la mano encima a su mujer; para la mentalidad cavernícola que imperaba en ese tiempo, seguramente incluso ella se lo merecería. Yo, bueno, la Organizzazione, le ofrecimos una escapatoria, una vida nueva, como a todos, y ella aceptó sin dudarle un solo instante.

En este momento de la conversación comenzó a faltarme el aire. Me ahogaba, casi no podía respirar. Tuve que pedirle a Massimo unos minutos para asimilar lo que me estaba contando. Jamás sospeché nada del horroroso pasado de Lucía. Decenas de dudas, cientos de incertidumbres y miles de preguntas se agitaban en mi cerebro. Necesitaba poner orden, pero no tenía tiempo para hacerlo. Así que decidí continuar haciendo las preguntas que ya había decidido.

—¿Siguió sirviendo a la Organizzazione cuando estuvo conmigo?

—Sí y no. Al principio sí, tú no alteraste sus planes, pero cuando se quedó embarazada, vino a verme y me dijo que se acababa:

«—Massimo, dejo la Organizzazione.

—Sabes que es imposible, le repliqué.

—Lo haré de todos modos, me dijo con una mirada gélida.

—Entonces tendré que aplicar el protocolo.

—Entonces tendré que defenderme».

Se inició así una guerra fría entre nosotros. Intenté por todos los medios convencerla para que diera marcha atrás en su decisión, por el bien de todos. Por ella, por ti y por el ser humano que se estaba gestando en su vientre. Pero

Lucía no se arrugaba fácilmente, había sufrido demasiado para tenerle miedo a mis palabras y a mis amenazas. El amor que sentía por ti y por vuestra futura hija le daba la energía y la determinación necesarias para seguir adelante, para enfrentarse a una todopoderosa maquinaria de la que nadie podía escapar.

—Y por eso la mataste, ¿no, cabrón?

—Cálmate, te lo ruego. No saques conclusiones precipitadas y déjame que te siga contando. Cuando nació Valeria fui a veros al hospital. Vosotros no me visteis, por supuesto, pero yo os estuve observando un buen rato a escondidas. Esperabais en la recepción al taxi que os debía llevar a casa.

¡Qué dolor sentí al recordar aquel día! Lo recordaba a la perfección, ¡cómo olvidarlo! Nuestro bebé lloraba desconsoladamente todo el rato, solo se tranquilizaba cuando se enganchaba al pecho. Lucía, aunque primeriza, desplegaba una tranquilidad asombrosa y con una ternura que no tenía medida ofrecía a Valeria el pezón hasta que esta lo introducía en su boca con ansia.

—La entrañable estampa que vieron mis ojos, Lucía amamantado a Valeria y tú desviviéndote para que a Lucía no le faltara de nada mientras besabas con ternura el piececito de tu hija, me hizo dudar. Créeme que fue así. Supuso un punto de inflexión para mí. Nunca había vacilado a la hora de aplicar las normas de la Organizzazione ni de ejecutar los encargos que me mandaba mi superior. Pero viéndoos allí juntos, me consideré un monstruo, un destructor. Te tuve envidia, Diego, muchísima. Quise ser tú, estar en tu pellejo para tener tu vida. Deseé que alguien me mirara como tantas veces vi a Lucía mirarte, con admiración, con pasión, con amor. Ansié hacerle caso a la madre naturaleza y perpetuarme como especie, tener un vástago al que proteger, educar y darle lo mejor de mí. Quise ser un instrumento al servicio de la vida, Diego, no de la muerte. Al veros comprendí que la felicidad era posible en este mundo, que la tenía al alcance de mis dedos. Algo se transformó en mi interior. Siguieron meses muy complicados. Por un lado, Lucía no estaba dispuesta a volver al redil, cada día que pasaba más segura estaba de la decisión que había tomado. No me escuchaba, no atendía las llamadas que le hacía y, en las pocas ocasiones en que logré arrinconarla y hablar con ella, sus negativas eran tan contundentes que me terminaron convenciendo de que su obstinación era invencible. Mientras esto ocurría, los sentimientos que me habían invadido cuando os vi en el hospital fueron aferrándose a mi voluntad, volteando la actitud decidida que siempre había mostrado desde que entré en la Organizzazione. Abandoné las coacciones aprendidas, rehusé de cualquier tipo de violencia física o verbal, me cuidé mucho de utilizarte a ti o a vuestro

bebé como medios para lograr mi fin. Casi le suplicaba, le imploraba que entrara en razón, que con su actitud nos estaba condenando, porque ya era yo consciente de que no tendría la fuerza de voluntad para aplicar el protocolo y que, por consiguiente, tarde o temprano, yo también sería considerado un traidor por la Organizzazione.

Esta revelación de Massimo me cogió por sorpresa y trastocó mi planteamiento inicial. Había dado por sentado que sus respuestas debían llevarme de forma directa, sin rodeos, a la explicación final de todo lo acontecido. Y esa explicación era sencilla, una simple escalera con tres escalones. Uno Massimo, que era el superior de Lucía; dos Lucía, que decide abandonar la organización; tres, como su superior que es, Massimo sigue el protocolo interno y asesina a Lucía. Se suponía que, una vez alcanzado el último escalón, yo, después de ver confirmadas mis sospechas, apuñalaría el cuerpo de Massimo con el cuchillo que llevo escondido, saciando mi sed de *vendetta*.

Sin embargo, las palabras del napolitano lo enmarañaban todo. El puzle que me había montado en mi cabeza no cuadraba. Faltaban o sobraban piezas. Si era verdad lo que me acababa de decir, si él no había llevado a cabo su cometido de superior... ¿qué le había sucedido a Lucía? Lógicamente, no me fiaba de él. No daba crédito a lo que me estaba contando (hacerlo sería pueril por mi parte, ¿no cree?). Pero tampoco quise apresurarme, así que le formulé la pregunta decisiva, ofreciéndole con ella la última oportunidad para convencerme de que sus manos no estaban manchadas con la sangre de mi hija y de mi mujer. Él no lo sospechaba, pero su vida dependía de la respuesta que me diera.

—Y entonces, si tú no llegaste a aplicar el protocolo, ¿me puedes explicar qué ocurrió el 15 de febrero de 1990?

—Para responder a esa pregunta, debo contarte muchas cosas que no sabes. Y te prometo por lo más sagrado que existe que todo lo que te voy a decir es verdad. Un par de años antes se me había ocurrido una solución para todo aquel embrollo en el que estábamos atrapados Lucía y yo. Era una apuesta arriesgada, sin duda, pero tal vez era la única oportunidad que tendría tu mujer para escapar de la Organizzazione. Cuando lo hube sopesado suficientemente, me cité con Lucía y le conté mi plan, detalle a detalle se lo fui desgranando. Lo analizamos y lo replanteamos hasta que ambos quedamos satisfechos con el resultado final. Sabíamos que no iba a ser fácil, pero Lucía estaba dispuesta a correr cualquier riesgo para poder vivir una vida plena y

sin engaños a tu lado.

—¿Qué plan era ese?

—Decidimos simular su muerte ¡Tal y como lo oyes! Había que esperar el momento oportuno para hacerlo, eso sí, pero una vez llegado este, teníamos muy claro lo que íbamos a hacer.

—¿Y me puedes explicar cómo pensabais llevarlo a cabo?

—¡Oh, Diego! Al final optamos por provocar un pequeño atentado sin víctimas mortales. Al fin y al cabo, ambos habíamos participado en muchos altercados similares. Éramos profesionales en ese tipo de asuntos y, por supuesto, expertos en explosivos, Lucía más que yo. Esa, en principio, era la parte sencilla del plan. Te juro por mi vida que lo habíamos discutido y repasado decenas de veces hasta que encontramos la manera perfecta para ejecutarlo.

—¡Para! Para un momento. No logro comprender cómo ibais a conseguir que se declarara muerta a Lucía tras un atentado que no había ocasionado víctimas mortales. No tiene sentido alguno.

—Efectivamente, no habría muertos reales, Diego. Sin embargo, algunos peces gordos de la Policía me debían favores importantes. Cuando uno pertenece a la Organizzazione, este tipo de cosas son muy habituales. Ellos se encargarían de filtrar a los medios de comunicación que en el atentado se habrían producido, al menos, dos muertes.

—La de Lucía y Valeria, me imagino.

—Eso es. Un poco de papeleo por aquí, unos billetes para acallar conciencias por allá y Lucía habría escapado de la Organizzazione. Oficialmente estaría muerta, la Organizzazione así lo creería y la pesadilla se habría acabado para ella y para mí.

—¿Y qué sucedería después? Quiero decir, que un muerto no puede ir por la calle paseándose como si tal cosa. ¿Qué se suponía que ibais a hacer a continuación?

—En principio, yo no debía hacer nada. Simplemente, presentaría el informe correspondiente a mi superior explicándole lo ocurrido y presentando la documentación oficial necesaria para que todo estuviese en orden y nadie pudiese sospechar de la veracidad de los hechos. Y después de dejar un tiempo prudencial para que todo se calmase y se fuese olvidando, tenía previsto huir, más o menos como al final hice. En el caso de tu mujer, todo sería algo más complicado, por así decirlo. Estaba previsto que iniciara una vida nueva en algún otro lugar del mundo con otra identidad.

—No me jodas, Massimo. No se puede cambiar de identidad así como así.

—Por supuesto que no. Al principio te dije que llevábamos esperando el momento propicio casi dos años. Cuando me enteré de que el programa de *In cerca del tesoro* grabaría ese año en Madrid, no lo dudé. Esa era la ocasión esperada y ese mismo día se activó un complejo mecanismo que debía hacerte ganador de ocho millones y medio de pesetas. Tu triunfo en *In cerca del tesoro* nos facilitaría muchísimo las cosas. Me reuní con Lucía una vez más; fue la última vez que lo hicimos, y lo acordamos todo. Primero, tenía que asegurarme de que vieras el anuncio del castin, por eso lo dejé a la vista en Vendetta. Tu curiosidad hizo el resto. Te acercaste, lo tomaste entre las manos y estuviste un buen rato leyendo en italiano, ¿recuerdas? Yo observaba cada uno de tus movimientos, y cuando vi tu ceño fruncido, esforzándose por traducir lo que ponía en aquel papel, supe que el primer engranaje del mecanismo ideado por Lucía y por mí funcionaba a la perfección. Te dejé hacer unos minutos, porque no quería que mi precipitación levantara sospecha alguna. Me estuve haciendo el despistado, como si no me hubiera percatado de lo que estabas haciendo hasta que me acerqué a ti y te animé a presentarte. Te dije incluso lo maravilloso que sería que ambos participásemos en el concurso más mediático de la televisión italiana.

—Pero ¿qué hubiera pasado si me hubiese negado a escucharte y a presentarme al concurso? Recuerdo que por aquel entonces tú y yo estábamos bastante distantes.

—Como para no estarlo, Diego. Ponte en mi lugar. Estaba viviendo unos meses delicadísimos desde la deserción de Lucía. No te imaginas cómo presiona la Organizzazione. Se me acababa el plazo para solucionar el problema con mi inferior y la oportunidad para poner en marcha la escapatoria ideada no llegaba. Fue durísimo. Tuvimos que soportar muchísima presión. Lucía más que yo, incluso, porque durante los primeros meses ella además había tenido que hacer frente a mis continuos ataques y amenazas. Piénsalo un instante y comprenderás entonces no solo mi actitud, sino la de Lucía. ¿Recuerdas cuando pensabas que te estaba siendo infiel? ¿Recuerdas sus extraños comportamientos que tanto te descolocaban y tanto te hicieron dudar? Aquí tienes la explicación. Piensa cuánto tuvo que sufrir y cuánto tuvo que aguantar. Primero por mi culpa, por la culpa de su superior. Después, cuando decidí involucrarme en su salvación y convertirme yo mismo en un traidor, ambos estábamos siendo asfixiados por la Organizzazione. El tiempo se nos

acababa y la oportunidad no se presentaba. Gracias a Dios, el concurso nos permitió volver a respirar. Pero respondo a tu pregunta. Si nuestro distanciamiento hubiese supuesto un problema para que te convenciera de que te presentaras al *casting*, Lucía sería la encargada de obtener éxito allí donde yo había fracasado. Ella te convencería. Estarás de acuerdo conmigo en que a ella no le faltaban recursos para lograrlo.

—Entiendo, pero, aun así, existía un alto porcentaje de probabilidad de que, aunque accediera a presentarme al *casting*, no fuese seleccionado para participar en el concurso.

—De ese aspecto me encargaba yo. Lo tenía todo planeado con precisión milimétrica. Te aseguro que no existía ninguna posibilidad de que fueses rechazado por la dirección del programa.

—¿Tan seguro estabas de lograrlo?

—Más que seguro. Nadie que se precie de ser una persona inteligente desmonta un reloj si luego no sabe armarlo de nuevo. Jamás empezaría un plan si no estuviera convencido de poder continuarlo después.

—¿Cómo lo conseguiste?

—De la única manera posible: haciendo que Giuseppe estuviera en el ajo. Un buen amigo me había chivateado que el director del programa estaba teniendo una aventura amorosa. Tomé fotografías en las que aparecía con la presentadora Laura en actitudes muy comprometidas que no le harían mucha gracia a su mujer. Se las enseñé y le pedí amablemente que colaborara conmigo para que esas fotografías nunca vieran la luz. Y, *voilà*, en pocos segundos acordamos tu elección como concursante.

Inmediatamente me acordé de la noticia que se hacía eco de su fallecimiento. «Hallado muerto en su domicilio en extrañas circunstancias», creo que decía el periódico.

—¿Tuviste algo que ver con su muerte?

—¿Algo? Más bien todo. Pasado el tiempo, cuando ya nada tenía solución y yo había puesto tierra de por medio, el remordimiento hizo mella en él. ¡Pobre hombre! Aprovechó una de las veces en que me puse en contacto con él (lo hacía periódicamente para cerciorarme de que todo seguía bajo control, ya sabes) y me dijo que iba a contárselo todo a su mujer y a la policía. No tuve más remedio que hacerle callar. Me amenazó incluso con desvelar mi paradero, que había conseguido descubrir tras rastrear una de las llamadas que le hice. Fue una cuestión de supervivencia, o él o yo, y claro, no tuve otra opción. Fue un trabajo bastante limpio, la verdad.

La frialdad con la que Massimo me contó lo de Giuseppe me heló hasta el último de mis huesos. La muerte es moneda cotidiana en sus manos, nada excepcional tiene para él. Lo miraba y no lo conocía. Cuando habla de ella es un bloque de hielo que nada consigue derretir. Su mirada es gélida, sus palabras carámbanos afilados que hieren mortalmente a quien tiene algo de humanidad en su interior. Pero no tenía tiempo para encallarme en esos pensamientos. Urgía saber, urgía seguir preguntando.

—Y ahora me dirás también que gané el concurso gracias a tus mafiosas maquinaciones.

—¡No! En eso te equivocas. Ganaste el concurso por méritos propios, pero no te engañes, lo hubieses ganado igualmente de todas formas, aunque fueses el último en encontrar el tesoro. Eso ya estaba preparado. Necesitábamos ese dinero, Diego. Con dinero cualquier cosa se puede comprar, y ocho millones y medio de pesetas daban para mucho en 1990.

—¿Y me puedes decir en qué ibais a emplear el dinero?

—Lucía iba a contártelo todo nada más llegar a casa el 15 de febrero, pero desgraciadamente no tuvo oportunidad. Una vez cobrado el premio, este iría a parar casi íntegramente a una cuenta bancaria en Andorra. Hecha esta transferencia, Buenos Aires os esperaba con los brazos abiertos a Lucía, a Valeria y a ti. Allí os recibirían amigos que se harían cargo de todo y ningún rastro de vuestra antigua vida sería visible. Seríais una familia feliz, con un futuro prometedor por delante en el que no tendríais nada que temer de la Organizzazione.

En ese momento ya no pude resistir más y me derrumbé. Sentí levemente la mano de Massimo apoyándose en mi hombro, pero me aparté bruscamente. El dolor se hacía insoportable por momentos y mi siguiente pregunta fue apenas un murmullo lastimero.

—Entonces... ¿qué demonios ocurrió? ¿Cuéntame por qué murieron cuatro personas inocentes en un atentado que no debía provocar ningún daño a nadie?

—Realmente no sé lo que sucedió —me dijo mientras cerraba los puños con furia—. Lo habíamos preparado todo a conciencia. La idea era hacer estallar un explosivo en el metro. Lucía pensaba que lo ideal sería hacerlo en Tetuán el mismo día de la recogida del premio, ya que el revuelo que se iba a montar allí nos facilitaría las cosas. Como ya te dije, la experta en explosivos era Lucía, así que siguiendo sus indicaciones coloqué un artefacto de muy escasa potencia en la papelera que estaba situada próxima a las taquillas de

Tetúan. Tal y como predijo tu mujer, esos días había mucho ajeteo en esa estación con el tema del concurso y yo pude manipular a mi antojo la papelera sin levantar sospechas gracias a la colaboración, una vez más, de Giuseppe. Fue él quien me facilitó un permiso especial como miembro del equipo del concurso para hacer lo que necesitara por allí sin que nadie metiera las narices ni hiciera incómodas preguntas. El plan era perfecto. Lucía eligió uno de los artefactos más novedosos que existían en el mercado. Decía que eso descolocaría a la policía, retrasaría la investigación y nos haría ganar algo más de tiempo. Se trataba de un tipo de bomba que explosionaba justo en el momento en el que un objeto imantado entraba en contacto con ella. Nunca la habíamos utilizado, pero según todas las valoraciones que pudimos recabar sobre ella, el fácil manejo y buen funcionamiento de la bomba en cuestión estaban más que garantizados. Eran voces autorizadas en estos temas, entiéndeme, consultamos a auténticos expertos en artillería. El mecanismo era muy básico y seguro. Lucía debía colocar en la papelera un imán de esos que se colocan en los frigoríficos para sujetar fotografías y listas de la compra. En ese preciso instante, el artefacto se detonaría, provocando mucho ruido, alguna que otra herida, una gran polvareda y poco más, Diego, te lo juro por mi vida. Nunca tuvo que morir nadie ese día.

—Y, sin embargo, murieron. ¡Eres un maldito asesino!

—No, Diego. Yo no asesiné a Lucía y a Valeria, pero sí las maté.

—No me vengas con juegucitos de palabras, Massimo. ¿Es que acaso existe diferencia?

—Sí que la hay. Y aunque no sirva para devolverles la vida, al menos debes saber que en ningún momento fue mi propósito asesinarlas. Medí la carga explosiva hasta tres veces, asegurándome de que los cálculos eran los correctos, pero algo salió mal. Llevo muchos años analizando qué pudo fallar y lo único que se me ocurre es que alguien estuviese al tanto de nuestro plan y que manipulara la bomba después de que yo la hubiese colocado para aumentar su potencia.

Estábamos a unos pasos de distancia, pero nos separaban veintiocho años de interminable silencio. Massimo clavó sus ojos en mí y suspiró.

—Esa persona tuvo que ser...

—López —sentencié casi sin pensarlo, al tiempo que me desplomaba en el banco que tenía tras de mí—. ¡Hijo de puta!

—No pudo ser otro. Lucía y yo fuimos muy cuidadosos en todo lo que hicimos. Sabíamos a quién nos enfrentábamos y por eso tomamos todas las

precauciones habidas y por haber. Sin embargo —su voz se quebraba y empezó a temblar de rabia— los tentáculos de la maldita Organizzazione son demasiado poderosos.

Su rabia se transformó en lamento, se arrodilló ante mí y continuó diciendo:

—Sé que mis actos no fueron los de un asesino, te lo prometo por mi vida. Yo solo pretendía salvarla de la Organizzazione y terminé condenándola. Esa es toda y la única verdad. —Tras esta última palabra, las lágrimas lo ahogaron y ya no pudo seguir hablando.

Antes de marcharse, se recompuso y añadió:

—Quiero que sepas, aunque te cueste creerme, que la muerte de Lucía y Valeria también me cambió la vida. Desde ese fatídico día no he sido el mismo, el remordimiento corroe cada gramo de la carne que tengo pegada a los huesos y los espíritus de todas mis víctimas quieren arrastrarme a la muerte. Si aún no lo han hecho, si aún me mantengo con vida, es por ti y por esta conversación. Escapé y traicioné a la Organizzazione sabiendo que eso acabaría conmigo. Llevo veintiocho años ocultándome, mirando hacia atrás cada vez que doblo una esquina, presintiendo un balazo o una puñalada cada vez que recorro un callejón algo apartado y mal iluminado, rezando porque no me asfixien mientras duermo y sabiendo que mi final será trágico. Pero ya no me importa ni el cuándo ni el cómo, al contarte todo esto acabo de soltar una tétrica carga que arrastraba desde el 15 de febrero de 1990. Ya no le temo a la muerte, Diego; es más, la espero con los brazos abiertos y con el alma preparada. No pretendo que me entiendas ni aspiro a tu perdón. De sobra sé que es una estéril aspiración, pero al menos moriré libre de llevarme este secreto a la tumba.

A continuación, se incorporó despacio y se marchó dándome la espalda. Me dejó temblando, sin fuerzas para nada. Ya le dije que el cuchillo con el que iba armado se hizo demasiado pesado. Mi *vendetta* no pudo o no quiso ir tras él y veinte pasos después todo se había acabado.

Sucesos del sábado, 30 de junio de 2018. Escritos en la madrugada del domingo 1 de julio.

Hace dos días que no escribo nada. He necesitado hasta el último segundo de estas cuarenta y ocho horas para poder digerir el encuentro de la otra noche con Massimo, para acostumbrar mi boca al amargo sabor de la hiel, para

reconocerme en los acontecimientos de una vida vivida, pero que hasta antes de ayer desconocía. Después de una larga reflexión y un hondo pesar, he decidido poner punto y final de una vez por todas a esta maldita tragedia que ha resultado ser mi vida. Una trágica pieza teatral en tres actos: el que se ocupa de mi infancia, adolescencia y juventud y que se cierra con un sonado fracaso como opositor; otro que se desarrolla en Madrid, donde se construye la trama principal y que termina de forma dramática, y finalmente aquel en que, con decorado italiano, lentamente la verdad se va imponiendo a la mentira y los sombríos acontecimientos comienzan a clarear hasta que todo se resuelve en un trágico desenlace.

Durante estas tres partes, cada uno de los actores que han aparecido han sabido interpretar magistralmente sus papeles, respetando escrupulosamente el guion escrito por quién sabe qué siniestra mano, mientras que yo, que me creía el protagonista principal, no he sido más que un mero espectador engañado por todo tipo de ardides, bien planteados y mejor ejecutados por cada una de las personas que, con mayor o menor protagonismo, forman parte del elenco de esta obra que ya pronto echa el telón.

Y como en toda tragedia que se precie, el final solo puede ser aciago, funesto, lúgubre y mortal. Massimo es el último en sumarse a una larga lista de protagonistas que han perecido mientras la trama se gestaba y el desenlace se avecinaba: Lucía y Valeria, las primeras, lo hicieron junto con otros dos meros figurantes que aparecieron en la escena del metro; Giuseppe fue el siguiente; Fabio pagó caro su arrepentimiento, así como ayer mismo hizo Massimo por su traición a la Organizzazione. Este último, si bien comenzó siendo asesino en el primer acto, ha terminado como víctima en los afilados colmillos de López, quien no ha tardado en dar con él tras nuestro encuentro en Santa Bárbara dei Librari. Con su muerte, el incendio de la región 2Madrid queda prácticamente extinguido, salvo por un último rescoldo que amenaza con avivarlo: yo, Diego González Díaz, natural de Cádiz, nacido el 23 de junio de 1958, hijo de una madre a la que apenas conocí y de un sinvergüenza de copa de *brandy* mañanero, motivos por los que tuve que ser criado por mi abuela materna. Crecí mientras soñaba formar la familia que nunca tuve y dar a mis hijos todo el cariño que a mí me negaron. Marché a Madrid donde encontré el amor de mi vida, justo cuando todos los ingredientes de la felicidad comenzaban a mezclarse a mi alrededor. Sin embargo, apenas llegué a saborearla. Ahora, transcurridos veintiocho años desde que mi alma se perdiera para siempre, he decidido acabar con este cuerpo que anda errante desde entonces antes de que

López me encuentre y me obligue a ello. Lo hago apenas unos días después de cumplir los sesenta años, conocedor al fin de toda la verdad que ocultaba mi pasado.

En manos de mi fiel Giovanni he puesto la resolución de todos mis asuntos, confiando como siempre en su buen criterio y mejor hacer. Y cuando el reloj me dice que son las 3:47 de la madrugada del 1 de julio, me dispongo a ejecutar lo que ya he decidido y que vuelta atrás no tiene. Lo hago siendo consciente de mis actos, sin que nadie pueda verse involucrado en mi fatal desenlace. He querido terminar mis días en la estrechez de Santa Bárbara dei Librari. La santa es, casualidad macabra del destino, patrona de los artilleros y artificieros, oficio que me arrebató lo que yo más quería. Lo hago aquí, donde un día encontré alivio escribiendo gracias al consejo de Salvatore, mi salvador, al que nunca más volví a ver. Lo hago alumbrado apenas por la tenue y mortecina luz que desprenden las pocas velas que aún desafían el paso de las horas que llevan encendidas. Me despido, pues, de la vida en penumbra y solo. Acabo, eso sí, en conocimiento de toda la verdad sobre mi exvida.

Créame si le digo que me vuelvo a ver reflejado en el infinito azul que rebosaban los ojos de mi amada Lucía. El recuerdo sopla gélido desde los confines más recónditos de mi pasado, pero arrastra cálidas palabras dichas cuando nuestro amor acababa de nacer:

—¿Qué viste en mis ojos?

—Demasiado. Todo, tal vez. El azul que los inunda me hizo temblar y hasta me vi obligado a retroceder en un primer instante. Luego quedé atrapado en ellos y en el azul infinito que irradia tu mirada.

Me marchó, lector. Lo hago sintiéndome agradecido y en deuda por su fiel compañía. Sin ella no hubiera llegado hasta aquí, se lo aseguro. Saberme leído en algún momento, tal vez también comprendido y, por qué no, incluso compadecido por alguien el día de mañana, cuando ya no exista, me ha aportado las energías que esta empresa requería y de las que yo no disponía ya. El cuchillo por fin se ha atrevido a rasgar el amor a la vida que tatúa mis venas desde hace veintiocho años y algunos meses. Quede a mi vera mientras la sangre se desparrama y tiñe de grana este blanco paño que pertenece a santa Bárbara y que le he tomado prestado confiando en que, si ha de pedirme cuentas por mi atrevimiento, en pocos minutos podré ofrecérselas. Acompañeme, se lo ruego, mientras el pulso se me debilita y el cuchillo vuelve a desgarrarme de nuevo. Apriéteme la mano, le imploro que no me suelte, pues he de confesarle que, contrariamente a lo que pensé cuando decidí

aflar el acero, ahora sí que temo a la muerte. No me deje solo, acérquese y susúrreme al oído las dulces palabras que le dediqué a Lucía cuando le hablé del azul infinito de sus ojos:

—¿Infinito?

—Sí, infinito. Quizás no lo sepas, tal vez nunca te lo hayan dicho, pero tus ojos parecen no tener fin. El universo entero tiene cabida en ellos.

Sus ojos y el mar, nada más contemplo en este momento, lector. Ambos azules, ambos infinitos, con un horizonte que no se alcanza nunca. Su mirada, nada más que su mirada me queda ahora cuando mis ojos ya apenas pueden permanecer abiertos y todo a mi alrededor parece nublarse. El paño de santa Bárbara ya es entero sangre, aunque aquí el azul todo lo inunda, como el océano hace con la tierra, como los ojos de Lucía hicieron con mi vida la primera vez que me miraron y que me vi reflejado en ellos.

¡Ay, Azul! Quiso robarme el alma —«Mañana lo hago, ya lo he decidido»—, me aseguró, y consiguió sustraérmela, no le quepa duda. ¿Recuerda cuando me dijo que mi boca sonaba a algarabía de amaneceres? Yo nunca podría olvidarlo. Cuánto amor transpiraban aquellas palabras dichas cuando el futuro era una puerta abierta para nosotros, cuando estaba a punto de romper con su pasado de terror para comenzar una nueva vida conmigo. Ahora, sin embargo, el futuro se ha agotado, mi boca está silenciada y mi voz no despertará a otro amanecer.

Me cuesta mucho respirar, desfallezco y apenas puedo ya ni seguir escribiendo. Preste atención. Eso que oigo tienen que ser los pasos de Valeria que viene a darme el encuentro tal y como hacía mi pequeñaja cuando yo llegaba a casa. Era abrir la puerta y ella comenzaba a correr por el pasillo con los brazos abiertos llamándome papá. ¡Mi hija! Te veo, preciosa mía, acércate para que pueda darte un beso. Aquí tengo tu vestido, tal y como te prometí.

He cumplido mi condena y el castigo que me impusieron los dioses finaliza esta madrugada. Ya no habrá más humo que me atormente por la noche. Sé que estoy a punto de reunirme de nuevo con mis dos amores y que pronto nos fundiremos en un abrazo eterno. Se me acaba el tiempo y le pido un último favor: agárreme con la fuerza que yo ya no poseo, pase mi brazo por su hombro y lléveme hacia aquella luz azul infinito que está cegando mis cansados ojos. Lucía y Valeria allí me aguardan.

EPÍLOGO

Domingo, 1 de julio de 2018

Me he encontrado el cuerpo sin vida de Diego desparramado sobre un paño bañado con su sangre, abrazado a una caja envuelta en un descolorido papel crepé de color amarillo con un lazo verde. Sabía que este momento tendría que llegar, aunque nunca pensé que lo hiciese tan pronto. Había demasiado tormento en sus ojos cuando lo conocí, demasiado para poder vaciarlos.

Escribe Diego que yo fui su salvador y que solo me vio una vez. Lo primero queda demostrado con su muerte que no es cierto, nada más alejado de la realidad. Cuando escribe lo segundo, en cambio, no miente. Sin embargo, yo a él sí que lo vi en más de una ocasión. Todas las noches abría esta iglesia y la acondicionaba para su fiel venida de madrugada. Tal y como él intuía, era yo quien encendía las velas, quien dejaba la puerta entornada y quien, por vez primera, le preparé un escritorio y le aconsejé que escribiera. Lo que él no supo nunca, porque yo no lo quise, fue que lo observé cada noche mientras se afanaba con la pluma y el papel. Lo hacía a través de los ojos de la santa, aprovechando una especie de mirilla oculta tras la pared que le sirve de fondo y que comunica con la sacristía. Si duda de mi palabra y así lo desea, usted mismo puede verificar su existencia cuando visite la iglesia, siempre que sepa mirar debidamente en el lugar apropiado. Desde mi escondite lo vi llorar infinidad de veces, elevar plegarias mientras todo su cuerpo temblaba. Lo he escuchado maldecir a pleno pulmón, clamar venganza a voz en grito, implorar ayuda con voz sosegada, susurrar apenas no sé qué palabras. Mudo fue siempre su deseo de quitarse la vida, hasta anoche, claro, cuando el tercer acto de su tragedia llegaba al final y todo quedaba resuelto.

He leído la historia de su vida, una historia que, como él mismo dijo al principio, merece ser contada y escuchada. Lo he hecho con paciencia y dando credibilidad a sus palabras, tal y como pidió. Toda ella es conmovedora, y por eso me encargaré de que sea publicada y vea la luz. Quien sabe si así, al menos, me convierta en el salvador de su memoria, ya que de su vida no pude serlo.

Salvatore

